

Libros de **Cátedra**

Pensar la historia social

Una lectura del mundo desde la doble revolución
burguesa hasta nuestros días

Pablo Ghigliani, Alejandro Fernández Plastino
y Florencia Matas (coordinadores)

FACULTAD DE
ARTES

S
sociales


EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

PENSAR LA HISTORIA SOCIAL

UNA LECTURA DEL MUNDO DESDE LA DOBLE REVOLUCIÓN
BURGUESA HASTA NUESTROS DÍAS

Pablo Ghigliani
Alejandro Fernández Plastino
Florencia Matas
(coordinadores)

Facultad de Artes



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA


EDITORIAL DE LA UNLP

Agradecimientos

Nuestro agradecimiento a las autoridades de la Facultad de Artes, espacio en el cual desarrollamos nuestra tarea docente desde hace más de quince años, y al equipo de la Editorial de la Universidad Nacional de La Plata que hace posible esta Colección de Libros de Cátedra. También queremos expresar nuestro reconocimiento a los compañeros con los que compartimos cotidianamente esta experiencia y que por distintos motivos no pudieron participar de este libro: Tomás Ibarra, Juan Luis Besoky y Sebastián Vargas. También, a quienes formaron parte del cuerpo docente y contribuyeron a la consolidación de la materia con trabajo –muchas veces *ad-honorem*– e ideas: Martín Ambroggio, Gabriela Arresegor, Álvaro Bretal, Lucía Carruego, Marcelo Coullery, Paula Draghi, Mercedes Marchetti, Leandro Sessa y Miriam Socolovsky. Por último, a todxs lxs estudiantes que intercambiaron con nosotrxs sus interrogantes y sus ideas.

Advertencia

La utilización (o no) del *lenguaje inclusivo*, y la forma de llevarlo a cabo, ha quedado a criterio de las personas que escribieron los distintos capítulos.

Índice

Introducción _____	7
---------------------------	---

Pablo Ghigliani

Capítulo 1

Pensar la historia y la historiografía _____	8
--	---

Pablo Ghigliani

Capítulo 2

¿Qué constituye el mundo contemporáneo? Modernidad, capitalismo y Estado-Nación _____	29
--	----

Eleonora Bretal y Mariel Payo Esper

Capítulo 3

¿Revolución industrial? Industrialización y desarrollo capitalista: una historia global _____	50
--	----

Eleonora Bretal, Alejandro Fernández Plastino y Mariel Payo Esper

Capítulo 4

La progresiva constitución de la política moderna en el siglo XIX _____	68
---	----

Matías Bisso

Capítulo 5

Imperialismo (1875-1914): ¿necesidad económica o ambición geopolítica? _____	81
--	----

Laura Monacci

Capítulo 6

¿Entreguerras o guerra permanente? Crisis del liberalismo (1914-1945) _____	94
---	----

Florencia Matas

Capítulo 7

El mundo de posguerra (1945-1991): ¿guerra fría, tibia o caliente? _____ 116

María Delicia Zurita

Capítulo 8

De la crisis de los años setenta al neoliberalismo _____ 136

Alejandro Fernández Plastino

Lxs autorxs _____ 144

Introducción

En el año 2006, asumimos la responsabilidad de armar el programa de la flamante asignatura Historia Social General de la, por entonces, Facultad de *Bellas Artes*. En aquel momento, la reforma de los Planes de Estudios de la facultad, la había incorporado como materia propedéutica y obligatoria en la mayoría de las carreras.

Desde el comienzo, nuestra idea fue la de estimular a lxs estudiantes a *pensar históricamente* los fundamentos del mundo contemporáneo, en el cual se enmarcan y cobran verdadero sentido, el aprendizaje, el entendimiento y la práctica de sus saberes. Este libro continúa el mismo camino.

La propuesta adopta un enfoque *global e interseccional* desde la óptica de la *historia social*, esto es, priorizando un entendimiento contextual y estructural de los procesos y las lógicas subyacentes que han conformado la *historia contemporánea*. Procura así, superar los estudios *acontecimentales* y *eurocéntricos* de corte positivista que aún predominan en el campo, y de los cuales, con más o menos éxito, tratamos gradualmente de distanciarnos. A su vez, su producción se justifica por la necesidad de actualizar los contenidos y los enfoques, ya que las obras clásicas han envejecido al calor de los nuevos desarrollos en el área. También, por la necesidad de contar con textos que encuentren un equilibrio adecuado para los fines áulicos entre la descripción de acontecimientos y procesos, las ideas y teorías en que se sustentan, y la relevancia actual de las problemáticas abordadas.

A lo largo de estos años, fueron muchxs lxs compañerxs con lxs que hemos compartido esta experiencia docente y que contribuyeron a darle forma; y miles lxs estudiantxs que, con sus preguntas, sus apreciaciones y, sobre todo, sus cuestionamientos, han desafiado nuestras certezas y nuestras prácticas. El pasado no cambia, pero sí las lecturas y preguntas del presente, en relación, siempre, con el futuro que anhelamos. Por ello, este libro revisita los orígenes de las problemáticas modernas en busca de herramientas que nos permitan, en conjunto con lxs estudiantes que transitan las aulas de la facultad, *pensar, reflexionar* y *actuar* en el mundo en que nos ha tocado vivir.

CAPÍTULO 1

Pensar la historia y la historiografía

Pablo Ghigliani

Presentación

¿Por dónde empezar un curso de historia para estudiantes cuyos intereses profesionales transitan otros caminos? Cada maestrillo con su librillo. El nuestro, por lo pronto, parte de una constatación: la inmensa mayoría de quienes llegan a nuestras aulas portan una concepción tradicional que, en el mejor de los casos, entiende a la *historia* como una cronología de acontecimientos políticos e institucionales, un listado de nombres y fechas, una descripción de *hechos objetivos e indiscutibles*. En el peor, una invención, más o menos verdadera, que depende del punto de vista de quien la escribe, o, en su defecto, un relato binario articulado alrededor *del bien y del mal*. Este capítulo, por el contrario, argumenta que es necesario pensar en términos de problemas y procesos en lugar de hechos; de sujetos y actores colectivos en lugar de individuos y personalidades; de análisis y crítica en lugar de descripciones, memorizaciones y valoraciones. Se sustenta en la convicción de que reflexionar sobre cómo se investiga y estudia el pasado es un buen punto de partida para *pensar el mundo históricamente* (Vilar, 2001).

Historia: conocimiento y materia

Dice Pierre Vilar (1988, p. 17):

Quizás el peligro más grave, en la utilización del término 'historia', sea el de su doble contenido: '*historia*' designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de este conocimiento. Cuando decimos 'historia de Francia', la entendemos como el conjunto de hechos pasados referente al grupo humano organizado que lleva actualmente ese nombre; pero también entendemos por tal nuestros manuales escolares corrientes (...) El conocimiento se confunde, así, con la materia.

Los textos de Josep Fontana que leemos en la cursada ilustran estos usos distintos. Tanto en su artículo, *¿Qué historia enseñar?* (2003), como en su libro, *El Siglo de la Revolución. Una*

historia del mundo desde 1914 (2017), el término *historia* se utiliza en el sentido de *conocimiento* –como en el párrafo que abre este capítulo–; en cambio, en *Introducción al estudio de la historia* (1999), el vocablo historia remite a la *materia*, al pasado como tal, a lo que procuramos conocer.

En la concepción predominante a lo largo del siglo XIX, esta diferencia de significado tendía a licuarse. En 1824, el historiador alemán Leopold von Ranke (1795-1886) definió su labor de un modo que se haría célebre entre quienes cultivamos la disciplina: “A la Historia se le ha asignado la tarea de juzgar el pasado, de instruir al presente en beneficio del porvenir. Mi trabajo no aspira a cumplir tan altas funciones. Sólo quiere mostrar lo que realmente sucedió” (citado en Moradiellos, 1994, p. 33). Ya a finales del siglo XVIII, Charles Batteux (1713-1780) había expresado idéntica idea sobre el quehacer historiador: “Todo su oficio consiste en exponer la cosa tal como es” (citado en Jablonka, 2014, p. 48). Y casi un siglo después lo mismo afirmaba Fustel de Coulanges (1830-1889) –otro renombrado historiador–: “No soy yo el que hablo, es la historia la que habla a través de mí” (citado en Moradiellos, 1994, p. 42).

En estos planteos quien escribe historia es literalmente un médium dotado de la capacidad de *mostrar* o *exponer* fielmente el pasado, registrado objetivamente a través de la escritura. ¿Con qué *método*? Estableciendo los *hechos históricos* que se encuentran en las *fuentes primarias*, esto es, en los documentos, una vez verificada la autenticidad y temporalidad de estos, mediante técnicas rigurosas y procedimientos precisos. Se elimina, por lo tanto, toda distancia entre *historia como conocimiento* e *historia como materia*, es decir, el pasado –o si se prefiere, la realidad–; básicamente, porque se minimiza el rol del *sujeto que investiga*. En esta versión, la historia como *conocimiento* “existe, latente pero ya real en los documentos, desde antes de que intervenga el historiador con su trabajo” (Marrou, 1968, p. 43). Esta aspiración ampliamente compartida en la época, y resistente al paso del tiempo, se tradujo, por lo general, en narraciones literarias de acontecimientos políticos e institucionales, nacionales e internacionales, ordenados cronológicamente, en cuyo centro se ubicaban las estructuras estatales y el poder político. Es posible encontrar, ya en el siglo XIX, enfoques alternativos a este modelo de investigación. Pero la historiografía profesional y universitaria se asentó casi sin fisuras sobre este paradigma, el cual, por otra parte, tiene sus virtudes. A saber: destaca el carácter único e irrepetible en el tiempo y en el espacio de los sucesos históricos, los que deben describirse en sus singularidades, e interpretarse según sus propios principios evolutivos; afirma el principio de determinación, esto es, que todo evento histórico está enraizado en condiciones pasadas, es decir, vinculado a acontecimientos previos; dota a la temporalidad, entendida como cronología, de una renovada relevancia metodológica para combatir anacronismos y ucronías; cultiva la erudición y la rigurosidad en el tratamiento de las fuentes documentales como premisa del ideal de *objetividad* –tema éste último, sobre el que volveremos– (Aróstegui, 1995; Carr 1993; Marrou, 1968; Moradiellos, 1994; Vilar, 1988).

No obstante, algunas de las debilidades conceptuales sobre las que descansaba la historiografía decimonónica no han sido desterradas. Forman parte del sentido común sobre la acepción del término *historia*, lo que perpetúa la obliteración de su doble significación, y enmaraña todo debate. Es necesario, por lo tanto, ocuparse de ellas. No se trata de sutilezas para iniciados. Al

contrario, la crítica de estas debilidades se liga al problema de los *usos públicos del pasado* en la legitimación del poder político y la dominación social.

¿Qué historiografía enseñar para *pensar históricamente*?

Esta pregunta remite a la *historia conocimiento*, sentido al que podemos capturar mejor para diferenciarlo de la *historia materia*, siguiendo a Julio Aróstegui (1995), con el término *historiografía*. Cuando no es posible definir de manera precisa y categórica lo que *algo es*, no está mal comenzar desechando lo que ese *algo no es*. Justamente, la historiografía que nos ocupa *no es* una cronología de acontecimientos políticos e institucionales, un listado de nombres y fechas, una descripción de hechos objetivos e indiscutibles. Muy por el contrario, la historiografía que nos ocupa es el resultado de una serie de *preguntas* de investigación. Como dice Ivan Jablonka (2014, p. 17): “una cronología o unos anales no producen conocimiento, y la idea de que los hechos hablan por sí mismos es una muestra de pensamiento mágico”.

Dejemos de lado por el momento la espinosa cuestión de los *hechos* y detengámonos en las *preguntas*: ¿son todas ellas igual de significativas? Por ejemplo: ¿cuándo se aprobó la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano? Dado que el proceso revolucionario francés de fines del siglo XVIII forma parte del programa de nuestra asignatura, en principio, esta pregunta es relevante para la construcción de una cronología de la revolución. Pero su respuesta –26 de agosto de 1789–, no requiere ningún tipo de *razonamiento histórico*: basta con *googlear*. Desde un punto de vista intelectual, su memorización es equivalente a la memorización de cualquier otra fecha. En sí, no entraña *conocimiento histórico* alguno porque no contribuye *ni a probar, ni a comprender, ni a explicar, ni a argumentar, ni a vincular, ni a comparar, ni a criticar, ni a examinar, ni a contextualizar*, absolutamente nada. Es por ello, que este dato, *históricamente verdadero*, es trivial y *políticamente vacío*.

En cambio, otro tipo de preguntas demandan *pensar, investigar, razonar y argumentar históricamente*. Por ejemplo, ¿qué tan *universal* era la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano? Esta es una pregunta que *introduce problemas* y cobija un sinnúmero de interrogantes adicionales, tantos como *nuestra imaginación* considere necesarios para producir *conocimientos* sobre la cuestión que puedan ser sujetos a *demostración o refutación mediante pruebas y argumentaciones*.

Sabemos que en la actualidad las diferencias de riqueza, género o color tienen consecuencias directas sobre el ejercicio de los derechos. ¿No es sensato, entonces, dudar de la pretendida universalidad de la Declaración? ¿Qué papel jugaban éstas, u otras variables, en el acceso concreto a los derechos que proclama? Si descubrimos que efectivamente determinados grupos sociales estaban excluidos –entre otros, lxs pobres, las mujeres, lxs esclavxs y libertxs de las colonias francesas–: ¿quiénes garantizaban, y cómo, la exclusión? ¿Aceptaron pasivamente estos grupos sociales el cercenamiento de estos derechos o lucharon por acceder a los mismos? ¿Con qué ideas? Y si lucharon, ¿lo hicieron mancomunadamente en la creencia de que todos y

todas debían gozar de idénticos derechos o se encontraban divididos? Desde la experiencia del presente: ¿es razonable pensar que los varones blancos pobres consideraban como iguales en derechos a las mujeres y lxs negrxs de las colonias, ya se trate de esclavxs o de personas recientemente liberadas? ¿Por qué, dadas todas estas exclusiones, la Declaración sigue siendo considerada un hito de las luchas populares por la conquista de derechos?

Se ha dicho que “cualquier problema de historia, por limitado que sea, postula el conocimiento progresivo de toda la historia universal” (Marrou, 1968, p. 45). Una manera pomposa de señalar algo muy simple: que las preguntas siempre pueden multiplicarse porque el conocimiento historiográfico es provisional e inacabado. ¿Contra qué tipo de gobierno se alzaba este reclamo? ¿Desde cuándo? ¿Había algún régimen político en el mundo en el que estos derechos fueran ya reconocidos? ¿Quiénes promovieron la aprobación de la Declaración y mediante qué procedimiento? ¿Perteneían a un mismo grupo social? ¿Tenían alguna posición unificada estxs defensorxs de la libertad individual frente a la cuestión colonial francesa y la trata de esclavxs? Estas preguntas –que emanan de asociaciones mentales lógicas, pero arbitrarias, ya que podríamos reemplazarlas por cualesquiera otras que nos parezcan más pertinentes–, ilustran la densidad de los procesos históricos. Revelan los profundos nexos existentes entre temporalidades y espacios distintos y distantes. Recuerdan, en definitiva, la insistencia con que Pierre Vilar (2001, p. 38) convocaba en sus escritos metodológicos al “tratamiento de la *historia como una totalidad*”. Es decir, pensar la sociedad globalmente, estudiar los fenómenos sociales como entidades interconectadas, no como hechos aislados y explicables en sí mismos, y no perder de vista, en definitiva, la “profunda unidad de lo económico, lo social, lo político, lo mental” (Vilar, 2001, p. 56).

La historia como *proceso, movimiento y cambio*

Esta opción historiográfica no es una mera cuestión de gustos y preferencias. Parte de una concepción acerca de la naturaleza de lo *histórico*, de una idea acerca de lo que la *historia es*, más allá de la historiografía realmente existente sobre problemas, temas y sucesos específicos. La historia materia, el pasado, su proyección en el presente, es un *proceso*, no una secuencia de *hechos* y *acontecimientos* objetivos, independientes y autónomos, con contornos claramente definidos y encadenados en una lógica mecánica de causas y efectos.

Es un proceso porque la historia es, esencialmente, movimiento y cambio. La dimensión temporal es, por lo tanto, clave, y origen de otro de sus rasgos definitorios: el carácter singular e irreversible del pasado. No obstante, “que el curso de la historia sea «único» no quiere decir que los «tipos» de fenómenos históricos sean irrepetibles” (Aróstegui, 1995, p. 45). No hay investigación historiográfica sin *generalización* o, dicho de otro modo, sin la elaboración de *conceptos* mediante el ejercicio intelectual de abstraer lo que consideramos las características comunes y esenciales de los fenómenos investigados, y descartar las accidentales.

La conjugación de las ideas de totalidad y proceso que esbozamos conlleva una hipótesis fundamental: que la realidad histórica está estructurada por las relaciones sociales que determinan la producción material; por las formas políticas institucionalizadas que median los destinos de las comunidades; por las identidades sociales básicas que se conforman en interacción permanente con estos modos productivos y políticos; y por las luchas sociales y políticas que constituyen a –y a la vez se derivan de– estos modos productivos, estas formas políticas, estas identidades sociales básicas.

Volvamos a nuestro ejemplo: la Revolución Francesa. Que usemos la noción de *revolución* ya es una operación intelectual que destaca el *cambio* por sobre el *movimiento recurrente*. Es fruto de una *generalización*. Nos dice que hay *algo* en ese fenómeno singular que es *comparable* a otros, la Revolución Rusa o la Revolución Cubana, por ejemplo. Encierra, por lo tanto, un *argumento* que tiene que *probar* lo que afirma. ¿Qué concepto nos permitirá captar mejor la naturaleza del *cambio* en cuestión? ¿La idea de *proceso* o de *hecho social*? La noción de *revolución* remite a conflictos y luchas entre grupos sociales. ¿Es posible entender qué conflictos la motorizaron, qué grupos sociales se enfrentaron, cuáles fueron sus motivaciones, objetivos y alianzas, sin examinar la producción, el trabajo, el estado, las mentalidades? ¿Sin investigar qué relaciones sociales determinaban la riqueza de unos y la pobreza de otros? ¿O sin considerar las instituciones y el poder político de la época?

Ninguna cronología de *acontecimientos reales* es capaz de responder a estos interrogantes: el 5 de mayo de 1789 comienzan a sesionar los Estados Generales en Versalles, el 17 de junio los integrantes del Tercer Estado se conforman como Asamblea Nacional, el 28 de junio el Rey Luis XVI la reconoce como tal, el 9 de julio la asamblea se autoproclama Constituyente, el 14 de julio una muchedumbre asalta la Bastilla en París. ¿Explica algo esta enumeración de sucesos sin *pensarlos socio-históricamente* mediante conceptos y categorías tales como *feudalismo*, *propiedad de la tierra*, *absolutismo*, *monarquía*, *estamento*, *clase social*, *nobleza*, *clero*, *burguesía*, *campesinado*, *artesanado*, *trabajadores urbanos*, *explotación*, *servidumbre*, *diezmo*, *tributos*?

A su vez, son las preguntas de investigación las que determinan los *acontecimientos significativos* y el lugar que ocupan en las interpretaciones. Por ejemplo, en el estudio del *proceso* revolucionario francés, la Toma de la Bastilla es, por lo general, un simple acontecimiento, un dato, una mención que *prueba* la participación de las masas (Vovelle, 1985). En cambio, para quienes investigan la naturaleza de la participación popular, la Toma de la Bastilla es uno de los procesos de movilización diseccionados para indagar quiénes intervinieron, qué motivaciones tenían, qué acciones llevaron a cabo, por qué no pudieron ser dispersados por los guardias armados. (Rudé, 1959). Por su parte, en la historiografía de las independencias latinoamericanas, el proceso revolucionario francés es incorporado a la explicación como un *acontecimiento* clave por su influjo sobre las luchas anti-coloniales. En John Lynch (1991, p. 37), por ejemplo, su mención se liga, por un lado, a la difusión de las ideas de libertad, igualdad y fraternidad –y en menor medida, al de un modelo para la acción–; por el otro, a la sensación de amenaza que embargó no solo a las monarquías española y portuguesa, sino también a la aristocracia criolla:

A medida que la Revolución francesa se volvía más radical y que cada vez se conocía mejor, atraía menos a la aristocracia criolla. La vieron como un monstruo de democracia extrema y anarquía, que, si era admitida en América, destruiría el mundo de privilegio que disfrutaban.

En pocas palabras, los problemas investigados determinan las escalas analíticas, y los *acontecimientos historiográficos*, como las mamushkas, contienen otros que los constituyen. Continuando con el ejemplo, es posible argumentar que la Toma de la Bastilla formó parte de ese *acontecimiento* mayor y decisivo para la revolución: la movilización de masas. Desde esta perspectiva, la Toma de la Bastilla fue, hasta cierto punto, solo un *acontecimiento* más en la secuencia de movilizaciones populares y enfrentamientos armados que tuvieron lugar en París durante las jornadas previas. Ahora bien, si nuestro objeto es la dinámica que condujo a la Toma de la Bastilla, es indudable que se trata de un proceso que *contiene* otros *acontecimientos*, sin los cuales, su desenlace es incomprensible. Entre otros, la propia movilización popular que en la misma mañana del 14 de julio se apropió de las armas existentes en el *Hôtel des Invalides*, algunas de las cuales serían utilizadas, horas más tarde, en el asalto a la fortaleza; o las cuatro rondas de negociaciones frustradas entre las delegaciones enviadas durante el asedio por la Asamblea de electores de París y las autoridades armadas que custodiaban la Bastilla; o, la desertión de un grupo de soldados y oficiales de las fuerzas monárquicas que aportaron experiencia militar a la avanzada popular; o, por caso, la actitud de los comandantes de las tropas reales que decidieron, a lo largo del día, no reprimir a la muchedumbre (Godechot, 1985). En suma, simples ejemplos de cómo las preguntas y los problemas determinan las escalas analíticas, las que, a su vez, contribuyen a la definición, selección, jerarquización y articulación de *procesos y acontecimientos*.

Sin embargo, nada de esto alcanza para comprender por qué la Toma de la Bastilla terminó *simbolizando* el origen de la Revolución. Esa es otra *historia* que se vincula con los *usos públicos* del pasado, no a la propia naturaleza del *acontecimiento*, y, en la cual, la *historiografía* de la Revolución Francesa jugó un papel absolutamente marginal. En el primer aniversario de la Toma de la Bastilla, la Asamblea Nacional organizó un fastuoso acto de reconciliación y unidad nacional –la *Fiesta de la Federación*– de la que participó inclusive Luis XVI, quien todavía estaba a la cabeza del estado francés. El 1791, en cambio, los crecientes conflictos entre la Monarquía y la Asamblea Nacional, frustraron la celebración oficial que pasó prácticamente desapercibida –es que ya no se podía sostener la ficción de la unidad nacional–. Durante los años subsiguientes no hubo nuevos festejos; y los regímenes políticos posteriores optaron por otras fechas menos explosivas. Durante el Imperio (1804-1815), se festejaría el natalicio de Napoleón Bonaparte (15 de agosto); durante la restauración de la Monarquía, los onomásticos de los Reyes (1815-1848); y, durante el período de la Segunda República (1848-1852), le fecha elegida para las celebraciones patrias fue el 22 de septiembre, en conmemoración de la proclamación de la República en el año 1792. Fue recién en 1880, que el 14 de julio se convirtió en fiesta nacional. A casi una década de la derrota militar sufrida por Francia en la guerra con Prusia, el gobierno buscaba

reforzar los sentimientos patrióticos y militares apelando a memorias más gloriosas para cimentar la recuperación de la devaluada identidad nacional francesa de la época.

Más adelante nos ocuparemos con cierto detalle de los *usos públicos del pasado*; sigamos ahora con la relación entre *la investigación y lo investigado*.

Acerca de los *hechos históricos*

En oposición al ideal decimonónico, en la actualidad prevalece entre lxs historiadorxs la idea de que no existe una separación tajante entre el sujeto que investiga y lo investigado. Quien investiga el pasado define los problemas y las preguntas; selecciona lo que considera relevante –y lo que no– para resolver dichos problemas y responder dichas preguntas; busca información en distintas fuentes (documentos y publicaciones tanto estatales como de instituciones y organizaciones de la sociedad civil: leyes, estadísticas, memorias, periódicos, libros de historia, cuentos y novelas, testimonios, imágenes, monumentos, edificios, artefactos arqueológicos, etc.). Fuentes que son el producto de la actividad humana, de hombres y mujeres que *determinaron las palabras, las ideas, los conceptos y los datos que en ellas se encuentran*. En la mayoría de estas fuentes ciertos grupos están muy presentes –los ricos, los propietarios, los políticos, los militares, los varones, por ejemplo– y, otros, mucho menos, sino directamente ausentes –lxs pobres, lxs trabajadorxs, lxs esclavxs, los pueblos originarios, las mujeres, las disidencias sexuales, por ejemplo–.

Por lo tanto, en esta perspectiva, los *hechos del pasado* no tienen cualidades propias y objetivas, sino que son seleccionados y elaborados tanto por la sociedad (que les pone nombre, define y registra ciertas cosas, ignora otras, etc.) como por quien investiga (según ideas preconcebidas, teorías, ideales políticos). Los *censos de población* –una fuente de información muy utilizada por la historiografía–, y sus variaciones a lo largo del tiempo, son un ejemplo paradigmático de esta interacción; qué se pregunta y de qué manera, habla tanto, o más, de la sociedad que lo implementa, que los propios resultados cuantitativos a los que arriba.

Lucien Febvre fue uno de lxs historiadorxs que batalló con vehemencia, explícita y tempranamente, contra la idea de que primero debían establecerse los *hechos objetivos* y luego operar con ellos, vincularlos y coordinarlos en una exposición. En su artículo *La historia historizante*, publicado en 1946, volvía sobre el tema y se preguntaba:

¿A qué se llama los hechos? ¿Qué hay detrás de la palabrita “hecho”? ¿Pensáis que los hechos están dados en la historia como realidades sustanciales que el tiempo ha enterrado más o menos profundamente, y que se trata de desenterrar, limpiar y presentarlos bellamente iluminados a los contemporáneos? (Febvre, 1982, p. 177).

La misma cruzada emprendía Edward Carr (1993, p. 16) a principios de los sesenta: “La creencia en un núcleo óseo de hechos históricos existentes objetivamente y con independencia

de la interpretación del historiador es una falacia absurda, pero difícilísima de desarraigar”. Tal es así, que continúa siendo la creencia predominante en nuestras aulas y, por lo tanto, actuales sus reflexiones: “según el punto de vista del sentido común, existen hechos básicos que son los mismos para todos los historiadores y constituyen, por así decirlo, la espina dorsal de la historia” (Carr, 1993, p. 14). Por caso, para retomar el mismo ejemplo, que el 26 de agosto de 1789 se aprobó la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Sin embargo, la investigación *historiográfica* no consiste en recopilar datos o construir cronologías. Es necesario repetirlo: estos datos básicos no tienen cualidades propias por fuera de las preguntas y las interpretaciones de la persona que los *selecciona*. “Solía decirse que los hechos hablan por sí solos. Es falso, por supuesto. Los hechos sólo hablan cuando el historiador apela a ellos: él es quien decide a qué hechos se da paso, y en qué orden y contexto hacerlo” (Carr, 1993, p. 15). Y es también quien los *elabora*. Por ello, frente a quienes afirmaban metafóricamente que los *hechos* eran los *clavos de los cuales* colgaban *las teorías y las interpretaciones*, Febvre (1982, p. 178) retrucaba: “clavos que hay que forjar antes de clavarlos en la pared. Y tratándose de historia, es el historiador quien los forja”. De modo similar, contra el objetivismo que irradiaban este tipo de metáforas para definir la naturaleza de los *hechos históricos*, u otras tales como *espina dorsal* o *núcleo óseo*, Carr apelaba a una idea alternativa. Decía que los *hechos* eran la *materia prima*, no la historia en sí misma. Es decir, eran el producto y el objeto de un proceso de elaboración intelectual.

Por ejemplo, en una historia del desarrollo de la separación de poderes del Estado y el avance de los derechos civiles, la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* de 1789 es, sin dudas, un dato destacado. Pero en una historia del feminismo ese lugar seguramente lo ocupe la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* –redactada por Olympe de Gouges en 1791–, y que según Joan Scott (2012, p. 40) “no fue la primera ni la única afirmación feminista en la Revolución, pero (...) es muy probablemente, el reclamo de derechos para las mujeres más amplio de ese período (...)”. Una fuente documental, a su vez, que pone al descubierto las contradicciones de la *Declaración* de 1789, la cual proclamaba la igualdad natural y política universal, pero no reconocía la soberanía política a las mujeres, negando en los hechos este paradigma.

Los datos con los que el historiador elabora los *hechos* nunca llegan en estado puro, se elaboran a partir de las *fuentes*. Sin los rastros, sin los vestigios, sin las huellas de la actividad humana del pasado, sin *documentos*, no hay conocimiento posible, no hay *historiografía*. El propio escrito de Olympe de Gouges es un buen ejemplo: en la época fueron distribuidas solo cinco copias por lo que es prácticamente un accidente su supervivencia. En el año 1840 fueron publicados algunos extractos, y recién en 1986 el texto completo. Además, la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*, ¿es representativa de un movimiento más amplio o se trata de un caso aislado y, hasta cierto punto, excepcional? Scott afirma que no, pero lo cierto es que el escrito en sí mismo no alcanza para responder esta pregunta. Para ello se deben *buscar* otras *fuentes*, rastrear otros *hechos*. Por ejemplo, los por largo tiempo infravalorados *Cuadernos de Quejas y Reclamaciones de las Mujeres*, que denunciaban en 1789 que

las mujeres conformaban el “Tercer Estado del Tercer Estado” y demandaban la eliminación de las leyes discriminatorias, probando de esta manera, que la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*, si excepcional por su claridad, arraigaba en reclamos extendidos (Nash y Tavera, 1995). O la decisión tomada en 1793 por la Convención –la asamblea de representantes compuesta por varones– de clausurar todos los clubes y sociedades de mujeres, que evidencia tanto la existencia de mujeres organizadas y movilizadas, como el *hecho social* de la opresión masculina. Entre otros, fueron clausurados el *Club des Républicaines Révolutionnaires*, las *Amazones Nationales*, las *Dames Patriotiques*, las *Dames Citoyennes*, las *Dames de la Fraternité*, *Des Amies de la Loi*, la *Société Patriotique de la Décence et des Amies de la Vérité*, la *Société des Amies de la Consolation* (Cantera Ortiz de Urbino, 1994, p. 222). Nombres que expresan, a su vez, que el movimiento de las mujeres de la época comprendía ideas, motivaciones y proyectos diversos. Pero que también acicatean nuevas preguntas: ¿por qué se organizaban por separado? ¿Voluntad propia o respuesta a la exclusión de los clubes políticos ejercida por los varones?

Por último, las preguntas que se le hacen al pasado, el modo en que se interpretan sus *huellas*, el sentido que se les atribuyen a estas, dependen fuertemente del presente. Los ejemplos seleccionados son también una prueba de ello. Hace una década, probablemente, hubiesen sido otros. Aunque la organización autónoma de las mujeres se remonte en nuestro país a finales del siglo XIX, pensemos, por caso, en el periódico feminista del comunismo-anárquico *La Voz de la Mujer* (1896), desde el 2015, año en que tuvo lugar la primera marcha del colectivo *Ni Una Menos*, las luchas del movimiento de mujeres y los colectivos LGBTQ+, han ganado un lugar inédito en la agenda política y social de nuestro país. La masividad alcanzada desde entonces por el movimiento feminista revitalizó la perspectiva de género también en el campo de la historiografía. Al interior del equipo de trabajo de la cátedra nuestras compañeras sumaron nuevas lecturas y miradas. Mientras que las preguntas, intervenciones y planteos de lxs estudiantxs fueron esparciendo desde abajo el *feminismo* en nuestras aulas.

Podemos concluir, por lo tanto, citando nuevamente a Carr (1993, p. 13): “no todos los datos acerca del pasado son hechos históricos, ni son tratados como tales por el historiador”.

Explicaciones en el campo de la historiografía

La meta de la historiografía, entonces, no es *contar historias pasadas*, sino plantear problemas y responder preguntas, en una palabra, *explicar* procesos y acontecimientos.

Actualmente, la vieja disputa entre quienes distinguían los métodos de investigación de las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales, y quienes afirmaban la identidad de estos, ha perdido importancia. Sin embargo, algunos de los ejes de ese debate pueden servirnos para reflexionar sobre el conocimiento historiográfico y sus modelos explicativos. El meollo de la discordia residía en si la explicación causal de los fenómenos de las ciencias de la naturaleza –el modelo positivista causa-efecto del siglo XIX–, podía extenderse a los fenómenos sociales.

Por un lado, quienes afirmaban que no, argumentaban que para entender lo social se debía recurrir a la *comprensión* (o al *modelo hermenéutico*). ¿Por qué? Porque para entender las intenciones, las motivaciones, los proyectos que guían las acciones humanas, es necesario recurrir a las mismas operaciones mentales que usamos en la vida cotidiana para interpretar las intenciones de los demás mediante un ejercicio de empatía. La *comprensión*, además, se diferenciaría del conocimiento objetivo de los hechos del mundo físico, dado que requiere que lxs historiadorxs recreen en su mente el pensamiento y los motivos que impulsaron las acciones humanas del pasado. Por el otro, quienes negaban esta diferencia, argumentaban que tanto las ciencias naturales como las ciencias sociales debían recurrir a hipótesis generales y teorías para producir explicaciones científicas de los fenómenos (Hempel, 1996). Como señalara Aróstegui (1995, p. 39):

Esta cuestión esencial ha dividido hasta hoy el campo de los metodólogos de la ciencia entre aquellos que creen que sólo existe un tipo de ciencia, como es el caso del positivismo, y, por tanto, un solo tipo de explicación según el modelo causal y los que creen que las acciones humanas no pueden explicarse según ese modelo sino bajo el modelo teleológico, hermenéutico o «comprensivo», con lo que se sale del modelo de la explicación para entrar en el de la «comprensión».

La intención del capítulo no es enredarse en esta discusión, en gran parte perimida por los propios desarrollos en el campo de las ciencias de la naturaleza, sino reflexionar sobre el conocimiento y las explicaciones historiográficas. ¿Está la historiografía efectivamente condenada a optar entre el modelo *causal* y el modelo *comprensivo*? ¿Existe un tipo de explicación que le es propio y singular? ¿Agotan estos modelos el arco de procedimientos explicativos al alcance de la historiografía?

El modelo causal positivista –o determinista– del siglo XIX postulaba la existencia de leyes universales, esto es, pautas inmanentes, tanto del ser o del devenir –los procesos, el desarrollo, el cambio–, producto de las relaciones constantes, regulares y objetivas de causa-efecto del mundo físico y natural. Estas leyes de la naturaleza, independientes del observador, constituían la base de la predicción de los acontecimientos futuros. Desde principios del siglo XX, sin embargo, los desarrollos de la física cuántica comenzaron a socavar las bases de este modelo. Sus investigaciones introdujeron el principio de incertidumbre en los procesos físicos atómicos y subatómicos de la naturaleza, y descubrieron que la interacción con los objetos investigados puede tener efectos apreciables sobre sus comportamientos lo que condujo al abandono de la idea de la neutralidad del observador. De esta forma, fue emergiendo un modelo científico probabilista, pero sin renunciar a la idea de que la naturaleza está regida por leyes y, por lo tanto, que es factible la predicción (Hawking y Mlodinow, 2010).

De algún modo, estos desarrollos minaron la difundida creencia en que, a las mal llamadas ciencias *duras* y *blandas*, esto es, las ciencias de la naturaleza y las ciencias humanas, estaban separadas por un abismo. Sin embargo, que no haya abismo, no significa, que no existan

diferencias en sus *objetos* y en sus *métodos*, tal como sucede, incluso, entre las propias ciencias de la naturaleza. Por caso, ¿es posible postular la existencia de leyes en el desenvolvimiento de la historia?

La posición predominante en el campo historiográfico es expresada con claridad nuevamente por Aróstegui (1995, p. 49): “El conocimiento histórico no puede predecir los comportamientos futuros. No hay una ciencia de la historia capaz de predicción. No hay «leyes» del desenvolvimiento histórico porque no podemos predecir en términos científicos el sentido de un cambio como el histórico”.

No obstante, aunque los enunciados de la historia tengan alcances estrechos, dado que no aspiran a establecer leyes generales, ni poseen carácter predictivo (o, al menos, este es muy limitado), pueden, y deben, realizar *generalizaciones* que se sometan al criterio de no-refutación propio de toda práctica científica: es decir, la validez de una afirmación se sostiene hasta que se pruebe lo contrario. “Esto asegura el carácter abierto y provisorio de la historia” (Jablonka, 2014, p. 189) –uno de los rasgos distintivos de toda práctica científica, tal como señalara Mario Bunge (1963, p. 44) en un libro clásico: “(...) la ciencia es abierta como sistema porque es falible y por consiguiente capaz de progresar”–.

La historiografía de la Revolución Francesa puede ayudarnos, una vez más, a ilustrar la cuestión. En la misma, encontramos una diversidad de explicaciones sobre los fenómenos y procesos que los historiadorxs han identificado como constitutivos de *su historia*. Explicaciones *causales*, es decir, que se basan en enunciados de secuencias causa-efecto: por ejemplo, que la crisis fiscal de la monarquía francesa fue la *causa* del aumento de los impuestos a la nobleza, que a su vez fue la *causa* de la mayor presión tributaria que la nobleza comenzó a ejercer sobre el campesinado, lo que a su vez fue la *causa* de la rebelión campesina. Explicaciones *comprensivas* (o *hermenéuticas*) de las motivaciones, intenciones o proyectos de los agentes para dar cuenta, por caso, de la dinámica del terror durante la República Jacobina o del ascenso de Napoleón Bonaparte al poder. Explicaciones *estructurales* de los intereses antagónicos que generaron conflictos crecientes entre la aristocracia terrateniente y la burguesía en ascenso, o, entre la primera y el campesinado. Explicaciones sistémicas de la caída de los beneficios rurales de los señores franceses en periodos de crecimiento, el desarrollo (o estancamiento) de las fuerzas productivas o el aumento del precio del pan en el modo de producción feudal. Explicaciones *funcionales* que conceptualizan a la Revolución Francesa como una revolución burguesa por su *finalidad* objetiva: barrer con las trabas del ascenso de la burguesía. Explicaciones *genéticas*, es decir, aquellas que encuentran en el *origen* la razón de ciertos fenómenos, por ejemplo, la debilidad del absolutismo francés por la persistencia de superposiciones territoriales en la administración civil, judicial, fiscal y religiosa, sobre las que se fue edificando el poder institucional de la monarquía. Y hasta no hace mucho tiempo atrás, *explicaciones según leyes*, como en los planteos de Alberto Soboul (1986, p. 9) acerca de los vínculos entre la historia de la Revolución Francesa y “la ley histórica de la transición del feudalismo al capitalismo moderno”.

Este simple inventario permite concluir, en primer lugar, que los fenómenos que la historiografía pretende explicar son de índole diversa: instituciones, estructuras económicas y

sociales, mentalidades; no se reducen *solamente* a secuencias de acontecimientos. En segundo lugar, que la historiografía recurre en la práctica a diversos tipos de explicación mediante el uso de conceptos (monarquía, feudalismo, nobleza, burguesía, campesinado, revolución, fuerzas productivas, modo de producción, etc.). En tercer lugar, que ninguna de estas explicaciones es autosuficiente: los historiadores no solo asignan, por lo general, varias *causas* al mismo fenómeno, sino que evitan hacerlo de forma aislada (Carr 1993). Si nos detenemos a pensar en el tipo de explicaciones historiográficas enumeradas es evidente que se relacionan y se articulan unas con otras. La historiografía procura jerarquizar y ordenar estas explicaciones –las *causalidades*– mediante el procedimiento de simplificar su multiplicidad, sin perder de vista la variedad y complejidad de los procesos que estudia –un equilibrio siempre difícil de alcanzar–. El principio de *causalidad* es un modelo necesario para entender el mundo que nos rodea: “El axioma de que todo tiene causa es una condición de nuestra capacidad de comprender lo que a nuestro alrededor acontece” (Carr, 1993, pp. 125-126). Pero los ejemplos brindados muestran la diversidad de modelos explicativos –que incluyen los *causales sí, pero no los mecanicistas*– a los que recurren en su práctica los historiadores. Por lo tanto, *pensar históricamente* requiere *conceptualizar*, explorar las *causas* que determinaron los fenómenos y procesos investigados, reconocer que estas *causas* no son uniformes –ni operan todas al mismo nivel–, y que es necesario articularlas. Después de todo:

La relación del historiador con sus causas tiene el mismo carácter doble y recíproco que la relación que lo une a sus hechos. Las causas determinan su interpretación del proceso histórico, y su interpretación determina la selección que de las causas hace, y su modo de encauzarlas. La jerarquía de las causas, la importancia relativa de una u otra causa o de este o aquel conjunto de ellas, tal es la esencia de su interpretación (Carr 1993, p. 138).

Subjetividad, objetividad, neutralidad

La cita de Carr nos vuelve a confrontar con la subjetividad de quien investiga. Es crucial, sin embargo, que la crítica de la concepción positivista del pasado como un *conjunto objetivo de hechos encadenados por una relación mecánica de causas y efectos*, no derive en otra tergiversación tanto o más nociva que la primera: que el conocimiento histórico es imposible, que toda historia es siempre el producto subjetivo del historiador, que todo depende del color del cristal con que se mire. Para evitar esta trampa es necesario diferenciar entre *objetividad* y *neutralidad*.

La primera es un criterio básico y elemental que se deriva de los procedimientos metodológicos y científicos empleados por quien investiga: la definición clara y precisa del problema, la explicitación de las metodologías y teorías empleadas, el suministro de la documentación que sustenta las afirmaciones y los argumentos, la contrastación con la evidencia y los conocimientos disponibles, etc. La segunda una ilusión que emana de la idea de que el investigador y su producción pueden separarse y ponerse por encima de la lucha social. Sintetizando, no la verdad –

siempre aproximada–, pero sí la validez de las distintas interpretaciones, depende de los criterios y procedimientos científicos empleados. Jablonka (2014, p. 192) lo dice bellamente: “Hacer ciencias sociales no consiste, por consiguiente, en encontrar la verdad, sino en *decir algo verdadero*, construyendo un razonamiento, administrando la prueba, formulando enunciados dotados de un máximo de solidez y pertinencia explicativa”. El buen historiador jamás anuncia que “va a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad”; simplemente se compromete a “citar sus fuentes, buscar una explicación, criticar una hipótesis, presentar la prueba, argumentar. El investigador no pide jamás al lector la suspensión voluntaria de la incredulidad, sino el rechazo sistemático de la credulidad” (Jablonka, 2014, p. 247). Es el tipo de razonamiento desplegado, ese *pensar históricamente*, lo que permite distinguir el relato fáctico, *acontecimental*, puramente informativo del texto con aspiraciones cognitivas.

Por medio de las preguntas, las fuentes y las pruebas, las ciencias sociales producen conocimientos sobre lo real en vez de limitarse a mencionarlo. Brindan al lector la posibilidad no solo intelectual sino también física de salir del texto y tratar de verificar lo que en él se afirma. Aceptan insertar su objeto en un conjunto más vasto, que se denomina comparación o generalización” (Jablonka, 2014, p. 248).

A su vez, es importante subrayar que la *objetividad*, como una superación del subjetivismo, esto es, del punto de vista individual del científico, no depende pura y exclusivamente de la metodología, sino que es un producto de la inter-subjetividad. Es decir, se encuentra en el carácter abierto y público de la ciencia, del debate que valida o rechaza sus enunciados; o, como diría Jean Chesneaux (1977), en el carácter social del conocimiento histórico.

La pretensión de neutralidad, en cambio, es de otro orden. Vilar (2001, p. 112) capta bien el fondo del asunto cuando señala que: “No sólo el historiador está ‘en la historia’, sino que forma parte de la historia. Su manera de ‘hacer historia’ es un testimonio inequívoco de la ‘mentalidad’ de su tiempo.” En su versión más cruda, este problema está vinculado al del compromiso político del historiador como un obstáculo para el conocimiento *objetivo*. Un tema que ubicaremos como parte de una cuestión mucho más amplia: *el de la relación entre pasado, presente y futuro en la historia y la historiografía*.

Pasado, presente y futuro en la vida y en los libros

La crítica de la aspiración de neutralidad nos conduce directamente al de la relación entre la historia (la vida), la historiografía (los libros) y las luchas sociales del presente, o, si se quiere, la relación entre pasado, presente y futuro.

Fontana (2003, p. 17) introduce el problema con la famosa frase del escritor George Orwell: “quien controla el pasado controla el futuro, y quien controla el presente controla el pasado”. La misma relación, aunque desde otro ángulo, aborda Residente en el estribillo de *El Aguante*,

canción con la que solemos iniciar la cursada: “Por lo que fue y por lo que pudo ser / Por lo que hay, por lo que puede faltar / Por lo que venga y por este instante / A brindar por el aguante”. No muy diferente, en definitiva, a lo que en un lenguaje más académico señala Carlos Aguirre Rojas (2001, p. 33): “el buen historiador genuinamente crítico, nos recuerda siempre que ayer igual que hoy, la historia es un terreno de disputa constante, donde de manera contradictoria y tenaz se enfrentan siempre varios futuros alternativos posibles”. Chesneaux (1977, p. 24), por su parte, afirma que la propia historiografía “penetra en la lucha de clases; jamás es neutral, jamás permanece al margen de la contienda”. Este conjunto de citas plantea cuestiones muy importantes.

En primer lugar, nos recuerdan que la historia y la historiografía (la vida y los libros) son un campo en permanente disputa. La historia (el pasado y el presente) está atravesada por las luchas sociales: por la lucha de clases, por las luchas de género, por las luchas contra la discriminación racial, por las luchas de los pueblos indígenas, por las luchas de los ambientalistas, por citar las hoy más visibles y cotidianas. Luchas que se manifiestan en fenómenos tales como las huelgas por demandas salariales, las marchas contra la violencia de género, la resistencia de las comunidades originarias, las ocupaciones de tierras que procuran vivienda, los reclamos de los vendedores callejeros inmigrantes acosados por la policía, las campañas antirracistas del movimiento marrón, las movilizaciones ambientalistas contra la megaminería, y un largo etcétera. Y la historiografía –la producción de conocimiento sobre el pasado–, también está atravesada por las luchas sociales. Por eso, Barrington Moore se quejaba de los historiadores y científicos sociales que confundían la objetividad con la neutralidad.

Es decir, no logran distinguir entre la actividad investigadora, donde la objetividad (esto es, la voluntad para aceptar el error) es esencial en la búsqueda intelectual honesta, y el efecto de la investigación, donde la neutralidad (esto es, la imparcialidad) debe por fuerza ser una ilusión en todo estudio significativo (citado en Kaye, 2019, p. 309).

Explicaba que dadas las estructuras de dominación que caracterizan a nuestras sociedades, el conocimiento que producen las ciencias humanas acerca de cuestiones tales como los procesos económicos, la estructuración de las clases sociales, las instituciones estatales, los acontecimientos políticos, etc., afecta siempre los intereses de algún grupo. Más aún, Barrington Moore argüía que eran las clases dominantes –los poderosos– quienes tenían mayor interés en ocultar cómo funciona la realidad social. Por ello, concluía, no sin polémica:

Todo estudioso de la sociedad humana puede hallar en la simpatía por las víctimas de los procesos históricos y el escepticismo respecto a las vanaglorias de los triunfadores las salvaguardas esenciales para no quedar prendido en la mitología dominante. El estudioso que quiera ser objetivo necesita esos sentimientos como parte de su equipo profesional ordinario (citado en Kaye, 2019, p. 309).

En segundo lugar, estas citas advierten que el conocimiento histórico es un arma esencial en todas estas disputas cotidianas y en los proyectos políticos alternativos que buscan modelar el futuro. Es decir, pasado-presente-futuro se encuentran entrelazados: en la historiografía, ya que las preguntas que formulan lxs historiadorxs dependen tanto del presente como del futuro imaginado; en la historia vivida, ya que el pasado coacciona el presente y el futuro, mientras que el futuro opera, a su vez, en las luchas del presente como proyecto político; en ambas, historiografía e historia, ya que, además, todo proyecto político se nutre de una determinada interpretación del presente y del pasado. No se trata de un trabalenguas; no es un juego de palabras. Captar la dinámica de estas relaciones es esencial para trascender las visiones fatalistas del pasado y del presente, para las cuales lo actual es inevitable e ineludible (Aguirre Rojas, 2001).

En tercer lugar, y finalmente, el trabajo profesional de lxs historiadorxs es solo un componente más de esta relación colectiva y contradictoria de las sociedades con el pasado; más aún, no siempre es el más importante y, como debiera estar claro a esta altura, jamás es independiente del contexto social y de la ideología dominante (Chesneaux, 1977). Una cuestión que nos conduce al último de nuestros problemas: el de los *usos públicos de la historia*.

Usos públicos de la historia: tensiones, disputas, política

Afirma Fontana (2003, p. 17):

El uso público empieza con la educación, de la que recibimos los contenidos de una visión histórica codificada, fruto de una prolongada labor de colonización intelectual desde el poder que es quien ha decidido cuál es “nuestro” pasado, porque necesita asegurarse con eso que compartimos “su” definición de la identidad del grupo del que formamos parte, y que para conseguirlo no tiene inconveniente en controlar y censurar los textos y los programas. Porque eso de la historia es demasiado importante para dejarlo sin vigilancia.

Fontana se concentra en el papel de la educación en la formación de ciudadanos activos que doten al estado de legitimidad para representar sus perspectivas e intereses. Pero este aspecto, sin duda importante, es solo uno de los componentes de lo que el propio Fontana define como historia “pública”, un discurso *oficial* sobre el pasado al que le atribuye la capacidad de influir el voto, fomentar el nacionalismo o definir a los *presuntos* enemigos de los *valores patrios* postulados por las elites dirigentes. Como dice Chesneaux (1977, p. 29), quien discute ampliamente el tema:

En las sociedades de clase, la historia forma parte de los instrumentos por medio de los cuales la clase dirigente mantiene su poder. El aparato del estado trata de *controlar al pasado*, al nivel de la política práctica y al nivel de la

ideología, a la vez. El estado, el poder, organizan el tiempo pasado y conforman su imagen en función de los intereses políticos e ideológicos.

Discutimos las dificultades que origina la polisemia del término *historia*. Procuramos eludir las diferenciando entre *historia* (el pasado) e *historiografía* (los conocimientos sobre dicho pasado producidos por la investigación). Sin embargo, Fontana y Chesneaux nos confrontan con nuevos sentidos que desbordan estas precisiones iniciales. En ambas citas la utilización del término *historia* sobrepasa ampliamente el significado de *historiografía*. Refieren, sobre todo, a prácticas estatales –aunque no se restringen solo a ellas– destinadas a la ritualización del pasado y la modelización de la memoria popular: entre otras, las nominaciones mediante referencia históricas (calles, pueblos, escuelas, centros culturales, obras públicas, etc.), la organización de fiestas nacionales, las conmemoraciones oficiales, la fijación de símbolos y aniversarios patrios, la administración de museos, la construcción de monumentos, etc. Es decir, no es la producción historiográfica –el conocimiento fruto de la práctica científica de lxs historiadorxs– lo que está en el centro de la *historia pública* –aunque contribuya sin duda a darle forma–, sino la circulación de discursos sobre el pasado, más o menos *verdaderos*, vehiculizados bajo diferentes canales. Estos discursos trascienden los relatos narrativos y los enunciados de tipo *historiográfico*, incluyendo imágenes, símbolos, mitos, tradiciones, expresiones artísticas, espectáculos varios.

Aunque estas prácticas estén lejos de ser monolíticas –muy por el contrario, están sujetas a disputa permanente–, son esenciales para la producción de un *sentido común histórico* que tienden a legitimar a los gobernantes –en particular– y al orden establecido –en general–. Las mismas sedimentan a lo largo del tiempo versiones del pasado que conviven en tensión permanente, y que incluso son revisadas, parcial o totalmente, desde las propias esferas estatales, aunque siempre dejando intactos los fundamentos básicos: la identificación nacional, la estatalidad como expresión del interés general de la comunidad, el capitalismo como horizonte infranqueable de organización social y productiva.

La cuestión, sin embargo, no se limita solamente a la funcionalidad de la *historia pública* en la legitimación del orden establecido. Tampoco a que las clases dirigentes recurran de manera más o menos explícita al pasado para cimentar su poder en el presente. Parte del problema es, también, que las clases dominantes y el estado han sido históricamente los principales productores de documentos y quienes han decidido qué se preserva –y qué no– mediante la organización y custodia de los archivos, y qué se muestra –y cuándo– mediante estrictas normas de difusión pública –que incluyen el secreto temporal y la destrucción–.

Asimismo, es necesario subrayar que, en oposición a estos *usos públicos* del pasado funcionales al conservatismo social, emergen de la mano de las luchas populares, visiones alternativas que los confrontan. Los movimientos sociales que impugnan el orden establecido producen sus propios documentos, tradiciones, símbolos, memorias, archivos. Su circulación e influencia social son directamente proporcionales a sus fuerzas. Por definición, en todas las luchas cotidianas se enfrentan grupos sociales con interpretaciones propias del pasado. Cuán distintas son estas interpretaciones es una cuestión que depende de quienes las enarbolan y de las circunstancias históricas concretas.

Cualquiera sea el caso, estas *historias públicas*, oficiales o alternativas, contribuyen a la construcción de las identidades sociales y los proyectos políticos en una medida comparablemente mayor que la *historiografía*.

Exploramos preliminarmente la cuestión a propósito de la Toma de la Bastilla. Ahora, sin embargo, quizás sea conveniente abandonar Francia y concentrarnos en ejemplos más cercanos, en el tiempo y en el espacio.

Durante la conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910, su sede principal, la ciudad de Buenos Aires, cobijó desfiles militares, visitas de extranjeros ilustres, exposiciones artísticas y productivas, galas de teatro, inauguraciones de parques –como el Centenario, por ejemplo– y monumentos varios. No está de más señalar, que los homenajes y festejos mayos eran una consolidada tradición porteña que solo gradualmente fue extendiéndose a otras provincias, enfrentadas política y militarmente con Buenos Aires, en más de una ocasión, a lo largo del siglo XIX. ¿Por qué, por ejemplo, no arraigar el *símbolo de la nacionalidad* en la menos porteña Declaración de la Independencia del 9 de julio de 1816?

Como señala Cattaruzza (2007, p. 34), en los festejos organizados por la élite dirigente:

La Revolución no sólo era convertida en el punto inicial de la nacionalidad y su centro (...) sino que era presentada además como un movimiento uniforme, sin conflictos, sin tensiones internas; republicana e independentista, por otra parte, sin mayores dudas, desde el inicio por los revolucionarios, que nunca habían considerado otra alternativa (...)

Una presentación, nos previene Cattaruzza, que sabemos sobradamente que no era así ya que se trató de un proceso repleto de contradicciones internas y conflictos.

Era a su vez, una afirmación del papel de la clase terrateniente y su elenco gobernante, como promotores del *progreso* y la *grandeza nacional* en medio de la euforia agroexportadora. En suma, no el resultado metódico de la producción historiográfica, sino un *uso público y estatal* destinado a fomentar el antídoto del nacionalismo frente a la diversidad cultural de la inmigración y la indisimulable descomposición política del régimen oligárquico ante la presión democrática ejercida por los y las de abajo. Una política acompañada por toda una batería de acciones públicas: el servicio militar obligatorio (1901); la celebración de los funerales de estado –el año 1906 fue especialmente prolífico en este sentido, dados los fallecimientos de Bartolomé Mitre, Francisco Urriburu, el presidente en ejercicio Manuel Quintana, Carlos Pellegrini, Juan Agustín García y Alberto Casares (Gayol, 2012)–, o, la promoción escolar de una pedagogía patriótica mediante el culto a la nación y sus símbolos –en 1909, por ejemplo, se instauró el saludo cotidiano a la bandera en las escuelas públicas. Por ello, aunque por diferentes motivos, tanto el radicalismo como el socialismo tomaron prudente distancia de los festejos organizados por el gobierno encabezado por José Figueroa Alcorta. Ambas fuerzas políticas disputaron el sentido oligárquico del Centenario. La Unión Cívica Radical asociando el nacionalismo a la reforma electoral que distinguía su programa, el Partido Socialista denunciando el nacionalismo patriotero y xenófobo –como ya lo había hecho frente a la imposición del saludo a la bandera.

Más extrema fue la oposición de la anarquista Federación Obrera Regional Argentina (FORA), que aprovechó la ocasión para lanzar una campaña reclamando la derogación de la Ley de Residencia (1902), por la cual los extranjeros que *alteraban el orden* podían ser deportados –los huelguistas, por ejemplo–, y la libertad a los presos sociales y políticos. Muchos de ellos, encarcelados durante la represión de la marcha organizada por la FORA el 1ro de mayo de 1909, a manos del Escuadrón de Seguridad de la Policía Federal, en la que fueron asesinados diez manifestantes, heridos unos setenta y detenidos no menos de ciento cincuenta (Frydenberg y Ruffo, 2012). Ante la amenaza anarquista de lanzar una huelga general el día 18 de mayo, cinco días antes, el gobierno decretó el Estado de Sitio, dando vía libre a grupos de choque nacionalistas, estatales y para-estatales, que asaltaron y saquearon decenas de locales obreros y destruyeron las imprentas del periódico anarquista *La Protesta Humana* y del órgano de prensa del Partido Socialista *La Vanguardia* –los que permanecieron cerrados los meses siguientes. Simultáneamente, el Congreso debatía la Ley de Defensa Social dirigida a la represión del anarquismo, presentada en mayo y sancionada finalmente en junio.

También el Bicentenario de la Revolución de Mayo fue objeto de disputas y tensiones políticas, aunque menos dramáticas.

Por ejemplo, varixs historiadorxs cuestionaron durante los festejos la construcción de un relato oficial “sesgado en exceso”, que años después, Juan Suriano (2015, p. 161) recordaba de la siguiente manera:

Se privilegiaron algunos hechos y se ocultaron otros; se ensalzaron algunas figuras y se denostaron o ignoraron a otras. Se emparentó al actual gobierno con la gesta de la independencia y con el primer peronismo y se lo contrapuso a ciertos procesos (la República oligárquica, las dictaduras, la década de los noventa). Primó, entonces, una interpretación política e ideológica sesgada de dicho proceso que constantemente se deslizaba hacia el anacronismo, el maniqueísmo y el autoelogio. Esta tendencia fue claramente perceptible en los propios festejos del Bicentenario (especialmente en la proyección efectuada el 25 de mayo sobre las paredes del Cabildo), así como en diversos discursos de la presidenta.

Aunque por motivos distintos, desde los partidos opositores, irritados por la denostación oficial de *ciertas figuras y periodos del pasado*, también se alzaron voces contra los *sesgos y la ideologización* de los festejos, al tiempo que acusaban al gobierno de Cristina Kirchner por obstaculizar la *verdadera unidad nacional*; la UCR, el GEN y el Partido Socialista, por ejemplo, emitieron días antes un documento conjunto en este último sentido. Propuesta Republicana (Pro), al frente del gobierno de la ciudad de Buenos Aires, sumó a este tipo de críticas, el intento de diferenciarse del gobierno nacional mediante la organización de actividades propias que no tuvieron mayor trascendencia. Por su parte, los partidos políticos de izquierda intervinieron en el debate público con interpretaciones centradas en los aspectos de clase del proceso histórico abierto con la Revolución de Mayo, la frustración de sus promesas emancipatorias y, por último, la denuncia de la

distancia entre el discurso *nacional y popular* de las celebraciones y las políticas efectivas que llevaba adelante el gobierno nacional. El Bicentenario fue escenario de otro tipo de acciones contenciosas: por ejemplo, la Corriente Clasista y Combativa (CCC) realizó cortes de rutas denunciando el manejo "clientelar" de los planes de empleo y ayuda social, antesala del campamento "por un Bicentenario sin pobreza ni indigencia" que montaron en las inmediaciones de la 9 de Julio, los días 24 y 25 de mayo.

Sin embargo, todas estas disputas, aun las más enconadas, encontraban arraigo en el terreno común de la *historia nacional*. Por el contrario, el documento *Caminando por la Verdad hacia un Estado Plurinacional* y la organización de *El Otro Bicentenario* apelaron a una memoria indígena y anti-colonial en la cual la Revolución de Mayo, finalmente, no era más que otro capítulo de la dominación y usurpación de sus territorios. El primero fue redactado por los representantes de las más de treinta comunidades indígenas que participaron de la *Marcha de los Pueblos Originarios*, compuesta por tres columnas que partieron desde Misiones, la Quiaca y Mendoza para confluir en Plaza de Mayo, donde fue entregado al Poder Ejecutivo. El documento enhebraba una serie de demandas –políticas, sociales, culturales, económicas y ambientales– que, andando pasado y presente, procuraban un *pacto para la creación de un Estado Plurinacional*. Entre otras, el documento afirmaba la preexistencia de sus comunidades; reclamaba la mensura y titulación de todos los territorios comunitarios indígenas; denunciaba el modelo extractivista exigiendo la creación de un Tribunal de Justicia Climática y Ambiental; solicitaba la oficialización de sus lenguas en las enseñanzas primaria y secundaria; y urgía el reemplazo del 12 de Octubre en el calendario oficial de feriados por las fechas sagradas de los Pueblos Originarios (Inti Raymi, Wiñoy Xipantu, Pachamama).

Pero somos Pueblos Indígenas Originarios, Soberanos en nuestros territorios, tierras y recursos naturales. Territorio, cuyo Ejército Nacional Argentino, financiado por capitales británicos y la oligarquía terrateniente, llegó con su carga de muerte, usurpación y destrucción, completando lo realizado por la corona española. Julio A. Roca generó el primer caso de Terrorismo de Estado, apremios ilegales, exiliados, desterrados, tráfico y apropiación de niños y desaparición forzosa de familias, comunidades y Pueblos enteros que aun esperamos la reparación histórica, que a muchas generaciones nos fue negada.

Reparación que no podíamos esperar de los héroes patricios, ni de discriminadores y racistas gobiernos, que se sucedieron hasta el día de hoy (González et. al., 2019).

Algunas de estas comunidades participaron también frente al Congreso Nacional, junto a las más diversas organizaciones sociales, políticas y culturales, de *El Otro Bicentenario*. *El Bicentenario de los Pueblos*, una serie de actividades y talleres en las que se denunciaba la violencia del Estado Nación frente a "los festejos y manipulaciones oficiales", y afirmaban la necesidad de convertirse en "protagonistas colectivos de las transformaciones pendientes desde 1492 por la irrupción en nuestro continente del capitalismo genocida y saqueador" (<http://elotrobicentenarioelospueblos.blogspot.com/>).

Como muestran estos ejemplos, los usos públicos del pasado desbordan a la *historiografía*, trascienden las palabras y los discursos, y movilizan cuerpos e idea mediante acciones, prácticas y objetos. Más allá de las asimetrías de poder, del mismo modo operan quienes los disputan.

Palabras finales

A lo largo de este capítulo introductorio hemos recorrido una serie de problemas elementales del quehacer de *lxs historiadorxs*. La apuesta ha sido ambiciosa ya que, aunque evitamos en lo posible estos términos, implica enrollarse con problemas *ontológicos*, es decir, sobre lo que la *historia es*; *epistemológicos*, es decir, sobre la posibilidad de *conocer* eso que llamamos *historia*; *metodológicos*, es decir, sobre cómo proceder para producir esos *conocimientos*; *teóricos*, es decir, sobre las *ideas*, las *categorías*, los *conceptos*, las *hipótesis*, en que se encarna y comunica el conocimiento tentativo que elaboramos sobre el pasado y el presente de la humanidad. Esquivamos en lo posible los *tecnicismos* y procuramos acercarnos a los problemas por aproximaciones sucesivas, repeticiones y ejemplificaciones. El aula, como siempre, nos dará el veredicto sobre el éxito o el fracaso de la iniciativa, que como siempre, se ubicará en algún punto intermedio. Finalmente, el objetivo no ha sido tanto despertar el *interés* por el pasado y su estudio, sino afirmar una idea: la *historia*, ahora sí, en toda su polisemia, es una experiencia colectiva que anida en el corazón de la política, y, por lo tanto, nos atraviesa a todxs. Se puede huir de la *historiografía*, pero no hay afuera de la *historia*.

Referencias

- Aguirre Rojas, C. (2005). *Antimanual del mal historiador. O ¿cómo hacer hoy una buena historia crítica?* México: Editorial Contrahistorias.
- Aróstegui, J. (1995). *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica.
- Bunge, M. (1963). *La ciencia, su método y su filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX.
- Cantera Ortiz de Urbino, J. (1994). La mujer en la Revolución francesa. *Revista de Filología Francesa*, 5, 221-235.
- Carr, E. H. (1993). *¿Qué es la historia?* Buenos Aires: Planeta-Agostini.
- Cattaruzza, A., (2007). *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Chesneaux, J. (1984). *¿Hacemos tabla rasa del pasado?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fevbre, L. (1982). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.
- Fontana, J. (1999). *Introducción al estudio de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Fontana, J. (2003). ¿Qué Historia enseñar? *Clío & Asociados*, 1 (7), 15-26.
- Fontana, J. (2017). *El Siglo de la Revolución. Una historia del mundo desde 1914*. Barcelona: Crítica.
- Frydenberg, J. y Ruffo, M. (2012). *La semana roja de 1909*. Buenos Aires. Ediciones RYR.

- Gayol, S. (2012). La celebración de los grandes hombres: funerales gloriosos y carreras post mortem en Argentina. *Quinto Sol*, 16 (2), 1-29.
- Godechot, J. (1985). *Los orígenes de la Revolución Francesa*. Madrid: Sarpe.
- González, A. et. al. (2019). *Derechos de los pueblos originarios y de la Madre Tierra: una deuda*. Buenos Aires: Clacso.
- Hawking, S. y Mlodinow, L. (2010). *El gran diseño*. Barcelona: Crítica.
- Hempel, C. (1996). *La explicación científica. Estudios sobre la filosofía de la ciencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Jablonka, I. (2014). *La historia es una literatura contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kaye, H. (2019). *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Buenos Aires: Waldhuter.
- Lynch, J. (1991). Los orígenes de la independencia hispanoamericana. En L. Bethell (comp.), *Historia de América Latina (vol. 5). La independencia*. Barcelona: Grijalbo.
- Marrou, H. (1968). *El conocimiento histórico*. Barcelona: Labor.
- Moradiellos, E. (1994). *El oficio de historiador*. Madrid: Siglo XXI.
- Nash, M. y Tavera, S. (1995). *Experiencias desiguales: conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Rudé, G. (1988). *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra: 1730-1848*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Scott, J. (2012). *Las mujeres y los derechos del hombre. Feminismo y sufragio en Francia, 1789-1944*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Soboul, A. (1986). *La Revolución Francesa*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Suriano, J. (2015). El Bicentenario de la Revolución de Mayo y los discursos públicos sobre la historia. *Tarea*, 2 (2), 154-172.
- Vilar, P. (1988). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. México: Crítica.
- Vilar, P. (2001). *Pensar la historia*. México: Instituto Mora.
- Vovelle, M. (1985). *Introducción a la historia de la Revolución Francesa*. Barcelona: Crítica.

CAPÍTULO 2

¿Qué constituye el mundo contemporáneo? Modernidad, capitalismo y Estado-Nación

Eleonora Bretal y Mariel Payo Esper

La modernidad y la historia contemporánea

Modernidad y mundo contemporáneo son conceptos que pueden causar confusión ya que, mientras el primero es utilizado de múltiples formas en nuestro lenguaje cotidiano, cuando nos preguntamos qué eventos o sujetos podemos considerar como contemporáneos, las respuestas pueden ser disímiles. En este capítulo pretendemos exponer las principales características de aquello que llamamos historia contemporánea, y delinear algunas *luces y sombras* que habitan la modernidad. Para ello, antes de comenzar, es necesario realizar tres advertencias. En primer lugar: todo aquello que hoy consideramos *natural* no siempre ha estado allí. En efecto, la mayoría de nuestras formas de ver el mundo, nuestras creencias y las instituciones y dispositivos que atravesamos a lo largo de nuestra vida son construcciones *histórico-sociales*. En segundo lugar: no es posible comprender las dimensiones económicas, políticas y sociales que están en el origen del mundo moderno como asuntos separados: son partes de una *totalidad indivisible*. Identificamos y abordamos de forma separada a los aspectos políticos y económicos sólo por razones analíticas y expositivas sin dejar de comprenderlos en articulación con las otras dimensiones de esa totalidad. En tercer lugar: es importante aclarar que *no hay una sola forma de entender el fenómeno de la modernidad*. Muchos aspectos de los expuestos aquí son objeto de polémicas y distintas interpretaciones.

¿De qué hablamos cuando hablamos de modernidad?

El concepto *modernidad* es capaz de asumir, al menos, dos acepciones fuertes: en la primera de ellas se la equipara a historia contemporánea y, desde una perspectiva más filosófica y ampliamente difundida en las ciencias sociales, se la vincula con los ideales del iluminismo. Resaltar la matriz experiencial de la *modernidad* nos permite ensayar una síntesis crítica de ambas formas de entenderla ya que, al mismo tiempo que su emergencia se asocia a la aparición de nuevas formas culturales, mentalidades y concepciones del mundo, los procesos históricos de la

modernidad son críticos de su pretendido universalismo. Así queda expuesta su principal característica: ser una verdadera paradoja.

Nosotrxs somos seres *modernos*. Compartimos una forma particular de sentir y percibir el espacio y el tiempo. Las fronteras de los estados-nación nos constituyen identitariamente, las veloces vías de transporte y comunicación a escala mundial nos mantienen en constante posibilidad de conocer (y con suerte viajar a) otras versiones de *mundos modernos*. El reloj nos organiza la vida cotidiana y nuestros cuerpos se adaptan a las horas y los minutos; percibimos que el tiempo, cada vez más acelerado, se nos va de las manos, que lo *perdemos* o *malgastamos*. Con anterioridad a la *modernidad*, por el contrario, el tiempo se organizaba en función de los cambios de la naturaleza, el trabajo rural era predominante y se regía por el ritmo de las labores cotidianas (ver capítulo 3). Desde nuestros ojos modernos, el mapa mundial previo a la *modernidad* era de enormes distancias, porque las comunicaciones y los recorridos en transporte eran lentos en extremo (con relación a lo que estamos acostumbradxs hoy en día). Desde nuestra mente moderna, lo precedente aparece como estático, pero es una impresión equivocada: las épocas *pre-modernas* tenían movimiento y cambio en distintos aspectos de la vida social; un ejemplo de ello lo veremos en el capítulo siguiente sobre Revolución Industrial cuando abordemos los cambios tecnológicos y el crecimiento económico que le antecedieron.

Diversas fuentes experimentales abarcan la vivencia moderna, entre ellas: los grandes descubrimientos de las ciencias físicas que modificaron las representaciones sobre el universo y brindaron así credibilidad y mayor reconocimiento a las explicaciones racionales modernas; la industrialización capitalista de la producción que inauguró nuevas formas de lucha de clases y un mercado mundial con fluctuaciones drásticas; los acelerados y caóticos procesos de urbanización; los sistemas de comunicación de masas a diversas escalas, incluida la global; las burocracias de los Estados Nacionales; y los movimientos sociales de carácter masivo.

Compartimos, a la vez, la vivencia de las contradicciones y ambigüedades del mundo moderno, con sus posibilidades y peligros. Como advierte Marshall Berman (1992, p. 1), la modernidad une a toda la humanidad, pero esta unidad es paradójica porque consiste en una unidad de la desunión, que “nos arroja a todos a una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia”. La modernidad nos integra y desintegra a la vez, en un mundo de comunicaciones e intercambios globales con diferentes posibilidades de accesibilidad a ellos; nos permite la renovación a la vez que la reproducción social y la destrucción; mientras propone la *igualdad universal* genera profundas desigualdades sociales, económicas, raciales y de género; mientras propone progreso, sus ideas son capaces de dar sustento a movimientos de lo más retrógrados. Nos encontramos atrapados en un mercado mundial que es capaz tanto de un crecimiento espectacular como de espantosos despilfarros y devastaciones. Si bien brinda posibilidades inimaginables en sociedades anteriores, crea permanentemente nuevas necesidades, a la vez que destruye determinadas formas de vida. La *vida moderna* es intrínsecamente paradójica.

No solo vislumbramos a la *modernidad* en un conjunto de experiencias específicas que nos atraviesan, sino también en las representaciones del mundo en las que estamos

immersxs, es decir, en los grandes relatos y sus proyecciones. Las raíces del *mundo moderno* se encuentran en el movimiento de la Ilustración de la Europa occidental y en la *doble revolución* que sacudió al Antiguo Régimen. Si bien con la *doble revolución* triunfó el dominio de la sociedad burguesa capitalista; la misma no se reduce a ella, pues también posibilita la crítica a esa organización social.

Las *representaciones modernas* resquebrajaron el mundo religioso, cuya cosmovisión tenía a Dios en el centro de la sociedad y la historia. Este nuevo pensamiento se ha ido gestando en Europa durante el siglo XVIII, conocido como *el Siglo de las Luces*, allí nació el gran proyecto de la Ilustración que tuvo eco en otros rincones del mundo. Pensadores y filósofos criticaron las viejas representaciones del mundo, entre ellos estaban Voltaire, Diderot, Montesquieu y Rousseau. El eje central en la primacía de la razón para el accionar humano desplazó a la figura de Dios. Estas representaciones que emergieron motorizaron acciones de personas que generaron nuevas realidades materiales. Mientras que en las sociedades medievales el destino estaba ya determinado por mandato divino, a partir del proyecto de la Ilustración, en cambio, los seres humanos nos concebimos capaces de hacer y modificar la historia, de procurar y construir nuestro destino. Así también, capaces de protagonizar revoluciones como la francesa de 1789, la haitiana de 1791, las de liberación del yugo colonial tanto en el resto de América como en África, y varias más.

Pero ¿podemos tomar las aspiraciones y promesas del iluminismo como una representación del movimiento real de todas las sociedades de la época? Existen riesgos al transpolar acríticamente el concepto de *modernidad* en tanto concreción de los ideales del Iluminismo, a la realidad social de los siglos que la vieron nacer. En principio, esta operación entraña un evidente eurocentrismo que ubica el desarrollo institucional, político e intelectual europeo como medida de todas las cosas, pero, sobre todo, puede hacernos caer en la trampa de creer en la verdadera universalidad de este ideario (Ghigliani, 2020a). Como señalan Nash y Tavera (1995) la Revolución Francesa excluyó de ese diletante universalismo a las mujeres, en tanto no fueron consideradas ciudadanas plenas con derecho político, civil y comercial. La misma Francia que proclamaba los Derechos del Hombre y el Ciudadano mantuvo sus colonias de ultramar hasta bastante entrado el siglo XX y no dudó en reprimir con furia a lxs haitianxs que se levantaron contra el sistema esclavista en Saint Domingue cantando *La Marseillaise*.

De lo que no caben dudas es que la burguesía logró *desvanecer todo lo sólido en el aire*. Con sus prácticas, intereses e idearios derrumbó la sólida estructura social y económica del Antiguo Régimen e instauró la sociedad burguesa de economía capitalista. La burguesía utilizó la trama moderna del pensamiento liberal, por ejemplo, las nociones del progreso y del tiempo moderno acelerado, para alcanzar su dominio y luego perpetuarse en el poder. Como clase dominante ha motorizado un cambio constante de las fuerzas productivas, una transformación (interna) de la sociedad capitalista orientada a su reproducción y conservación, con el objetivo de obtener más ganancias, de acumular capital. Así, nuestras “vidas están controladas por una clase dominante con intereses creados no solamente en el cambio, sino también en la crisis y el caos (que) en vez de subvertir esta sociedad, sirven en realidad para fortalecerla” (Berman, 1992, p. 90). Pero

la modernidad trasciende al accionar de la burguesía, y posibilita asimismo proyectos emancipadores y revolucionarios, distintas formas de organización colectiva que impugnan la sociedad burguesa y puñados de esperanzas.

¿Qué es la historia contemporánea?

El trazado de *periodizaciones* es considerado el ejercicio por excelencia de lxs historiadorxs. Estos períodos no tienen un valor en sí mismos, sino que responden a la necesidad de exponer las formas que asumen las relaciones sociales, los vínculos productivos que se establecen con la naturaleza, las instituciones políticas a través de las cuales organizan los asuntos públicos, y las formas de trabajo y actividad económica desarrollados en un determinado momento. Aróstegui (2001, p. 26) sostiene que, “cuando en historia se habla de un nuevo período histórico, es porque existe conciencia de que se han producido cambios de gran profundidad, que ya no pueden explicarse con los mismos fundamentos de la época ya establecida”. Probablemente, pocas personas hayan sido tan conscientes del inicio de una época como quienes protagonizaron las transformaciones que dieron vida a las formas históricas que caracterizan lo *contemporáneo*. Este proceso tuvo lugar durante la primera *revolución global* cuyos epicentros fueron Francia, donde a fines del siglo XVIII se produjo una revolución política, e Inglaterra, donde tuvo lugar la llamada Revolución Industrial –o industrialización capitalista–.

Con *historia contemporánea* nos referimos al momento que vive la humanidad a partir de las transformaciones dadas entre fines del siglo XVIII y principios del XIX. Estos cambios trajeron como corolario la aparición de una sociedad que, con algunos matices, ya contenía los principales rasgos de la sociedad actual. Una característica esencial de la cultura del mundo contemporáneo es el cumplimiento del *ideal de la modernidad* en tanto proyecto de la ilustración: la primacía de la razón y del método científico por sobre cualquier otra forma de conocer. El desarrollo pleno de los ideales socioculturales de la *modernidad* es una de las condiciones para la aparición de lo que llamamos *mundo contemporáneo*.

Pero, aunque los conceptos de *historia contemporánea* y *modernidad* están muy vinculados, no son sinónimos. Al referirnos a la *historia contemporánea* hacemos alusión a los contenidos y procesos que estudiamos en la materia, algunos de los cuales forman parte de los contenidos de este libro. La *modernidad*, como dijimos, es un vocablo más amplio, lleno de acepciones diferentes que aquí asociamos a una particular experiencia humana.

Los cambios que dieron origen al mundo contemporáneo han sido tan poderosos que la sola idea de una *historia contemporánea*, la percepción de que se vive un mundo nuevo y distinto, es en sí misma una de las creaciones culturales del proceso de *doble revolución*. En efecto, la expresión de *Antiguo Régimen* fue el producto de los acontecimientos que le pusieron fin (Aróstegui, 2001). Lo que emerge como resultado de este proceso revolucionario son fuerzas sociales como las nuevas clases dominantes burguesas, capaces de arrastrar “a todas las demás

sociedades en su impulso civilizador” (Marx y Engels, 1848) y también de impugnar esa civilización en pos de formas alternativas, como las clases subalternas.

Ideas liberales: ficciones, hegemonía y grietas

El proyecto de la Ilustración alberga a los llamados *grandes relatos*. Estos son los grandes paradigmas modernos a través de los cuales interpretamos el mundo, con tensiones y contradicciones entre sí (Casullo, 2003). Lxs pensadores ilustrados más radicales postulaban la igualdad natural de todos los hombres, como concepto unificador, abstracto, de proyección universalista, planteando el combate contra la desigualdad. Pero esta igualdad materializada en una igualdad jurídica perpetuó desigualdades diversas. “Ya en la idea ilustrada de individualidad y universalidad, en el concepto de autonomía, en el concepto de emancipación, hay fallas, hay profundas grietas (...) aquello que había nacido como un ideal emancipatorio en términos de praxis histórica produce un efecto contrario” (Forster, 2003, p. 264).

Uno de los paradigmas iniciados con la Ilustración, que además es dominante como ideario de la sociedad burguesa, es el liberalismo en sus facetas política y económica. Otro de esos paradigmas modernos es el socialismo –que abordaremos en el capítulo 4–, que se ha contrapuesto a las representaciones y nociones modernas de tinte liberal.

Con el triunfo de las revoluciones burguesas, las ideas liberales se impusieron en la construcción del nuevo orden económico y de los Estados Nación que lo han garantizado. Es así como los Estados Nación occidentales se fundaron sobre las ideas políticas liberales, entre ellas, las de individuo, igualdad ante la ley, libertad y ciudadanía; asegurando el funcionamiento del capitalismo con la defensa de las nociones económicas liberales: la propiedad privada, el libre mercado (en mayor o menor medida según las circunstancias históricas) y la concepción moderna de la herencia.

El concepto de individuo nació con la *modernidad*, somos *modernxs* en tanto que nos pensamos como individuos y los Estados Nación nos reconocen como tales. En épocas anteriores, las personas se percibían como pertenecientes a un grupo social, a una comunidad. Se era campesinx, artesanax, noble o siervx, pero nunca una entidad individual en sí misma. Una de las grandes críticas al concepto de individuo nace con la teoría marxista, para la cual la noción de individuo es una ficción, una abstracción que no se presenta en la realidad ya que las personas reales de carne y hueso somos seres sociales, estamos inmersos en relaciones sociales y en grupos desde que nacemos, es decir que nos constituimos como sujetos en interdependencia con otros seres humanos. Por lo tanto, no existen en el mundo real, material, *individuos escindidos de las relaciones sociales*, sino que esa idea es una ficción que opera en el entramado hegemónico de representación liberal del mundo. Lxs pensadores liberales sostienen que los individuos generaron un *pacto social* a partir del cual crearon a la sociedad y a la institución estatal. Para las teorías *contractualistas*, la existencia de los individuos aislados precede a la de la sociedad. Sin

embargo, como indicamos, los individuos somos seres sociales que nacemos insertos en relaciones sociales.

En su crítica a la economía burguesa liberal, Marx (2007 [1857/1858]) enfatizó que los individuos producen en sociedad, en interacción con otras personas transformando la naturaleza. La perspectiva liberal despoja a los individuos no solo de sus condicionamientos sociales, económicos, políticos, etarios, de género, sino también de su historia. El punto de partida de los economistas burgueses es el de individuos aislados en el ámbito de la producción o el intercambio sin contemplar esos condicionamientos ni la historización de esos sujetos y las relaciones sociales en las que están inmersos. Los individuos, para el liberalismo económico, son los que participan desde su interés personal en el mercado que es autorregulado por la *mano invisible*, otra ficción liberal. La economía burguesa ha creado leyes generales para explicar el funcionamiento de la economía, presentándolas como leyes eternas de la naturaleza y, por ende, independientes de la historia. El punto de partida de esas leyes generales son las relaciones de producción capitalista, por lo tanto, eternizan estas relaciones sociales productivas: plantean la existencia de propiedad privada y capital para el funcionamiento de la economía en todo tiempo histórico, cuando en realidad sabemos que son construcciones histórico-sociales creadas en condiciones específicas.

Capitalismo: ganancias vs necesidades humanas

El capitalismo es un modo de producción que se distingue por fomentar una enorme concentración de la riqueza en pocas manos mientras,¹ al mismo tiempo, hunde a la mayoría de los seres humanos en la miseria, condenándolos a realizar trabajos mal pagos y agotadores (Astarita, 1988). Las relaciones de producción capitalistas presentaron cambios en los distintos momentos históricos. La actual fase neoliberal del capitalismo provoca la destrucción del planeta a gran escala, mercantiliza, privatiza e incorpora cada vez más aspectos de nuestro mundo vital – incluidas nuestras propias formas de vida– a sus circuitos (Harvey, 2014).

Para la comprensión de la sociedad capitalista utilizamos como herramienta de análisis la concepción materialista de la historia de Marx, que pone el eje en los procesos de producción y las relaciones sociales productivas. Desde esta perspectiva, entendemos que la dinámica estructural constitutiva del capitalismo está basada en la relación del capital con el trabajo

¹ Este proceso no sólo continúa, sino que se profundiza, alcanzando niveles increíbles. Según datos de enero de 2022, “los diez hombres más ricos del mundo (todos hombres, sí, y los 4 primeros blancos y norteamericanos) han duplicado con creces su fortuna, que ha pasado de 700.000 millones de dólares a 1,5 billones de dólares (a un ritmo de 15.000 dólares por segundo, o lo que es lo mismo, 1300 millones de dólares al día) durante los primeros dos años de una pandemia que habría deteriorado los ingresos del 99 % de la humanidad y que ha empujado a la pobreza a más de 160 millones de personas más” (*Oxfam internacional*, 17 de enero 2022). Para darnos una idea, sólo en 2020, las 50 personas más ricas del mundo aumentaron sus ingresos en USD 413.000 millones, prácticamente el PBI de Argentina en 2019: 449.663 millones de dólares (*La Pandemia de las desigualdades*, CLACSO).

asalariado, y con ella, la compraventa de la fuerza de trabajo y la explotación de lxs trabajadorxs por parte de los empresarios. Cuando hablamos de explotación estamos aludiendo a la apropiación de excedente económico.

Si bien dentro de la sociedad capitalista encontramos formas de trabajo no asalariadas o asalariadas del ámbito público, el sostén y *corazón de la acumulación del capital lo constituyen las relaciones sociales de producción entre empresarios y asalariadxs*. Por otra parte, es importante considerar que el capitalismo no solo se ha visto modificado en las distintas épocas de la historia contemporánea –hay diferencias notables entre el capitalismo liberal del siglo XIX y el neoliberal de fines del siglo XX y principios del XXI–, sino que también presenta acentuadas variaciones entre distintas regiones del mundo en el mismo momento histórico. Los sujetos centrales de la dinámica estructural también han cambiado en el devenir histórico y las disímiles condiciones sociales de los contextos locales, aunque sin dejar de ser distintas formas de capitalistas y de trabajadorxs asalariadxs. Por ejemplo, en los inicios de la sociedad capitalista predominaban los obrerxs industriales y las empresas que pertenecían a una persona o una familia. Hoy en día, lxs asalariadxs pueden ser tanto industriales como del área de servicios y los empresarios suelen ser dueños de acciones en múltiples nichos de ganancias.² La dinámica estructural del capitalismo permanece, mientras cambian las modalidades de su reproducción.

Las relaciones de producción capitalista: algunas notas iniciales

Son sus particulares *relaciones de producción*³ las que distinguen al capitalismo y se componen de dos ámbitos fundamentales: el de lxs obrerxs y el de lxs capitalistas. Claro que el espectro de las clases sociales es más complejo hoy que hace dos siglos, pero se conserva su rasgo esencial que es la existencia de personas dueñas de la riqueza y los medios de producción, cuyo objetivo es el crecimiento de su capital, y otras que no tienen bienes materiales que puedan vender ni medios materiales para producir y, por lo tanto, deben vender su fuerza de trabajo, es decir, su *capacidad para trabajar*⁴ en tanto *trabajadorxs libres*. Mientras el grupo de lxs capitalistas, dirige, supervisa y controla el proceso de trabajo, el grupo de lxs obrerxs o asalariadxs, no tiene derecho de propiedad sobre el producto resultante de su actividad y recibe en forma de salario el pago por la venta de su fuerza de trabajo.

² Para ampliar, véase la clase teórica escrita por Pablo Ghigliani (2020b): “Clase 3 / Semana 3 (Unidad II): ¿Qué es el capitalismo?”.

³ Suele suceder que asociamos el capitalismo con el mercado, las fábricas y el dinero, pero, aunque son premisas necesarias del capitalismo, ninguno de estos elementos explica el capitalismo o son sus características distintivas. De hecho, el mercado y el dinero preceden al capitalismo, y las fábricas fueron las formas características de la economía estatal planificada de la Unión Soviética.

⁴ La fuerza de trabajo refiere a las habilidades y capacidades físicas e intelectuales que poseemos los seres humanos para producir.

Lxs *trabajadorx libres* son aquellos que son *libres* de elegir a quién vender su fuerza de trabajo y que pueden venderla porque se encuentran en una sociedad basada en el librecambio. Además, están *libres* de los medios de producción en el sentido de que están despojados de ellos, que no los poseen. Ponemos cursiva el término *libres* porque consideramos que se trata de una noción de *libertad* absolutamente restringida, a partir de la cual problematizamos: ¿Qué nociones de *libertad* nos propone y/o posibilita la sociedad burguesa capitalista?

Lo que Marx y Engels descubrieron es que, en la sociedad capitalista, la fuerza de trabajo se convierte de manera generalizada en mercancía, es decir que se objetiva e intercambia en el mercado por un salario a pesar de tratarse de una fuerza productiva vital generadora de valores. De hecho, el valor de la fuerza de trabajo y la valorización en el proceso laboral son dos magnitudes diferentes. El valor de cambio de una jornada laboral, es decir, el *valor de la fuerza de trabajo* cuesta en realidad mucho menos de lo que produce una persona en su jornada laboral. La relación (diferencia) entre lo que se le paga al trabajadorx y lo que efectivamente produce, es lo que Marx definió como la *proporción de explotación* o *plusvalía*. En esta proporción de trabajo realizado y no pagado a lxs obrerxs radica el *secreto* de la ganancia capitalista. Así, el salario de lxs asalariadxs equivale solo a una parte de las horas dedicadas durante la jornada laboral, el resto de las horas son apropiadas de forma oculta por los capitalistas, tras la aparente equivalencia entre el salario y las horas trabajadas.⁵

El capitalista compra la fuerza de trabajo de lxs obrerxs siempre que generen plusvalía y que esta pueda ser *realizada*, es decir, *materializada* en ganancia a través de la venta de los productos que la llevan latente. En tanto el capital logra sus objetivos, en la *esfera de la producción* habrá más mercancías que contienen *plusvalía* en forma latente. Pero lo que les interesa a los capitalistas no es acumular productos sino venderlos en el mercado a cambio de dinero, es el ámbito que Marx llama la *esfera de la circulación*. Mientras más desarrollo hay de las fuerzas productivas más rápido y en mayor cantidad se produce. Aquí entran en juego la ciencia aplicada y el desarrollo tecnológico, pero también la capacidad del capital para trasladarse a países donde los salarios son más bajos. Los capitalistas, a través de estos mecanismos, aumentan el desfase entre productividad y salarios reales, incrementando así el grado de explotación en el mundo. Esto significa que los esfuerzos propagandísticos para aumentar las ventas crecen y crece la capacidad productiva en todo el mundo aumentando la cantidad de personas desocupadas o subocupadas, es decir, el ejército de reserva a nivel global.

En el modo de producción capitalista, las necesidades del capital se oponen a las necesidades de la gente y, mientras muchísimas personas no tienen la posibilidad de satisfacer sus necesidades más elementales, crea nuevas necesidades artificiales al tiempo que promueve ideas falsas sobre sí mismo. En cuanto a las necesidades artificiales es importante pensar en el rol que cumple la propaganda, como sostiene Lebowitz, existe un nexo orgánico entre los bajos salarios

⁵ En los modos de producción precedentes con mecanismos de extracción del excedente económico, estos se realizaban de forma explícita, en cambio en el capitalismo debemos develarlo.

que se pagan a las mujeres que producen calzado de la marca Nike en países pobres, y las astronómicas cantidades que se le paga a estrellas del deporte como Michael Jordan por las publicidades (Lebowitz, 2003).

En cuanto a las *falsas ideas* que el capitalismo promueve sobre sí mismo podríamos nombrar cientos de ejemplos. El más elemental es que no tenemos idea de cuánto cuesta producir las cosas que consumimos, ni qué relaciones sociales les dieron origen, pero sí solemos creer que lxs empresarixs son *necesarios* pues es necesario que alguien *administre* el proceso productivo. Sin embargo, los trabajadores podrían autogestionarse, como ha ocurrido en modos de producción precedentes y sucede en algunos lugares actualmente. Los empresarios generan la *aparición* de que es el capital quien produce, para mostrarse indispensables y justificar sus ganancias. Otra de las ideas inexactas que el capitalismo promueve es que nos acercamos a formas cada vez más placenteras de trabajo. El trabajo *on line*, digital y *descontracturado* que produce los softwares para Iphone, Ipad y otros aparatos similares no es posible sin el trabajo que extrae el mineral que se utiliza para su fabricación. Como dice el sociólogo Ricardo Antunes: “el trabajo de la era digital no puede ser realizado sin que exista el peor de los trabajos manuales” (Antunes, 2020). Detrás de lxs pintorescxs ingenierxs que diseñan *google* hay cientos de mujeres que, en las periferias del mundo, producen los *hardwares* que les hacen de soporte.

La producción no se orienta a lo que necesita el género humano sino a ganar más dinero. Este detalle tampoco aparece de manera tan transparente, pero se vuelve palpable cuando emergen las crisis cíclicas y periódicas en las que el capitalismo incurre. Se ve a las personas como medios para alcanzar un fin: la ganancia. En este escenario, lxs obrerxs y el conjunto de las clases subalternas luchan por mejores condiciones de trabajo, mejor salario y políticas públicas, pero a menos que vayan contra el sistema, sólo participarán, dice Marx, de una “guerra de guerrillas contra sus (los) efectos”. No hay un capitalismo con rostro humano.

El mercado de masas

La filósofa norteamericana Ellen Meiksins Wood (2001) sostiene que, en las sociedades capitalistas, *el mercado no es una oportunidad sino un imperativo*. De hecho, la gente no responde al mercado buscando sus beneficios, sino que es empujada violentamente a él porque no hay otra forma de garantizar la supervivencia. En el capitalismo, el mercado se vuelve el organizador fundamental de la vida humana más que en ninguna otra formación social. En efecto, el acceso a los bienes y servicios que luego transformamos en los hogares y nos permiten sobrevivir, dependen del mercado. Y esto vale tanto para trabajadorxs como para capitalistas.

En los contextos de crisis por sobreproducción capitalista, como los que explicamos más arriba, se produce un recrudescimiento de la competencia. Crecen los intentos de captar consumidores y de destruir a los competidores. Otra consecuencia, asociada a la *solución violenta* es el freno a la producción, lo que se traduce en despidos, recesión y crisis. Miles de personas son arrojadas al mercado a vender del modo en que puedan su capacidad para

producir, y procurar conseguir sus medios de vida. En este tipo de imágenes se puede ver la naturaleza perversa del capitalismo.

Las respuestas ensayadas frente a este tipo de situaciones, desde la segunda mitad del Siglo XX hasta ahora, fueron el *keynesianismo* y el *neoliberalismo* (Meiksins Wood, 2001). Ambos buscan, en el fondo, mejorar las oportunidades de mercado, procurar que este funcione lo mejor posible, los neoliberales vía desregulación, los keynesianos subsidiando la demanda. Ninguno de los dos viene a confrontar las condiciones que hacen que la gente dependa del mercado, aunque las experiencias keynesianas generan provisoriamente mejores condiciones de vida y expansión del consumo de las clases subalternas. Es necesario resaltar, sin embargo, que hasta ahora se ha procurado intervenir el mercado, pero dejando intactos sus imperativos.

Estado y Estado-Nación: modelos para armar

Las formas de Estado sufrieron tantas transformaciones a través de la historia, que se dificulta la tarea de definir qué es un Estado y qué características lo distinguen de otras instituciones políticas. De ahí las ambigüedades que presenta el concepto de *Estado*. La noción de Estado-Nación, por el contrario, puede definirse con mayor claridad: es una forma de Estado específica de la época moderna íntimamente asociada al proceso revolucionario francés (1789-1799). A la hora de abordar esta temática, es relevante que logremos distinguir la diferencia entre los modelos de Estado y las formas de gobierno.

Si pudiéramos viajar en el tiempo siglos atrás para ver cómo eran estos territorios antes de convertirse en los países que conocemos hoy en día (es decir, en Estados-Nación), apreciaríamos una gran diversidad de formas de Estado. En el Mundo Antiguo hubo ciudades-estado con tipos de gobierno diversos (monarquía, aristocracia o democracia directa), como también formas estatales imperiales muy disímiles entre sí. El Imperio Romano era una federación que gobernaba con acuerdos entre las oligarquías locales y el Imperio Persa era una monarquía de estructura centralizada con cierto respeto a la autonomía de los diversos pueblos.

En la Edad Media, por su parte, encontramos tanto los Estados de las monarquías cristianas como el Estado islámico. Las monarquías se proyectaban como universales con origen en la autoridad de Dios. Debajo del supremo mandatario la cadena de poderes recaía en la realeza, la nobleza y la Iglesia, quienes poseían los recursos y ejercían las funciones políticas e ideológicas. El Estado Islámico presentaba una identificación de religión y política basada en el islam, sus gobernantes con soberanía universal en todo el mundo islámico fueron los *califas*, hasta que desapareció el califato y el Estado Islámico se reorganizó en torno al *sultán*; más tarde se constituyó el Imperio Otomano, una monarquía hereditaria basada en el poder militar.

¿Qué tienen en común todas estas formas estatales? Fontana nos propone una definición que abarca a las distintas realidades descriptas: *el Estado como forma de organización civil de aquellas colectividades humanas estables que son coordinadas bajo un mando único*. Esta definición permite incluir una heterogénea variedad de Estados, incluso aquellos de origen muy

antiguo. Otras definiciones académicas de Estado enfocan su caracterización en estas cinco dimensiones, compartidas de manera parcial: una población que habita en un territorio definido y reconoce un órgano supremo de gobierno; un conjunto de instituciones que poseen los medios legítimos de coerción física y los ejercen en un territorio determinado sobre su población;⁶ el monopolio de la fijación de reglas en su territorio por medio de un gobierno organizado; funcionarios civiles y militares que sirven al gobierno; y el reconocimiento de la entidad estatal por otras, es decir, la atribución de una soberanía internacional.

Una temática interesante que se desprende del concepto de Estado es qué orden social ha garantizado cada forma estatal y qué grupos se han beneficiado de ello. Los Estados, en sus diferentes formas históricas y culturales: ¿Utilizaron la fuerza física para asegurar mejores condiciones de vida para toda la población o para ciertos grupos? ¿Qué intereses políticos, económicos, culturales, religiosos, han motorizado las acciones estatales?

El Estado-Nación es la forma de organización política predominante en el modo de producción capitalista. Nació al calor de la Revolución Francesa, y con el tiempo se extendió a nivel planetario, con algunos matices, de la mano de la expansión del capitalismo. Para definir qué es un Estado-Nación debemos partir de las características de los Estados señaladas por Fontana y, además, incluir sus particularidades: la búsqueda de homogeneización cultural de sus ciudadanos bajo una identidad nacional oficial y la confluencia entre su constitución y el ascenso de la burguesía como clase dominante. Ello explica, en parte, que los Estados modernos han sostenido condiciones jurídicas, políticas y administrativas propicias para el desarrollo del capitalismo, como la defensa de la propiedad privada.

Algunos rasgos sobresalientes del Estado moderno –como la centralización y legitimación del poder, la expansión del gobierno administrativo, los ejércitos masivos y permanentes– ya existían de modo embrionario en Europa del siglo XVI. Durante el proceso revolucionario francés, bajo la influencia de las exigencias de la guerra y las vicisitudes de los conflictos políticos internos, se construyó el Estado-Nación (Skocpol, 1984): más centralizado y burocratizado que los antecesores; con una estructura administrativa más amplia que precisó de asalariados públicos; con un sistema nacional de impuestos, aduanas y derechos; con principios burocráticos de reclutamiento para los cargos del ejército y del Estado –aunque en la práctica no siempre funcione de esta manera, es importante la eliminación de los privilegios de la nobleza para acceder de forma exclusiva a los cargos estatales y de mando en el ejército–; con un ejército nacional

⁶ Esta segunda dimensión señalada nos remite al concepto de Estado acuñado por Max Weber, para quien el Estado es un instituto político que, con el propósito de mantener el orden vigente, *ejerce el monopolio legítimo de la fuerza física sobre un territorio delimitado*. El monopolio de la fuerza física del Estado es ejercido con el consenso brindado por la población, así el Estado es el único –dentro del territorio delimitado– que puede hacer uso de la violencia física y que puede decidir quién más podría ejercerla. De esta manera, los Estados habilitan por ejemplo a empresas de seguridad a portar armas para que presten su servicio de protección a sectores o grupos que pagan por ello; así también habilitan con su acción o inacción la existencia de guardias privadas de empresas o grandes propietarios, como aquellas que defienden con violencia física los agronegocios o la megaminería de extracción. Para ampliar sobre las guardias privadas que –en conjunto con las fuerzas públicas– han reprimido a campesinos que se oponen a estas modalidades productivas, véase Domínguez y Estrada (2013).

permanente profesionalizado; con gobernantes que se mostraban identificados con la voluntad de la nación o del pueblo. La legalidad tomó mayor relevancia con los Estados-Nación, a través de una estructura de poder impersonal basada en reglas legales, es decir un sistema de leyes a ser acatadas dentro de las fronteras nacionales, con el consenso de los ciudadanos.

La legitimidad de los ciudadanos debió ser conquistada por los Estados-Nación, ya que necesitaban de su apoyo político y aportes económicos. Un proceso clave en la construcción de legitimidad ha sido el proceso de *etnogénesis* a través del cual el Estado-Nación se identifica con una nación específica, oficial, de modo que los ciudadanos se integren en una colectividad con una cultura, una historia y una lengua comunes que son, en realidad, una cultura, una historia y una lengua *oficiales*. El carácter de *oficial* nos da la pauta de una dimensión relevante, la nación propia de los Estados-Nación no ha sido conformada a partir de una voluntad colectiva, sino que se trata de una nación construida desde la cima del poder estatal, una homogeneización cultural creada y reproducida por el Estado, con mecanismos tanto violentos como persuasivos.

A pesar de que la violencia es constitutiva de los Estados, las teorías liberales que sustentan el andamiaje del Estado-Nación tienden a ocultar y/o invisibilizar esa dimensión, y a resaltar las nociones de consenso y representatividad. Los Estados se han creado con violencia, ésta los constituye en su origen y permanencia. Encontramos la violencia fundante en dos sentidos: por un lado, está la violencia del Estado ya constituido y su lugar de dominación en la relación súbdito-ciudadano, por otro lado, la violencia popular que participó del origen de la legitimación del Estado moderno en el proceso revolucionario francés. Sin embargo, en la reproducción del poder estatal, se legitima el ejercicio de la violencia por parte del Estado y se omite la violencia popular que lo originó. Frente a ello, es útil recordar la importancia que ha tenido la violencia de los de abajo en la conformación de la institución estatal (Grüner, 1997). El hecho de que la potencialidad creadora de la violencia popular –incluso para la constitución de la sociedad burguesa– no esté presente en la memoria colectiva, menos aún en la praxis política, no es casualidad. Distintos movimientos sociales, con *hambre de historia* (Chesneaux, 1984) se resisten con sus memorias colectivas al apaciguamiento, ocultamiento o invisibilización de la violencia popular.

Desde 1789 hasta la actualidad, hay un recorrido de consolidación de los Estado-Nación. Si bien el Estado-Nación tomó varias formas a lo largo de la historia, como la constitucionalista o la liberal, o el tipo de gobierno unipartidista, hoy en día predomina la democracia liberal representativa como forma de gobierno de los Estado-Nación. El Estado constitucionalista se reduce a delimitar la forma y los límites (procedimentales y/o sustantivos) de las acciones del Estado para asegurar la libertad individual; el Estado Liberal custodia la esfera privada garantizando su independencia y presenta como pilares el constitucionalismo, la economía de mercado competitiva y la propiedad privada. El tipo de gobierno unipartidista consiste en un partido único que se plantea como la expresión legítima de la voluntad general de la comunidad; las democracias liberales representativas, por el contrario, implican la existencia de más de un partido político y del sufragio por el cual lxs ciudadanxs eligen a sus representantes.

David Held (1997) identifica tres claves explicativas históricas tanto del desarrollo de los Estados modernos, como de la cristalización de la democracia liberal representativa; la guerra y el

militarismo, la emergencia del capitalismo y la lucha por la ciudadanía. El primer eje apunta a la ampliación de las bases de poder de los gobernantes y de su seguridad a través de una mayor cantidad, capacidad de organización y eficacia de los medios de coerción. Los objetivos de estos cambios eran geopolíticos y militares. Para solventar los crecientes gastos militares, recurrieron a una recarga impositiva, por lo tanto, necesitaban ganarse la legitimidad de la población de la cual extraía sus recursos. La ampliación de las estructuras estatales administrativas, burocráticas y coercitivas estaban destinadas a coordinar y controlar las poblaciones bajo su dominio. Para financiar sus operaciones bélicas, los gobernantes debían extraer y organizar a los hombres, las armas, los alimentos y los impuestos de los habitantes. Los gobernantes aseguraban su base de poder preparando a los Estados para la guerra, los militarizaban para garantizar su seguridad. Al fortalecerse con armas, aumentaban la inseguridad de los otros Estados (que también tuvieron que acudir al armamentismo para defenderse). Los Estados más exitosos en este proyecto fueron Gran Bretaña, Francia y España. Los Estados europeos militarizados se expandieron para ampliar el comercio y el tráfico, arrasando con su conquista a otras culturas y poblaciones. La expansión territorial de los Estados europeos constituyó la base de la homogeneización occidental política del mundo convertido en un sistema de Estados-Nación.

Con el segundo eje, vislumbramos cómo los objetivos de guerra se convirtieron de manera gradual en objetivos económicos. La expansión hacia territorios no europeos en búsqueda de recursos, territorios y redes comerciales permitió la formación del capitalismo industrial y la ampliación de las relaciones mercantil-capitalistas. La explotación de los territorios no europeos, es decir la emergencia de una economía global, tuvo, entre otras graves consecuencias humanas el exterminio de las poblaciones nativas, la paulatina erosión de las civilizaciones no europeas, el secuestro de africanxs y el tráfico de esclavxs. La necesidad de materias primas y metálico para las transacciones económicas impulsaron el desarrollo de la economía capitalista mundial cuya forma inicial adoptada fue la expansión de las relaciones de mercado. Es importante distinguir entre el capitalismo mercantil no industrial basado en el propósito de comprar, vender y acumular recursos líquidos o capital (a partir del 1500) y la configuración del capitalismo industrial desde mediados del siglo XVIII.

Identidades nacionales y *etnogénesis*

Las naciones agrupan a sus miembros a través de un pasado cultural compartido que los identifica en el presente y los proyecta al futuro. Los elementos culturales que comparten están sujetos a transformaciones históricas, por lo tanto, la lengua, las costumbres, las tradiciones y la visión común de la historia pueden cambiar o perecer. Una característica estructural de las naciones es que nacen de una voluntad colectiva en la motivación de participar de un proyecto común que los identifica como grupo y los diferencia de otros. Asimismo, en ocasiones las naciones son formas de agrupamiento de los seres humanos desde su existencia, y, por lo tanto, mucho más antiguas que los Estados modernos; en otras, son generadas y promovidas por los

Estados-Nación en formación. Además, hay *naciones* sin estados como las de algunos pueblos originarios –por ejemplo, en el Cono Sur los mapuches y aymaras o, en otros rincones del globo, la *nación* kurda– localizada en un territorio que abarca a varios Estado-Nación y no reclama para sí un estado sino una forma confederada y laica de *naciones*. Estos casos son, por lo general, el fruto de apropiaciones culturales y políticas que realizan comunidades pre-existentes que recurren a la idea de *nación* para la demanda de sus derechos a los Estados-Nación erigidos en sus territorios. El pueblo judío tampoco poseía Estado hasta la creación de Israel en 1948 en el corazón de Palestina.

Los *nacionalismos* son las fuerzas que llevan a las personas a adherirse a una idea, a participar de forma voluntaria en los proyectos colectivos. Las *naciones* y los *nacionalismos* han promovido diferentes tipos de acciones que van desde la opresión a otros pueblos hasta la lucha de un pueblo por su liberación. Los *nacionalismos*, por un lado, fueron fundamentales para sostener tanto las campañas imperialistas como las guerras encabezadas por las potencias capitalistas, entre ellas las dos guerras mundiales del siglo XX, y por otro, motorizaron las guerras de liberación anti-colonial contra la dominación europea.

Desde el sentido común, a veces planteamos una equivalencia entre los conceptos de Nación y Estado-Nación, pero es importante recalcar que los Estados-Nación construyeron la única *nación* que los identifica a través de un proceso de *etnogénesis* y no de una voluntad colectiva. En los procesos de *etnogénesis*, los gobernantes (y las elites) de los estados *plurinacionales* (aquellos que albergaban a más de una *nación*) crearon una *nacionalidad* englobante con el objetivo de homogeneizar a los diversos pueblos del territorio estatal. A través de los himnos nacionales, las banderas y escarapelas, las costumbres, el folklore, la oficialización de una lengua nacional, la historia oficial, los mitos nacionales y toda la retórica del patriotismo, *inventaron la nación del Estado* y reforzaron el sentido de identidad nacional estatal.

La conversión de Bolivia en un Estado Plurinacional desde el año 2009, ha sido un paso por el reconocimiento de la diversidad cultural e identitaria, en especial de las comunidades originarias. La Constitución del Estado Plurinacional boliviano reconoce 36 lenguas oficiales aparte del castellano impuesto por la conquista española.

Debates sobre el Estado-Nación

Desde la perspectiva liberal, el Estado-Nación es presentado como árbitro neutral que busca el bienestar de todos los ciudadanos buscando garantizar el interés general. Si fuera de esta manera, el Estado-Nación sería imparcial, en el sentido de que no buscaría beneficiar a ciertas clases o sectores sociales, sino que jugaría un rol de intermediario para cumplir con el bienestar de toda la población. ¿Pero acaso el Estado moderno no se edificó sobre las bases de las ideas liberales burguesas y garantiza y defiende la propiedad privada desde su creación? Una perspectiva, afín a un marxismo reduccionista que focaliza su atención en el *Manifiesto Comunista* y ha sido cuestionada por otras vertientes marxistas, sostiene que el Estado es el instrumento de

dominación de la clase dominante, la cual presenta como interés general del pueblo *su interés particular de clase* para subordinar a las clases subalternas. Esta visión explicaría en parte la universalización de las nociones liberales de individuo, propiedad, libre mercado, y las condiciones de reproducción del capitalismo garantizadas por los Estados, pero no nos permite dar cuenta de los procesos de democratización y ampliación de derechos.

Joseph Fontana, por su parte, señala las limitaciones de ambas perspectivas y argumenta que el Estado no es, ni la herramienta de las clases dominantes, ni el árbitro que procura el bienestar general, sino que consiste en una entidad relacional con una *autonomía relativa frente a la lucha de clases*. Por lo tanto, no es completamente neutral en esa pugna, ni totalmente instrumento de la clase dominante. El Estado está atravesado por las relaciones de poder políticas y económicas, es decir, por el modo de producción dominante y la confrontación de clases. En algunas ocasiones, ya sea por presión de movimientos políticos, o por otras razones, las clases dirigentes han llevado adelante políticas públicas a favor de lxs trabajadorxs. Al analizarlas, debemos tener en cuenta varias dimensiones, por ejemplo, si las consecuencias de esas políticas públicas han incidido o no en las tasas de rentabilidad de las clases dominantes. A su vez, las elites conservan su lugar de privilegio con el orden estatal, y a veces las clases dirigentes han buscado modificar alguna de las condiciones que los mantienen allí, para redistribuir la riqueza a través de alguna transferencia de ingresos del capital hacia lxs trabajadorxs. La concreción de esas políticas públicas es responsabilidad de los dirigentes y los movimientos políticos que los respaldan; aunque presenten desafíos a los intereses de las clases dominantes, la regla es, por lo general, la reproducción de sus condiciones de dominación. Más común es el caso en que las clases dirigentes proponen políticas estatales de ajuste que van contra los intereses de lxs trabajadores, quien con más o menos suerte, buscan en esos casos distintas maneras de oponerse y resistir.

La lucha de clases atraviesa diferentes ámbitos de la sociedad, incluso al aparato estatal, y se presenta en diversas dimensiones.⁷ Ahora bien, los distintos ámbitos y niveles de disputas no tienen la misma jerarquía para la construcción de poder. La noción de *hegemonía* (acuñada por Gramsci) resalta la importancia de la lucha cultural e ideológica, es decir de la cosmovisión de mundo, en la lucha de clases, que se manifiesta tanto dentro del Estado como en las instituciones de la sociedad de distinta índole, ya sean educativas, barriales, laborales, religiosas, comunicacionales, etc. De esta manera, no solo en y desde la arena estatal y político-partidaria se construye y disputa la legitimidad (o consenso) del orden social burgués y capitalista –y las políticas públicas que se consideren adecuadas para ser aplicadas–, sino también, en múltiples espacios de la vida cotidiana. Desde la perspectiva *gramsciana*, para disputar la hegemonía burguesa y capitalista, lxs trabajadorxs deberíamos generar alianzas con otros sujetos subordinados y crear

⁷ Como señala el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1988), la dominación de clase puede verse hasta en las construcciones sociales del *buen gusto* y el *mal gusto*. Para mayores detalles sobre esto puede leerse su obra *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*.

una cosmovisión del mundo que articule las demandas e intereses diversos en la lucha común por la transformación social.

La democracia liberal: un invento moderno

Una de las transformaciones más importantes que trajo el fin de los Antiguos Regímenes es el surgimiento de las *democracias liberales*. Para algunos autores, por ejemplo, Held (1997), éstas constituyen una variante del Estado moderno en tanto forma de generar legitimidad, una de las innovaciones de los Estados-Nación. Al triunfo de la *democracia liberal* como forma de gobierno contribuyeron: la dependencia creciente de la cooperación de las poblaciones dominadas –en especial para las guerras–, la superación de las crisis de las formas tradicionales de legitimación con los sistemas políticos representativos modernos basados en la relación entre gobernantes y gobernados, y el hecho de que las democracias liberales no representaron una amenaza para las relaciones sociales capitalistas –sino que los gobiernos representativos se consolidaron junto al capitalismo–.

Las *democracias liberales o representativas* son formas de gobierno, de organización del ejercicio del poder y la participación ciudadana que, aunque hoy nos parezcan naturales, son el resultado de un proceso de construcción que, al tiempo que despojó a la idea de democracia de su significado y alcance original, colocó a la libertad en un plano formal, mientras las desigualdades nacidas al calor del capitalismo permanecen intactas. Los estados liberal-democráticos, o lo que se conoce y se naturaliza hoy como *democracias liberales*, no son más que una construcción histórica en la cual no hay ni tanta libertad, ni tanta democracia, como su nombre pareciera indicar.

El politólogo Norberto Bobbio (1989), en su famoso artículo *Liberalismo y Democracia*, acepta que mientras *liberalismo* es la concepción del Estado como mínimo en sus funciones y limitado en sus poderes, la *democracia* es una forma de gobierno que supone que el poder está en manos de las mayorías. La tensión entre la igualdad que supone la democracia, y la libertad individual y de mercado que propugna el liberalismo, es resuelta a partir de instalar la única igualdad compatible con la libertad de mercado: *la igualdad formal*. Pero, como bien señalan Held y Fontana, el proceso de constitución del Estado moderno está moldeado por la lucha de clases y hoy, en pleno siglo XXI, la pregunta por el desarrollo de estados verdaderamente democráticos en sociedades profundamente antagónicas y desiguales sigue vigente.

El Estado moderno capitalista viene a ser, como bien decía Marx en la *Ideología Alemana* un “mediador entre el hombre y la libertad del hombre” en tanto aparece como ficción que abstrae las diferencias sociales en pos de una igualdad virtual, despojada del contenido con el que la democracia fue pensada. El estatus de los trabajadores como sujetos políticos de derechos ha sido un problema desde el surgimiento del Estado moderno: ¿cómo podían las clases dominantes estar seguras si las mayorías trabajadoras podían votar? Elementos como la publicidad, leyes electorales y disparidad en el acceso a la educación y a la información son herramientas siempre

útiles para el ejercicio del sufragio en sociedades que sólo exigen, para considerarnos *ciudadanos plenos* que, en el mejor de los casos, votemos cada tanto.

En los últimos años, de la mano de una cada vez mayor mercantilización de las relaciones sociales, los estados modernos y la democracia liberal fueron reformulados. La reestructuración neoliberal vuelve obsoletas las instituciones típicas del capitalismo democrático en muchos países. Este proceso se relaciona directamente con “la emergencia de un pequeño conglomerado de gigantescas empresas transnacionales, los *nuevos leviatanes*, cuya escala planetaria y extraordinaria gravitación económica, social e ideológica los constituye en actores políticos de primerísimo orden” (Borón, 2000, p. 68). En términos generales puede decirse que estas empresas votan todos los días y se desarrollan de manera plena en el corazón de los mismos capitalismos democráticos.

Las posibilidades y límites del desarrollo de una democracia plena entre seres humanos iguales mientras tenga vigencia el modo de producción capitalista son más que simples incógnitas. En efecto, la democracia liberal es un terreno de disputas a menudo cruzado por un abismo entre la promesa democrática y los resultados de la democracia (Held, 1997). ¿Cuáles son los límites, potencialidades y desarrollos presentes y futuros?

Los límites de la democracia formal: mujeres, afrodescendientes y pueblos originarios

El capitalismo traslada el ámbito del poder del *señorío* a la *propiedad privada* y con ello se opera una transformación sustancial de la ciudadanía. En los textos políticos clásicos del siglo XVIII se observa un concepto de ciudadanía que podemos llamar del republicanismo clásico, y que implicaba un cuerpo de ciudadanos restringidos de élite blanca terrateniente (excluyendo a las mujeres y los no propietarios) y una multitud trabajadora no activa políticamente. El capitalismo y el Estado Moderno proponen un cuerpo ciudadano incluyente, pero en gran medida pasivo, que abarca tanto a la élite como a la multitud, pero cuya ciudadanía es de alcance limitado (Meiksins Wood, 2005).

El carácter de ciudadanx se atribuye a todos los individuos con iguales derechos y deberes, libertades y restricciones, poderes y responsabilidades. Los primeros derechos en ser conquistados por blancos occidentales, aunque en la práctica eran ejercidos de forma plena solo por los varones, fueron los derechos civiles. Estos derechos abarcan a la libertad de palabra, pensamiento y creencias, la igualdad ante la ley (es decir, ante el Estado-Nación), el derecho a la propiedad y a concertar contratos, y la libertad personal. Derechos imprescindibles para garantizar la autonomía individual. En la práctica, encontramos que hay habitantes excluidxs de la ciudadanía y ciudadanos con diversos grados de estatus. Los intereses políticos y económicos de los terratenientes y burgueses restringieron la supuesta igualdad entre lxs ciudadanxs. Han primado las desigualdades étnicas, de clase y de género. Por ejemplo, los territorios coloniales de las metrópolis fueron excluidos de los derechos de la ciudadanía a fines del siglo XVIII lo que

habilitaba la esclavitud en las colonias –sin embargo, los esclavos negros de Haití se rebelaron y protagonizaron la primera revolución independentista de América Latina entre los años 1791 y 1804 contra la Francia revolucionaria–.

Las mujeres también disputaron el ejercicio de su ciudadanía desde la misma Revolución Francesa. Las iniciadoras de las ideas feministas modernas durante el movimiento de la Ilustración, Olympe de Gouges y Mary Wollstonecraft, lucharon junto a otras mujeres por la igualdad de género, se opusieron al lugar de inferioridad que les concedían a las mujeres en todos los rincones de la sociedad, y condenaron tanto el modelo de educación diferencial que recibían destinado a mantenerlas en roles pasivos, a la sombra de los varones, como las prohibiciones que les impusieron de participar en la vida política.⁸ Olympe de Gouges proclamaba:

Mujer, despierta; (...) reconoce tus derechos. (...) La antorcha de la verdad ha disipado todas las nubes de la necesidad y la usurpación. El hombre esclavo ha redoblado sus fuerzas y ha necesitado apelar a las tuyas para romper sus cadenas. Pero una vez en libertad, ha sido injusto con su compañera (*Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*, 1791).

Los derechos políticos, para elegir representantes o postularse como uno de ellos, fueron reconocidos para todos los ciudadanos de forma gradual, ya que históricamente unos pocos privilegiados los habían monopolizado. Como veremos en el capítulo 4 de este libro, el fin de las monarquías no implicó inmediatamente una ciudadanía incluyente, sino que, por el contrario, aún bastante tiempo después del fin de las monarquías, la ciudadanía activa era reservada para los hombres propietarios de tierras, lo que excluía no sólo a las mujeres sino también a los varones no propietarios o que se ganaban la vida trabajando para otros. Los derechos políticos por el sufragio universal masculino –a partir de mediados del siglo XIX– y por el sufragio femenino –conquistado de manera gradual y desigualmente en los distintos países desde finales del siglo XIX y, sobre todo, a lo largo del siglo XX–, fueron extendidos al conjunto de la población adulta con las luchas sociales. Contribuyeron a ellas el movimiento obrero y el movimiento feminista.

Otro sujeto colectivo que ha sido marginado en las democracias liberales son los pueblos nativos. Estos grupos plantean una cosmovisión y un modo de vida centrado en la directa interacción con la naturaleza, por lo que el acceso a la propiedad de las tierras que les fueran arrebatadas era y es vital para su supervivencia. Los Estados-Nación han despojado a los pueblos originarios de los territorios productivos que eran la base de su existencia y organización social y cultural, además saquear sus territorios con intereses capitalistas. Las democracias liberales han sido reticentes a las demandas de estos grupos, orientadas a resguardar el medioambiente

⁸ La educación que se brindaba a las mujeres estaba ligada a los valores estéticos y al discurso de domesticidad que las anclaba en el ámbito de la familia y el hogar. Al calor del proceso revolucionario francés, ambas feministas escribieron algunas de sus reflexiones y demandas: la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* (1791) de Olympe de Gouges y la *Vindicación de los Derechos de la Mujer* (1792) de Mary Wollstonecraft. La primera de ellas participó del proceso revolucionario francés y fue guillotinado.

y garantizar sus derechos ancestrales sobre la naturaleza. Tampoco han implementado políticas efectivas de reconocimiento jurídico e histórico para promover su participación en los entramados institucionales del Estado y legitimar la interculturalidad y la plurinacionalidad.

Los *derechos sociales modernos*, por su parte, fueron adquiridos durante el siglo XX y en gran parte perdidos –como la seguridad social, la salud pública y formas de tributación progresiva– con la implementación de políticas neoliberales. En efecto, la reestructuración capitalista en los últimos 40 años ha erosionado las conquistas sociales y laborales; también, los recursos naturales y el acceso a los mismos. Por ello se construyen legislaciones internacionales para resguardar derechos humanos vitales como el derecho al agua, que no logran ser garantizados, menos aún en las regiones más pobres.⁹

Con grados diversos según los países, las poblaciones racializadas, los migrantes, las mujeres, los pueblos originarios han encontrado grandes limitaciones en las promesas de las democracias liberales. Por lo tanto, cabe preguntarse si, en la actualidad, contamos o no, con un sistema que verdaderamente incluya a todos los sujetos sociales o si, por el contrario, se perpetúan las desigualdades que impiden el ejercicio pleno de la libertad y la democracia.

A modo de cierre

A lo largo de estas páginas hemos intentado esbozar, sin ánimo de exhaustividad, de qué se trata la *modernidad* y qué es la *historia contemporánea*. Varios de los procesos históricos que les han dado forma serán profundizados en los siguientes capítulos de este libro. Por un lado, se abordarán procesos que han consolidado el desarrollo del capitalismo; por el otro, se analizarán algunas de las impugnaciones más radicales que enfrentó el ascenso y expansión de la sociedad burguesa.

La modernidad capitalista ha desplegado múltiples y paradójicas formas de desarrollo que testimonian una vitalidad siempre renovada, aunque con indisimulables costos para la mayoría de la humanidad. La matriz moderna, además, se ha encarnado tanto en la promoción del capitalismo liberal como en la aspiración, hoy debilitada pero siempre latente, de su superación revolucionaria. A mediados del siglo XX fue desafiada por una nueva derecha retrógrada, de racionalidad instrumental y sumamente burocrática que derivó en una generalización de las atrocidades coloniales hasta en el corazón mismo de Europa. Parece mentira que hoy, unos 100 años después, nuevas derechas con ideas muy parecidas gobiernen varios países en Europa, América y Asia.

⁹ Por ejemplo, en el año 2002, el *Comité de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de las Naciones Unidas* aprobó el derecho de todos “a disponer de agua suficiente, salubre, aceptable, accesible y asequible para el uso personal y doméstico” (*Observación General* N° 15).

Con todo, es probable que el cierre de este capítulo nos deje con más preguntas que respuestas: ¿Qué contradicciones, ambigüedades, posibilidades y peligros anidan en las experiencias y procesos modernos? ¿Qué tipo de relaciones mantienen estas contradicciones con el capitalismo? ¿Se han cumplido, o no, las promesas de la modernidad? ¿En qué sentidos? Las comunicaciones, los avances tecnológicos y los intercambios a escala global: ¿promueven el bienestar o la desigualdad social? ¿Es posible ensayar otras formas alternativas de organización social y representación de los intereses colectivos frente al modelo que ofrecen hoy las democracias liberales?

El filósofo y crítico cultural esloveno Slavoj Žižek ha dicho que a los seres humanos hoy nos cuesta menos imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. En este capítulo intentamos dejar claro que, muchas de aquellas cosas que consideramos hoy inmodificables, no siempre han estado allí. Para lo demás será necesaria mucha imaginación y, por supuesto, una dosis de audacia.

Referencias bibliográficas

- Antunes, R. (enero-junio, 2020). ¿Cuál es el futuro del trabajo en la era digital? *Revista observatorio latinoamericano y caribeño*, IEALC, 4(1), 12-22.
- Aróstegui, J. Buchrucker, C. y Saborido, J. (2001) *El mundo contemporáneo: historia y problemas*. Barcelona-Buenos Aires: Biblos.
- Astarita, R. (2013). *Qué es el capitalismo. Una introducción a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: editorial autogestionada. Recuperado de: <http://rolandoastarita.turincon.com/>.
- Bayly, C. (2010). *El nacimiento del mundo moderno 1780-1914: Conexiones y comparaciones globales*. Madrid: Siglo XXI.
- Berman, M. (1992). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bobbio, N. (1989). *Liberalismo y Democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Boron, A. (2000). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bordieu, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Casullo, N. (2003). La Modernidad como autorreflexión. En Casullo, N. Forster, R. y Kaufman, A. *Itinerarios de la Modernidad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Chesneaux, J. (1984). *¿Hacemos tabla rasa del pasado?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Domínguez, D. y De Estrada, M. (junio, 2013). Asesinatos y muertes de campesinos en la actualidad argentina: la violencia como dispositivo (des)territorializador. *Revista Astrolabio*, 10, 489-529.
- Fontana, Josep (1999), “Las formas de organización colectiva”, en *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Crítica.
- Forster, R. (2003). Luces y sombras del siglo XVIII. En Casullo, N. Forster, R. y Kaufman, A. *Itinerarios de la Modernidad*. Buenos Aires: Eudeba.

- Ghigliani, P. (2020a). Clase 2 / Semana 2 (Unidad IV) - Problemas fundamentales del mundo contemporáneo: la modernidad, el desarrollo del capitalismo y la emergencia del estado nación. Recuperado de: <https://aulaswebgrado.ead.unlp.edu.ar/>.
- Ghigliani, P. (2020b). Clase 3 / Semana 3 (Unidad II) - ¿Qué es el capitalismo? Recuperado de: <https://aulaswebgrado.ead.unlp.edu.ar/>.
- Grüner, E. (1997). *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*. Buenos Aires: Colihue.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Quito: IAEN.
- Held, D. (1997). *La democracia y el orden global*. Barcelona – Buenos Aires: Paidós.
- Lebowitz, M. (2003). *Más allá de El Capital*. Londres: Palgrave.
- Lichtheim, G. (1970). *Los orígenes del Socialismo*. Barcelona: Anagrama.
- Marx, K. (1973). El Manifiesto Comunista. En Marx K. y Engels, F. Obras Escogidas, Tomo I. Moscú: Editorial Progreso
- Marx, K. (2007 [1857/1858]). Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Borrador) 1857-1858. En *Grundrisse*. México: Siglo XXI.
- Marx, K. y Engels, F. (1987 [1845-46]). *Ideología Alemana*. México: Grijalbo.
- Meiksins Wood, E. (2001). *Democracia contra capitalismo*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Nash, M. y Tavera, S. (1995). *Experiencias desiguales: conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*. Madrid: Editorial Síntesis.
- OXFAM Internacional. (17 de enero de 2022). La riqueza de los diez hombres más ricos se ha duplicado, mientras que se estima que los ingresos del 99 % de la humanidad se han deteriorado. Oxfam.org. Recuperado de: <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/la-riqueza-de-los-diez-hombres-mas-ricos-se-ha-duplicado-mientras-que-se-estima-que>
- Skocpol, T. (1984). *Los Estados y las Revoluciones Sociales*. México: FCE.
- Valenti Rand, M. (9 de octubre, 2020). La Pandemia de las desigualdades. CLACSO. Recuperado de: <https://www.clacso.org/la-pandemia-de-las-desigualdades/>

CAPÍTULO 3

¿Revolución industrial? Industrialización y desarrollo capitalista: una historia global

*Mariel Payo Esper, Eleonora Bretal
y Alejandro Fernández Plastino*

La Revolución Industrial señala la transformación más fundamental experimentada por la vida humana en la historia del mundo, registrada en documentos escritos. Durante un corto período esta revolución coincidió con la historia de un solo país, Gran Bretaña. Sobre él, o mejor dicho en torno a él, se edificó toda una economía mundial, que le permitió alcanzar, temporalmente, una influencia y un poder desconocidos con anterioridad por cualquier estado de sus dimensiones y que no parece pueda llegar a conocer cualquier otro estado en el próximo futuro.

Eric Hobsbawm, *Industria e Imperio. UNA HISTORIA ECONÓMICA DE GRAN BRETAÑA DESDE 1750*

Introducción

Revolución Industrial es el nombre –algo discutible, como veremos más adelante– que se le ha dado comúnmente al periodo de crecimiento económico y transformaciones tecnológicas y sociales ocurridas en Inglaterra hacia mediados del siglo XVIII. Este proceso es de vital importancia puesto que es considerado un momento clave del desarrollo económico del modo de producción capitalista que gobierna hoy nuestro mundo, análogo al de la Revolución Francesa en el terreno de lo político, lo jurídico y lo cultural. Por ello, es que hablamos de una *doble revolución* que derrumbó el viejo orden del Antiguo Régimen para dar inicio a la *Historia Contemporánea*, es decir, el momento de la historia, como vimos en el capítulo anterior, en que se configuraron los grandes pilares económicos y sociales en los que vivimos hoy.

A pesar de que en el imaginario popular y los manuales de historia suele asociarse la Revolución Industrial con los buques de vapor, las grandes fábricas y los ferrocarriles, veremos que en realidad esos símbolos corresponden a una etapa posterior de un proceso capitalista comenzado previamente, que tiene al algodón como protagonista.

Para esquematizar un poco y clarificar la situación, llamaremos Revolución Industrial al periodo de emergencia de la lógica capitalista de organización del trabajo, caracterizado por la

producción de manufacturas, que se inicia a mediados del siglo XVIII. Por manufacturas, entenderemos, a su vez, la producción industrial primigenia de tipo artesanal, anterior a la producción mediante grandes maquinarias. La Segunda Revolución Industrial suele llamarse al período de producción en serie basada en grandes maquinarias e innovaciones tecnológicas como la máquina de vapor y el carbón, que tienen lugar a partir de 1830.

Los comienzos: la revolución agraria y la acumulación originaria de capital

El período de la Revolución Industrial es precedido, a su vez, por un período de crecimiento ocurrido en el ámbito rural que suele llamarse *revolución agraria*, por analogía a la industrial. A comienzos del año 1700 en Inglaterra ocurren una serie de transformaciones, tanto técnicas como políticas, que redundaron en un aumento de la productividad, que resultó luego fundamental para su ulterior inversión en el sistema fabril urbano. Estos factores son:

1. La eliminación del barbecho. El barbecho es la tierra que se deja en reposo hasta que naturalmente recobre su fertilidad. Hoy en día disponemos de variados productos químicos para fertilizar la tierra, pero hasta ese momento aproximadamente un tercio de las tierras eran dejadas en barbecho, con lo que solo dos tercios podían utilizarse simultáneamente para el cultivo. A principios del siglo XVIII se descubrió una determinada rotación de cultivos que permitieron a la tierra mantener su fertilidad, gracias a lo cual se incorporan ese tercio otrora improductivo. A su vez, mejoran las técnicas de arado y amarre de los animales utilizados para el tiraje.

2. Los cercamientos (*enclosures*). Constituyeron la avanzada de la clase dominante inglesa sobre los ejidos o campos comunales (*openfields*), en base a los cuales la clase terrateniente fue expulsando a los campesinos de sus tierras y apropiándose de ellas. Fueron sistemáticamente cercadas por los terratenientes medios, que formaban el grupo social de la *gentry*, los cuales empezaron a combinar sus explotaciones agrícolas con el comercio, diversificando sus inversiones. En las nuevas parcelas cerradas es donde se aplicaron las novedades técnicas, a costa del pequeño granjero arrendatario y del campesinado pobre –denominado *cottagers* por la casa que habitaban–, quienes se vieron privados de sus parcelas y emigraron luego a las ciudades, donde fueron obligados a convertirse en asalariados. Las leyes de cercamiento supusieron la sustitución de los derechos comunales por los de propiedad privada. Las parcelas antes dispersas pasaron a ser propiedad de particulares, agrupadas y cerradas mediante vallas.

Ambos factores fueron fundamentales no sólo para producir en términos cuantitativos un aumento de productividad –que a su vez impactó en un aumento poblacional–, sino para crear una estructura agraria capitalista. Esto es muy importante puesto que al historizar la aparición del capital, comprobamos que su generación obedeció a la fuerte represión y explotación por parte de la clase dominante sobre los sectores pobres.

La expropiación que despoja de la tierra al trabajador, constituye el fundamento de todo el proceso. De ahí que debamos considerarla en primer término. La historia de esa expropiación adopta diversas tonalidades en distintos países y recorre en una sucesión diferente las diversas fases. Sólo en Inglaterra, y es por eso que tomamos de ejemplo a este país, dicha expropiación reviste su forma clásica (Marx, p. 181).

Esa primera lógica de producción capitalista fue exponencialmente potenciada por el comercio triangular colonial que generó la liquidez de capital que fue la base de la Revolución Industrial. El comercio triangular fue la red de comercio mundial cuya ruta marítima consistía en llevar mano de obra esclava desde África hasta las colonias americanas.

El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen factores fundamentales de la acumulación originaria. Pisándoles los talones, hace su aparición la guerra comercial entre las naciones europeas, con la redondez de la tierra como escenario. (...) Los diversos factores de la acumulación originaria se distribuyen ahora, en una secuencia más o menos cronológica, principalmente entre España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. En Inglaterra, a fines del siglo XVII, se combinaban sistemáticamente en el sistema colonial, en el de la deuda pública, en el moderno sistema impositivo y el sistema proteccionista. Estos métodos, como por ejemplo el sistema colonial, se fundan en parte sobre la violencia más brutal (Marx, p. 183).

La revolución agrícola, entonces, tuvo tres consecuencias fundamentales: en primer lugar, aumentó la productividad para una población también en aumento; en segundo lugar, generó la mano de obra que constituirá el ejército de reserva proletario –es decir, lxs desocupadxs o subocupadxs– que emigraron a los centros urbanos para convertirse luego en asalariadxs capitalistas; y finalmente, otorgó a la clase dominante un capital acumulable y potencialmente utilizable en otros sectores de la economía. Es ilustrativo el caso de Lord Townshend, embajador inglés en Holanda y secretario de Estado, quien abandonó su carrera política en 1730 y se retiró a sus propiedades en Norfolk. Inspirándose en los métodos que había visto practicar en los Países Bajos, drenó el suelo, lo abonó con estiércol, inició los cultivos que se sucedían en rotaciones regulares sin agotar nunca la tierra ni dejarla improductiva, y sembró prados y forrajes para el ganado. Algunos llamaban a este par de Inglaterra "Lord Nabó" (Mantoux, 1962).

A su vez, ello permitió que la población inglesa fuese la mejor alimentada de Europa durante el siglo XVIII. Las mejoras en la alimentación (se incorporaron papas, hortalizas y leguminosas) y en la salubridad (se adoquinaron las calles, se alejaron los cementerios de los centros urbanos, se depositó la basura en lugares adecuados) permitieron disminuir las hambrunas y las epidemias. La tasa de mortalidad cayó y aumentó la natalidad. En la segunda mitad del siglo se

incrementó el crecimiento demográfico, que pasó del 0,35 al 0,84% anual. Entre principios del siglo XVIII y el año 1820, la población se duplicó (pasó de 5,5 a casi 12 millones).

Este aumento paulatino, aunque significativo de la productividad agraria y la economía constituiría el fortalecimiento de un mercado interno que será la base del proceso económico revolucionario.

Protoindustrialización: la industria antes de la industrialización

La historiografía de la Revolución Industrial ha debatido intensamente, por un lado, la dinámica de la transición del feudalismo al capitalismo y, por el otro, el rol de los distintos sectores políticos y sociales. Dentro de estos debates, se ha discutido largamente si el epicentro de dicha transición tuvo lugar en la ciudad o en el campo, y cuáles fueron los sectores sociales y los factores tecnológicos que produjeron la transición al capitalismo.

Respecto de la pertinencia o no del concepto de *revolución* para caracterizar el proceso industrializador, existen dos posturas: las explicaciones *rupturistas* tradicionales sobre la revolución industrial que enfatizaban las explosivas tasas de crecimiento económico de Inglaterra entre 1780 y 1840 con la aparición de las fábricas, las nuevas máquinas de hilar y la utilización de la energía a vapor en reemplazo de la energía humana y animal. Estas investigaciones hacen hincapié en la *ruptura* ocurrida en las formas de producción mediante el concepto de *revolución* que procura capturar la magnitud del cambio y el paso de la sociedad tradicional de base rural a una sociedad moderna de base urbana. Por otro, las explicaciones *gradualistas*, que matizan la idea de *ruptura*. A este segundo tipo pertenecen las que ofrecen Josep Fontana (1999) que destaca la gradualidad del proceso y Sven Beckert (2016) que enfatiza el carácter global de la industrialización del algodón. Fontana subraya que la Revolución Industrial sería inexplicable sin el milenio de crecimiento previo que asentó las relaciones de mercado y la introducción de nuevas tecnologías durante los siglos XVII y XVIII, impulsando formas diversas de industrialización, tanto urbanas como rurales, combinadas y unificadas por la acción de los comerciantes, verdaderos empresarios capitalistas, que articulaban y coordinaban todo el proceso vendiendo el producto terminado en las ciudades. Beckert destaca el vínculo entre capital y estado, el papel de la violencia en la fundación de un complejo productivo de alcance global y la expansión de la esclavitud para producir el algodón que alimentaría la industria; aspectos claves para contrastar las versiones que asocian la modernidad exclusivamente a los ideales racionalistas de la Ilustración.

Desde fines de siglo XIX y primera mitad del XX, la tendencia mayoritaria en la literatura especializada era referirse a *Revolución Industrial* –de hecho, tal concepto fue introducido por Friedrich Engels como analogía de la Revolución Francesa– para enfatizar la emergencia de un proceso económico tan innovador como acelerado. Es de esta visión de donde viene la común asociación popular entre Revolución Industrial y la maquinaria pesada del vapor y los ferrocarriles. Sin embargo, estudios posteriores como los arriba mencionados, comenzaron a notar que los orígenes del proceso industrial –y, por ende, de la lógica moderna de la producción

capitalista– pueden hallarse más en el siglo XVIII que en el XIX, y más en el campo que en la ciudad. Estos puntos de vista *gradualistas* no menosprecian el hecho de que Inglaterra fuera la chispa del despegue económico industrial sino que hacen hincapié en el contexto previo de sostenido crecimiento que posibilitó la explosión revolucionaria; sin perder de vista lo distintivo del proceso que asombró a los contemporáneos: la enorme transformación económica y social generada por la industrialización capitalista asentada en las ciudades, las máquinas y las fábricas, lo que motorizó una dinámica de desarrollo auto-sostenido de efectos mundiales, que condujo a la aparición del proletariado y la burguesía industrial, y a formas modernas de lucha de clases.

La Revolución Industrial inglesa fue precedida por *procesos industrializadores previos*, y un constante desarrollo económico sostenido. Las principales condiciones previas para la industrialización ya estaban presentes en la Inglaterra del siglo XVIII. Hacia 1750 el país había acumulado y estaba acumulando un excedente lo bastante amplio como para permitir la necesaria inversión y diversificación económica. Buena parte de este excedente se concentraba en manos de quienes deseaban invertir en el progreso económico y reproducir un capital creciente. Además, Inglaterra poseía un extenso sector manufacturero altamente desarrollado y un aparato comercial todavía más desarrollado. El transporte y las comunicaciones eran relativamente fáciles y baratos, ya que ningún punto del país dista mucho más de los 100 km del mar, y aún menos de algunos canales navegables. Esto no quiere decir que no surgieran obstáculos en el camino de la industrialización británica, sino que fueron fáciles de superar a causa de que ya existían las condiciones sociales y económicas fundamentales, porque el tipo de industrialización del siglo XVIII era comparativamente barato y sencillo, y porque el país era lo suficientemente rico y floreciente para que le afectaran ineficiencias que podían haber arruinado a economías menos dispuestas.

Se define entonces la *protoindustria*, básicamente, como formas rudimentarias de industria artesanal, caracterizadas por la existencia de artesanxs independientes, que trabajaban el paño en el interior de su domicilio junto a su propia familia como mano de obra. Reunían la materia prima, la trabajan en su hogar, y la vendían en un mercado cercano. En este típico paisaje rural preindustrial, lxs artesanxs trabajaban alternadamente, de acuerdo con la estación del año, en las labores agrícolas y las artesanales. Muchos objetos necesarios para la vida –vestidos, alimentos, muebles, útiles domésticos– eran fabricados en el marco familiar, especialmente en el medio rural. Lxs artesanxs trabajaban solos o con un número muy reducido de obrerxs; podían ser libres, o bien, estar sometidos a los reglamentos de las corporaciones o gremios. En determinado momento del siglo XVIII emergió una figura nueva: la del empresario capitalista rural (los *pelaires*), un productor directo devenido en financista de otros productores, a quienes les provee la materia prima y les encarga el producto a elaborar para luego retirarlo, venderlo en mercados lejanos y quedarse con la diferencia de capital como ganancia. Como señala Josep Fontana, el capitalismo aparece en esta organización del mercader-empleado. Este tipo de industria artesanal y rústica, pero de novedosa lógica capitalista es la llamada *industria rural a domicilio* o *putting out system*, en su formulación inglesa.

Los avances científicos y tecnológicos y la mejora en los transportes

La gran novedad vendrá dada por la aplicación de la máquina de vapor a los transportes y a las comunicaciones de mercancías, personas y noticias, en sus dos vertientes terrestre y marítima, representadas por el ferrocarril y el buque respectivamente.

El avance decisivo lo dio James Watt, un fabricante de instrumentos de física de una familia de acomodados empresarios escoceses, que en 1769 patenta una máquina que resuelve la dispersión de la energía, incorpora un condensador y transforma el movimiento alternativo y rectilíneo en otro continuo y circular. Este es considerado el primer motor de la historia y la innovación técnica más importante de la Revolución Industrial.

El caballo de fuerza, también llamado caballo de potencia porque realmente es una medida de potencia y no de fuerza, es el nombre de varias unidades de medida de potencia utilizadas en el sistema anglosajón. Se denota con *hp* del término inglés *horsepower*, expresión que fue acuñada por Watt en 1782 para comparar la potencia de las máquinas de vapor con la potencia de los caballos de tiro.

La aplicación del vapor constituyó la fase más espectacular del sistema fabril, revolucionando la industria, la minería y los transportes. Las fábricas dejaron de localizarse obligatoriamente a orillas de los ríos, apegadas a la energía hidráulica, llevándose a regiones más pobladas o mejor comunicadas. La concentración geográfica, industrial y financiera dio lugar al nacimiento de las grandes ciudades industriales. La máquina de vapor abrió las puertas a la turbina, el motor de explosión y el eléctrico.

En el transporte por tierra, la primera aplicación del vapor a los vehículos fue obra del francés Cugnot, una máquina considerada una suerte de antecesor del automóvil. Pero no fue sino hasta 1804 cuando el ingeniero inglés Trevithick patentó un invento en el que aparecen los elementos básicos de la teoría del ferrocarril, que estriban en la consideración del riel como infraestructura viaria para el nuevo vector, y la fricción de una rueda lisa sobre el mismo para arrastrar grandes cargas. El riel, en muchos casos de madera –en Argentina en la década de 1860 se desforestó el bosque de quebracho colorado del Gran Chaco para su utilización como durmientes–, ya se había empleado en el siglo precedente para facilitar el desplazamiento de las vagonetas en el interior de las minas, pero a partir de la aplicación del vapor se movieron con la fuerza de una locomotora.

El proceso adquirió su moderna fisonomía en 1825 cuando el famoso ingeniero inglés George Stephenson construyó la primera locomotora moderna con potencia suficiente para arrastrar un tren de noventa toneladas en un recorrido de algunos pocos kilómetros. Es curioso que, hasta la efectiva puesta en marcha, muchos ingenieros dudaban de que el ferrocarril fuera efectivamente a funcionar, ya que sostenían que una rueda lisa sobre un riel liso resbalaría y por tanto no podría desplazarse. Cuando esta locomotora finalmente alcanzó los 22 km/h en la línea Liverpool-Manchester nos encontramos al fin ante el nacimiento de la era del ferrocarril.

Las consecuencias de este proceso *revolucionario* son diversas. La construcción ferroviaria desarrolló la industria metalúrgica y la ingeniería civil (el hormigón armado se implementó lentamente desde la segunda mitad del siglo XIX). Los materiales más pesados y voluminosos se convirtieron en transportables. La elevación de puentes y el horadado de túneles fueron factibles. El medio ferroviario permitió transportar cargas cada vez mayores, a una velocidad superior y con una reducción de costes. Las ciudades fueron abastecidas de forma regular y tanto lxs agricultorxs con sus productos perecederos como lxs fabricantxs con sus manufacturas pueden enviarlos a mercados cada vez más alejados. La construcción y explotación de la red férrea atrajo capitales, estatales y privados, y desarrolló nuevas sociedades financieras capitalistas. Por fin, el ferrocarril supuso una democratización del transporte, en la medida en que distintas clases sociales viajaban en un mismo medio. O al menos en sus comienzos, ya que para mediados de siglo XIX se implementaron las distintas *clases* para denotar las diferencias dentro de los vagones: turista, primera clase, etc. En cualquier caso, es posible identificar que el ferrocarril es hijo de la *Modernidad*.

Una transformación igualmente innovadora tuvo lugar en la navegación marítima. Los buques de vapor comenzaron a cruzar el océano y a adquirir supremacía sobre los viejos barcos de vela. El tráfico fluvial se intensificó en todas partes al hilo de estas novedades. Paralelamente, se desarrollaron una serie de obras de infraestructura, como la construcción de puertos, muelles y faros, o las grandes obras públicas que supusieron la apertura de los canales de Suez y Panamá.

El mercado externo

La Conquista de América llevada adelante desde el siglo XVI cambió para siempre la economía europea, al crear una economía mundial caracterizada por la transferencia de recursos y riquezas desde las zonas periféricas –las colonias– hacia el centro –las metrópolis–. Sólo para dar una idea de su magnitud, se considera que la plata del cerro de Potosí extraída de las minas del Alto Perú era mayor a todo el metálico circulante existente previamente en Europa.

El comercio internacional y la expoliación imperial durante siglos permitieron a los diferentes países aprovisionarse de los bienes que no podían producir. La teoría de las ventajas comparativas de la teoría económica inglesa clásica de David Ricardo y Adam Smith explicaba las ventajas que para todos los países participantes en el comercio se derivaban de la especialización que propició la división internacional del trabajo. Inglaterra fue el primer país que vislumbró las ganancias ilimitadas de conquistar mercados de ultramar –entre ellos, el Buenos Aires colonial y neocolonial, donde los ponchos fabricados en Manchester se propagaron en detrimento de los elaborados a mano en el interior– no ya para obtener de ellos las otrora añoradas materias primas, sino, sobre todo, como destinatarios de las mercancías industriales que el estrecho mercado interno inglés no lograba ya asimilar. En la medida en que otras potencias europeas como Francia, España y Holanda se sumaban al proceso industrializador inaugurado por los británicos,

la división internacional del trabajo entre zonas productoras de materias primas y zonas industriales encontró hacia la segunda mitad del siglo XIX su configuración ya definitiva.

En las primeras etapas de la industrialización el comercio exterior hizo posible colocar en los mercados exteriores una parte de la producción, y financiar así las adquisiciones de fuentes de energía, como el carbón de coque, y la maquinaria o las materias primas necesarias. La organización fabril moderna tuvo características muy distintas de las de sus precedentes. En Inglaterra, su difusión fue muy desigual dentro de las ramas industriales. Así, sólo consiguió desplazar definitivamente a las protoindustrias a mediados del siglo XIX. La razón de este desplazamiento debe buscarse en la imposibilidad de satisfacer la creciente demanda de productos manufacturados aplicando métodos artesanales. Esto exigió la invención de máquinas que vinieron a sustituir el empleo de fuerza humana o animal por nuevas fuentes de energía basada en las leyes de la recientemente descubierta termodinámica (la energía calórica del vapor y el carbón transformada en mecánica) que hicieron posible la producción en serie. La producción mecanizada utilizada por este tipo de energía obligó a concentrar la maquinaria y la mano de obra en lugares de producción especializados denominados *fábricas*. Éstos se caracterizaron por la sincronización y la especialización de las tareas y por la división del trabajo y la disciplina. La necesaria articulación de operaciones dentro de la fábrica demandó una nueva organización de la producción. Ya no son las personas quienes imponen el ritmo de trabajo a sus herramientas, como en el pasado; ahora lxs operarixs debía someterse a un ritmo de trabajo, tan constante como incesante, fijado por la máquina. La libertad de que disponían lxs trabajadorxs en el cumplimiento de sus tareas desapareció: la fábrica imponía puntualidad, horarios interminables, reglamentos y una estricta vigilancia de los capataces. La figura de lxs antiguxs artesanxs independientes que trabajaba en su hogar con su familia desaparece para dar lugar a la de lxs obrerxs asalariadx, dependientes de los tiempos del proceso industrial capitalista y disociadx del producto de su trabajo: es el nacimiento de la clase obrera proletaria y el burgués capitalista.

El papel del gobierno

El último factor determinante de la Revolución Industrial atañe a la esfera política. La política exterior imperialista, a pesar de pérdidas territoriales como la independencia de los Estados Unidos en 1776, hizo que los gastos militares de la corona estimulen algunos de sus sectores industriales con destino a los nuevos territorios y mercados. Las relaciones sociales prerrevolucionarias y sus componentes feudales limitaban el desarrollo agrícola, puesto que una minoría absentista recibía la mayor parte de la renta nacional, muchxs campesinxs no poseían la propiedad de la tierra y eran asalariadx y seguían vigentes las relaciones de dependencia clientelar y personal. Con la revolución liberal se creó un sistema político basado en una participación cada vez más amplia de los ciudadanos, hasta configurar regímenes constitucionales, y crecientemente democráticos, y se asentaron las condiciones de un mercado nacional y libre, sin barreras aduaneras, ni precios prefijados por el poder.

El Estado se dio a la tarea de crear el marco institucional para el desarrollo: delineó los derechos de propiedad ya fuera sobre la tierra o sobre la propiedad intelectual, y la legislación sobre asociaciones de empresarios y trabajadorxs. Incluso en algunos casos actuó como financista de algunos proyectos industrializadores privados. Pero quizás el terreno en el que fue más decisiva la iniciativa estatal fue en el impulso de la construcción de infraestructuras de transporte. Asimismo, la legislación bancaria tuvo un rol fundamental: en la medida en que los volúmenes comerciales se incrementaban, fue necesario crear leyes que permitieran la organización de los bancos e iniciativas privadas de crédito que participaban activamente en la vida económica de las empresas industriales, por medio del manejo de préstamos, subsidios e inversiones.

Impactos y sujetos de la industrialización capitalista

Cuando pensamos en los impactos y sujetos de la industrialización es probable que lo primero que nos venga a la cabeza sean las dos clases sociales fundamentales: burgueses y proletarixs. En el primer conjunto tenemos a los dueños de los medios de producción, para los cuales podemos inferir que la industrialización trajo como consecuencia la acumulación de riqueza y, en el segundo, a quienes el proceso trajo empobrecimiento y, en consecuencia, deben vender su capacidad para trabajar. Es necesario, sin embargo, complejizar esta lectura. No se trató de un proceso rápido, y sus consecuencias, no fueron homogéneas ni definitivas para todas las personas. La industrialización trajo nuevos paradigmas disciplinares y produjo impactos disímiles no sólo a nivel clase sino también según diferencias de género y condición étnica.¹⁰ Estos impactos generaron fuertes desigualdades, establecieron roles sociales y propiciaron el surgimiento de políticas públicas, tanto represivas como de ayuda social. En la historia del movimiento obrero, tanto la opresión de género como la construcción de diferencias étnicas, han sido poderosos instrumentos de división de la clase. Más adelante en este capítulo nos ocuparemos de la desigualdad de género dentro de la clase obrera.

La clase obrera inglesa, compuesta por mujeres, varones y niñxs, quedó sometida con la industrialización a una doble sujeción: la explotación económica y la opresión política. La “mayor parte de los trabajadores sintió la crucial experiencia de la Revolución Industrial en términos de cambio en la naturaleza y la intensidad de la explotación” (Thompson, 1989, p. 208). Esta clase obrera “había desarrollado una cultura popular vigorosa y libre” (Thompson, 1995, p. 429), a comienzos del siglo XVIII en los distritos fabriles, lo que preocupaba a burgueses y gobernantes que tenían el propósito de promover la disciplina y el orden moral de una sociedad en la cual

¹⁰ Con condición étnica nos referimos a los distintos procesos de racialización que fragmentaron a la clase trabajadora. Estos tomaron distintas formas a lo largo de la historia, desde la trata de esclavos realizada por los grandes centros imperialistas en las metrópolis y colonias, hasta la segregación de lxs trabajadorxs no calificadxs, generalmente afrodescendientes, originarios o inmigrantes, de las reivindicaciones sindicales. “Estxs trabajadores han compartido con las mujeres “el dudoso honor de ser vistos como amenaza en lugar de compañerxs de lucha” (Ezquerro, 2010, p. 9).

mantenían sus posiciones de privilegio. La industrialización capitalista fue apuntalada por los Estados, por ello cuando la clase obrera buscó resistir, se enfrentó tanto con las fuerzas del patrón como del Estado, o contra ambas.

Lo que se conoce hoy como *movimiento obrero*, hizo su aparición histórica en tanto sujeto colectivo en la Europa del siglo XIX. Si bien surgió como grupo social con la organización capitalista de la producción y llevó adelante distintas formas organizativas como por ejemplo las *sociedades fraternas*, recién puede hablarse de proletariado industrial numeroso¹¹ y organizado en sindicatos después del primer cuarto del siglo XX. La “tendencia a la proletarización” de la que hablaba Marx en el siglo XIX no era más que eso cuando alrededor de 1880, según George Lichteim, los trabajadores irrumpieron en la escena política como sujeto relativamente autónomo, ya desencantados con el liberalismo que abrazaban sus patrones (Lichteim, 1970).

Antes de la existencia de este grupo social con formas de protesta más sistemáticas, pautas propias de consumo y ámbitos de socialización diferenciados, ya se habían desarrollado formas de impugnación individuales como el *bandolerismo social*, cuyas características fundamentales eran el robo y el pillaje a título individual, o movimientos como el *ludismo* y el *Cartismo*. El *ludismo*, uno de los primeros movimientos de trabajadorxs, entre 1811 y 1816 promovió el rechazo de las máquinas y la automatización bajo la forma de ataques violentos a las mismas. Fue encabezado por artesanosx ingleses que se sentían amenazados ante los avances de la tecnología aplicada a la producción. El *Cartismo*, por su parte, fue un movimiento popular, también nacido en Inglaterra, que luchaba por la obtención de derechos políticos para lxs trabajadorxs.

Tiempo moderno y disciplina

A partir del 1700 ya hay registros de la disciplina laboral propia del capitalismo industrial, que se impuso en las primeras fábricas de algodón unos setenta años después (Thompson, 1995). Campanas, relojes y multas posibilitaron la disciplina laboral que era custodiada en sus inicios por los vigilantes del tiempo dedicados a confeccionar planillas con horarios, y luego, por la maquinaria y los sistemas de fichaje. La tiranía del reloj surgió con el avance del capitalismo industrial, con la máquina señalando el ritmo de trabajo y aumentando la regularidad y la sincronización.

Antes de la modernidad, las medidas del tiempo no se regían por el reloj, sino que estaban vinculadas a las tareas domésticas cotidianas y al ritmo de la naturaleza, lo que se ha

¹¹ El movimiento obrero hoy es muy diferente *sociológicamente* hablando, a esa clase obrera industrial decimonónica. De hecho, a lo largo del siglo XX se produjo la expansión de lxs trabajadorxs de servicios y actualmente hay cientos de empleos asociados a ámbitos cognitivos e inmateriales antes inexistentes. Pero como sostiene Pablo Ghigliani (2021, p. 2): “las transformaciones organizativas y tecnológicas de los procesos de trabajo (...) han modificado profundamente la composición, en un sentido sociológico, de la clase trabajadora en los últimos cincuenta años. Sin embargo, ello no ha modificado en nada nuestra situación objetiva más general y abstracta: seguimos siendo lxs expropiadxs de las condiciones materiales de nuestra existencia”.

denominado *orientación del quehacer*. La temporalidad estaba vinculada a la salida o la puesta del sol con el papel del gallo como reloj-despertador de la naturaleza, y los intervalos de tiempo eran medidos según, por ejemplo, lo que tarda en cocinarse el arroz o lo que lleva de tiempo recitar dos oraciones religiosas. Los días estaban organizados en función de las tareas domésticas como la provisión de alimentos (pesca, labrado de la tierra, caza o cría de animales), la cocción de alimentos, la limpieza, el cuidado de otras personas, la práctica de rituales, etc. Varias de estas tareas cotidianas estaban ligadas a los ritmos *naturales*, como lxs cazadorxs que colocaban trampas durante la noche, lxs pescadorxs que vivían –y trabajaban– acorde a las mareas o lxs campesinxs que recolectaban el grano antes que llegara la estación de las tormentas. Estas tareas destinadas a cubrir necesidades específicas alargaban o contraían la jornada de trabajo según su duración o cantidad, y desdibujaban el límite entre *trabajo* y *vida* (ya sea el ocio, o el descanso, o las tareas de reproducción de la vida, o, simplemente, la interacción con otras personas). El trabajo y las relaciones sociales estaban entrelazadas, las jornadas eran irregulares y no era conflictivo dejar pasar el tiempo mientras se trabajaba.

Las nociones de tiempo orientadas al quehacer prevalecieron tanto en comunidades rurales o pesqueras como en las industrias pequeñas y domésticas con trabajadores de talleres manufactureros, o trabajadorxs textiles y minerxs, en los comienzos de estas industrias hasta las primeras décadas del siglo XIX. En la industria manufacturera a escala doméstica o del pequeño taller, había una división simple del trabajo, un grado leve de sincronización, las normas laborales eran irregulares y se alternaban el trabajo intenso con el ocio. Además, muchxs trabajadorxs combinaban distintos oficios, ya sea pesca y agricultura, o construcción, carpintería y artesanía, o manufactura a domicilio y agricultura. Este modelo persiste en varios trabajos independientes y en las tareas domésticas –que han recaído históricamente de manera abrumadora en manos de mujeres–.

El trabajo, antes orientado por el quehacer, pasó a ser regulado por los patrones. A mediados del siglo XVII los campesinos acomodados calculaban el trabajo contratado en *jornadas* (no en horas). Los patrones no querían malgastar el tiempo de la fuerza de trabajo contratada, porque implicaba gastar su dinero. Así el tiempo se convirtió en sinónimo de dinero: *antes se pasaba, ahora se gasta*. Con la regulación del trabajo, las labores se volvieron más rutinarias y monótonas, quedaron cada vez más escindidas del placer. Lxs trabajadorxs rurales (bracerxs) que trabajaban para otros, no tenían descanso y estaban sujetos a una disciplina laboral intensa (tanto en el siglo XVII como en el XIX), y las braceras esposas eran las que realizaban el trabajo más arduo y extenso de la economía rural, entre el campo y el hogar.

La regulación del trabajo precede a la difusión del reloj, lo hacían sin el registro en horas y minutos. Ahora bien, como la exigencia de mayor sincronización laboral durante la Revolución Industrial fue simultánea a la difusión general de los relojes, su utilización en las relaciones capitalistas de producción facilitó el aumento de la disciplina laboral. Así, “la medida del tiempo se convirtió en un medio de explotación laboral” (Thompson, 1995, p. 429). La nueva disciplina de tiempo se impuso con mayor rigurosidad en las industrias (fábricas textiles y talleres mecánicos) y varios trabajadorxs la interiorizaron en el largo plazo no sin resistencias. En los inicios de la

industrialización, las jornadas de trabajo eran sumamente extenuantes. Todxs los niñxs sufrían por la jornada laboral regular de 14 horas, que a veces alcanzaba las 16 horas diarias, de miércoles a sábado.

Los bajos salarios fueron una táctica de disciplinamiento, para que lxs trabajadorxs habituados a jornadas, semanas y años irregulares se adaptaran a la regularidad mecanizada, la sincronización y la intensidad que impusieron los patrones. Los estímulos salariales aparecieron recién a partir de mediados del siglo XVIII. En una primera etapa, lxs trabajadorxs se resistieron a modificar sus antiguos hábitos de trabajo; las generaciones siguientes, en una segunda etapa, ya no lucharon contra las horas *sino sobre ellas* buscando acortar la cantidad de horas laborables, como en el *movimiento por las diez horas*. Con el avance del asociacionismo en el siglo XVIII, varios oficios consiguieron el objetivo, logrando reducir progresivamente la jornada laboral. En síntesis, lxs trabajadorxs se reapropiaron de las categorías de sus patrones en la lucha por la satisfacción de sus propias necesidades.

Desde la perspectiva de la burguesía, durante el siglo XIX lxs *buenxs trabajadorxs* eran disciplinados, dedicados, no se ausentaban, eran puntuales, respetaban las leyes y eran ahorradores. En cambio, lxs *malxs trabajadorxs* eran “turbulentos, difíciles de gobernar, perezosos, disipados, faltos de previsión, se permitían el gusto por el placer y tenían una conducta frívola” (Scott, 2008, p. 168). Con estos calificativos, construían en términos *morales* el ideal de trabajador más adecuado para la producción capitalista.

Si bien las sociedades disciplinarias- profusamente descritas por Foucault (2008) – preexisten al capitalismo, éste, en su desarrollo, se sirvió de los dispositivos disciplinarios de poder para crear cuerpos políticamente dóciles y económicamente productivos, ambas características de forma simultánea.¹² Asimismo, a medida que las relaciones de producción capitalista avanzaron y se expandieron a nivel global, generalizaron el poder disciplinar (Benente, 2017). Los dispositivos disciplinarios normalizaron los cuerpos asimilándolos a máquinas entrenadas que incrementan sus aptitudes, se vuelven más útiles y sumisas, más productivas, y también, más integradas a los sistemas eficaces y eficientes de control. Una de las instituciones disciplinarias más exitosas fue las *workhouses* surgidas a partir de 1670 en Inglaterra, en ellas trabajaban y residían, a cambio de comida y alojamiento, quienes no estaban vendiendo su fuerza de trabajo a un patrón y eran *pobres* y *vagabundos*.¹³ Algunas de estas instituciones totales se mantuvieron activas hasta el siglo XX.

Otro eje importante del avance del capitalismo ligado al disciplinamiento laboral ha sido la apropiación de los saberes obreros por parte del capital, y con ello, un control cada vez mayor sobre el proceso productivo y la forma de trabajo de lxs obrerxs. La burguesía en tanto dueña de los medios de producción, y compradora de las fuerzas de trabajo, ha buscado distintos

¹² Estos dispositivos disciplinarios han sido de utilidad a distintos modos de producción, no solo el capitalista.

¹³ Las personas que recibían la ayuda social de las *workhouses* poseían el estatus legal de *indigente*, ligado a un estigma y a ciertas inhabilitaciones (como el voto).

mecanismos para aumentar sus ganancias. Braverman (1987) explica que uno de estos mecanismos ha sido la implementación de la *división en detalle del trabajo*: consistente en la ruptura o separación de los procesos y acciones implicados en la producción de un objeto, así, de las múltiples operaciones una sola, o algunas pocas, son asignadas a cada empleadx para que las ejecute de manera repetitiva. La *división en detalle del trabajo* ha permitido a los capitalistas incrementar la *productividad* y con ello la producción, abaratar el costo de producción que representa la compra de fuerza de trabajo ya que se requiere de trabajadorxs menos cualificados, y un mayor control sobre la organización del proceso de producción. Mientras el capital se ha apropiado de los saberes obreros en torno a los procesos de producción, lxs obrerxs se han convertido cada vez más en ejecutores que no pueden tomar decisiones acerca de cómo producir.

¿Aumentó o decreció la desigualdad social?

La industrialización británica generó una transferencia de ingresos de los pobres hacia los ricos, es decir de lxs campesinxs y lxs obrerxs hacia los propietarios de tierras o de empresas comerciales o financieras. Así, lxs pobres se hicieron más pobres porque las clases adineradas (clase alta y media) se iban haciendo cada vez más ricas. Los burgueses comerciantes y financieros tuvieron éxito económico y buscaron asimilarse a la nobleza, pero solo una minoría se insertó en la oligarquía. La aristocracia y la pequeña nobleza mantuvieron intacto su predominio social, sus rentas engrosaron con la demanda de productos rurales, y se favorecieron de la expansión de ciudades, minas y ferrocarriles que estaban situados en el suelo que poseían.

Hobsbawm (1977) explica que la burguesía triunfante estaba satisfecha, pero que lxs trabajadorxs pobres, que eran la mayoría de la población, vivieron la destrucción de su mundo y forma de vida tradicional sin recibir nada favorable a cambio. El profundo desarraigo de los lazos comunitarios significó una pérdida crucial para la clase trabajadora. Los drásticos cambios en los modos de trabajo de aquellxs trabajadorxs antes rurales que se proletarizaron migrando a las ciudades e interiorizaron la disciplina industrial, vieron deteriorada su calidad de vida. Se podría decir que pasaron a ser más infelices sin la seguridad que les brindaban los lazos comunitarios y con una mayor explotación laboral. Además, las ciudades no los acobijaban por las condiciones de insalubridad que presentaban: estaban apretujadxs en sus viviendas (hacinamiento), el humo flotaba sobre sus cabezas, se les impregnaba la mugre, no poseían o era insuficiente la cobertura de los servicios elementales (suministro de agua, sanitarios, limpieza de calles, espacios abiertos), “produciendo así, sobre todo después de 1830, epidemias de cólera, fiebres tifoideas y (...) enfermedades respiratorias e intestinales” (Hobsbawm, 1977, p. 84). Las ciudades ampliaron las distancias sociales, económicas y comunicativas entre los ricos y lxs pobres.

Las condiciones de vida de lxs trabajadorxs entre 1790 y 1830 eran deplorables. Solo unxs pocxs obrerxs organizadxs lograron aumentar en la década de 1830 sus salarios reales. A pesar de que hubo algunas modificaciones con el *boom* del ferrocarril en la década de 1840, la situación de grandes grupos de obrerxs continuó en condiciones desesperadas, al límite de la subsistencia.

Si bien a lo largo del período de 1790 a 1840 hubo una pequeña mejoría en el nivel material de vida en cuanto a la capacidad de consumo, de forma simultánea lxs trabajadorxs sufrieron una experiencia catastrófica: una explotación intensificada, una creciente miseria humana y una mayor inseguridad –en términos sociales y laborales– (Thompson, 1989). Cuando lxs trabajadorxs vivían en el campo en los tiempos preindustriales, la comunidad mantenía a quienes no podían hacerlo por vejez, invalidez u otros motivos; en cambio, para los economistas liberales cada persona era responsable de garantizar su seguridad individual (Hobsbawm, 1977). Para enfrentar tantas hostilidades inauguradas por las nuevas relaciones de explotación, lxs trabajadorxs buscaron diversas formas de organización desde el siglo XVIII, que fueron los embriones de los sindicatos modernos. Una de ellas era la *sociedad fraterna*, que colaboraba de manera colectiva en cuestiones tan básicas como los servicios funerarios de sus integrantes y, otra, la que Hobsbawm (1977) llama *negociación colectiva por el disturbio*, esto es, alborotos, motines y revueltas para obtener mejoras laborales.

Industrialización y relaciones de género

La dominación masculina no ha existido siempre, y está vinculada a procesos históricos de transición de las sociedades de linaje hacia las sociedades de clase. En las sociedades *matrilocales*, las mujeres no estaban en una posición de subordinación con relación a los varones, sino que eran vínculos de colaboración. Con el paso de la *matrilocalidad* a la *patrilocalidad*, los varones se apropiaron del trabajo y excedente producido por la fuerza de trabajo femenina. Por lo tanto, en el origen del *patriarcado* los factores sociales y económicos jugaron un papel determinante. La división sexual del trabajo, en sus inicios, no era en sí misma una fuente de jerarquía entre los sexos y era bastante menos rígida que en el orden patriarcal. Este precede al surgimiento de la propiedad privada y el Estado Nación. No obstante, algunos procesos que tuvieron lugar junto al surgimiento del modo de producción capitalista y la industrialización profundizaron la dominación masculina y cimentaron los roles de género.

Al momento de la industrialización capitalista, la opresión masculina ya existía y fue reconfigurándose con nuevas dinámicas, mecanismos e instrumentos. La

(...) opresión de las mujeres es un elemento estructurante de la división del trabajo y se cuenta directamente entre los factores a través de los cuales el capitalismo no solo refuerza su dominio en términos ideológicos, sino que organiza continuamente la explotación del trabajo vivo y su reproducción (Arruza, 2010, p. 21)

Las lógicas patriarcales bajo el capitalismo generaron profundas transformaciones en la familia, las relaciones de género, las identidades generizadas, el lugar de la mujer en las relaciones de producción, y demás. De ahí la relevancia de considerar las interrelaciones entre clase trabajadora y género para comprender la complejidad de la *opresión masculina* en las condiciones de explotación capitalista. La familia nuclear y heterosexual –como norma– han jugado un papel

clave en la reproducción de la fuerza de trabajo y, con ello, en el proceso de reproducción social del capital en su conjunto. Frente a ello, la demanda de independencia económica de las mujeres ha sido de fundamental importancia en sus luchas de liberación.

Obreras marginadas

Con anterioridad a la industrialización capitalista, las mujeres –al igual que lxs niñxs– ya eran una parte esencial de la fuerza de trabajo dedicada a la producción de manufacturas. Además, las mujeres, ya fuera como trabajadoras, como madres y/o esposas de trabajadores, o con más de una de esas identificaciones, tuvieron una participación activa en el movimiento Cartista inglés –que aglutinaba demandas obreras– en la década de 1830 y hasta mediados de 1840. Se ha resaltado la presencia de mujeres en las multitudes que crearon motines, disturbios y manifestaciones durante la década de 1830. Ellas asumieron una posición política al participar de las acciones y manifestaciones o conformar sus propias organizaciones radicales.

Defender a sus hijos del sistema fabril, a sus empleos y los de sus esposos de la creciente explotación (en la cual la mecanización fue sólo un aspecto), y la resistencia a las atribuciones de un estado centralizador (...) fueron motivaciones suficientemente fuertes para impulsar a las mujeres a participar activamente en la política cartista (Thompson, 2013, p. 9).

Las desigualdades salariales entre la fuerza de trabajo femenina y masculina ha sido una constante bajo el capital. La historiadora Joan Scott resalta el carácter que revestía el salario femenino hacia el siglo XIX. Los empleadores negaban a este salario, en última instancia, el estatus de *creador de valor*. Esta característica era atribuida de manera exclusiva al trabajo de los hombres: “Las mujeres eran, por definición, trabajadores inferiores y, por consiguiente, incapaces de crear el mismo tipo de valor” (Scott, 2008, p. 185). Los salarios de los obreros eran superiores a los de las obreras porque se pretendía que los primeros eran los *proveedores naturales* de la familia con sus hijos y esposa como *dependientes naturales*, que nunca podrían ser completamente independientes. Aunque esta idea es una construcción histórica que profundizamos en el próximo apartado, es central no perder de vista que los salarios de las obreras entonces –como ahora, en pleno siglo XXI– eran más bajos con el argumento de que complementaban los ingresos familiares. Las mujeres que, por alguna razón, se enfrentaban a la necesidad de ser autosuficientes, recibían sueldos ínfimos, de subsistencia. Por el contrario, los varones solteros sí podían vivir de sus salarios. Los bajos salarios para las mujeres independientes les hacía difícil lograr condiciones dignas de vida y una libertad económica de la que sí gozaban los varones.

La familia *patriarcal*, jerárquica, tenía que ser desde la perspectiva burguesa, la escuela del orden moral de lxs trabajadorxs. Era considerada como una institución natural con la función de regular moralmente a sus integrantes. De esta manera, las mujeres que no vivían en familia eran

vistas como fuera de la ley natural; las de mayor edad como miserables, y las jóvenes independientes como peligrosas. Las obreras casadas eran las *buenas trabajadoras*.

Trabajo reproductivo: su importancia y construcción histórica

El estudio del proceso industrializador en el ámbito de la producción presupone lo que la economista feminista Amaia Pérez Orozco llama *trabajador champiñón*. El trabajador, que para la teoría económica clásica es siempre varón, blanco y heterosexual, *aparece* en la fábrica vestido, alimentado y limpio como por arte de magia. Lo que se invisibiliza en esta lectura es todo el trabajo que hay por detrás del sujeto que se encuentra en el ámbito de la producción *listo para trabajar*. Las labores no remuneradas juegan un triple papel económico: ampliación del bienestar, expansión del bienestar y selección de la parte de la población que se integra en el mercado como fuerza laboral (Pérez Orozco, 2020).¹⁴ Pero lejos de pensar a los hogares como unidades pacíficas en las que prima el amor, en ellos hay un constante conflicto cooperativo.

Si entendemos, como propone Pérez Orozco, a los hogares en tanto unidad socioeconómica básica, es imperativo señalar que el trabajo reproductivo es realizado generalmente por mujeres o sujetos feminizados. Pero no hay nada de natural en esta división del trabajo pues, la misma, es el resultado de procesos de largo aliento como el paso de la sociedad *matrilocal* a la *patrilocal* como señalamos arriba, uno concomitante al origen del capitalismo; el *genocidio de brujas* que tuvo lugar en Europa entre los siglos XVI y XVIII, y otro paralelo a la segunda revolución industrial¹⁵: la construcción de la figura del *ama de casa a tiempo completo* a finales del siglo XIX y principios del XX. Estos últimos dos procesos, aunque todavía son debatidos en el seno de los estudios feministas, fueron ampliamente estudiados por la historiadora Silvia Federici y merecen ser mencionados aquí.

Para poder situar el *genocidio de brujas*, debemos remontarnos a la llamada *acumulación originaria*. Este es un término usado por Marx para designar el momento fundacional que generó las condiciones para el desarrollo capitalista. Si Marx analiza este proceso a partir del

¹⁴ Los bienes y servicios que compramos en el mercado generan unos estándares de vida básicos, nuestra calidad de vida viene determinada por nuestra capacidad de compra. Pero la inmensa mayoría de esos bienes y servicios requieren, primero, de un arduo trabajo de localización, compra y gestión hasta que llegan al hogar, así como de un proceso de transformación y/o mantenimiento para satisfacer *desesidades* (deseos + necesidades), además, en los hogares se producen muchos bienes y servicios adicionales. La ampliación del bienestar es justamente la adquisición, transformación y mantenimiento de lo que procede del mercado, definiendo de este modo unos estándares de vida ampliados. El papel cualitativo es el de la segunda función: la expansión del bienestar, es decir, garantizar que los recursos ampliados finalmente respondan a las *desesidades* de cada persona, que produzcan calidad de vida encarnada y que, mediante la generación de una inmensa cantidad de servicios personales, cubran la faceta afectiva y relacional de las expectativas de vida de las personas. En el mercado se produce para un sujeto abstracto, es más allá del mercado que se garantiza que esos bienes y servicios, provenientes de distintos ámbitos, compongan condiciones complejas. Por último, la última función de este espacio económico es la de actuar de interfaz entre la esfera de los mercados y el resto de las dimensiones socioeconómicas: definir quiénes van a ser estos *trabajadores champiñón* y garantizar que efectivamente aparezcan en el mercado como tales, con sus *desesidades* resueltas y sin responsabilidades sobre el proceso de transformación del salario en bienestar (Pérez Orozco 2021, p. 171).

¹⁵ Se llama así al proceso de paso de la industria ligera a la pesada: del textil al acero, el hierro y el carbón, entre otras.

punto de vista del proletariado asalariado del sexo masculino, y el desarrollo de la producción de mercancías, Silvia Federici lo hace desde el punto de vista de los cambios que introduce en la posición social de las mujeres y la reproducción de la fuerza de trabajo. En esta *acumulación originaria* no sólo encontramos el despojo de lxs trabajadorxs en general y el consecuente surgimiento del *trabajador libre* que estará en condiciones de vender su fuerza de trabajo, la historiadora italiana incorpora aspectos que están ausentes en el análisis de Marx pero que son extremadamente importantes para la acumulación. Estos incluyen: una división sexual del trabajo que somete al trabajo femenino y la función reproductiva de las mujeres a la reproducción de la fuerza de trabajo; la construcción de un nuevo orden patriarcal basado en la subordinación del trabajo asalariado *masculinizado*; y, por último, la mecanización del cuerpo proletario y su transformación, en el caso de las mujeres, en una máquina de producción de nuevos trabajadores (Federici, 2004, p. 22).

El otro proceso estudiado por Federici, la construcción del *ama de casa de tiempo completo*, fue posterior. Se trató de un

(...) complejo proceso de ingeniería social que, en pocas décadas, sacó a las mujeres –especialmente las madres– de las fábricas, aumentó sustancialmente los salarios de los hombres proletarios, lo suficiente para mantener a una ama de casa no trabajadora e instituyó formas de educación popular para enseñar a la mano de obra femenina las habilidades necesarias para el trabajo doméstico (Federici, 2018, p. 69).

No sólo los gobiernos y los patrones promovieron esta reforma. Los hombres proletarios también llamaron a la exclusión de las mujeres de las fábricas y otros lugares de trabajo asalariado, aduciendo que su lugar estaba en la casa en una clara reacción ante lo que consideraban una usurpación de los espacios propios. En un contexto en el cual estaba teniendo lugar la llamada *segunda revolución industrial*, los bajos salarios, largas jornadas laborales y falta de trabajo doméstico diezmo fuertemente la mano de obra al reducirse la esperanza de vida y propiciarse la aparición masiva de personas (sobre todo niñas y jóvenes) desnutridas, que no podían ser ni buenxs obrerxs ni buenos soldados. Esto provocó la *preocupación* de las clases media y alta contra la *escandalosa pérdida de vidas* impuesta por el régimen fabril que, en realidad, ocultaba una preocupación por la clara incapacidad de la clase obrera de reproducirse a sí misma y suministrar un flujo estable de trabajadores.

De este modo, detrás de la creación del ama de casa de clase obrera y de la extensión a esta clase social del tipo de hogar y familia antes reservado a la clase media se hallaba la necesidad de un nuevo tipo de obrero, más saludable, más robusto, más productivo y sobre todo más disciplinado y domesticado. Serán justamente las mujeres las encargadas de garantizar no sólo que sus maridos sean fuertes y estén listos para trabajar, sino que existan nuevas generaciones de asalariados y amas de casa (Federici, 2018, p. 75).

Claro que la industrialización no convirtió a todas las mujeres en amas de casa, pero resaltar la importancia de estos procesos permite reflexionar sobre las conexiones entre trabajo

doméstico (o reproductivo) y trabajo asalariado en el modo de producción capitalista. Al tiempo que se deteriora el salario femenino, la aparición de la figura del ama de casa a tiempo completo, que puede ser mantenida económicamente gracias al *salario familiar* percibido por el varón que trabaja fuera de casa, refuerza y colabora con la construcción de una *masculinidad hegemónica* asociada a la idea de *macho proveedor* que cumple funciones sociales importantes no sólo en el sostenimiento del capitalismo sino también de las formas patriarcales y *heteronormadas* de dominación.

Referencias

- Arruzza, C. (2010). *Las sin parte. Matrimonios y divorcios entre feminismo y marxismo*. Crítica & Alternativa.
- Beckert, S. (2016). *El Imperio del Algodón. Una historia global*. Barcelona: Crítica.
- Benente, M. (2017). Poder disciplinario y capitalismo en Michel Foucault. *Revista de Estudios Sociales*, 61, 86-97.
- Braverman, H. (1987). *Trabajo y Capital Monopolista*. México: Nuestro Tiempo.
- Ezquerro, S. (2010). Por un feminismo anticapitalista del aquí y el ahora. En C. Arruzza, *Las sin parte. Matrimonios y divorcios entre feminismo y marxismo*. Crítica & Alternativa.
- Federici, S. (2018). La construcción del ama de casa a tiempo completo y del trabajo doméstico en la Inglaterra de los siglos XIX y XX. En S. Federici, *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Fontana, J. (1999). *Introducción al estudio de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Foucault, M. (2008). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ghigliani, P. (2021). ¿De qué hablamos cuando hablamos de clase obrera? Proletarios de pollera: una historia de las mujeres y los varones de la clase trabajadora en la Argentina del siglo XX. Diplomatura Universitaria Formación en Género para la Acción Sindical. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Argentina.
- Hobsbawm, E. (1977). *Industria e Imperio*. Barcelona: Ariel.
- Lichtheim, G. (1990). *Breve historia del socialismo*. Madrid: Alianza.
- Mantoux, P. (1962) *La revolución industrial en el siglo XVIII: ensayo sobre los comienzos de la gran industria moderna en Inglaterra*. Madrid: Aguilar.
- Marx, K. (2004). *El Capital*. (Tomo I / Vol. 3). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Pérez Orozco, A. (2021). *Subversión feminista de la economía*. Buenos Aires: Editorial Marat.
- Scott, J. (2008). *El género en la historia*. México: FCE.
- Thompson, D. (2013). Las mujeres y la radicalidad política en el siglo XIX: una dimensión ignorada. *Mora*, 2 (19).
- Thompson, E. P. (1989). *La formación histórica de la clase obrera inglesa*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E. P. (1995). Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial". En E. P. Thompson, *Costumbres en Común*. Barcelona: Crítica.

CAPÍTULO 4

La progresiva constitución de la política moderna en el siglo XIX

Matías Bisso

Introducción

Al referirse a la concepción de *Revolución Burguesa*, Perry Anderson nos recuerda que quienes poseían los principales medios de producción constituían una parte de la población demasiado escasa para llevar adelante insurrecciones masivas que pusieran en jaque al Antiguo Régimen. Esa porción burguesa fue acompañada durante el estallido de las revoluciones por una masa de maniobra “en cierto sentido externa a ella” compuesta de otros sectores que habitualmente son considerados dentro de esa burguesía –profesionales, técnicos, administrativos– y también por grupos de los sectores populares y la clase obrera que en un principio participaron como “aliados de segunda” de la clase que fijaba el rumbo y el programa de la revolución. A medida que las revoluciones fueron cumpliendo su cometido y el *enemigo común* que era la aristocracia fue derrotado o neutralizado, empezaron a quedar al descubierto las tensiones dentro de aquella alianza. En la etapa que analizamos en este capítulo, y que cubre casi todo el siglo XIX, conceptos como libertad, igualdad, fraternidad, democracia, socialismo y liberalismo fueron tomando significados cada vez más diferentes de acuerdo a quienes los definieran. Debido a diversos cambios, entre los que se destacan el crecimiento cuantitativo e identitario de la clase obrera y el auge de los nacionalismos, comenzaron a complejizarse y diferenciarse los sectores, las prácticas y los conceptos de la política moderna que habían nacido en el marco de la Revolución Francesa de 1789.

El mundo contemporáneo es el de la sociedad de clases y el análisis del desarrollo de las ideologías modernas no puede ignorar este dato. El nacimiento y la expansión de las ideas no pueden comprenderse sin incluir el accionar de los sectores sociales que sirvieron de vehículo de estas. De todas formas, esto no significa que conocer las características e intereses de cada sector nos indique automáticamente qué tipo de ideología enarbolarán, ni presuponer que cada clase social tenga siempre una visión única y homogénea del mundo. Sectores sociales y sectores políticos se relacionan íntimamente, pero no son lo mismo: ni la burguesía, ni la aristocracia, ni el campesinado, ni la clase obrera presentaron ideologías totalmente definidas y carentes de diversidad. Solamente el análisis histórico de los cambios y las persistencias ideológicas y su relación con los accionares y las experiencias de las clases pueden darnos un panorama de las

variaciones ideológicas en el marco de la sociedad contemporánea. En el presente capítulo intentaremos dar cuenta de los procesos, acontecimientos y variables significativas para el análisis de las novedades ideológicas del mundo occidental posterior a la Revolución Francesa.

Democracia: el desafío de poner en práctica el principio de la soberanía popular

Una de las grandes novedades de la Revolución Francesa consistió en la presentación de un nuevo principio de legitimidad de los gobiernos. La transición de un *mundo religioso* a uno *racional y laico* incluía el postulado de que quienes gobernarán ya no lo harían por designio divino o derecho hereditario, sino de acuerdo a una nueva serie de reglas de juego basadas en la *soberanía popular*. Como bien señala Eric Hobsbawm (1997) en un principio el interés de la burguesía, que era la clase que motorizaba esos cambios, fue más *constitucionalista* que democrático; es decir, se preocupó más de elaborar un sistema de reglas que le permitieran el acceso al poder del Estado sin necesidad de demostrar un origen de sangre aristocrático, que de conseguir una ampliación masiva de los derechos políticos de la población. A pesar de ello, los cambios producidos por la doble revolución generaron la aparición de nuevos sectores que comenzaron, paulatinamente, a disputar el escenario político y a participar de lo que en la antigua Grecia se denominaba *polis*, la comunidad política. Al abrir la puerta para la ampliación de sus propios derechos políticos, la burguesía inició un proceso de ampliación democrática que ya no podría detenerse. La progresiva participación del *hombre común*, y más tardíamente la *mujer común*, en los asuntos de Estado fue uno de los procesos políticos fundamentales del siglo XIX. Esta renovación política despertó sentimientos encontrados en los extremos de las sociedades: mientras que para las clases propietarias –que procuraban tener el monopolio del poder político del Estado– se abría la posibilidad atemorizante de que las masas *incultas* llegaran al poder y generaran una situación *antinatural* de igualdad forzada, para esas éstas últimas se presentaba la ocasión de poder participar desde el Estado en la redefinición de los perfiles de la nueva sociedad moderna.

La lucha entre las visiones esperanzadas o atemorizantes sobre la democracia se hicieron patentes en la pugna por definir de qué manera debía implementarse concretamente aquel principio abstracto de la *soberanía popular*: ¿quiénes participarían de la vida política de las naciones?, ¿de qué forma lo harían y a través de qué canales?, fueron sólo algunas de las preguntas que planteó la nueva situación y que pueden resumirse en la pregunta *¿de qué hablamos cuando hablamos de democracia?* El primer problema que presenta este principio de legitimidad es que el sujeto fundamental, el pueblo, no existe sino a través de una representación aproximada. Era necesario, y lo es todavía hoy, construir una doble representación: en primer lugar, debido a que la masiva sociedad moderna dificultaba la posibilidad de un gobierno directo del pueblo, debía optarse por la elección de personas que lo representaran en los actos de gobierno. La otra representación, más compleja, tiene que ver con que no existe una manera simple y única de conocer la voluntad popular, es necesario acordar una serie de prácticas y normativas que

posibiliten traducir en decisiones concretas esa voluntad. Lo primero a definir es ¿quiénes constituyen el pueblo?, eso significaba decidir cómo estaría integrado ese *país legal* –distinto al *país real*– constituido por quienes estaban en condiciones de elegir los cargos de gobierno y aspirar a que se les elija. La primera gran diferenciación en este aspecto estuvo referida a si era necesario demostrar cierto nivel de propiedad o de preparación para ser parte del pueblo elector. En este aspecto, a pesar de la supervivencia durante largo tiempo de criterios más restringidos de calificación –que, por ejemplo, negaban el derecho de votar a la población no propietaria o analfabeta– el principio que fue decantando como general fue el del sufragio universal. La institución del sufragio universal nació tempranamente con la constitución *jacobina* de 1792, aunque casi no llegó a ponerse en práctica en ese momento, para volver a tener una nueva irrupción –también en Francia y también efímera– después de la revolución de 1848. Sin embargo su generalización en Europa y otros territorios occidentales, incluida América Latina, se dio recién durante la *Era del Imperio*, es decir fines del siglo XIX y principios del XX (Hobsbawm, 1989, cap. IV).

En todos estos casos nos referimos a sufragio universal *masculino*. Aún debió pasar más tiempo para que las mujeres fueran consideradas parte integrante del cuerpo político de las naciones. A menudo se presenta la lucha por la inclusión femenina plena en las cuestiones políticas como un proceso posterior que vino a complementar los avances en materia democrática, sin embargo, ese debate aparece simultáneamente con el nacimiento de las nuevas ideas, marcando desde un principio la contradicción expuesta por un sistema que declamaba la igualdad, a la vez que mantenía a las mujeres en un estatus de segunda categoría.

Aunque podamos identificar hitos que sin dudas constituyeron avances de la democratización política, como la generalización del sufragio universal masculino y el reconocimiento igualitario de los derechos políticos de las mujeres, es necesario entender que la historia de la democracia no es la de un camino lineal y prefijado hacia un ideal predeterminado. La democracia es siempre una construcción incompleta y, como señala Rosanvallon (2002, p. 21), no es demasiado fructífero abordar ese proceso como el de “una experiencia fracasada o una utopía traicionada”, sino más bien como un desarrollo lleno de incertidumbres, indeterminaciones y desencantos por el cual *la polis* va buscando y delineando su forma. No aparecen cuestiones saldadas de forma definitiva cuando hablamos de democracia. Basta considerar que las formas de los sistemas político-electorales de las distintas naciones son muy variadas hasta el día de hoy, y combinan prácticas novedosas como las del voto electrónico, con otras más tradicionales que casi no se modificaron desde los primeros tiempos de la ampliación de estos. Otras discusiones como la de la obligatoriedad o no del sufragio, los formatos de las boletas, la modalidad de elaboración de las listas, el rol de los partidos políticos y hasta la ubicación y cantidad de las mesas receptoras de votos son habituales en los sistemas democráticos y generan constantes cambios. Las formas en las cuales se intenta traducir ese principio abstracto de la voluntad popular en prácticas concretas, siempre es modificable y depende de los valores, anhelos, intereses y disputas de poder entre los sectores sociales involucrados.

La ampliación democrática y la irrupción de las masas en la política potenciaron tensiones que estaban en germen desde el comienzo mismo del ciclo revolucionario contemporáneo.

Una de las fundamentales estuvo dada por la contradicción entre *la razón y el número*. A pesar de que la racionalidad y la nueva legitimidad basada en la voluntad popular tenían un origen común y relacionado, no estaban exentas de contradicciones ¿cómo enfrentar el hecho de que las masas pudieran accionar de manera irracional?, ¿qué privilegiar cuando la mayoría no coincidía con las minorías ilustradas, supuestas representantes de *la razón*? No fueron pocos los sectores y personajes que habiendo estado de acuerdo en teoría con la democracia, se desencantaron rápidamente ante lo que interpretaban como un desvío atribuible a la barbarie de las masas o la demagogia de la dirigencia. Esta tensión está íntimamente relacionada con otra, la que apareció entre liberalismo y democracia: ¿Hasta qué punto era posible combinar el derecho a la libertad de los individuos, y la *carrera abierta a los talentos*, con la obligación de tener que acatar los designios de las mayorías? A medida que los intereses de la burguesía y los sectores obreros y populares se diferenciaban, la ideología liberal y el ideal democrático, también lo hacían.

Liberalismo, nacionalismo, socialismo

Otra de las grandes cuestiones del momento, junto con la de la ampliación democrática, fue la referida a la forma que adoptarían los gobiernos que se constituirían en reemplazo del Antiguo Régimen y cuáles serían las ideas que los regirían. Este debate tomó especial densidad a partir del frustrado intento de Restauración que siguió a la caída de Napoleón Bonaparte en 1815. Tras la derrota de Napoleón las monarquías vencedoras se propusieron un objetivo que rara vez, o nunca, funciona en la vida de las sociedades: intentar volver el reloj atrás como si determinado acontecimiento, en este caso la Revolución Francesa, jamás hubiera sucedido. El Congreso de Viena de 1814 intentó restaurar el sistema de monarquías absolutas en una Europa que ya había sido trastocada irreversiblemente por la doble revolución. Las fuerzas sociales que habían motorizado la revolución comenzaron desde ese momento a preparar el contra ataque con algunas ventajas con respecto al primer estallido de 1789: las próximas revoluciones serían más planificadas y tendrían además la experiencia acumulada del período anterior. Esta experiencia incluía la consideración de aquellas situaciones que no deberían repetirse, pero también la aceptación de que no todos los sectores que se oponían al gobierno de la aristocracia compartían los mismos intereses. Tres tendencias principales se disputaron el escenario político durante el siglo XIX: el liberalismo moderado, la democracia radical o social y el socialismo. Las dos primeras, encarnaban de alguna forma, la reivindicación de las distintas etapas por las que había transitado la Revolución Francesa: la de la monarquía constitucional y el espíritu girondino, por un lado, y la de la república jacobina por el otro. El anclaje histórico del socialismo, como veremos más adelante, fue más variopinto. Posteriormente la irrupción del nacionalismo complejizó aún más el variado universo ideológico político del siglo.

Ascenso y auge del liberalismo

El *largo siglo XIX* fue tanto el de ascenso y consolidación de la burguesía como el de preponderancia de la ideología liberal. En los dos siglos anteriores se construyeron los pilares del liberalismo como ideología racional y secular, cimentada en la confianza en las habilidades individuales de los seres humanos y en la ilimitada potencialidad del progreso de la humanidad en un mundo abierto a la *carrera de los talentos* y despojado del lastre del pensamiento mágico y religioso. Cuando a partir de las revoluciones burguesas estos principios debieron pasar del papel a la acción, se demostraron menos sólidos y coherentes. Sus pilares económicos parecían más robustos: la defensa de la propiedad privada y de la libertad de empresa y de comercio se volvieron casi intocables, tal vez, como asegura Hobsbawm (1997), porque la confianza en el triunfo definitivo del capitalismo era más fuerte que el que la propia burguesía tenía sobre su papel político.

Durante la Restauración el liberalismo terminó de tomar forma como ideología concreta y fue bandera de resistencia ante el intento aristocrático de extinguir el ímpetu revolucionario. La distinción entre sectores moderados y radicalizados era apenas perceptible y, salvo en Inglaterra, aún no se visibilizaban claramente ideologías propias de la clase obrera. El conservadurismo aparecía como el enemigo común de la burguesía revolucionaria y los sectores populares. Esa época fue de balance y resignificación del proceso revolucionario francés. Las distintas consideraciones acerca de los errores y aciertos del mismo dieron nacimiento a diferentes diagnósticos y propuestas con respecto a lo que vendría.

Los movimientos de 1830

A pesar de ciertas *concesiones* hacia el liberalismo realizadas por Luis XVIII (1814-1824) – el borbón restaurado en el trono y hermano del decapitado Luis XVI – los sectores burgueses no abandonaron nunca la idea de tomar nuevamente las riendas del poder en Francia. En 1830 una revolución derrocó a su sucesor Carlos X (1824-1830), hermano también de ambos Luises, y menos afecto a la inclusión de principios liberales en su gobierno. La revolución, como todas las revoluciones, fue multifacética. Podían identificarse en su seno a sectores de la alta burguesía, liberales, republicanos, y también a las primeras expresiones políticas del proletariado francés. El gobierno que emanó de aquel levantamiento fue expresión del triunfo del liberalismo sobre el Antiguo Régimen, a la vez que mostraba de manera patente los miedos que en gran parte de la burguesía perduraban en relación a la etapa de radicalización jacobina de la revolución pasada. Se esquivó la posibilidad de una nueva república instaurando una monarquía constitucional a cuya cabeza estaba Luis Felipe de Orleans (1830-1848), que avanzó muy moderadamente en la ampliación democrática de la sociedad francesa evidenciando una vez más las crecientes tensiones que existían entre liberalismo y democracia. Marx señaló que el poder real quedó en aquella ocasión en manos de una fracción de la burguesía, la burguesía financiera, que se beneficiaría directamente de los negocios con el Estado, relegando al resto de

los sectores que habían participado del derrocamiento de Carlos X. Del otro lado del canal, en Inglaterra, también se vivía un encumbramiento del liberalismo, sin revolución pero con un aumento de la participación política y la consolidación de un sistema bipartidista que dividió el escenario político entre *Whigs* (conservadores) y *Tories* (liberales). La época también fue marcada por la irrupción en Inglaterra de expresiones propias de la clase obrera, como la Unión General *owenista* y sobre todo, desde 1837, el movimiento *cartista*, que acrecentaron los temores de los sectores más moderados.

A medida que se confirmó el triunfo del liberalismo y las nuevas ideas en Francia e Inglaterra, y desapareció la alternativa *restauracionista*, se fue apagando el encono ante el “enemigo común” que representaba la aristocracia y se hicieron cada vez más patentes las divisiones entre conservadores, liberales y radicales dentro de la alianza *anti-nobleza*. Una y otra vez se daría la dinámica descrita por Hobsbawm para las revoluciones en la cual el bando más conservador luego de la victoria se acercaba a los antiguos enemigos para evitar el peligro de un desborde radical. Los nuevos alineamientos se revelaron con mayor claridad en las revoluciones de 1848.

El ciclo revolucionario de 1848

Los años 1848 y 1849 fueron testigos de una serie de levantamientos revolucionarios en Europa. En gran medida estos levantamientos expresaban a los sectores de la burguesía que buscaban replicar en sus países las revoluciones que habían dado nacimiento a nuevos sistemas de gobierno en otras latitudes. A la vez, sin dejar de ser liberales, estas revoluciones presentaban novedades de gran importancia. Eran románticas, nacionalistas, más democráticas y en algunos sitios expresaron la irrupción definitiva de la clase obrera en el escenario político.

El nacionalismo

Ya desde la década anterior abundaban las demostraciones de que el avance de las nuevas ideas y la nueva estructura de clases en Europa movilizaban las aspiraciones de autonomía de diferentes nacionalidades. A *La joven Italia* organización fundada por Giuseppe Mazzini para pelear por la creación de un Estado italiano se le sumaron *La joven Austria*, *La joven Bohemia*, *La joven Ucrania*, *El joven Tirol* y *La joven Irlanda*, también fundadas por él o inspiradas en su ejemplo. Múltiples nacionalidades que se percibían encorsetadas por la autoridad austrohúngara, rusa, papal o por la aristocracia de los futuros territorios italiano y alemán, reclamaban el derecho a existir como Estados y a gobernarse en base a la soberanía popular. A los argumentos racionales se sumaba la épica identitaria del sentimiento nacionalista, muy a tono con la avanzada romántica. El romanticismo venía postulando desde hacía décadas que era un error pensar que el ser humano pudiera ser reducido a su carácter racional, y el creciente sentimiento nacionalista parecía corroborar esta afirmación. El nacionalismo complejizó aún más el escenario político del siglo XIX, cortando de manera transversal a los sectores políticos que ya vinimos distinguiendo.

De esta manera fue posible encontrar dentro de las huestes nacionalistas un abanico de expresiones que incluyeron corrientes republicanas, monárquicas, radicalizadas y moderadas. En general los sectores más radicalizados del nacionalismo proponían como objetivo ideal la conformación de repúblicas democráticas, unitarias y centralizadas, mientras que desde la moderación las propuestas eran más conservadoras ante el temor de que el nacimiento de los nuevos Estados llegara acompañado de la revolución social.

Los levantamientos tuvieron en común un rápido ascenso, así como también, en casi todos los casos, una rápida derrota. Para agosto de 1849, salvo en Francia, el *statu quo* había sido restaurado en todos los territorios. Los proyectos nacionalistas como el italiano y el alemán, debieron esperar hasta 1861 el primero y 1871 el segundo para terminar de conformarse. Otros Estados no terminarían de consolidarse sino hasta después de la finalización de la Primera Guerra Mundial, e incluso más avanzado el siglo XX. El ímpetu revolucionario tuvo que ver con la masiva participación de las masas pobres en las revoluciones, lo que llevó a que la disyuntiva original planteada entre *progreso* y Antiguo Régimen fuera virando hacia un enfrentamiento entre “orden” y “revolución social” que acobardó a los sectores moderados, explicando en parte la desaceleración de dicho ímpetu. El levantamiento francés fue un muy buen ejemplo de ello.

Francia y el sueño de la democracia social

En Francia ya se habían alcanzado varios de los objetivos por los que las burguesías de otras partes de Europa estaban luchando. La existencia de un Estado Nación consolidado y constitucional comandado por una porción de la burguesía y compatible, al menos parcialmente, con el principio de soberanía popular había sido reinstalado por la revolución de 1830. Sin embargo los límites de ese régimen, incluso para vastos sectores de las clases medias, quedaron en evidencia en el alzamiento de 1848. En febrero de ese año los grupos de la burguesía republicana en alianza con sectores organizados de la clase obrera forzaron la dimisión del rey Luis Felipe de Orleans e instauraron la Segunda República Francesa. Esta nueva república contemplaba una mayor ampliación democrática y fue una de las experiencias pioneras de implementación generalizada y efectiva del sufragio universal masculino. También se planteaba, al menos en la teoría, la utopía de una democracia social en la cual el Estado asegurara otros derechos más allá de aquellos contemplados en la Declaración de 1789. El gobierno instaurado en 1848 fue el primero en incluir representantes de las clases obreras dentro de su funcionariado y establecer instituciones como la *Comisión de Trabajo* y los *Talleres Nacionales*, que reconocían el derecho al trabajo en condiciones dignas como un principio universal que debía ser resguardado por el Estado. A pesar de que los hechos demostrarían que su implementación no era prioridad para la naciente república, su sola existencia marcó un hito en la lucha de la clase obrera por sus derechos. La elección constituyente de abril, realizada bajo el principio del sufragio universal masculino, deparó un resultado dominado por conservadores y moderados, que envalentonó al gobierno para cerrar la *Comisión de Trabajo* y los *Talleres Nacionales*. Esta situación inició una escalada de tensión y violencia entre el gobierno y las masas trabajadoras que culminó en el

alzamiento obrero de junio –otro hito de la resistencia proletaria– que fue ahogado en sangre por la represión encabezada por Louis-Eugène Caivagnac. El pensador conservador Alexis de Tocqueville nos dejó una detallada crónica de la forma en la cual los distintos sectores de la burguesía – republicanos, monárquicos, moderados y radicales – junto a los representantes de la disminuida aristocracia forjaron una épica común en su lucha contra aquel levantamiento obrero. Al mismo tiempo, Marx expresaba *la revolución ha muerto, viva la revolución*, dando cuenta de que aún condenada al fracaso esa expresión del proletariado estaba preparando el camino para una futura victoria obrera. El giro reaccionario de esta Segunda República se confirmó con las elecciones de diciembre, ganadas por Luis Napoleón y que serían el origen del Segundo Imperio Francés (1852-1870). Este debut del sufragio universal en la elección de gobernantes dejó claro tanto para quienes le temían como para quienes había depositado sus esperanzas en esta forma de expresión de la voluntad popular que, una vez más, la realidad se demostraba más compleja que la teoría.

La clase obrera y los socialismos del siglo XIX

A diferencia del siglo XX en el cual socialismo y marxismo fueron prácticamente sinónimos, durante el siglo XIX se vieron florecer diferentes ideologías reconocidas genéricamente como *socialismos* y que, en mayor o menor medida, planteaban impugnaciones al capitalismo. Estas ideologías tuvieron diferentes orígenes pero son inseparables del ascenso del capitalismo industrial y por ende de la clase obrera, aunque en muchos casos no fueran necesariamente *obreristas* e incluso ni si quiera se nombraran a sí mismas como *socialistas*. Es frecuente ubicar en las ideas de Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon –habitualmente mencionado como Henri de Saint-Simon (1760-1825)– los orígenes del *socialismo moderno*, aunque veremos que otras corrientes más antiguas también ejercieron su influencia en el siglo XIX. Saint-Simon comenzó a escribir a principios del siglo y aunque le reconocía al liberalismo la capacidad de erosionar y destruir al Antiguo Régimen, desconfiaba de su capacidad para dar cuenta de las complejidades de los nuevos tiempos y planificar la futura sociedad *industrial*. Saint-Simon unificaba en el término *industriales* tanto a quienes poseían los medios de producción como a quienes vendían su fuerza de trabajo, y ponía en esa nueva gran clase la responsabilidad de comandar el mundo que hasta ese momento había estado en manos de aristócratas y curas. Su objetivo consistía en organizar *tecnocráticamente* al capitalismo industrial de manera armónica y justa. No sorprende que la potencial diversidad interpretativa de estos principios haya generado corrientes de pensamiento tanto *por izquierda* como *por derecha*.

Saint-Simon junto con Charles Fourier (1772-1837) y Robert Owen (1771-1858), y también Etienne Cabet (1788-1856) –aunque este último no aparezca nombrado en el clásico trabajo de Engels que les dio nombre– son identificados como *socialistas utópicos*. Esta etiqueta tan instalada puede llamar a confusiones. El término *utópico* genera dos consecuencias poco constructivas. A pesar de que Engels no dejaba de ponderar el trabajo de estos *fundadores del socialismo*,

al separarlos tan tajantemente del *socialismo científico* los condenó a ser considerados posteriormente como una suerte de *inicio malogrado* de una ideología que recién con el marxismo encontraría su *mayoría de edad*. En segundo lugar, además de subestimar las diferencias que presentaban entre sí, sobreestima su carácter *utópico*. Estas corrientes echaron mano de la imagen de la *utopía* como metodología, pero también fueron decididamente prácticas y concretas en sus propuestas, así como se propusieron incidir significativamente en la política de sus sociedades, en sus organizaciones e instituciones. Todas estas figuras tenían en común una mirada a la vez fascinada y preocupada acerca de los cambios sociales que mostraba el siglo. El capitalismo industrial les provocaba, igual que a Marx, una sensación de que la humanidad podía romper límites hasta ese momento desconocidos, y a la vez, el temor de que esa potencialidad generara una situación de desigualdad y explotación también inéditas. Se proponían, como señala Harvey (2008, p. 86), “poner el mundo al derecho” o al menos enderezarlo un poco.

Las figuras e ideas del *socialismo utópico*, o socialismo romántico, tuvieron su auge en el período ubicado entre los dos ciclos revolucionarios que presentamos. David Harvey asegura que entre 1830 y 1848 florecieron los sueños utópicos y las políticas revolucionarias, en un ámbito de diversidad y amplio debate, en el cual las propuestas de Saint-Simon, Fourier y Cabet se cruzaron con las de muchas otras personalidades, como las de Flora Tristán (1803-1844), Auguste Blanqui (1805-1881), Louis Blanc (1811-1882), Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865) y Pierre Leroux (1797-1871). Aunque Saint-Simon no llegó a vivir el período de mayor intercambio y debate de ideas en torno a los socialismos, sus ideas fueron replanteadas una y otra vez por esos días. Las militantes *saint-simonianas* llegaron a tener un diario propio, *La tribune de femmes*, desde el cual defendían el derecho al divorcio y a la regulación y organización del trabajo femenino. También las ideas de Fourier acerca de que el despegue o declive de las sociedades podía verse reflejado en el mayor o menor respeto hacia la condición social de la mujer, influían en las ideas igualitarias sobre el género, de las cuales Flora Tristán, la pensadora socialista y feminista francesa de raíces peruanas, fue su mayor exponente. Flora no llegó a ver el estallido revolucionario de 1848, pero su figura y sus trabajos a favor de la unión obrera y la emancipación femenina dejaron su impronta en las ideologías contemporáneas. Las posiciones de Fourier con respecto a la condición femenina nacieron en el marco de sus novedosas ideas sobre la necesidad de que las formas de organización del trabajo, y de la sociedad en general, contemplaran las necesidades de placer y felicidad de los seres humanos. La civilización debía dejar de ser represora de impulsos y sentimientos, para construir en torno a la plenitud emocional de las personas. Sus proyectos de comunidades agrarias auto-organizadas, los *Falansterios*, describían de manera detallada, y a veces excéntrica, las formas de combinar trabajo y placeres.

Otros socialistas de la época como Louis Blanc, integrante de la efímera *Comisión del Trabajo* de la revolución del '48, tomaron de Saint-Simon sobre todo la idea de que los cambios debían ser pacíficos, progresivos y racionales, y por eso mismo se lo señala como uno de los padres del reformismo socialdemócrata. Blanc postulaba que era el Estado quien debía organizar el trabajo y asegurar el derecho al mismo y a las condiciones laborales dignas. Pierre-Joseph Proudhon mostró su oposición a este tipo de ideas, señalando que nada bueno podría salir desde la

organización estatal. La auto-organización obrera y la desaparición del Estado eran los pilares de sus ideas anarquistas. Esos postulados de avanzada chocaban con una visión tradicional sobre el papel de la mujer: para Proudhon la familia era sagrada y su atención y mantenimiento, una responsabilidad femenina.

Ettiene Cabet fue, junto a Proudhon, de las figuras más populares entre la clase obrera durante el período 1830-1848. Las ideas de ambos con respecto a la propiedad privada, a menudo llevan a que se los reconozco como pioneros en la presentación del comunismo, como una propuesta radicalizada de socialismo. Sin embargo Cabet consideraba que utopías socialistas, como su *Icaria*, debían construirse en un entorno armonioso, donde la lucha de clases y la violencia no tenían demasiado lugar. Más claramente revolucionario en las formas se presentaba Auguste Blanqui, otro pionero del comunismo. Blanqui reivindicaba la tradición de la *Conspiración de los Iguales* de François Babeuf de 1796, que le había llegado de manera directa a través de Filippo Buonarroti y desconfiaba de cualquier detallada planificación utópica del futuro. En una de sus frases más conocidas, se quejaba de que tanto Cabet como Proudhon se distraían “a la orilla de un río discutiendo si el campo que está al otro lado es de maíz o de trigo. Cruzemos el río y veamos”. Blanqui desconfiaba de los métodos pacíficos y de la democracia, postulaba que solamente una vanguardia convencida podría construir una sociedad realmente igualitaria y se lo señala como el precursor del concepto de *dictadura del proletariado*.

La especificidad inglesa

El sistema político inglés fue capaz de sobrellevar con menos turbulencias estas épocas de profundos cambios económicos, sociales y políticos. La vida política se fue estructurando sobre la base de un escenario bipartidista dominado por liberales y conservadores. La movilización y organización de la clase obrera inglesa, durante mucho tiempo la más importante de Europa, también tuvo especificidades que la fueron llevando por un sendero más reformista que revolucionario, y terminaría en la fundación de su propio gran partido de masas: el laborismo. Estas consideraciones no implican sugerir la existencia de una situación exenta de conflictos. Los inicios de la década del '30 encontraron a un proletariado cada vez más identificado con su propia condición y reclamando como colectivo por sus condiciones de vida, de trabajo y de acceso a la ciudadanía, como se evidenció en las movilizaciones a propósito de las propuestas *whig* de ampliación de representación conocida como *Reform Bill* de 1932. El clima social general venía recalentándose luego de la revolución de julio de 1830 en Francia y de otros movimientos europeos. La agitación popular fue creciendo al punto de generar en la monarquía y los sectores conservadores temor a que una revolución social realmente pudiera tener lugar en Inglaterra, y entre los sectores populares la esperanza de que esta fuera posible. Owen lideró la puesta en práctica de su idea de *unión general* de la clase obrera, a través de la organización y la participación sindical. En Inglaterra no sólo se consolidaba la conciencia de clase obrera, sino que además se expresaba en formas organizativas concretas, y a pesar de que aún se cruzaba con ideologías y prácticas preindustriales iba creciendo en su especificidad proletaria. El movimiento

cartista fue expresión de esa tendencia. Nacido en 1836, obtuvo su nombre de la presentación que hizo de su *Carta del Pueblo* en la que exigían al Parlamento Inglés seis puntos referidos sobre todo a la representación política: sufragio universal masculino, voto secreto, sueldo para parlamentarios y abolición del requisito de propiedad, elecciones parlamentarias anuales y reconfiguración más igualitaria de las circunscripciones electorales. Aunque sin abandonar la acción directa, las movilizaciones y revueltas, el *cartismo* confiaba, como bien puede verse en sus exigencias, en el poder cuantitativo de la clase obrera y la democratización del Estado como vía para superar las crecientes desigualdades e injusticias de la sociedad industrial. A pesar de no alcanzar acabadamente sus objetivos y de desaparecer en 1848, el *cartismo* dejó su impronta en el movimiento obrero inglés. En ese marco de creciente sindicalización, politización y participación formal en el sistema político de la clase obrera, se dio la fundación en 1900 del Partido Laborista como expresión política de los sindicatos ingleses.

Los partidos de masas de la clase obrera: reformismo y parlamentarismo

El último gran levantamiento revolucionario del siglo XIX fue el de *La Comuna de París*. La Comuna nació en 1871 en el marco de la derrota de Francia en la guerra franco prusiana y el fin del Segundo Imperio. Este levantamiento fue pionero en la historia de las revoluciones lideradas por el proletariado y su corto período de existencia, de apenas más de dos meses, es tomado como la primera experiencia de gobierno obrero. Ideológicamente el levantamiento de la Comuna estaba inspirado en ese universo variado de socialismos e ideologías obreras del que estuvimos dando cuenta y en el internacionalismo proletario que se expresó en la fundación en 1864 de la *Asociación Internacional de Trabajadores*, llamada retrospectivamente *Primera Internacional* ya que a su disolución en 1876 le siguieron las fundaciones de otras asociaciones internacionales. Una vez más, como en 1848, el intento autónomo del movimiento obrero fue reprimido violentamente por el gobierno burgués con un saldo de miles de víctimas fatales. Y también una vez más, la experiencia dio cuenta tanto de las potencialidades como de las limitaciones que presentaba aún la organización obrera.

Tanto para represores como para reprimidos el acontecimiento dejó enseñanzas. Para las fuerzas de la burguesía, que la organización obrera era cada vez más poderosa y que sus objetivos ponían en riesgo su hegemonía como clase social. Para las fuerzas proletarias, que el Estado burgués tenía una capacidad de represión difícil de superar. En ese marco la idea de una ampliación democrática a través del sufragio universal se presentaba como un mal menor para la burguesía, y para las organizaciones obreras una forma de intentar llegar al poder evitando la represión. A partir de ese momento y en las décadas siguientes nacieron en gran parte de Europa los partidos políticos de la clase obrera –conocidos generalmente como *socialdemócratas*, pero también *socialistas*, *obreros* y *laboristas*– que, donde era posible, participaron de la contienda electoral para acceder a los parlamentos y los gobiernos. Los motorizaba la certeza de que si se cumplía la predicción de Marx de que la clase obrera estaba llamada a ser mayoría en las

sociedades industriales, el sufragio universal podía ser la herramienta que tradujera esa supremacía cuantitativa en poder político. Esta confianza en la participación legal de la clase obrera en la lucha por el poder se volvió mayoritaria en Europa, pero no descartó que hubiera sectores que mantuvieron viva la idea de la insurrección revolucionaria. Esto fue especialmente cierto en aquellos sistemas políticos –Rusia fue el ejemplo más claro– reacios a acceder a la democratización de las prácticas. Además de los grupos marxistas más radicalizados, también el anarquismo, con el renovado liderazgo ideológico de Mijaíl Bakunin (1814-1876), siguió desconfiando de las ilusiones que despertaba la participación dentro del sistema político burgués.

Los partidos socialdemócratas tuvieron un rol decisivo en el período, no solamente en cuanto a la organización de la clase obrera, sino en general en el proceso de ampliación democrática. En cuanto a lo primero es fundamental resaltar que la mayoría de las centrales sindicales de los países europeos nacieron con posterioridad y motorizadas por estos partidos (Inglaterra, dónde fueron los sindicatos agrupados a nivel nacional quienes crearon el Partido Laborista, fue la excepción). En cuanto a lo segundo, los partidos obreros fueron parte, y en gran medida inspiración, de la experiencia más amplia de nacimiento de los grandes partidos de masas. Estos nuevos partidos modernos estaban preparados para movilizar al electorado masivamente y además presentaban otras características: eran agrupaciones permanentes, es decir, no se armaban simplemente para una elección en particular, pretendían tener alcance nacional y, además, eran *Estados en potencia*, lo que significaba que debían estar preparados para tomar el control de la administración pública en caso de ganar las elecciones. Por otra parte, aunque los liderazgos personales seguían teniendo un rol decisivo, estos nuevos partidos eran *programáticos e impersonales*, es decir, presentaban una serie de ideas y propuestas que los identificaban más allá de las personas que los dirigían o se candidateaban. En el caso de los partidos socialdemócratas la ideología que los representaba, y que se hacía cada vez más fuerte como identidad de vastos sectores de la clase obrera, era el marxismo. El auge de estos partidos obreros y de su ideología constituyó el momento a partir del cual las ideas de Marx se convirtieron paulatinamente en hegemónicas dentro del movimiento socialista, situación que se mantendría durante todo el siglo XX. Estos partidos se mostraron electoralmente competitivos y una gran cantidad de ellos, u organizaciones derivadas, aún existen, y en algunos casos ejercen el poder en sus respectivos países, aunque considerablemente alejados de aquellos orígenes marxistas y proletarios.

La situación de confianza en las fuerzas cuantitativas del proletariado y la opción por la participación legal, el desarrollo electoral y el parlamentarismo fueron la tónica general de las organizaciones obreras, al menos donde la ampliación democrática de los sistemas políticos lo permitían. Había en esas miradas una innegable fe en el progreso de las sociedades y en el creciente rol histórico de la clase obrera, y cierta ingenuidad en torno a cuánto –y cómo– defendería la burguesía el rol hegemónico por el que había luchado y que se había consolidado durante todo el siglo XIX. El horror de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, la Revolución Rusa de 1917, demostrarían que de ninguna manera el debate sobre las formas de la participación política del proletariado estaba saldado.

Referencias

- Anderson, P. (1983). La noción de revolución burguesa en Marx. *Revista Realitat*.
- Casali de Babot, J. y de Privitellio, L. (2001). Las revoluciones burguesas y los sistemas políticos del siglo XIX. En Cristian Buchrucker, Julio Aróstegui y Jorge Saborido (coords.), *El mundo contemporáneo: historia y problemas*. Barcelona: Ed. Biblos, Crítica.
- Díaz, Hernán M. (2020). *De Saint-Simon a Marx. Los orígenes del socialismo en Francia*. Buenos Aires: Biblos.
- Eley, G. (2002). *Un Mundo que Ganar. Historia de la Izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.
- Engels, F. (1975). *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Buenos Aires: Anteo.
- Evans, R. (2017). *La lucha por el poder. Europa 1815-1914*. Barcelona: Crítica.
- Harvey, D. (2008). *Paris, capital de la modernidad*. Madrid: Akal.
- Hobsbawm, E. (1989). *La era del Imperio (1875-1914)*. Barcelona: Labor.
- Hobsbawm, E. (1991). *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1997). *La Era de la revolución. 1789-1848*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1998). *La Era del Capital*. Buenos Aires: Crítica.
- Lichtheim, G. (1990). *Breve historia del socialismo*. Madrid: Alianza.
- Marx, K. (1985). *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Rosanvallon, P. (2002). *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: FCE.
- Thompson, E. P. (2002). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Tocqueville, A. (1984). *Recuerdos de la revolución del 48*. Madrid: Editora Nacional.

CAPÍTULO 5

Imperialismo (1875-1914): ¿necesidad económica o ambición geopolítica?

Laura Monacci

Introducción

Durante el último cuarto del siglo XIX a partir de la consolidación de las condiciones que permitieron la interconexión entre sectores del globo anteriormente impensados, el mundo presenció una de las transformaciones más extraordinarias de la historia. Este fenómeno se dio en el marco de lo que diversos autores denominan *era del imperio* (Hobsbawm, 2003), *era del imperialismo* (Béjar, 2011), un periodo cuyos cambios atravesaron no sólo a aquellos países que se alzaron como puntas de lanza de la expansión y el *progreso*, sino a todo el resto del mundo alcanzado por su impacto. Pero ¿de qué hablamos cuando hablamos de *imperialismo*?

La época que transcurre entre 1873 y 1914 se caracterizó por ser, como sostiene Eric Hobsbawm, una época de contradicciones, en que el liberalismo avanzaba hacia su *extraña muerte* a medida que alcanzaba su punto de mayor éxito. Un periodo en que aparecieron movimientos de masas producto del desarrollo del capitalismo, pero que exigían su derrocamiento a medida que el sistema perpetuaba las diferencias de clase; un periodo en que se amplió la participación ciudadana aunque socavando las bases de la política liberal que lo había hecho posible. Una época en que se vivió un periodo de paz sin precedentes en el mundo occidental, pero que generó las condiciones que provocaron el estallido de la guerra más cruenta que hubiera conocido la humanidad hasta entonces. Y sin embargo “lo que da a este periodo su tono y sabor particulares es el hecho de que los cataclismos que habían de producirse eran esperados, y al mismo tiempo resultaban incomprensidos y no creídos” (Hobsbawm, 2003, p. 18).

A grandes rasgos, el eje de nuestra atención en torno al fenómeno del imperialismo –que desarrollaremos en este capítulo– está puesto en observar de qué manera un puñado de potencias económicas se lanzaron a la disputa y conquista de grandes zonas del mundo entero con el objetivo de obtener nuevos mercados para ubicar sus manufacturas, obtener materias primas *exóticas* para nutrir a las fábricas de las metrópolis y generar a gran escala –para un mercado en crecimiento– los productos requeridos por los nuevos hábitos de consumo. Este avance estuvo ligado, además, a la necesidad de estos países de granjearse un lugar como *potencias* frente a sus rivales en la carrera por el mundo.

Uno de los aspectos centrales a tener en cuenta, es que este avance se dio habitualmente mediante la instalación de colonias, esto es, mediante la administración directa de los territorios conquistados, que vieron trastocada su entera existencia como consecuencia de las transformaciones impuestas por los colonizadores.

A modo de ejemplo tomemos el caso de África, cuya división y ocupación se dio mayormente en el periodo analizado (a diferencia de otros territorios a los que Europa ya había accedido y administraba, como la India en el caso inglés, o la presión comercial sobre China, que precede a nuestro periodo). Según Henri Wesseling (2010, p. 23), se inició hacia 1880:

Un proceso en el que los europeos se repartieron el continente a velocidad de vértigo. Veinte años más tarde, la partición estaba casi concluida. El resto eran flecos. Casi toda África, unos treinta millones de kilómetros cuadrados, había sido sometida a dominio europeo. Como promedio, cada año se añadía un territorio de un millón de kilómetros cuadrados (de dos a tres veces la superficie de Francia) a las posesiones europeas. Al finalizar el siglo, los europeos dominaban casi todo el continente, un territorio tan extenso como unas diez veces la India.

Excepto por Etiopía y Liberia el continente africano fue ocupado prácticamente en toda su totalidad por Francia, el Reino Unido, Alemania, y en menor medida Italia, Bélgica, España y Portugal (los territorios administrados por parte de estas dos últimas precedían al periodo estudiado). Por otro lado, amplias zonas del sudeste asiático también fueron ocupadas por Francia, el Reino Unido, los Países Bajos, Alemania, Estados Unidos y Japón. Analizar las causas y las características de dicha expansión, transformación e impacto es el objetivo del presente capítulo.

Antecedentes

Tal como vimos en capítulos anteriores, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, el mundo se vio inmerso en una sucesión de cambios que adquirieron con el tiempo un curso vertiginoso, afectando a la totalidad de la humanidad. Estos cambios estuvieron signados por el avance y consolidación del capitalismo que trastocó las relaciones de producción y por ende las formas de vida existentes hasta entonces. Este proceso afectó principalmente a los sectores con menos recursos que se vieron expulsados de sus tierras, desprovistos de los medios básicos de producción, siendo obligados a trasladarse en masa a los nuevos centros industriales de las ciudades en crecimiento.

El éxito de la revolución industrial provocó que hombres y mujeres que durante siglos habían podido sobrevivir gracias a lo producido en sus parcelas de tierra, o mediante el uso de tierras comunales, se vieran obligados a partir a las ciudades –expulsados por las nuevas formas de propiedad y aprovechamiento del campo– para emplearse como mano de obra, cada vez más necesaria en las nuevas fábricas. Industrias como la del algodón, que prendieron la *mecha* que

hizo estallar la revolución industrial dando comienzo a la mundialización del capitalismo (Hobsbawm, 1998), se nutrieron de estos hombres y mujeres que a partir de entonces necesitarían de un salario para sobrevivir.

Hacia el último cuarto del siglo XIX este proceso que permitió la consolidación del capitalismo, logró alcanzar a los más recónditos –y hasta entonces inaccesibles– rincones del planeta sumiendo a los seres humanos en una nueva forma de experiencia vital, forzándolos a formar parte de la nueva dinámica mundial protagonizada por un puñado de potencias europeas que se lanzaban a conquistar los mares y ocupar nuevas tierras compitiendo entre sí por nuevos mercados y por el acceso a las nuevas y exóticas materias primas. En ese sentido, este periodo también se caracterizó por la mundialización de mercancías, generando una dependencia y una fluidez comercial de productos prácticamente desconocidos por el grueso de la población de las metrópolis (como el café, el azúcar, el chocolate, el té, el algodón, etc.). El incremento de su consumo en la vida cotidiana llevó con el tiempo a naturalizar el acceso a dichos bienes, sin la necesidad de saber acerca de su procedencia ni del proceso de producción y mercantilización detrás de cada producto e invisibilizando a las fuerzas productivas que hacían posible su existencia. Incluso en la actualidad, la mayoría de la gente no se cuestiona de dónde proviene y cómo se producen los objetos que hacen a la vida cotidiana –desde el alimento, hasta los cables de los electrodomésticos o la batería del celular– dando por sentado que serán fácilmente reemplazables o accesibles. Esa naturalización de lo *exótico*, el hecho de separar a los hombres y mujeres del medio que los rodea y de las prácticas productivas que crean los objetos que lo componen, cobró mayores dimensiones en la era del imperialismo al distanciar a la población cada vez más de la producción de sus propios elementos de consumo, tanto en su hacer como geográficamente.

A la hora de intentar comprender este particular periodo que transcurre aproximadamente entre 1875 y 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial, nos interpelan una serie de dilemas a los que buscaremos dar respuesta: ¿a qué respondió la furiosa carrera a que se lanzaron las principales potencias europeas (y, en menor medida, Estados Unidos y Japón) para ocupar y controlar los rincones más remotos del planeta? ¿Fueron las nuevas necesidades o ambiciones económicas las que impulsaron la búsqueda de nuevos mercados y materias primas ante la creciente competencia? ¿O se debió a un reciente reposicionamiento entre el concierto de Estados-nación europeos que, para obtener un mayor estatus y sobresalir entre sus pares, encontró mediante la vía imperial un nuevo modo de conseguirlo?

Debates teóricos

Varias posturas surgieron para intentar comprender este fenómeno. A grandes rasgos, podemos observar dos grupos de análisis: los heterodoxos y los ortodoxos. Las miradas heterodoxas no pueden desprender su lectura del imperialismo de los factores económicos. Herederas de la tradición leninista, observan a este fenómeno como una consecuencia propia de las

transformaciones del capitalismo tras la primera gran crisis de superproducción del sistema, que tuvo lugar hacia comienzos de la década de 1870. En cambio, los analistas ortodoxos, ven el imperialismo como el producto de las nuevas decisiones políticas de los Estados-nación rivales. Bajo esta lectura el peso del análisis recae en el rol de los Estados y sus decisiones políticas, tanto fronteras adentro como en su agenda exterior, vinculándolas sólo de manera secundaria con –o directamente ignorando– el escenario económico y las fluctuaciones propias del capitalismo. Esta mirada no carece de toda lógica, al fin de cuentas, “en el siglo XIX, el núcleo fundamental del capitalismo lo constituían cada vez más las ‘economías nacionales’ ” (Hobsbawm, 2003, p. 48), y éstas existían porque existían los Estados-nacionales. En el caso de Alemania e Italia, por ejemplo, tras el proceso de unificación que los constituyó como tales, la necesidad de presentarse frente al resto de las potencias como una más en el concierto europeo, no radicaba solamente en la urgencia por destacarse económicamente, sino también de cobrar simbólicamente un nuevo estatus como potencia. Pero el mundo desarrollado no era tan solo una sumatoria de *economías nacionales*. La industrialización y el ingreso de nuevas potencias a la escena económica, sumadas a la depresión de comienzos de la década de 1870, hicieron de ellas un grupo de economías *rivales*, donde el avance de los beneficios obtenidos por unas parecían amenazar la posición y el status de las otras (Hobsbawm, 2003). Y lo particular en esta nueva carrera era que no sólo competían ya las empresas privadas, sino que los propios Estados nacionales participaban de la disputa. Dicha preminencia estatal es precisamente sobre la que ponen el foco las miradas ortodoxas.

Sin embargo, más allá de la pertinencia de muchas de estas lecturas, consideramos que no es posible desconocer la centralidad que el aspecto económico tiene al intentar explicar las causas de la simultaneidad de varias potencias nacionales lanzándose al mismo tiempo a conquistar territorios a velocidad y dimensiones nunca antes vistos, ya que, retomando a Hobsbawm (2003, p. 50):

Es imposible separar la política y la economía en una sociedad capitalista, como lo es separar la religión y la sociedad en una comunidad islámica. La pretensión de explicar “el nuevo imperialismo” desde una óptica no económica es tan poco realista como el intento de explicar la aparición de partidos obreros sin tener en cuenta para nada los factores económicos.

Partiendo de estas ideas, entonces, es que explicamos al imperialismo a partir de las transformaciones del capitalismo en el último cuarto de siglo XIX como una consecuencia de la crisis tardía del liberalismo económico que caracterizó la primera mitad del siglo. Dicha crisis no consistió en una reducción o en dificultades en el ámbito de la producción, más bien al contrario. Estuvo caracterizada por una caída brusca de los precios, especialmente en el sector agrícola, produciendo una crisis de rentabilidad. El mercado era incapaz de crecer con la rapidez con que lo hacía la producción, incrementada extraordinariamente por la nueva tecnología y por el surgimiento de nuevos competidores y de nuevas economías industriales. Este fenómeno se daba además en un contexto en que el mercado de bienes de consumo no lograba desarrollarse con la celeridad que la producción industrial requería (Hobsbawm, 2003).

¿De qué manera, entonces, podía revertirse esta situación de merma de beneficios? Las salidas fueron varias y diversas. Por un lado, se establecieron hacia fines de la década de 1870 tarifas proteccionistas en varios países, como Alemania e Italia, especialmente para los artículos de consumo. La única potencia que mantuvo el comercio libre de restricciones fue el Reino Unido (Hobsbawm, 2003). Los motivos respondían a su condición de mayor exportador de productos industriales, de capital y de servicios, además de ser el mayor receptor de exportaciones de productos primarios del mundo.

Otras soluciones se encontraron a partir de la progresiva concentración de capitales, tendiente a eliminar a los competidores menores dando lugar al surgimiento de monopolios en diferentes áreas de la producción (Béjar, 2011).

Además, se modificó el espacio laboral con el objetivo de lograr una productividad creciente a partir del control de la clase obrera. El taylorismo, como una nueva gestión científica del trabajo, transformó la vida en la fábrica, reorganizando los tiempos de la producción y del descanso, fragmentando el proceso productivo en tareas más rutinarias y sencillas que no requerían ya de obreros calificados para su realización. Esto permitió una reducción de los salarios, un mayor control para un mayor aprovechamiento del tiempo, tendientes a obtener mayores beneficios productivos a un menor costo.

Pero la novedosa salida a la crisis que más nos interesa -a los fines de este capítulo-, está relacionada con la búsqueda de nuevos mercados en donde ubicar la creciente producción y la obtención de nuevas materias primas para alimentar a las industrias en crecimiento. Esto dio lugar al avance imperialista del mundo “desarrollado” mediante la conquista a través de la anexión formal de territorios y el sometimiento de sus poblaciones, como hacíamos referencia con anterioridad.

De esta manera, las principales potencias europeas se lanzaron al mundo ocupando, mediante colonias, protectorados, posesiones, o zonas de influencia (Wesseling, 2010) prácticamente la totalidad de África y del sudeste asiático, a expensas de otros imperios coloniales europeos en decadencia –como eran el español y el portugués– logrando además controlar los mercados y el comercio chino (aunque en este caso no lo lograron hacer mediante el establecimiento de colonias) y desmembrando hasta su desaparición a éste, y a otros antiguos y prolíficos imperios, tales como el Otomano y el Persa.

Pero ¿cómo se explica la velocidad con que, al cabo de un cuarto de siglo, el mundo se vio envuelto en semejantes cambios, a punto tal de que no fuera posible una vuelta atrás? Según Beckert (2017, p. 14) esta absoluta y veloz transformación del mundo está directamente relacionada con el:

Surgimiento de nuevas formas de organizar la producción, el comercio y el consumo. La esclavitud, la expropiación de los pueblos indígenas, la expansión imperial, el comercio protegido por escoltas armados y el hecho de que los empresarios se declararan soberanos de gentes y territorios han sido todos ellos elementos centrales de esa transformación.

La manera en que ha sido llevado a cabo este vertiginoso proceso lleva al autor a denominar este sistema como *capitalismo de guerra* dado que dicha fórmula explica mejor y sin eufemismos las condiciones de violencia y crueldad de la conquista del mundo por parte de Occidente que otras tales como *capitalismo comercial* o *capitalismo mercantil* (Beckert, 2017). Las formas que cobró la conquista y los argumentos sobre los que se fundó la opresión sobre los pueblos conquistados son los aspectos que analizaremos en los próximos apartados.

División desigual del mundo

Durante la *era del imperio* se llevó a cabo una transformación que signó no sólo este periodo sino todo el siglo XX y cuyos efectos aún podemos percibir, y que consistió en la división del mundo en dos polos distintos, heterogéneos y opuestos que tendieron a separar al mundo en dos bloques. La nueva mundialización de la producción, de los seres humanos que, como nunca antes, se trasladaron en grandes masas por el planeta gracias a los nuevos y diversos medios de comunicación –como el ferrocarril, los avances en la navegación y, gradualmente, el automóvil–, el contacto con nuevos pueblos y culturas, no estuvo signado por la integración de las partes, sino por la explotación de unas por las otras y que en muchos casos encontraron aliados entre los grupos explotados, lo que facilitó el sometimiento.

De esta manera, se extendió una lógica binaria que dividía al mundo entre potencias desarrolladas e industriales contra pueblos / países / territorios subdesarrollados y proveedores de materias primas; un pretendido Occidente culto y civilizado que se diferenciaba de un supuesto oriente bárbaro y atrasado; población blanca versus población *de color*; etc. Este tipo de divisiones dieron lugar al avance de quienes, debido a su pretendida superioridad, consideraban que tenían mayores derechos por sobre otros pueblos para llegar a sus tierras, ocuparlas, transformar todo con o sin consenso, administrar el territorio y a quienes se encontraban en él, saquear recursos, explotar y eliminar a la población local. Esto fue llevado a cabo sin ningún tipo de límites ni impunidad mediante el uso de las armas –cuya producción se había perfeccionado y multiplicado para el periodo que estamos analizando– y fue legitimado mediante argumentos pseudo-científicos, que consideraban a las poblaciones nativas de los territorios conquistados inferiores racialmente, atrasadas culturalmente e incapaces de adaptarse (como sí lo hacía el hombre blanco) a las nuevas condiciones de vida.

La *raza* fue, entonces, una de las categorías utilizadas para dividir a la humanidad en dos grupos: quienes desarrollaban y gozaban del progreso y el triunfo tecnológico, y las poblaciones colonizadas, expuestas en las exposiciones universales de principios de siglo XX como *exóticos*, inferiores por su atraso y por el desconocimiento del mundo moderno. Según Enzo Traverso (2002, p. 58):

El darwinismo social, la antropología médica, el eugenismo y la biología racial, son indisociables del proceso de colonización de Asia y África (...) El racismo

biológico y el colonialismo conocieron un desarrollo paralelo en el que ambos discursos complementarios tenían puntos en común: la “misión civilizadora” de Europa y la “extinción” de las “razas inferiores”; es decir, la conquista a través del exterminio.

Esto era posible debido a que se percibía al mundo extra europeo como un espacio colonizable por los grupos biológicamente superiores. Los nativos de esos lugares no eran *descartables* por ser solamente inferiores, sino porque eran incapaces de administrar un territorio con grandes posibilidades de una manera útil y productiva. De esta manera, la idea de progreso guiaba tanto el accionar como la de raza.

Para analizar el contacto entre diferentes culturas, trabajos como los del historiador Peter Burke resultan esclarecedores al brindarnos otro ángulo de lectura basado en el poder de la construcción de la mirada sobre un *Otro* cultural, *l'Autre*, con mayúscula, como lo denominaron los teóricos franceses, pioneros en su estudio. En su trabajo sobre los estereotipos de los otros, el autor nos habla de una síntesis que se hace del *Otro* a partir del vínculo entre imagen mental e imagen visual que da lugar a la creación de estereotipos como producto del desconocimiento, conducentes a anular la diversidad. El encuentro de un grupo de personas con otra cultura genera, según este autor, dos reacciones contrapuestas. Una de ellas tendiente a negar la distancia cultural a partir de la asimilación y la analogía con la propia cultura interpretando al *Otro* como un reflejo del yo, por lo tanto, domesticando lo *exótico* desde lo familiar y conocido. La otra reacción, por el contrario, consiste en la *invención* de la otra cultura como opuesta a la propia. Lo que nos devuelve esa imagen, sería la imagen invertida, negativa, la contracara del yo ante la idea de lo desconocido (Burke, 2005).

Desde una u otra reacción, el contacto entre culturas durante la era del imperio estaba teñido, entonces, de *a priori*s en que toda una serie de significantes definía a los nativos a partir de una lectura rígida, encasillada, que iba de la mano de las teorías pseudo científicas de la época, exagerando elementos de la realidad, omitiendo otros, sin la posibilidad de integrar matices, y aplicando el mismo modelo del *Otro* a situaciones y culturas muy disímiles entre sí. En este sentido se tendía a asimilar grupos que no tenían nada en común más que el solo hecho de ser nativos de las tierras colonizadas, mediante rasgos culturales exóticos, incomprensibles (y temidos), como el canibalismo, que se atribuía indistintamente a pueblos que vivían en las antípodas del globo, e interpretando dicha práctica como algo regular desvinculado de la especificidad ritual o religiosa en que habitualmente se enmarcaba (Burke, 2005).

Sin embargo la imagen, la idea, que se construye sobre el *Otro* no nos brinda solamente una imagen solapada y distorsionada de aquellxs a quienes se intenta describir. Según Burke, mediante las proyecciones de temor y odio –expresados de manera consciente o inconsciente– los estereotipos creados nos permiten acercarnos de manera especular a la imagen que de sí mismo tiene el espectador:

Los estereotipos más crueles se basan en la simple presunción de que “nosotros” somos humanos o civilizados, mientras que “ellos” apenas se diferencian

de animales tales como el perro o el cerdo, con los que a menudo se les compara, no sólo en las lenguas europeas, sino también en árabe y en chino. De ese modo los otros se convierten en “el Otro”. Se convierten en seres exóticos, distantes de uno mismo. Incluso pueden ser convertidos en monstruos (Burke, 2005, p. 159).

Este tipo de lecturas se encuentra en consonancia con el trabajo de Edward Said, que en su obra *Orientalismo* (1978) plantea que existe una dinámica en la forma en que Occidente aborda su relación con Oriente, que consiste en que Occidente, por medio de las creencias e instituciones mediante las que organizan la conquista, ha logrado dominar e imponer una visión sobre Oriente, creada a partir de la experiencia europea. Esto permitiría reestructurar e imponer una figura de autoridad sobre la región y sus poblaciones. Esta figura de autoridad sería precisamente la que describe la lógica en que Europa piensa a Oriente, o sea desde la imposición y no desde la comprensión de los distintos territorios y sus componentes (Said, 1978). En este caso, la visión del *Otro*, al estar determinada por prejuicios y estereotipos, complejiza la interpretación acerca de la visión del yo que implican esas imágenes. Pero el ejercicio de interpretación es necesario, ya que “lo que las personas consideran en un determinado momento y en un determinado lugar *infrahumano* nos dice muchas cosas acerca del modo en que ven la condición humana” (Burke, 2005, p. 175).

Este tipo de lecturas explican la construcción de imaginarios y prejuicios eurocéntricos que se han arraigado persistentemente y reproducido con el tiempo mediante imágenes falsas y romantizadas que han servido para justificar la explotación y las matanzas. Esta es una percepción que excede la justificación de la conquista y que ha logrado imponerse, además, a través de otros medios. Un claro ejemplo de los idearios que sobreviven lo encontramos en los mapas que seguimos utilizando en la actualidad, que ubican a Europa en el centro del mundo.

El *Otro* en casa

El efecto demográfico que tuvo la colonización de Asia y África sólo pudo percibirse a largo plazo, pero fue de unas dimensiones tales que, con razón, estas muertes pueden ser consideradas como parte de un genocidio. Las víctimas no fueron eliminadas sólo por el uso de las armas, sino como producto del hambre, de la explotación física mediante violaciones o trabajo forzado, de enfermedades desconocidas hasta entonces (viruela, rubeola, malaria, enfermedades venéreas) que se convirtieron rápidamente en epidemias, confirmando a los observadores occidentales en sus prejuicios basados en las teorías de la selección. Se estima que el total de víctimas mortales para la segunda mitad del siglo XIX ronda entre los 50 y los 60 millones de personas (Traverso, 2002).

Pero las lecturas del *Otro* en claves de *raza* y *progreso* no fueron orientadas solamente hacia las fronteras exteriores de las principales potencias occidentales. Las ideas científicas que compusieron el marco ideológico al que hacíamos referencia, se encontraban en auge en todo

el mundo *avanzado* occidental, racionalista y positivista. En los países capitalistas la población se dividía entre las activas, inteligentes e iluminadas clases medias y altas y el resto de las *masas* que, por sus deficiencias genéticas estaban condenadas a pertenecer a un estrato social inferior. En este caso también se recurría a la biología para explicar (y justificar) la desigualdad, especialmente por parte de quienes se consideraban social, cultural, económica y moralmente superiores (Hobsbawm, 2003), lo que, en términos materialistas, Luckas interpretó como “una defensa pseudobiológica de los privilegios de clase” (Traverso, 2002, p. 65).

En Estados Unidos, las teorías de selección natural de las razas, el eugenismo y el darwinismo social que habían ido de la mano de las conquistas coloniales europeas, también lo hicieron para justificar el genocidio de los indios norteamericanos en pos del crecimiento de dicho país como gran potencia de cara al escenario internacional (Traverso, 2002). De esta forma, el avance hacia las tierras del oeste fue llevado a cabo mediante la casi total eliminación de los pueblos nativos para dar lugar a una colonización puertas adentro. Lo mismo ocurrió durante la formación del Estado argentino que, mediante la (mal) llamada *conquista del desierto* expulsó, exterminó o confinó a los márgenes del territorio en que se desarrollaba ‘la Argentina’, a las diversas poblaciones originarias –que muchas veces ofrecieron fuerte resistencia– saqueando sus tierras, trastocando sus costumbres, separando a las familias, destruyendo sus antiguas formas de sociabilidad y de relación con el medio ambiente, con el objetivo de dar lugar a la nación que, en términos modernos, consistía en la homogeneización cultural del territorio bajo las nuevas pautas estatales que pretendían llevar la *civilización* a los pueblos considerados *barbáricos*, como sostenía Sarmiento en su *Facundo* (Sarmiento, 1845). Esas tierras requerían, además, un mayor control central, una mayor explotación de los recursos en términos capitalistas –para responder a la creciente demanda internacional de productos ganaderos que requería de una reorganización del espacio–, y la formación de ciudadanos y ciudadanas que aceptaran el nuevo ordenamiento en nombre de la nación. Quienes no aceptaran las nuevas condiciones serían llanamente exterminados por oponerse a *la civilización y al progreso*, o por atentar –en el caso de Argentina– contra la *paz y administración*. El naciente Estado argentino siguió los pasos de sus pares europeos en cuanto a su relación con el *Otro*, ocupando sus tierras, disgregando o intentando eliminar a sus comunidades (como en el caso de los selk’nam fueguinos), o utilizando a los indígenas como mano de obra servil, deportándolos a la Marina, al Ejército, a la producción vitivinícola de Cuyo, a la zafra azucarera en el Noroeste o al servicio doméstico, especialmente a niños y mujeres (Adamovsky, 2020). En los nuevos *territorios nacionales conquistados*, a la población nativa se les negó derechos de ciudadanía, impidiéndoles votar y participar de la vida política por considerarlos (nuevamente) faltos de capacidad intelectual (Adamovsky, 2020).

Este ejemplo nos devuelve una vez más a los argumentos con que comenzamos este capítulo, que nos permiten pensar a la *era del imperio* como un fenómeno que no fue exclusivamente europeo, que no estuvo relacionado exclusivamente con las decisiones de los gobiernos que decidieron emprenderse en la aventura imperialista, sino que nos invita a observar las formas en que el capitalismo fue encontrando las vías para llegar hasta los últimos confines del mundo,

tanto si su llegada era proveniente del exterior o si era llevado hacia el interior de las fronteras de un país *avanzado* con el objetivo de dar forma al Estado basado en la creación y extensión de la nación, en base a las ideas de orden, progreso, civilización y raza, que funcionaron como eje y motores de la conquista.

Legado cultural

Sería un error pensar que los estereotipos surgidos al calor de la era del imperio y las teorías biologicistas que caracterizaron al siglo XIX desaparecieron con la llegada del nuevo siglo. Las imágenes y fantasías en torno a los pueblos considerados exóticos no quedaron confinadas a las paredes de la sala de pintores orientalistas del Museo de Orsay, que recreaban en sus obras las *maravillas* y *curiosidades* del mundo exótico. Estos idearios siguieron reproduciéndose a lo largo del siglo XX por medio de otro tipo de artes, incluso más masivas, como el cine, en que los prejuicios se acentúan y cimentan, logrando un reduccionismo del *Otro* mediante una sola imagen con que se logra construir toda una realidad de significantes carentes por completo de todo tipo de análisis y matices. En su obra *Reel Bad Arabs*, Jack Shaheen (2003) destaca la importancia del cine como medio educativo y observa cómo, mediante esta poderosa arma, Hollywood ha construido, desde fines del siglo XIX hasta la actualidad, una imagen falsa del mundo árabe tendiente a generar animosidad, burla y/o temor sobre un pueblo entero (Shaheen, 2003). El cine ha logrado así educar a todo Occidente sobre el resto del mundo, desde una mirada que, lejos de ser integradora, supone que el *Otro*, por sus características y por sus diferencias, representa una amenaza, un peligro en sí mismo.

Qué hacer con las colonias

El impacto cultural no es un tema que atañe solamente a los historiadores y científicos sociales. Ya en su época, los debates en torno a las prácticas colonialistas ligadas al imperialismo se dieron fervientemente incluso entre los principales detractores del capitalismo. En 1907 se llevó a cabo en Stuttgart un congreso socialista en donde se expusieron las distintas posturas con argumentos de lo más disímiles para aceptar o condenar el imperialismo. Las posturas aceptando la colonización (que eran la gran mayoría) argumentaban que Europa necesitaba de las colonias para no quedar al margen del progreso económico como, por ejemplo, lo estaba China. Estaba presente la idea de la necesidad de la explotación del planeta en beneficio de la humanidad. Sin embargo, algunas posturas a favor de la colonización, reprobaban la forma en que ésta era llevada a cabo en el marco del capitalismo actual, pero que realizada en términos socialistas, a partir del control de las fuerzas productivas, disminuyendo la explotación, aumentando el grado de civilización de los nativos (una vez más aparecen los argumentos civilizatorios) sí podría ayudar al progreso de la

humanidad. Algunos, incluso, acercándose a las lecturas ortodoxas que mencionamos más arriba, consideraban al colonialismo no como un fenómeno capitalista, sino como un fenómeno histórico más amplio. Argumentaban que suprimir el colonialismo implicaría un perjuicio para la industria y para la superpoblación europea, que no tendría lugar a donde ir. El argumento de devolver las colonias a los nativos se consideraba inviable porque la barbarie primaría sobre los sentimientos humanitarios. Este tipo de lecturas, además de estar basadas en la superioridad racial, descansaban en la idea de que era necesario que las colonias atravesaran la etapa capitalista para poder llegar al socialismo. Este recorrido era impensable –consideraban– si se partía desde la barbarie cultural y económica en que se encontraban los pueblos nativos.

Otras posturas, en minoría, al interpretar el colonialismo como parte del capitalismo no veían en este proceso una solución a las desigualdades (ya que producía mayor explotación) ni al progreso de la civilización. Consideraban que la política colonial contemporánea no podía ser mejorada y que implicaba una desgracia para los nativos. Discutían la idea predominante entre los partidos obreros-socialdemócratas de la época de que los pueblos deben llegar necesariamente a la etapa capitalista para avanzar hacia el socialismo. Pero quizás el argumento más disruptivo es que los socialistas representantes de la minoría, consideraban a otras civilizaciones tan superiores, o más, que la europea. Más allá de que argumentaban también en términos de mayor o menor civilización, en esta postura se observaba la otredad como algo posible y digno de ser respetado. Sostenían que nada tendría que hacer Occidente frente a culturas milenarias como las de China o India.

Por fuera de los debates de la época, todos estos pueblos y sus riquezas culturales e históricas parecían insignificantes a ojos de quienes llegaban a sus tierras. Todos ellos, indistintamente, se encontraban a merced de los barcos llegados del extranjero cuyos hombres descargaban armas e ideas frente a las cuales se hallaban expuestos ante la inevitable e inminente transformación de la totalidad de su universo.

Hubo, sin embargo, algunos militares y funcionarios sensibles a las contradicciones humanitarias que les generaba tener que lidiar entre su deber militar durante la ocupación y las formas en que era llevada a cabo. James Bruce, octavo conde de Elgin y Kincardine, encarnó un claro ejemplo de esta tensión durante su misión en China cuando con consternación expresó:

Allí estábamos nosotros, ¡acumulando los medios de destrucción ante los propios ojos y al lado de una población de cerca de un millón de habitantes, contra los que estos medios de destrucción iban a ser empleados! (Newsinger, 2002, p. 83).

Dichos cuestionamientos éticos no le impidieron a este funcionario ordenar y liderar la destrucción del Palacio de Invierno y ocupar Pekín, una de las ciudades claves para el creciente y millonario comercio del opio.

Balance final

Este capítulo intentó dar cuenta de algunos aspectos de la *era del imperialismo* entendiéndolo como un periodo específico, propio del modo de producción capitalista, que permitió mediante los nuevos medios de comunicación, la tecnología, y el conocimiento del globo, el acceso de un puñado de potencias europeas a los últimos confines del planeta, con el objetivo de obtener nuevos mercados, realizar un mayor uso de los recursos ambientales, utilizar a la población nativa como mano de obra barata (cuando no esclava) y adquirir un mayor estatus frente a sus pares (que no podían ser consideradas como potencias si no tenían colonias bajo su bandera). Este proceso no solamente se dio a nivel global, o sea *puertas afuera* sino que en muchos casos sirvió *puertas adentro* para dar lugar a los procesos de consolidación de los Estados nacionales modernos.

La colonización de los espacios fue llevada a cabo mediante el uso de las armas, saqueando, oprimiendo, explotando a las poblaciones. En algunos casos negociando con algunos de ellos que a su vez explotaron o denunciaron a sus pares que se negaban a las transformaciones introducidas desde afuera. El universo entero de las poblaciones colonizadas fue afectado. Este proceso no tuvo vuelta atrás. Sus prácticas religiosas, culturales, la explotación de sus recursos, su tiempo, etc. se vieron alteradas bajo las nuevas prácticas que pretendían llevar *el progreso y la civilización*. El mundo *blanco* también se vio afectado por el contacto con el *Otro*, por medio de los productos *exóticos* que alteraron sus pautas de consumo, por otras formas de religiosidad y creencias, por la observación y la reflexión que dio lugar al surgimiento de nuevas disciplinas sociales y al estudio de la otredad desde un marco científico-académico. Sin embargo el impacto fue muy dispar en términos cuantitativos y cualitativos, modificando en prácticamente su totalidad a quienes vivían en los espacios colonizados, que no tuvieron posibilidad de decidir.

Muchos elementos del proceso iniciado a lo largo del siglo XIX y afianzado en su último cuarto continuaron hasta bien entrado el siglo XX, sin necesariamente revertirse tras el proceso de descolonización que tuvo lugar tras la Segunda Guerra Mundial. Como sostiene Wesseling para el caso africano, el periodo de colonización fue relativamente breve, pero las consecuencias de tal impacto siguen vivas hasta hoy, la historia actual del continente “ha sido creada por los europeos de entonces” (Wesseling, 2010, p. 23). La gran mayoría de estos territorios nació de su independencia envueltos en una pobreza abrumadora, en guerras intestinas (algunos de estos territorios no han logrado encontrar la paz desde entonces), abandonados a su suerte tras la transformación absoluta y abrupta que provocó la conquista de sus antiguas metrópolis. La división del mundo que ubica a unos pueblos como avanzados, civilizados, ricos por sobre otros atrasados, bárbaricos y (por eso mismo) pobres, sigue estando vigente hoy, quizás con más fuerza que entonces.

Para cerrar, nos parecen oportunas las palabras de Beckert (2017, p. 17-18):

En nuestro afán de fabricarnos un capitalismo más noble y más limpio también hemos preferido construir con excesiva frecuencia una historia del capitalismo despojada de las realidades de la esclavitud, la expropiación y el colonialismo.

A partir de lo visto hasta aquí, intentamos poner un poco el foco en la contracara del orgullo ante el progreso del que hacían gala las potencias imperiales durante la *Belle Époque*, que signó gran parte del período, y en el que –tras la fachada de bienestar– se cultivó silenciosamente el malestar y la crisis que llevarían a la explosión del mundo en 1914 y después.

Referencias

- Adamovsky, E. (2020). *Historia de la Argentina*. Buenos Aires: Crítica.
- Beckert, S. (2016). *El Imperio del Algodón. Una historia global*. Barcelona: Crítica.
- Béjar, D. (2011). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Burke, P. (2005). *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2003). *La era del imperio*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1998). *Industria e imperio*. Buenos Aires: Ed. Planeta Argentina.
- Newsinger, J. (2002). Elgin en China. *New Left Review*, 15.
- Said, E. (2002). *Orientalismo*. Barcelona: Random House Mondadori S.A.
- Shaheen, J. (2003). Reel Bad Arabs: How Hollywood Vilifies a People. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 588, Islam: Enduring Myths and Changing Realities, 171-193.
- Traverso, E. (2002). *La violencia nazi. Una genealogía europea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wesseling, H. L. (2010). *Divide y vencerás. El reparto de África, 1880-1914*. Barcelona: RBA Libros S.A.

CAPÍTULO 6

¿Entreguerras o guerra permanente? Crisis del liberalismo (1914-1945)

Florencia Matas

Presentación

El objetivo de este capítulo es analizar cómo los cimientos liberales de la sociedad burguesa y capitalista, desarrollados a lo largo del siglo XIX, fueron conmovidos por el estallido de dos guerras mundiales, el triunfo de la primera revolución socialista, la gran crisis económica mundial de 1930 y la emergencia de nuevas experiencias políticas denominadas genéricamente *fascismos*.

Las luces se apagan en Europa: la Primera Guerra Mundial

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) constituyó el desenlace de las rivalidades inter-imperialistas de economías nacionales industrializadas que, no sólo desestabilizaron progresivamente el equilibrio político internacional o *concierto europeo* establecido tras la derrota de Napoleón en 1815, sino que también evidenció la incapacidad de los gobernantes para detener la maquinaria militar mediante efectivas acciones diplomáticas. Conocida como la época de la *Paz armada* en alusión a la ausencia de conflictos bélicos intra europeos y a la vertiginosa carrera armamentista impulsada tras la finalización de la guerra franco-prusiana de 1870-1871, el último cuarto del siglo XIX fue el caldo de cultivo de un conflicto generalizado sin precedentes, de una *guerra total* que involucró y movilizó sin excepciones a todas las sociedades de los Estados que intervinieron en ella, ya sea mediante la participación activa en los frentes de batalla como en el esfuerzo de sostén de economías reorientadas y puestas al servicio de una guerra inesperada e impensablemente prolongada.

La política exterior alemana del emperador Guillermo I y su canciller Otto Von Bismarck orientada a consolidar el predominio de Alemania en Europa y a la neutralización de Francia ante eventuales revanchas, condujo a una alianza con el imperio austrohúngaro e Italia en 1882. Años después su sucesor, el emperador Guillermo II, impulsó una política exterior más agresiva destinada a obtener para Alemania una supremacía mundial acorde a su vertiginoso desarrollo

económico y consecuente poderío militar frente a una Inglaterra en franco declive industrial. Este viraje en la política exterior derivó en la revisión del sistema colonial vía reparto de África y consecuente anexión formal de sus países entre las grandes potencias. La colonización organizó violentamente la producción y alteró todas las estructuras sociales y productivas de los territorios colonizados. También existió una abierta expoliación y saqueo del continente.

Como contrapartida, en 1907, tras haber resuelto sus propias disputas imperialistas, Francia, Inglaterra y Rusia sellaron la Triple Entente. La conformación de un sistema de alianzas interestatales defensivas en el contexto de expansión imperialista europea y extra europea (EEUU y Japón) explican el carácter continental de la contienda, el efecto dominó de declaraciones de guerra cruzadas una vez ocurrido el incidente desencadenante del conflicto, el asesinato en Sarajevo del sucesor al trono del imperio austro húngaro Francisco Fernando y su esposa en manos de un joven nacionalista serbio perteneciente a la organización clandestina Mano Negra. Frente a la mirada positivista que asigna a este hecho puntual la causalidad de la guerra, se erigen interpretaciones que profundizan el análisis más allá del plano acontecimental y enfatizan la multicausalidad del conflicto: los ya mencionados intereses económicos y geopolíticos contrapuestos de las grandes potencias, el impulso a la expansión imperialista pos crisis económica de 1873, la carrera armamentista de las décadas previas (que dan cuenta de la posibilidad de conquista violenta de territorios coloniales intensificada en el último cuarto del siglo), la exaltación de los sentimientos nacionalistas y el rol de la propaganda. En su libro *El mundo de ayer. Memorias de un europeo* el escritor austríaco Stefan Zweig (2001, p. 281) deja en evidencia la insignificancia que el asesinato político de Francisco Fernando reviste para su propio pueblo e insiste en el rol crucial que juega la propaganda en la incitación al conflicto durante los dos meses transcurridos entre el atentado y las declaraciones efectivas de guerra. Al igual que muchos/as historiadores/as que han escrito sobre la Primera Guerra Mundial, sugiere que las condiciones para desatar el enfrentamiento estaban dadas y cualquier episodio, como los conflictos en el norte de África o las guerras balcánicas, podría haberse convertido en un potencial catalizador de la contienda.

Mucho se ha escrito sobre el papel del nacionalismo en la guerra. No sólo porque el detonante fuera la crisis en Sarajevo y el intento nacionalista serbio de detener el expansionismo del imperio austrohúngaro sobre los Balcanes sino también por la rapidez y entusiasmo con que las sociedades en inminente conflicto aceptaron las decisiones de sus respectivos gobernantes. El nacionalismo fomentado desde la propaganda no consideraba ni pertenencia y sentido de clase ni niveles de instrucción. Fueron excepcionales los casos de quienes lograron sustraerse al fervor patriótico. En su libro *Tempestades de acero* (2005, p. 246), el escritor alemán Ernst Jünger relata el momento exacto en que, junto a un obrero que trabajaba reparando el techo en su casa, recibe embriagado la noticia del inicio del conflicto y teme no llegar a alistarse y disparar un tiro antes de que el mismo, que se presume corto, termine. De la experiencia en el frente a partir de su reclutamiento voluntario deja testimonio en dicha obra.

¿Cómo explicar el triunfo del nacionalismo? Diversos/as autores/as señalan el proceso de democratización creciente acompañado de la construcción de un sentido de pertenencia e identificación en relación con los Estados nacionales durante el último cuarto del siglo XIX. Sin

embargo, la progresiva ampliación de las bases electorales en distintos países europeos se vio interrumpida bruscamente y las masas hicieron su aparición en el escenario político al precio de una guerra fratricida. Contra toda esperanza racionalista e ilustrada, la participación ampliada de las masas en la política no estuvo acompañada del derecho pleno y reconocido a elegir sus propios representantes, ni de la discusión racional sobre asuntos públicos ni del debate parlamentario como expresión de los disensos y pluralidad políticos sino de la guerra que, nacionalismo mediante, se convirtió en *prueba máxima de la virtud cívica* (Furet, 1996) y en expresión acabada de la crisis del liberalismo. El triunfo de la nación sobre la clase (Furet, 1996), salvo notables excepciones, adquirió su máxima expresión en los créditos de guerra que numerosos partidos socialistas nucleados en la Segunda Internacional votaron en pos de la *Unión sagrada*, contrariando y resignando sus miradas internacionalistas respecto al verdadero origen y sentido del conflicto. Las oposiciones a la guerra y el pacifismo fueron manifestaciones aisladas en medio del extendido y apabullante *consenso patriótico*.

La Primera Guerra Mundial marcó un hito fundamental en la utilización política de la propaganda, principalmente cuando la extensión temporal de la misma amenazaba con menguar el entusiasmo inicial. La propaganda estatal mediante carteles y panfletos apuntaba a fomentar el sentimiento nacionalista, incentivar al alistamiento voluntario, cimentar el odio hacia supuestos enemigos, promover el esfuerzo de la población en su capacidad productiva y en su tolerancia y aceptación de los racionamientos económicos. Con el transcurso de los años, la manipulación en la información para combatir el derrotismo en la población y la desertión de los soldados fue en ascenso. Poco tiempo después, el fascismo llevó a su paroxismo la manipulación de la técnica en la propaganda.

A pesar de las continuidades que pueden establecerse entre el siglo XX y el último cuarto del siglo XIX, la Primera Guerra Mundial es considerada una bisagra entre ambos siglos y el suceso fundante del siglo XX *corto y cruel* (Hobsbawm, 1995). Como acontecimiento catastrófico y dramático punto de inflexión, significó el fin de la civilización occidental del siglo XIX y su carácter capitalista, eurocéntrico, con sistemas jurídicos liberales; cuya corriente principal de pensamiento confiaba en la razón y en el progreso material y moral de la humanidad, y se vanagloria de sus avances científicos y educativos.

La guerra lanzó al frente de batalla a millones de personas, destruyó ciudades, impuso privaciones y racionamientos económicos, multiplicó aritméticamente la muerte de civiles calculadas en millones y dejó al descubierto la obscenidad de un escalofriante escenario no previsto por ninguno de los gobiernos al iniciarse el conflicto. A decir del historiador José Luis Romero (1997, p. 101), no sólo constituyó el *harakiri de las burguesías europeas* tras el cual nuevas fuerzas rejuvenecidas por el sufrimiento aparecen en escena sino también una crisis de conciencia impulsada por principios envejecidos que pusieron fin a la creencia decimonónica en el progreso indefinido asequible a través de la ciencia y la razón. La ciencia, puesta al servicio de la maquinaria militar, era la prueba más clara de que el progreso científico no lleva necesariamente a la felicidad humana:

Tuve que ser testigo indefenso e impotente de la más impensable caída de la humanidad en la barbarie (...) A nosotros nos estaba reservado, después de siglos, volver a ver guerras sin declaración de guerra, campos de concentración, torturas, saqueos masivos y bombardeos de ciudades indefensas, bestialidades, todas estas, que las últimas cincuenta generaciones no habían conocido y que las venideras ojalá no tengan que soportar. Pero paradójicamente, justo en el momento en que nuestro mundo retrocedía un milenio en lo moral, también he visto a esa misma humanidad elevarse a cimas insospechadas en lo técnico y lo intelectual, al superar de un aletazo todos los logros de millones de años: la conquista del éter gracias al avión, la transmisión de la palabra terrenal en un segundo por todo el globo terráqueo y, con ello, el triunfo sobre el espacio sideral, la desintegración del átomo, la derrota de las enfermedades más insidiosas, la conversión casi cotidiana de lo hasta ayer imposible en posible. Jamás hasta el día de hoy la humanidad en su conjunto se ha comportado más diabólicamente, y jamás ha alcanzado logros tan semejantes a lo divino (Zweig, 2001, p. 21).

La guerra inauguró armamento novedoso (gas venenoso, tanques, aviones, ametralladoras, dirigibles, etc.) y una nueva estrategia bélica de posiciones, la guerra de trincheras. Librada principalmente en territorio europeo en sus tres frentes occidental, oriental y balcánico, también involucró a los territorios coloniales de las grandes potencias.

Existen innumerables testimonios que dan cuenta de la barbarización y brutalidad de una guerra industrializada alimentada por la invisibilización y anonimato de las víctimas que impone la masividad de la muerte. La proliferación de tumbas a los soldados desconocidos al finalizar la contienda da muestra de ello. En 1929 el novelista alemán Erich Maria Remarque quien fuera un ex soldado raso del ejército alemán durante la guerra, escribió su célebre y desgarradora novela *Sin novedad en el frente* (1929) como un alegato fuertemente antibelicista. Llevada al cine bajo la dirección de Lewis Milestone en 1930, la película recrea una de sus escenas más estremecedoras e impactantes: el adolescente protagonista Paul Baumer sufre una fuerte crisis nerviosa al quedar en un pozo cara a cara con un soldado francés malherido tras un enfrentamiento en la zona de trincheras. La anestesia moral que lo invade cuando ametralla a mansalva desde su escondite, se tambalea cuando descubre en el supuesto enemigo su calidad de ser humano, poniendo en jaque la aceptación de las supuestas causas del conflicto y desnudando la incapacidad para dar una explicación lógica a la experiencia vivida. La negación del otro y de su entidad humana, sustrato ideológico de la conquista colonial de fines del siglo XIX y vuelta ahora hacia el corazón de la propia Europa, es también la base de las masacres del siglo XX.

Guerra total y/o democrática son expresiones que dan cuenta de lo novedoso del siglo XX: las guerras afectan a la universalidad de los/as ciudadanos/as, es cuestión de civiles y no sólo de soldados. Mención especial requiere el papel de las mujeres en el conflicto bélico. Relegadas a su rol tradicional de apéndices de los hombres, amas de casa y madres devotas, las mujeres gozaban de derechos limitados en la etapa previa a la guerra. Consideradas incapaces, débiles y eternamente menores de edad, les estaban vedados derechos civiles y políticos. La guerra no

sólo significó la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral frente a la movilización de los hombres por el conflicto y las pérdidas humanas sino un fuerte impulso al movimiento feminista, poco dispuesto a resignar lo ganado una vez finalizada la contienda. La incorporación al mundo del trabajo en fábricas de municiones, en astilleros, en campos agrícolas, como enfermeras, etc., fue necesario para mantener el nivel de producción que exigía la permanencia en la guerra. Desde una perspectiva de género la historiografía de los últimos 15 o 20 años ha recuperado la participación que las mujeres han tenido en las propias fuerzas militares, principalmente en la Segunda guerra mundial. Reconocer las transformaciones progresivas que ha sufrido el rol de las mujeres en la sociedad y el consecuente impacto en las miradas tradicionales sobre las mismas no debe ocultar las múltiples formas en que la tradición patriarcal seguía imponiendo los privilegios masculinos. Consideradas sustitutas provisionales de los hombres solían ser tratadas con desprecio, sufrían la violencia machista y eran remuneradas con menores salarios a igual trabajo.

En su conmovedor libro *La guerra no tiene rostro de mujer* (2015), la escritora bielorrusa Svetlana Alexiévitsh recupera, a partir de sus propios testimonios, las historias de mujeres que tuvieron una participación activa en las fuerzas armadas de sus países en el contexto de la Segunda Guerra Mundial; historias de mujeres que combatieron a la par de los hombres, pero cuyas vivencias fueron silenciadas por la historiografía heroica y masculina de la guerra:

¿De qué hablará mi libro? Un libro más sobre la guerra... ¿Para qué? Ha habido miles de guerras, grandes y pequeñas, conocidas y desconocidas. Y los libros que hablan de las guerras son incontables. Sin embargo... siempre han sido hombres escribiendo sobre hombres, eso lo veo enseguida. Todo lo que sabemos de la guerra, lo sabemos por la «voz masculina». Todos somos prisioneros de las percepciones y sensaciones «masculinas». De las palabras «masculinas». Las mujeres mientras tanto guardan silencio. Es cierto, nadie le ha preguntado nada a mi abuela excepto yo. Ni a mi madre. Guardan silencio incluso las que estuvieron en la guerra. Y si de pronto se ponen a recordar, no relatan la guerra «femenina», sino la «masculina». Se adaptan al canon. Tan solo en casa, después de verter algunas lágrimas en compañía de sus amigas de armas, las mujeres comienzan a hablar de su guerra, de una guerra que yo desconozco. De una guerra desconocida para todos nosotros. Durante mis viajes de periodista, en muchas ocasiones, he sido la única oyente de unas narraciones completamente nuevas. Y me quedaba asombrada, como en la infancia. En esos relatos se entreveía el tremendo rictus de lo misterioso... En lo que narran las mujeres no hay, o casi no hay, lo que estamos acostumbrados a leer y a escuchar: cómo unas personas matan a otras de forma heroica y finalmente vencen. O cómo son derrotadas. O qué técnica se usó y qué generales había. Los relatos de las mujeres son diferentes y hablan de otras cosas. La guerra femenina tiene sus colores, sus olores, su iluminación y su espacio. Tiene sus propias palabras. En esta guerra no hay héroes ni hazañas increíbles, tan solo hay seres humanos involucrados en una tarea inhumana. En esta guerra no solo sufren las personas, sino la tierra, los pájaros, los árboles. Todos

los que habitan este planeta junto a nosotros. Y sufren en silencio, lo cual es aún más terrible. Pero ¿por qué?, me preguntaba a menudo. ¿Por qué, después de haberse hecho un lugar en un mundo que era del todo masculino, las mujeres no han sido capaces de defender su historia, sus palabras, sus sentimientos? Falta de confianza. Se nos oculta un mundo entero. Su guerra sigue siendo desconocida... Yo quiero escribir la historia de esta guerra. La historia de las mujeres (Alexievich, 2015, p. 13).

Fue durante la Segunda Guerra Mundial cuando el mundo presenció el auténtico fenómeno femenino, Sin embargo, las mujeres eran recordadas bajo sus roles tradicionales y ocultando que existían responsabilidades que no eran exclusivas de los hombres. A partir de los relatos de distintas mujeres, la autora se propone deconstruir un relato público y épico de la guerra y recuperar las experiencias dolorosas de personas concretas. Recuperar las voces de los/as protagonistas más allá de las clases dirigentes nos permite comprender cómo la prolongación y crueldad de la guerra engendró sentimientos de asco y repudio:

Lo único que quiere todo el mundo es acabar con esto de una vez e irse a casa. Esta es honestamente la verdad, y cualquiera que haya estado en los últimos meses te dirá lo mismo.

De hecho, y esto no es una exageración, la mayor esperanza de la gran mayoría de los hombres es que los disturbios y las protestas en casa obliguen al gobierno a acabar como sea. Ahora ya sabes el estado real de la situación. Yo también puedo añadir que he perdido prácticamente todo el patriotismo que me quedaba, solo me queda el pensar en todos los que estáis allí, todos a los que amo y que confían en mí para que contribuya al esfuerzo necesario para vuestra seguridad y libertad. Esto es lo único que mantiene y me da fuerzas para aguantarlo (Rowlands, 1917).

Mucho tiempo después, en el año 2008, habiendo finalizado el convulsivo siglo XX podemos leer con una inquietante familiaridad que sólo un siglo de guerras masivas permite explicar, el testimonio del veterano de guerra estadounidense y activista por la paz Myke Prysner a propósito de la guerra de Irak:

Pero solo pude sentir vergüenza. El racismo ya no podía enmascarar la realidad de la ocupación por más tiempo, eran personas, eran seres humanos, desde entonces me asalta la culpa, puede que vea a un hombre mayor, como el que no podía caminar y lo rodamos sobre una camilla para que la policía Iraquí se lo llevara, siento culpabilidad cada vez que veo una madre con sus hijos como la que sollozaba históricamente gritándonos que éramos peores que Saddam, mientras la obligábamos a salir de su casa. Siento culpabilidad cada vez que veo a una niña joven como la que agarré por el brazo y arrastré hacia la calle. Se nos dijo que luchábamos contra los terroristas, el verdadero terrorista era yo, el verdadero terrorismo era esta ocupación, el racismo

dentro de lo militar ha sido durante largo tiempo una herramienta para justificar la destrucción y ocupación de otro país. Durante mucho tiempo se ha usado para justificar las matanzas, la subyugación y torturas de otras gentes, el racismo es un arma vital empleada por este gobierno, es un arma más importante que un rifle, un tanque, un bombardero, o que un barco acorazado, es más destructiva que el proyectil de artillería o un rompe bunker o un misil tomahawk. Mientras que esas armas son creadas y de la propiedad de este gobierno son inofensivas, mientras haya personas que se nieguen a usarlas. Aquellos que nos envían a la guerra, no tienen que apretar el gatillo o tirar una ronda de morteros. No tienen que luchar en la guerra, solo tienen que vender la guerra. Necesitan a un público dispuesto a enviar y a poner a sus soldados en peligro. Necesitan a soldados dispuestos a matar y a ser matados sin cuestionarlo. Pueden despilfarrar millones en una sola bomba, pero esa bomba solo se convierte en arma cuando los rangos militares están dispuestos a seguir órdenes para usarla. Pueden enviar al último soldado a cualquier parte del mundo, pero solo habrá guerra si los soldados están dispuestos a luchar (Prysner, 2010)

El historiador Eric Hobsbawm inicia su célebre *Historia del siglo XX* (1995) con un grupo de citas pertenecientes a distintos contemporáneos que reflejan la contradicción de un siglo de avances científicos como la medicina, pero signado por el retroceso moral que significan las catástrofes bélicas. Al respecto es interesante la correspondencia que Albert Einstein mantiene con Sigmund Freud en el año 1932 frente a la inquietante pregunta: ¿por qué la guerra? La pérdida del optimismo en el progreso científico y tecnológico en manos de una humanidad incapaz de controlar sus propias creaciones deja una imagen sombría, de incertidumbre y de una profunda crisis de la racionalidad ilustrada de la que ya daban cuenta teorías científicas (la teoría de la relatividad, el psicoanálisis) y vanguardias artísticas al comenzar el siglo (cubismo, dadaísmo, surrealismo). Lo irracional, lo subjetivo, lo inconsciente, lo onírico comienzan a ser valorizados como aspectos constitutivos y centrales de los seres humanos. Es imposible comprender la emergencia del fascismo sin retrotraernos a la guerra.

¿Cuál es el impacto inmediato de la guerra? Señala el proverbio que es fácil comenzar una guerra, pero no así terminarla. El viraje ocurrido en 1917 con la incorporación de EE.UU. (país vinculado a las economías occidentales vía intercambios comerciales y empréstitos) al bando de la Triple Entente y la salida de Rusia debido a la Revolución socialista triunfante, precipita el cese de la contienda.

En 1918, antes de que concluyera la guerra, el presidente de EE.UU., Woodrow Wilson, consciente de la consagración de su país como potencia mundial, propuso los “14 puntos” sobre los cuales debía negociarse la paz con las potencias vencidas. Buscaba asegurar el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, la autodeterminación nacional, la libertad de comercio, la circulación libre en todos los territorios y mares, la reducción de los armamentos y la fundación en 1920 de un organismo supranacional de mediación y pacificación, la Sociedad General de las Naciones, que debía velar por la paz mundial y que se convertiría en la antecesora de la actual

ONU. La decisión del Congreso norteamericano de no participar contribuyó al vaciamiento y fracaso de un organismo que no pudo evitar la segunda conflagración mundial.

El fin del conflicto sumado a la salida anticipada de Rusia y la firma por separado con Alemania del tratado de Brest Litovsk, se tradujo en la reestructuración del mapa europeo y asiático: desaparecieron los viejos imperios alemán, austrohúngaro, ruso, turco y emergieron nuevos Estados como resultado de su descomposición: Yugoslavia, Checoslovaquia, Estonia, Lituania, Letonia, etc. Un nuevo mapa que, según la mirada de algunos de los vencedores, debía aislar a la flamante Rusia comunista mediante un *cordón sanitario* y debilitar a Alemania. Es interesante marcar el contrapunto entre la postura revanchista francesa respecto a Alemania y la postura inglesa identificada con la figura de J. M. Keynes, quien advierte del *peligro* que representa la flamante experiencia comunista soviética y entiende que en una Europa donde verdaderamente no hay *vencedores ni vencidos* es importante una Alemania no debilitada.

Al estilo de la vieja escuela diplomática este “zurcido sobre el mapa de Europa se contentaba con dibujar el contorno de los nuevos Estados, pero consideraba ajeno a su misión ocuparse de lo que quedaba dentro” (Romero, 1997, p. 129). En la década de los '90 los Balcanes vuelven a ser el escenario de un conflicto desgarrador que concluye con la turbulenta desaparición de Yugoslavia.

En 1919 se firmó el tratado de Versalles entre Alemania y los vencedores Francia, Inglaterra y Rusia. Alemania perdió todas sus colonias, se recortaron sus fronteras continentales y debía devolver Alsacia y Lorena a Francia (territorio que Alemania le había quitado a Francia como resultado de su derrota en la guerra francoalemana de 1871). También debía dismantelar su ejército, entregar sus tanques y naves y desmilitarizar la frontera con Francia. El Tratado imponía duras sanciones económicas en concepto de reparaciones de guerra, ya que se le adjudicaba exclusivamente a Alemania la culpabilidad de la guerra. También se firmaron tratados con los otros vencidos: con Austria (Tratado de Saint-Germain), con Bulgaria (Tratado de Neully), con Hungría (Tratado de Trianón), con Turquía (Tratado de Sévres).

El tratado de Versalles, considerado por los alemanes como una humillación y firmado por la flamante República de Weimar, devino germen de nuevas tensiones que abonaron los conflictos que desembocan en la Segunda Guerra Mundial. La imposibilidad de comprender esta segunda Guerra sin atender a las consecuencias de la primera permite pensar el período de entreguerras como una etapa de guerra permanente, una *guerra de 30 años*, donde los países involucrados debieron lidiar con nuevos problemas. Los daños y pérdidas materiales sumaron en una aguda crisis económica a todos los países europeos, tanto a los vencedores como a los vencidos. Campos arrasados, edificios destruidos y fábricas en ruinas eran un escenario repetido en la mayoría de las ciudades. Al finalizar la guerra, todas las industrias dedicadas a la fabricación de armamentos debieron reconvertirse y comenzar a elaborar los artículos que se necesitaban en una sociedad en tiempos de paz. Los campos que debían volver a producir y la reconstrucción de las ciudades requerían de inversiones de parte de los gobiernos. El papel central de los Estados en

el manejo de la economía al calor de la guerra puso en entredicho la ortodoxia económica liberal que la crisis capitalista mundial de 1929/ 1930 se encargó luego de desterrar.

El problema era que todos los países (incluso los vencedores como Inglaterra o Francia) no tenían los recursos para encarar estas acciones porque estaban sumamente endeudados. Durante los años de la guerra habían solicitado créditos y préstamos que ahora debían devolver al gran acreedor de toda Europa: los Estados Unidos. Los Estados Unidos se convirtieron en el centro financiero internacional frente a la debilidad europea y las monedas de los países europeos que habían estado en guerra se devaluaron. Además, contaba con la ventaja de que en su territorio no se habían desarrollado enfrentamientos bélicos y, por tanto, no debía afrontar ningún gasto de reconstrucción. Hacia 1923 la mayoría de los países ya habían retornado a los niveles productivos de preguerra. Excepto Italia y algunos países de Europa oriental, los gobiernos lograron estabilizarse. Esta relativa seguridad creó cierta ilusión acerca de que otro conflicto tan devastador era imposible y promovió espacios relacionados con el ocio, el goce y la ampliación de las comunicaciones para gran parte de la sociedad. Al compás de diversas transformaciones tecnológicas como la industria automotriz, comenzó a delinearse una renovada cultura de masas en la que el cine, la radio y los espectáculos artísticos y deportivos ocuparon las preferencias del público.

Un fantasma recorre Europa y Asia: La Revolución Rusa

El contexto de guerra mundial se encuentra ligado a otro hecho de consecuencias duraderas para la historia del siglo XX: la Revolución Rusa de 1917. Como primera revolución socialista en la historia de la humanidad inspirada en las ideas de Karl Marx, su importancia radica en el carácter fundante que dicho proceso tuvo para la historia del siglo XX al encarnar una nueva forma de organizar la sociedad y la economía alternativa al capitalismo y a la explotación de las clases trabajadoras que el mismo conlleva. La existencia de un Estado no capitalista, la Unión Soviética, y la amenaza que supone para los demás países por su impugnación radical al capitalismo y a la democracia liberal, marca desde entonces el tono de la política internacional.

¿Una revolución socialista en Rusia? ¿Era posible una vía de desarrollo no capitalista en países no desarrollados? Rusia era hacia fines del siglo XIX uno de los países más atrasados de Europa, su economía era abrumadoramente rural y la máxima autoridad residía en la figura de un zar que conservaba poderes absolutos bajo una forma de gobierno autócrata de larga trayectoria. La sociedad, extremadamente polarizada, estaba compuesta por una nobleza terrateniente representada por un minúsculo grupo privilegiado en contraste con una inmensa mayoría de campesinos/as en condición semi-servil y de extrema pobreza (la abolición de la servidumbre decretada en 1861 requería el pago por la libertad y la garantía de la aldea sobre el mismo). Hacia la última década del siglo XIX una burguesía industrial débil e incipiente surgió al calor del proceso industrial impulsado, tras algunas derrotas bélicas, por los últimos miembros de la familia Romanov. La modernización económica se fomentó preservando el orden social y político del

Antiguo Régimen. Las características peculiares del proceso de industrialización ruso (inversión en industria pesada, desarrollo de ciudades específicas, papel relevante del Estado y de los capitales extranjeros, etc.) se tradujeron en el nacimiento de una clase obrera combativa y altamente concentrada en términos geográficos.

En 1905 y como corolario de la derrota en la guerra contra Japón, sectores liberales pro occidentales comenzaron a cuestionar la naturaleza del gobierno autocrático zarista exigiendo cambios. Ante estos reclamos, el zar Nicolás II decidió hacer algunas concesiones que se materializaron en el establecimiento de una constitución de tinte liberal y la creación de un parlamento al que se lo conoció con el nombre de “Duma”; sin embargo, en la práctica cotidiana, el zar se encargaba de minar dichas concesiones.

La participación de Rusia en la Primera Guerra Mundial no hizo más que acrecentar los conflictos sociales. Hacia 1917 la economía del país estaba devastada y daba muestras de serio debilitamiento. En el mes de febrero de 1917 el zar debió abdicar; ante la negativa de su hermano Miguel a sucederlo en el poder y encauzar a Rusia en la senda de una monarquía constitucional y parlamentaria al estilo inglés, los liberales conformaron un gobierno provisional que gobernó Rusia entre febrero y octubre de 1917 junto a los soviets (instituciones surgidas por primera vez en 1905 que reaparecieron durante las movilizaciones de 1917). El gobierno provisional asumió la dirección de Rusia en lo que a política nacional refería y los soviets se encargaron de la política a nivel local: una suerte de estructura de poder dual donde se encontraban representadas las diferentes clases sociales. Ante la creciente incapacidad para resolver la cuestión campesina (exigencia de entrega de tierras), la cuestión militar (exigencia de la paz) y la cuestión obrera (exigencia de mejoras en el nivel de vida de la población) y frente al asedio desde la derecha (intento de golpe de Estado del general zarista Kornílov) y de izquierda (bolcheviques), el gobierno provisional cayó en descrédito generando una creciente sensación de desgobierno y vacío de poder. Luego de varios meses de inestabilidad, los bolcheviques - quienes se apoyaban en el ideario marxista de la eliminación de las diferencias de clase a través de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción - tomaron el Palacio de Invierno iniciando así la Revolución de Octubre. Los bolcheviques eran los únicos que, a pesar de su participación activa en los soviets, rechazaban involucrarse con el gobierno provisional.

Contra la inicial mirada eurocéntrica de un Marx que piensa en Inglaterra y Alemania, convencido de la incapacidad de las sociedades asiáticas de modernizarse por sí mismas sin la intervención de Occidente, fue Lenin la figura clave y mediadora entre el marxismo y el mundo no europeo. Sin embargo, hay quienes consideran que el mismo Marx, en su correspondencia epistolar con la populista rusa Vera Zasúlich, contempló la posibilidad de una vía rusa al socialismo.

Lenin estimaba que, en situaciones históricas concretas, la voluntad revolucionaria podía impulsar la rueda de la Historia. Las cadenas del imperialismo podían quebrarse en sus eslabones más débiles. La tarea de Lenin fue aportar principios de organización y táctica a partir de la experiencia rusa, donde el campesinado, subestimado en los escritos de Marx, adquiere un papel protagónico como aliado del proletariado.

La Revolución de octubre cristalizó en los hechos la división al interior del campo socialista entre una postura reformista menchevique que, contra toda voluntad política, insistía en la inmadurez de las condiciones materiales de Rusia para una revolución socialista y otra revolucionaria identificada con los bolcheviques, que argumentaba que la caída de la autocracia no debía ser necesariamente sustituida por un orden liberal democrático para el cual no había ni cultura política, ni condiciones económicas y sociales dadas. Quienes condenan y/o cuestionan la revolución, entienden que se trató de una toma de poder aventurada de un partido minoritario que no era representativo de la clase obrera. Sin embargo, no es posible desligar esa toma del poder del proceso de movilización social enorme que atraviesa todo el año 1917 y de la creciente sensación de vacío del poder que invitaba a un partido revolucionario a ocuparlo.

Las primeras medidas tomadas por los bolcheviques fueron conocidas como *comunismo de guerra* (1917- 1921): la salida de Rusia de la guerra a través de un acuerdo firmado con Alemania (tratado de Brest- Litovsk), la nacionalización del comercio, la banca y la industria y la expropiación de tierras a los grandes propietarios para entregarla a los campesinos a título individual.

Una vez terminada la guerra con Alemania en el frente oriental, se desató una guerra civil (1918- 1920) en la que se enfrentaron el Ejército Rojo, compuesto por los bolcheviques que apoyaban la revolución y liderado por León Trotsky y el Ejército Blanco, conformado por los contrarrevolucionarios partidarios del antiguo régimen zarista, los defensores del gobierno provisional y los representantes de otras monarquías europeas que temían por el avance del comunismo en todo el continente. La guerra civil contribuyó, por un lado, a la militarización de la vida política y el establecimiento de un fuerte control de la sociedad por un partido monolítico indiferenciado respecto al Estado y, por el otro, a la necesidad de planificar y centralizar las decisiones económicas en un contexto de caída abrupta de la producción y desvalorización absoluta de la moneda.

Sólo en este contexto y a la espera de que la revolución triunfase en occidente es comprensible el reparto de tierras al campesinado como una medida política necesaria de la cual, según Rosa Luxemburgo, no había que hacer una virtud. Esta medida no socialista de reafirmación de la propiedad privada, a cambio de la contribución de los campesinos a la revolución, fue el origen de futuras discordias en torno a los límites impuestos por la pequeña propiedad agrícola al proceso de industrialización ruso. Tanto la N.E.P (1921- 1929) como los planes quinquenales estalinistas implementados a partir de 1929, fueron respuestas diametralmente opuestas a la manera en que debían resolverse esas contradicciones: la NEP proponía una industrialización moderada y a paso lento e intentaba reconciliar al campesinado con la revolución evitando las requisiciones forzosas de grano por parte del gobierno bolchevique propias de la primera etapa; los planes quinquenales colectivizaron la agricultura utilizando métodos coactivos con el objetivo de sentar las bases para una industrialización acelerada pero al precio de la ruptura definitiva de los/as campesinos/as con la revolución. La impresionante transformación de la estructura económica rusa durante el período estalinista fue posible por la creación de un aparato de control, coerción y represión contra todo tipo de disidencia respecto a la política oficial.

Mucho se ha debatido respecto al estalinismo y a Stalin. Artífice del desarrollo industrial y crecimiento urbano de Rusia y de la derrota de Hitler en la Segunda Guerra mundial, lo es también del terror despiadado contra los propios militantes del partido. ¿Existe continuidad entre Lenin y Stalin? ¿El terror estalinista fue parte de una característica consustancial a toda revolución o una *degeneración burocrática* de la misma?

La historiografía sobre el terror rojo se organiza en términos similares a los del debate sobre el significado de Octubre. Por un lado, están los historiadores que enfatizan la autonomía bolchevique y argumentan que el terror fue una consecuencia lógica de la naturaleza “totalitaria” de la ideología bolchevique o de la despiadada determinación de mantenerse en el poder a cualquier precio. Por otro, están los historiadores que podrían denominarse “contextualistas”, que tienden a considerar el terror como una respuesta, ya sea a las circunstancias inmediatas en las que se encontraron los bolcheviques, como, por ejemplo, la situación de la seguridad en Petrogrado en 1918, o bien a la guerra civil con su lógica política de polarización y su cultura embrutecedora. Desde esta perspectiva, el terror fue en gran medida una respuesta a las tramas contrarrevolucionarias de la oposición al régimen. Sus autores subrayan que las conspiraciones contra los bolcheviques fueron numerosas. La “contrarrevolución”, para esta corriente, no fue producto de la imaginación bolchevique o un mecanismo ideológico diseñado para reafirmar la unidad a través de la creación de un “otro” implacable. Diferencian este terror del instrumentado luego por Stalin aduciendo que este último se dirigió hacia enemigos en buena parte imaginarios, mientras que los bolcheviques de la primera hora combatieron a enemigos reales (Béjar, 2015, p.140-141).

Tal como señala la cita, los bolcheviques llegan a poder en 1917 en condiciones de enorme fragilidad en cuanto a las condiciones que atravesaba Rusia en contexto de guerra, a la unicidad de su experiencia en un mundo capitalista y a las tareas de gobierno que se proponía. El peligro de la contrarrevolución permanecía latente y real. En este contexto se da una política de guerra de clases que se percibía como la condición de la permanencia y estabilidad en el poder. Muy distinta es la experiencia estalinista donde, a pesar de la soledad de su existencia, la Rusia revolucionaria llevaba 15 años en el poder. Durante el estalinismo y en el marco del período de entreguerras una maquinaria del terror se puso en marcha y fue dirigida contra militantes del propio partido que eran acusados de diversos delitos sin ningún tipo de pruebas. El disciplinamiento feroz encontró su peor expresión en los gulags soviéticos.

La Revolución rusa marcó un hito en la historia universal: todos los movimientos y revoluciones posteriores la tomaron como el ejemplo a seguir o a rechazar. Tras una serie de revoluciones fallidas en Europa, la revolución rusa resignó la idea de una revolución mundial y sobrevivió en soledad en un mundo capitalista.

La crisis económica de 1930: el *crack* de La Bolsa y de la ortodoxia liberal

Durante los años transcurridos entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el inicio de la segunda, Europa asistió a una época convulsiva atravesada por fluctuaciones económicas y creciente conflictividad social. La insistencia en la implementación de medidas y recetas liberales ortodoxas desnuda la incapacidad e impotencia del liberalismo burgués para enfrentar las consecuencias de las transformaciones ocurridas durante el último cuarto del siglo XIX y principios del XX. Tras los primeros y dificultosos años de posguerra de la primera parte de la década del '20, los europeos vivieron un corto período de efímera prosperidad (*los felices años '20*); sin embargo, el quiebre bursátil de 1929 y su impacto en la economía mundial convirtió esa breve prosperidad y estabilidad económica en un asunto del pasado. Si bien el fascismo llegó al poder en Italia a principios de la década del '20, las ideas y doctrinas anti ilustradas comenzaron a afianzarse fuertemente en suelo europeo durante la década del '30 llegando a su expresión más siniestra: el régimen nazi en Alemania.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial, era claro el declive de Inglaterra como potencia y el ascenso de EE.UU. Convertido en acreedor internacional (a pesar de su vuelta a una postura aislacionista en lo que a política exterior refería) y en poder financiero fundamental para la reactivación del comercio mundial y para la reconstrucción de las dañadas economías europeas, las tres presidencias republicanas que se sucedieron en la década del '20 adoptaron medidas tendientes a beneficiar a los principales grupos económicos. Fue notable el ascenso acelerado y el aumento de la productividad de sectores como la construcción, la industria eléctrica, química y automotriz; algunas de estas ramas atravesadas por importantes avances como la adopción en el sistema de producción de la gestión científica del trabajo y la cadena de montaje (fordismo). Transformaciones hiperbolizadas e inmortalizadas en la película *Tiempos modernos* (1936) de Charles Chaplin en la que Charlot, un obrero no calificado y recientemente empleado, sufre en su propia psiquis y al precio de la enajenación total las consecuencias de la eficiencia de la industrialización y la producción en cadena.

El aumento de la productividad, sin un correlato paralelo en la ampliación de un mercado de masas lo suficientemente significativo como para absorber la producción, puso en evidencia las contradicciones del sistema capitalista. A pesar de los avances en la ampliación del crédito, la inversión en el mercado bursátil y el desarrollo de la publicidad, sin un incremento salarial que implicara mayor poder adquisitivo, el estímulo real a la demanda no podía sostenerse en el mediano plazo ni generar una expansión duradera.

La supremacía estadounidense acarrió nuevos problemas debido a la autosuficiencia alcanzada por su economía que no requería de importaciones para sostener su ciclo productivo siendo al mismo tiempo el principal productor mundial. Esta situación amplificó los efectos de la crisis. El superávit productivo de EE.UU. sumado a la arquitectura financiera de vinculación de los créditos que los aliados debían pagarle con la deuda que Alemania mantenía con ellos tal como establecía el tratado de Versalles, explican cómo una crisis originada en un país convertido en

potencia dominante, pero que no asume el papel de estabilizador de la economía mundial, termina teniendo alcance mundial.

Al mismo tiempo, las principales economías europeas insistían en aplicar políticas económicas deflacionarias que entendían el equilibrio presupuestario y la revalorización de las monedas en función del patrón oro como garantía para la estabilidad. Según el historiador Eric Hobsbawm las políticas ortodoxas, la autosuficiencia de EE.UU. y el hundimiento de sistemas monetarios como el ruso y el alemán, constituían indicios de la ralentización del crecimiento económico y el retroceso en la integración económica internacional. El *crack* de la Bolsa de Nueva York fue el resultado de la desviación de los beneficios de las grandes empresas del sistema productivo al financiero. La fiebre bursátil fue ahondando la distancia entre el valor artificial de las acciones y la marcha real de la economía, provocando el colapso: quiebras de empresas y bancos, devaluación de las monedas, abandono del patrón oro y el peor de los problemas y males sociales, el desempleo. Imágenes desoladoras de gente sin empleo, sin hogar, sin seguridad social y haciendo colas en ollas populares transformaron la cotidianeidad en algo diametralmente distinto a las promesas del *american way of life*.

Lo que nos interesa resaltar aquí es que la crisis económica puso en franca evidencia la incapacidad e inoperancia del liberalismo *laissez faire* para dar respuestas satisfactorias y dejó al descubierto la necesidad de nuevas miradas y nuevas recetas:

Curiosamente, el sentimiento de catástrofe y desorientación causado por la Gran Depresión fue mayor entre los hombres de negocios, los economistas y los políticos que entre las masas. El desempleo generalizado y el hundimiento de precios perjudicó gravemente a estas masas, pero estaban seguras de que existía una solución política para esas injusticias - ya fueran en la derecha o la izquierda - que haría posible que los pobres pudieran ver satisfechas sus necesidades. Era, por el contrario, la inexistencia de soluciones en el marco de la vieja economía liberal lo que hacía tan dramática la situación de los responsables de las decisiones económicas. A su juicio, para hacer frente a corto plazo a las crisis inmediatas, se veían obligados a socavar la base a largo plazo de una economía floreciente... (Hobsbawm, 1995, p. 101).

La crisis, sus efectos devastadores y el temor a la expansión comunista, promovieron la aceptación indiscutida o resignada, según el caso, de la intervención estatal en la economía con la finalidad de evitar y/ o minimizar las recesiones. Si bien la doctrina keynesiana defensora de la necesidad del gasto deficitario del Estado como estímulo necesario a la demanda y política anti-cíclica, devino en políticas gubernamentales luego de la Segunda Guerra Mundial, en entreguerras surgieron los primeros ensayos en tiempos de paz de intervenciones estatales contra las oscilaciones y vaivenes del ciclo económico.

A pesar de la diversidad de experiencias políticas existentes en la etapa de entreguerras como las democracias liberales (Francia, EE.UU., Inglaterra, Suiza, Holanda y Bélgica), fascismos (Italia y Alemania), socialdemocracias (Escandinavia), dictaduras (Europa del este y península ibérica) y comunismo (Unión Soviética), todas cuestionaron las recetas liberales clásicas y

promovieron una activa intervención del gobierno en el plano económico- social. El EE.UU. del *New Deal* constituyó un ejemplo paradigmático: sin generar déficit presupuestario, el programa de los *Cien días* de Roosevelt promovió leyes sobre fondos asistenciales, proyectos de obras públicas, leyes de recuperación económica vía planificación y control de la producción, etc.

Vivir peligrosamente: el fascismo en suelo europeo

La agudización de la crisis del liberalismo iluminista promovió reacciones disímiles: desde el pacifismo a ultranza a posicionamientos radicales que entendían la guerra como una experiencia purificadora y regeneradora y que exaltaban el espíritu de camaradería de la trinchera, los valores de fuerza y coraje, la vitalidad juvenil, entre otros. Estos últimos fueron el sustrato de regímenes autoritarios de nuevo cuño como el fascismo italiano y el nazismo alemán: una derecha que movilizaba y canalizaba a las masas, recogía demandas sociales y se proponía como alternativa a la desfalleciente democracia liberal y a la temida revolución internacional comunista por parte de las clases dominantes. Numerosos/as autores/as han insistido en la necesidad de comprender al fascismo como una corriente política nueva, una *derecha revolucionaria* que *aggiornaba* elementos tradicionales como la exaltación del pasado representado por el Imperio Romano en el caso de Italia y el Sacro Imperio Romano Germánico en el caso de Alemania con elementos novedosos como el uso de la propaganda y el desarrollo de la tecnología. No proponían una vuelta a un pasado remoto feliz y perdido sino la construcción de una sociedad nueva al precio de una ruptura total con los moldes de la política tradicional y el sistema democrático parlamentario. Hay quienes refieren a estas experiencias como modernismos reaccionarios.

Independientemente si llegaron al poder o no, resulta significativo analizar quiénes se identificaron con el ideario fascista en aquellos países en los que hubo movimientos que se reconocían como tales. Al respecto no es llamativo la cantidad de ex combatientes de la guerra que formaron parte de los grupos paramilitares: la dificultad de comprender racionalmente la experiencia límite vivida incentivaba a una especie de culto a la muerte, de mística belicista. El fascismo captó la adhesión de importantes sectores medios urbanos y rurales dislocados por el desarrollo económico de las últimas décadas y temerosos del avance del comunismo. Los grupos propietarios, desconfiados de estos movimientos liderados por personajes considerados outsiders de la política tradicional, plebeyos, carismáticos, y con un repertorio de acciones muy distantes al debate parlamentario, superaron su sospecha inicial (alimentada por iniciales discursos anticapitalistas) cuando comprendieron que no sólo constituían una resistencia y defensa más sólida del comunismo sino también una eficaz restauración del orden que la inacción de gobiernos liberales timoratos no podían resolver.

¿Cómo y por qué los fascismos llegaron al poder en Italia y Alemania? En ninguno de los casos lo han hecho mediante la vía electoral o a partir de un golpe de Estado. Para explicar el acceso al poder es fundamental dar cuenta de la complicidad de las élites liberales gobernantes que delegaron en los fascistas la responsabilidad de restaurar el orden y creyeron, equivocadamente, que

podrían controlarlos. A partir de estudios comparativos con otros países donde el fascismo no superó su fase movimientista, autores como Robert Paxton insisten en que el ascenso al poder no era ni inevitable ni la cristalización del exclusivo poderío de estos movimientos. Tanto en Italia como en Alemania las élites dirigentes incapaces de organizar partidos de masas decidieron convocar a los líderes fascistas al gobierno y, en ambos casos, terminaron siendo fagocitados por los mismos. El triunfo del fascismo fue el resultado de la impotencia del liberalismo, pero también de su connivencia y complicidad (Paxton, 2005)

Resulta relevante remarcar algunas características compartidas por ambos países: democracias liberales de breve trayectoria, industrialización tardía (más pronunciada en el caso alemán) plagada de contradicciones sociales, clase obrera concentrada y movilizada, presencia de partidos de izquierda fuertes aunque divididos, contextos de alta conflictividad social (el bienio rojo en Italia y la crisis de 1930 en Alemania), radicalización política y naciones humilladas al finalizar la guerra ya sea mediante tratado de Versalles en el caso de Alemania o por una victoria frustrada y mutilada en el caso de Italia.

No es el objetivo de este capítulo enumerar las medidas que ambos regímenes implementaron desde el poder, pero sí destacar que intentaron revolucionar el Estado remodelándolo, y, al mismo tiempo, subordinando a la sociedad mediante una combinación de terror, integración y ciertas concesiones. Rompiendo con la ortodoxia liberal y frente al enorme desempleo que acuciaba a Alemania, uno de los objetivos iniciales de Hitler fue incentivar una política de pleno empleo a partir de la activa intervención del Estado en la economía sin cuestionar la propiedad privada de los medios de producción. La piedra angular de su proyecto era la eliminación de las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles y la puesta en marcha de un plan de rearme, desarrollo de obras públicas y modernización de los sistemas de transportes.

Existen importantes diferencias entre ambas experiencias fascistas en cuanto al grado de concentración de poder que lograron los partidos ya en el gobierno (más fuerte en el caso alemán que en el italiano donde Mussolini debió convivir con dos instituciones tradicionales como la monarquía y la Iglesia) y en cuanto al lugar que ocupó el antisemitismo y el racismo. En Italia las políticas antisemitas fueron más bien tardías y tomadas a instancias de la consumación de la alianza con Alemania.

La reactivación de Alemania a partir del rearme fue de la mano de una política exterior más agresiva que no se contentaba con recuperar las fronteras previas al tratado de Versalles (algo con lo que el Ejército alemán estaba de acuerdo) sino con conquistar el *lebensraum* o espacio vital. De difícil precisión, dicho espacio implicaba reagrupar a la población de habla alemana y expulsar a todo/a aquel/la que no fuera parte de la raza aria. El expansionismo alemán se expresó en la remilitarización de Renania, la intervención activa en la guerra civil española (1936-1939), la firma de un pacto de amistad con la Italia fascista en 1936 (Eje Roma- Berlín) y con Japón (Pacto anti-Komintern), la anexión de Austria, el reclamo sobre la región checoslovaca de los Sudetes, la ocupación de Checoslovaquia y, finalmente, la de Polonia en 1939. Entre 1933 y 1939, Francia e Inglaterra, temerosas de quedar envueltas en una nueva contienda, aceptaron el avance nazi como una forma de aplacar las exigencias de Hitler. El temor al comunismo y una

apreciación errática respecto a la posibilidad de satisfacción de las demandas alemanas, contribuyeron a esa política de apaciguamiento. La invasión a Polonia convirtió esa inacción en el detonante del inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Tras la invasión a Polonia cobró forma el plan antisemita de concentración de los judíos en guetos. La llamada *solución territorial* sucedió a todo un arco de leyes raciales (las leyes de Nuremberg de 1935) que definían, identificaban y segregaban a la población judía institucionalizando la discriminación y la persecución. Si bien el antisemitismo, el racismo, la homofobia fueron consustanciales a la ideología nazi, es necesario comprender cómo fue posible la adopción de la *solución final* o exterminio masivo e industrializado de personas. Frente al avance en oriente al calor de la guerra y de un régimen cada vez más corrosivo de las estructuras estatales se va produciendo una radicalización progresiva que conduce en 1941 hacia genocidio final. Considerado emblema de la violencia contra la condición humana *per se*, el exterminio nazi no carece de precedentes en cuanto a experiencias genocidas (la conquista de América, la esclavitud moderna, el genocidio armenio en manos de los turcos, etc.) pero sí introduce la novedad de la serialización e industrialización de la muerte. Enzo Traverso analiza en su libro *La violencia nazi. Una genealogía europea* (2002), la lógica fordista del campo de concentración y exterminio: producir la mayor cantidad de cadáveres en menor tiempo y al costo más bajo posible.

En este sentido puede ser considerado una de las caras posibles de la Modernidad o, como señalaban intelectuales de la escuela de Frankfurt como Max Horkheimer y Theodor Adorno desde una mirada claramente eurocéntrica, una *aporía del Iluminismo*.

Interpretaciones sobre el nazismo

Existen interpretaciones historiográficas sobre el fenómeno nazi que atienden principalmente al papel de Hitler dentro de la estructura nazi de gobierno y a la posibilidad de consecución del exterminio o “Solución final”. Algunas de estas interpretaciones tienden hacia una mirada psico histórica del fenómeno y lo reducen a la figura de su líder.

También existen interpretaciones en torno a la naturaleza del nazismo: aquellas que estipulan que el nazismo fue una *enfermedad moral* que no puede circunscribirse a la historia alemana (Meinecke y Ritter), aquellas que interpretan al nazismo como un totalitarismo (visión que no es producto de la guerra fría pero que adquiere poder en los '50) y aquella que propone la idea de un Sonderweg o vía particular de una historia alemana trunca y encaminada hacia la catástrofe.

Si bien los debates y las controversias son ingredientes fundamentales para el avance del conocimiento histórico, en el caso del nazismo las disputas adoptan un tono particular debido a la dimensión moral que adquiere el debate cuando se trata de comprender la emergencia de un fenómeno que ha generado una matanza sistemática de más de seis millones de personas. ¿Es intelectualmente posible explicar Auschwitz? En el caso de que lo fuese: ¿significa comprender, perdonar o trivializar? ¿Hasta dónde historizar una experiencia histórica dramática equivale a normalizar?

Ian Kershaw en *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación* (2004), distingue tres tipos de interpretaciones sobre el nazismo con las que discute y a partir de las cuales construye su propio marco explicativo:

1- La interpretación liberal: presupone la autonomía del ejecutivo político, minimiza los factores socioeconómicos y otorga un significado primordial a la intencionalidad de los actores privilegiando, en algunos estudios, los análisis de tipo psicohistórico. En este caso podríamos hablar de *Hitler centrismo*. El nazismo se explicaría en función de la *Weltanschauung* o visión de mundo de Hitler (“amo del Tercer Reich”) ya puesta de manifiesto en *Mein Kampf* y convertida en base programática del Tercer Reich cuando éste se hizo con el poder. Es factible hablar indistintamente de nazismo o hitlerismo. Si bien existen diferentes posturas dentro del enfoque liberal (entre los que aceptan y no aceptan el concepto totalitarismo aplicado a la Alemania nazi y a la URSS) existe un común denominador: la centralidad otorgada a los actores en desmedro de un análisis de la trama política y socioeconómica.

2- La interpretación marxista: podemos distinguir dos grandes grupos dentro de dicha interpretación. La primera es la interpretación marxista leninista clásica elaborada por la tercera internacional o Komintern que describe al Estado nazi como la dictadura terrorista más extrema del capital financiero pero que encuentra serios problemas a la hora de analizar la consecución de objetivos ideológicos irracionales como la guerra y el exterminio sistemático de judíos. La segunda es la interpretación marxista que apela a los modelos de bonapartismo (Trotsky, Bauer, Thalheimer) y a las teorías del Estado de Gramsci (Poulantzas). Dichos autores, reconocen el papel de *outsider* político de Hitler en un contexto de punto muerto en la lucha de clases, lo que les permite explicar a través de la distinción entre poder social y poder político y con diferencia de matices, cierta primacía de la política (principalmente en lo que a antisemitismo y política exterior se refiere) por sobre los intereses del capital. Desde esta mirada, Hitler no es un mero títere del capital, sino que logra cierta autonomía que le permite poner en marcha políticas como el exterminio y que derivan de una ideología racista y antisemita.

Kershaw rescata de Gramsci el concepto de cesarismo político entendido como la misión que se le asigna a un líder carismático para hacer de árbitro en una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas que se encamina hacia la catástrofe. En este sentido y según Poulantzas (quien dentro de estos análisis es el que menos lugar le otorga a la primacía de la política) la función del Estado fascista era actuar como mediador en el restablecimiento de la dominación y hegemonía política de los grupos amenazados en la crisis general. Si bien Kershaw reconoce en estos trabajos el mérito de haber renunciado a una explicación reduccionista al estilo Komintern, destaca el hecho de que son solo útiles para pensar el momento de la toma de poder (asociada al fracaso de la política de élites y a la crisis de un sistema político pluralista y de representación de intereses) pero no para ahondar en la naturaleza y el alcance de la autonomía del régimen nazi una vez instalado en el poder.

3- La interpretación funcionalista o estructuralista: representada de manera cabal por Mar-tín Broszat y Hans Mommsen e insinuada en la década del '40, este tipo de interpretación recibe su nombre por contraposición a aquellas interpretaciones que ponen un excesivo acento en el

análisis de las “intenciones de Hitler”. El interés está focalizado en la “anarquía institucional del Tercer Reich”, en el carácter amorfo de gobierno, en la ausencia de una planificación clara y una dirección coherente, en la conformación de un gobierno policrático (donde Hitler es el elemento integrador de fuerzas dispares y contradictorias) y una estructura de poder multidimensional que conduce a una progresiva radicalización del régimen nazi y, con ella, al exterminio sistemático de personas o “solución final”. La particularidad de la estructura interna del gobierno nazi ya no es vista como una estrategia implementada por Hitler para conservar su poder absoluto sino como el resultado de una forma de autoridad carismática que la coyuntura ayudó a crear y que Hitler supo aprovechar (y es en este marco de referencia donde se reconoce la importancia de la figura Hitler y de sus obsesiones ideológicas). Hitler es visto más que como un creador de políticas, como alguien que ejerce una autoridad simbólica y, desde ese lugar, sanciona las presiones ejercidas por otras fuerzas cumpliendo así su *Weltanschauung* un papel funcional. El antisemitismo, el *lebensraum*, el antibolchevismo funcionaron como *metáforas ideológicas* y como delineamientos para la acción.

Kershaw propone un estudio ecléctico que intenta combinar estructuras y actores. Para ello recurre a la idea de cártel de poder hacia 1933 entre diferentes bloques (élites, partido nazi y Ejército) con afinidad de intereses, aunque no con identidad de objetivos (represión de la izquierda y rearme, es decir, estabilización política y económica). Una vez en el poder, las SS como encarnación institucional de la autoridad carismática fueron no solo el cuarto integrante de ese cártel sino el actor principal que permitió, sobre todo a partir de 1938, la autonomía respecto de las élites y del aparato estatal. Si bien Kershaw no descarta en el momento de analizar las condiciones que hicieron posible al nazismo corrientes de continuidad en la cultura política alemana, se centra preferentemente en un período corto caracterizado por las crisis en varios niveles que sufrió la República de Weimar.

Otros historiadores como Enzo Traverso, más que analizar la manera en que el movimiento nazi llegó al poder y las formas bajo las cuales la radicalización de ese movimiento hizo posible el Holocausto, está interesado en buscar sus orígenes en el contexto más amplio de la civilización occidental. A partir de aquí es lógico que su análisis no esté centrado en la figura de Hitler y ni siquiera en el contexto específico alemán (aunque reconozca ciertas particularidades de este).

Traverso considera que ciertos análisis historiográficos conllevan en su seno una visión apologética de Occidente. No dan cuenta acabadamente de los elementos materiales e ideológicos de larga data que hacen inteligible la aparición de un fenómeno como el nazismo. Traverso no pretende caer en una historización relativizante ni en una historia sin sujetos, sino construir una explicación que sin ser “shoa céntrica” permita inscribir el nazismo en la historia europea sin caer en una trivialización. Para el autor, lo que hace singular al genocidio perpetrado por los nazis, lo que lo distingue históricamente de otros asesinatos masivos, es la excusa que encontraron para justificarla y a la que el autor, no sin cierto candor, la llama “objetivo”, en el sentido de finalidad: la remodelación biológica de la humanidad. El judeocidio fue una masacre perpetrada sin odio (“la banalidad del mal”) gracias a un sistema de producción industrial de muerte. El autor repasa el conjunto de circunstancias materiales e ideológicas previas compartidas por Occidente que se

conjugaron produciendo una síntesis novedosa bajo el nazismo y que permitieron el holocausto: la despersonalización de la muerte con la aparición de la guillotina a fines del siglo XVIII, el criterio fordiano de producción en cadena luego aplicado a la matanza industrial de gente, la indiferencia moral como rasgo característico de la moderna burocracia, la relación entre la noción de espacio vital y la doctrina malthusiana de control demográfico, el darwinismo social y la construcción del “Otro” como una raza inferior a la que era necesario civilizar en el marco de la política expansiva de las potencias coloniales en África y Asia. Bajo el nazismo, el judío era ese otro que concentra en sí todos los males posibles y al que era necesario erradicar en el marco del conflicto entre cultura y civilización.

Tanto Kershaw como Traverso reconocen la excepcionalidad del nazismo, pero esto no los conduce a privilegiar el factor personalidad como la clave explicativa de dicha excepcionalidad. Ambos autores hacen hincapié en los factores previos (Traverso en una coyuntura más amplia que enfatiza el marco cultural e ideológico occidental, Kershaw en un contexto político, social y económico más acotado) que posibilitan la inteligibilidad de un fenómeno que sigue siendo un desafío para la razón. Ambos reconocen la importancia de ese hecho fundante del siglo XX que fue la primera guerra mundial y reconocen cierta particularidad alemana en su conformación como Estado Nación, pero no atribuyen a esta particularidad el abecé de la explicación del nazismo. Ambos autores rechazan los análisis monocausales que solo logran reducir las complejidades de un fenómeno clave e intentan construir explicaciones que, sin banalizar el nazismo, puedan acercarnos a comprender aquello que con tanta justicia puede denominarse “la razón de la sinrazón”.

La llegada de Hitler al poder en Alemania convierte al fascismo en un fenómeno de dimensión europea. Con el avance de la guerra, hacia 1941, se polariza y radicaliza la lucha entre quienes se consideran herederos de la Ilustración (liberalismo y comunismo) y quienes se definen esencialmente como anti iluministas (fascismos). En esta *guerra civil europea* son los/as intelectuales europeos/as que rechazaron el fascismo los/as primeros/as en alinearse dentro de un bando antifascista y encontraron en la guerra civil española una dimensión simbólica de esa causa supranacional que los/as convocaba al combate ideológico y donde lo que estaba en juego era el porvenir de Europa. Es muy ilustrativo al respecto el manifiesto escrito por el Comité de Vigilancia de los/as intelectuales antifascistas, primera agrupación lograda entre comunistas y no comunistas en Francia:

Unidos por encima de toda divergencia, ante el espectáculo de los motines fascistas de París y de la resistencia popular que les ha hecho frente ella sola, declaramos a todos los trabajadores, nuestros camaradas, nuestra decisión de luchar junto a ellos para salvar de una dictadura fascista los derechos y las libertades públicas que el pueblo ha conquistado” (Lottman, 2006, p. 125-126).

La Segunda Guerra Mundial no sólo fue un conflicto infinitamente más destructivo que la primera, también significó la derrota de los fascismos. Tal como señala Hobsbawm (1995, p. 17): “Una de las ironías que nos depara este extraño siglo es que el resultado más perdurable de la

revolución de octubre, cuyo objetivo era acabar con el capitalismo a escala planetaria, fue el haber salvado a su enemigo acérrimo tanto en la guerra como en la paz”. Derrotado Hitler, afloraron las diferencias de los ex aliados dando inicio al enfrentamiento político, ideológico, económico y militar conocido como Guerra Fría. Para el mundo capitalista, el enemigo comunista sustituye al enemigo nazi y ambos se convierten en los rostros totalitarios del siglo XX. No sería adecuado reducir la complejidad del mundo durante el período de entreguerras a los *horrores del totalitarismo* como lo hace una extendida interpretación típica de la Guerra Fría que equipara la experiencia alemana con la soviética. Existe una accidentada relación entre capitalismo y democracia liberal que el discurso hegemónico dominante procura naturalizar:

Hay un cierto anacronismo en la aproximación de aquellos que, tal como François Furet, oponen virtudes bienhechoras de un liberalismo históricamente inocente y políticamente clarividente, verdadera antítesis de los totalitarismos, al antifascismo de los intelectuales. Inspirada por un conformismo retrospectivo y desprovista de toda historización, esta visión es puramente ilusoria (Traverso, 2009, p. 258).

Si el antifascismo fue posible para aquellos que no comulgaban con el comunismo fue precisamente por el contexto de depresión económica internacional, de ascenso del fascismo y de crisis profunda de las instituciones liberales. La guerra civil europea no constituyó un derrape ni un paréntesis en el camino ineluctable hacia la democracia actual. Desestimar esa mirada teleológica nos permite pensar históricamente y, tal como señala Enzo Traverso (2009, p. 11) “restablecer una perspectiva histórica contra el anacronismo hoy fuertemente extendido que proyecta sobre la Europa de entreguerras las categorías de nuestra democracia liberal como si se tratara de normas y valores atemporales”.

Referencias

- Alexiévich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Buenos Aires: Debate.
- Béjar, M. D. (2011). *Historia del siglo XX. Europa, América, África y Oceanía*. Buenos Aires: Siglo XX.
- Béjar, M. D. (2015). *Historia del mundo contemporáneo (1870-2008)*. La Plata: EDULP. Carpetas docentes de Historia del mundo contemporáneo (www.carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar).
- Carr, E. H. (2007). *La revolución rusa. De Lenin a Stalin, 1917- 1929*. Madrid: Alianza.
- Fitzpatrick, S. (2005). *La revolución rusa*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Furet, F. (1996). *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. Madrid: FCE.
- Hobsbawm, E. (1995). *El Siglo XX*, Barcelona: Crítica.
- Junger, E. (2005). *Tormentas de acero*, Editorial Tusquets

- Kershaw I. (2004). *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Bs As: Siglo XXI.
- Lottman, H. (2006). *La Rive gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935-1959*. Barcelona: Tiempo de memoria Tusquets editores.
- Paxton, R. (2005). *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península.
- Procacci, G. (2005). *Historia general del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Prysner, M. (2008). *Discurso como veterano de la guerra de Irak*. Disponible on line <https://www.youtube.com/watch?v=BMLMfULobE4>
- Remarque, E. M. (1929). *Sin novedad en el frente*. Berlín, Propyläen Verlag.
- Resnais, A. (1955) "Noche y niebla".
- Romero, J. L. (1997). *El ciclo de la Revolución contemporánea*. Buenos Aires: FCE.
- Rowlands, L. (1918). *Carta a su esposa desde el frente de batalla*. Citado en *Carpetas docentes de Historia del mundo contemporáneo* (www.carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar)
- Link: <http://carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/carpeta-2/fuentes/la-primera-guerra-mundial-y-la-revolucon-rusa/fuente-3>
- Traverso, E. (2002). *La violencia nazi. Una genealogía europea*. FCE.
- Traverso, E. (2009.) *A sangre y fuego. De la guerra civil europea 1914- 1945*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Zweig, S. (2001). *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona: El Acantilado.

CAPÍTULO 7

El mundo de posguerra (1945-1991): ¿guerra fría, tibia o caliente?

María Delicia Zurita

¿A qué llamamos *Guerra Fría*?

A mediados del siglo XX, tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, la *multipolaridad* geopolítica, es decir, la competencia entre varios países por la hegemonía regional y mundial, dio paso a un nuevo orden global caracterizado por la *bipolaridad*: un período caracterizado por el enfrentamiento entre dos regímenes políticos, económicos, culturales e ideológicos contrapuestos, liderados por Estados Unidos y la Unión Soviética respectivamente, que se embarcaron en una competencia hegemónica sin precedentes mediante la producción de armamentos, la carrera espacial y el desarrollo científico y tecnológico. Popularizado con el apelativo *Guerra Fría*, se trató de un enfrentamiento de alcance global, que atravesó etapas de mayor o menor tensión, y que incluyó guerras calientes entre naciones, guerras civiles, golpes de Estados, y el despliegue tanto de la violencia estatal contrarrevolucionaria bajo la doctrina de guerra contrainsurgente como de la violencia estatal estalinista frente a los levantamientos populares en los países del Bloque del Este. La contienda se extendió por más de cuatro décadas. Si existe debate sobre su comienzo (se ha afirmado, por ejemplo, que la *Guerra Fría* comenzó de hecho con las bombas atómicas arrojadas por Estados Unidos sobre Japón en 1945), hay coincidencia en que su final estuvo marcado por la caída del Muro de Berlín en 1989 y el desmembramiento de la Unión Soviética en 1991. La particularidad de la *Guerra Fría* residió en que sus protagonistas no entraron abiertamente en pugna en el campo de batalla, en una guerra convencional o *caliente*, sino que el enfrentamiento se desarrolló en territorios periféricos del denominado *Tercer Mundo*.

El término *Guerra Fría* fue utilizado por primera vez en el Siglo XVI por el regente Don Juan Manuel para describir el conflicto que se estaba produciendo en la Península Ibérica entre católicos y musulmanes. Sin embargo, se popularizó en 1947 cuando los norteamericanos, Bernard Baruch y Walter Lippmann, comenzaron a utilizarlo para describir al escenario mundial que surgía luego de la segunda posguerra (Simonoff, 2021, p. 23).

Lo cierto es que, a lo largo de estas décadas, ambas potencias mantuvieron una retórica apocalíptica que contribuyó al establecimiento de una creencia generalizada –sobre todo en los cincuenta y sesenta–: *que el mundo estaba en la antesala de una nueva guerra mundial de características nucleares*. Sin embargo, según Hobsbawm (1998, p. 234), “objetivamente hablando,

no había ningún peligro inminente de guerra mundial”. Fred Halliday (1993), a quien seguiremos de cerca a lo largo de todo el capítulo, asoció esta retórica apocalíptica a lo que denominó el carácter inter-sistémico de la *Guerra Fría*; un enfrentamiento, ya no sólo entre dos Estados, sino entre dos sistemas que luchaban por obtener la *hegemonía mundial*. Uno, liderado por Estados Unidos asentado sobre las relaciones sociales de producción capitalistas; el otro, liderado por la Unión Soviética, asentado sobre la propiedad estatal de los medios de producción y la planificación burocrática y centralizada.

La Guerra Fría y sus interpretaciones historiográficas

Durante décadas los historiadores han discutido sobre la *génesis* de la *Guerra Fría*. Aquí presentaremos dos explicaciones que tienen puntos de partida divergentes. La primera es la lectura de Ronald Powaski quien pone el acento en la responsabilidad de las superpotencias en la construcción de un mundo *bipolar*. Para algunos, los exponentes de la interpretación ortodoxa (Aron, 1974; Gaddis, 1989), la Unión Soviética fue la principal responsable debido a su accionar en Europa Oriental durante 1945, y al cambio de estrategia del comunismo internacional, lo que obligó a Estados Unidos a disponerse a contener “la expansión de un estado comunista agresivo que ambicionaba por encima de todo derribar el capitalismo, la democracia y otros aspectos de la cultura occidental” (Powaski, 1997, p. 10). Para otros, los revisionistas (Williams, 1952), Estados Unidos fue el culpable al “fomentar la expansión del capitalismo asegurándose el acceso ilimitado a los mercados y recursos del mundo y resuelto a aplastar a los movimientos revolucionarios que amenacen sus intereses” (Powaski, 1997, p. 10). En los últimos años ha surgido una nueva interpretación *posrevisionista* de la *génesis* de la bipolaridad, la cual involucra a ambas potencias como las causantes del conflicto en una especie de suma cero por el que “la actuación de ambos bandos implicó reacciones hostiles en el otro bando y que esto creó una especie de ciclo acción - reacción en el cual el nivel de animosidad se elevaba periódicamente” (Powaski, 1997, p. 10).¹⁶

La segunda es la de Fred Halliday (1993) ya mencionada, que, ofrece, además, un sumario de interpretaciones alternativas a la suya. Por ejemplo, para quienes pensaron el enfrentamiento internacional desde los parámetros de la escuela *realista*¹⁷, la *Guerra Fría* fue inevitable, ya que constituyó una nueva versión del conflicto tradicional que ha existido entre las grandes potencias a lo largo de la historia, y base explicativa, a su vez, del equilibrio de poder existente durante el período. La escuela liberal, en cambio, consideró que la *Guerra Fría* era evitable, que una mejor

¹⁶ Si bien la clasificación propuesta es de Powaski, la nómina de autores citados es de la autora de este capítulo.

¹⁷ Para los *realistas* el sistema internacional está compuesto por numerosas fuerzas. La mayoría de ellas son inmodificables. En sus estudios ponen un mayor énfasis en el poder militar como instrumento de mantenimiento de la paz. Consideran que el principal mecanismo para la regulación de conflictos es el equilibrio de poder entre diferentes estados. De esta manera, la *Guerra Fría* es percibida como un equilibrio entre *dos grandes potencias*.

comunicación en el período que siguió a 1945, o en los últimos años setenta, pudo haber evitado tanto la *primera como la segunda Guerra Fría* (etapas que explicaremos luego) y que la contienda fue el producto de “errores políticos, de las oportunidades perdidas y de las percepciones erróneas por parte de ambos bandos” (Halliday, 1993, p. 79). En un tercer grupo, Halliday ubica a los pensadores de izquierda, quienes sostuvieron que la rivalidad geopolítica fue, en realidad, el producto de factores internos, tanto políticos como económicos, que propiciaron la competencia entre Estados Unidos y la URSS. Desde esta mirada, lo que prima es el beneficio interno que obtenían de este enfrentamiento ambos bloques para sostener la unidad y el dominio en sus propias áreas de influencia. Este argumento distribuye la responsabilidad entre EE.UU. y la URSS, considerando a la propia *Guerra Fría* como un *sistema* en sí mismo, más que como el fruto de una rivalidad entre dos sistemas distintos¹⁸. Halliday, en cambio, caracteriza la singularidad de la bipolaridad en su naturaleza *inter-sistémica*; una rivalidad de dos sistemas sociales, económicos y políticos distintos, que procuraban la hegemonía a escala mundial, y, por lo tanto, negaban la legitimidad del contrario (Halliday, 1993).

¿Cuándo comenzó la *Guerra Fría*?

Unos meses después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, en febrero de 1946, George Kennan experto de asuntos soviéticos del Departamento de Estado Norteamericano envió a Washington un documento en el que señalaba las intenciones expansionistas de la Unión Soviética y sugería que su influencia debía ser “contenida” en las áreas de importancia estratégica para Estados Unidos. Este informe fue publicado un año después con la firma de un seudónimo en la revista de relaciones internacionales *Foreign Affairs*:

A la luz de lo anterior, se verá claramente que la presión soviética contra las instituciones libres del mundo occidental es algo que puede contenerse a través de la adecuada y vigilante aplicación de una contrafuerza en una serie de puntos geográficos y políticos en constante cambio, correlativos a los cambios y maniobras de la política soviética, pero a los cuales no se puede negar o prescindir de ellos. Los rusos esperan un duelo de infinita duración y ven que ya han cosechado grandes éxitos (Kennan, 1991, p. 139).

Poco después de que la política de contención hacia el comunismo se convirtiera en la principal medida de política exterior de la administración del presidente Harry Truman, Kennan llegó a la conclusión de que debían iniciarse conversaciones con la URSS. Sin embargo, el gobierno de Truman no dio marcha atrás; por el contrario, profundizó su política anticomunista. Como

¹⁸ En este grupo Halliday menciona a E.P. Thompson, Mary Kaldor, Michael Cox, Noam Chomsky y André Gunder Frank.

consecuencia, Kennan se alejó del Departamento de Estado norteamericano en 1950 dedicándose en adelante a la vida académica.

Por esos años, la rivalidad entre las superpotencias se dirimió en el reparto del territorio europeo. En marzo de 1947, los norteamericanos proclamaron la Doctrina Truman que señalaba que Estados Unidos tenía que apoyar a *los pueblos libres* que se resistían a ser subyugados por minorías armadas o por presiones exteriores (Hobsbawm, 1998). Una de las primeras acciones en este sentido fue la organización de fuerzas *anticomunistas* en Grecia y Turquía.

Como parte del proceso de consolidación de los bloques se crearon programas de ayuda económica y alianzas militares de carácter multilateral.

Una de las bases sobre las que se asentó el bloque occidental fue el Plan Marshall, programa de ayuda económica de EE.UU. a los países europeos que habían quedado devastados tras la Segunda Guerra Mundial. La finalidad principal de este plan fue detener el avance soviético debilitando a los partidos comunistas de Europa Occidental. Para ello era necesario estabilizar las economías europeas. También buscaba rescatar a las empresas de bandera norteamericana que tenían sede en el viejo continente.

Por su parte, del lado soviético se creó la COMECON o CAME (Consejo de Ayuda Económica Mutua) el cual fue un sistema de integración económica con el objetivo de coordinar las políticas de planificación y de asistencia técnica mutua con los países del Bloque del Este.¹⁹

Mientras que, en lo atinente a las alianzas militares multilaterales, en el Bloque Occidental se conformó el Tratado del Atlántico Norte (OTAN) por la cual los países firmantes, de Europa y de América del Norte, convenían que ante un ataque armado a uno o a varios de sus integrantes, se consideraría como un ataque dirigido contra todos ellos.²⁰

Como contrapartida de la OTAN, en 1955 los soviéticos firmaron la alianza militar del Bloque Comunista, popularmente conocido como Pacto de Varsovia.²¹

¿En qué consistió la singularidad de la *Guerra Fría*?

Más allá de las implicancias en la política exterior, que se abordarán más adelante en este capítulo, en algunos países, principalmente en los que estaban bajo la influencia directa de ambos bloques, la *Guerra Fría* fue una cuestión clave de la política doméstica. Así, en el caso de los países del Bloque del Este, Moscú se ocupó de coartar cualquier camino alternativo al modelo

¹⁹ Lo firmaron en 1949 la URSS, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumania, Albania y la República Democrática Alemana. Más tarde se sumaron Mongolia y Cuba, en tanto Albania se retiró de la organización.

²⁰ Se formó en 1949, y los países integrantes en ese momento fueron: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Canadá, Italia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Portugal, Noruega, Dinamarca e Islandia. Más tarde se incorporaron Grecia y Turquía en 1952, la República Federal Alemana (Alemania Occidental) y España en 1981.

²¹ Estaba conformada por la URSS y los países de Europa Oriental excepto Yugoslavia. Albania abandonó la alianza en 1968.

de la URSS, interviniendo directamente con sus ejércitos en los casos en los que se produjeron revueltas populares –Polonia (1956), Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968)–.

Estados Unidos, también asumió una postura intransigente con relación a quienes disientían con las decisiones de Washington. En los primeros años de la contienda, en el plano interno cobró notoriedad la persecución de activistas, intelectuales y artistas *progresistas*, tildados de comunistas, impulsada por el senador Josep McCarthy.

Otro elemento que imprimió singularidad a la *Guerra Fría* lo constituyó el protagonismo de los servicios de inteligencia que desarrollaron ambas potencias: la KGB (Comité de Seguridad del Estado) en la Unión Soviética y la CIA (Agencia Central de Inteligencia) en Estado Unidos. Ambas instituciones utilizaban el espionaje tanto en el ámbito interno, como en el externo para, por un lado, conseguir información y, por otro lado, divulgar noticias falsas. Este aspecto de la *Guerra Fría* es, quizás, el más conocido a nivel mundial debido a que fue reflejado en innumerables películas de propaganda por la industria del cine de Hollywood destinadas a mostrarle al mundo quienes eran los enemigos de la libertad (Burke, 2005).

Como sostuvo Paul Kennedy (1990, p. 594) una característica propia de la *Guerra Fría* fue

(...) su continua escalada lateral desde Europa hacia el resto del mundo. Por consiguiente, era sumamente improbable que las disputas de Rusia con Occidente sobre problemas europeos quedasen geográficamente limitados a este continente, especialmente porque los principios que se discutían eran de universal aplicación: autogobierno contra seguridad nacional, liberalismo económico contra planificación socialista, etc. Más importante aún, la propia guerra había causado un enorme grado de turbulencia por la situación mundial de 1945.

Sin dudas, la característica *más visible* de la bipolaridad fue el desarrollo de la carrera armamentista. Una vez más, la retórica apocalíptica produjo un estado de alarma permanente que legitimó la escalada exponencial del comercio de armamentos.

También las potencias compitieron por el control del espacio en la llamada carrera espacial. Esto se reflejó en el envío de la perra Laika al espacio (URSS), la llegada de los seres humanos a la luna (EE.UU.) y al diseño, ya en los últimos años de la *Guerra Fría* de la SDI (*Iniciativa de Defensa Estratégica*) más conocida como *guerra de las galaxias* (Bruce Franklin, 2010). La SDI propuso el desarrollo de un escudo de defensa antimisiles para defender a Estados Unidos de un potencial ataque soviético con misiles balísticos intercontinentales. Si bien no se llevó a cabo fue muy útil como propaganda de la política exterior estadounidense tanto dentro como fuera de sus fronteras. Por un lado, porque operó en la mentalidad del ciudadano medio norteamericano que había vivido con angustia los días de Vietnam y con la concreción de tal proyecto faraónico, se trataba de devolverle el estatus de ser el ciudadano de la *mayor potencia del mundo*. Por otro, porque Estados Unidos buscaba mostrarle al planeta que su poder no tenía límites.

¿Guerra fría, tibia o caliente?

Desde el plano de las relaciones internacionales la contienda puede situarse en torno a dos ejes: a) horizontal, definido por el orden bipolar que se manifestó en el desafío competitivo de Estados Unidos y la Unión Soviética y el control de sus respectivas áreas de influencia; b) perpendicular, definido por el proceso de descolonización y la reubicación en el orden mundial de las nuevas naciones emergentes. El entrecruzamiento entre ambos ejes da origen al conflicto norte-sur en el cual se desarrollarán los escenarios *calientes* de la Guerra Fría (Buchru-cker et. al., 2001).

Por lo tanto, este capítulo cuestiona, entonces, el alcance de la noción de *Guerra Fría* en la periferia capitalista. Para ello, ofrece un análisis de la reconfiguración del escenario internacional que se expresó en la consolidación de un Bloque Occidental capitalista o Primer Mundo (cuyo núcleo estaba compuesto por las economías desarrolladas de Estados Unidos, Canadá, Australia y Europa Occidental); el grupo de países que se encontraba dentro de la órbita de la Unión Soviética y que conformaban el Segundo Mundo; y aquellos países de Asia, África y América Latina que integraban el heterogéneo Tercer Mundo, y que constituyeron, como se mencionó con anterioridad, el escenario principal de los enfrentamientos calientes.

Afirma Halliday (1993, p.98):

(...) mientras que Europa, ha estado, en su mayor parte en paz desde 1945, en el Tercer Mundo se han desencadenado más de 140 conflictos de carácter anticolonial, interestatal, de clases y étnicos. Aparte de Trieste y Berlín, las mayores crisis Este-Oeste han surgido en el Tercer Mundo: empezando con Azerbayán en 1946, pasando por China, Corea, Indochina, Suez, el Congo y Cuba, hasta los conflictos regionales de los ochenta.

Etapas de la Guerra Fría

Se pueden distinguir distintas etapas dentro de la Guerra Fría según los momentos de mayor o menor tensión atravesados por las potencias, a causa de los conflictos que tuvieron lugar en sus respectivas áreas de influencia.

Hubo dos momentos álgidos que se conocen con el nombre de *primera y segunda Guerra Fría*, los cuales son claramente identificados por los historiadores. En cambio, pueden encontrarse diversos matices en los criterios utilizados para definir al período de tiempo que transcurre entre ambas etapas.

En este capítulo se sigue la clasificación de Halliday (1993), quien divide en dos momentos más (antagonismo oscilatorio y distensión) a los años que separan *la primera de la segunda Guerra Fría*.

La Primera Guerra Fría: (1947-53)

La *primera Guerra Fría* se extendió entre 1947 –con la formulación de la Doctrina Truman– y finalizó con la muerte de Joseph Stalin en 1953 –máximo líder y secretario general del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) desde mediados de la década de 1920–.

En primer lugar, se debe tener en cuenta la división de dos países como Alemania y Corea, lo que marco claramente el comienzo de la bipolaridad.

Según los acuerdos de Yalta y Potsdam, Berlín debía ser ocupada militarmente y dividida en cuatro zonas regidas por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética.²² Hacia 1947, los británicos, los estadounidenses y los franceses establecieron un sistema monetario común, diferente al de la zona soviética. Como repuesta los soviéticos bloquearon la ciudad de Berlín entre el 24 de junio de 1948 y el 12 de mayo de 1949, lo que derivó en la división de Alemania en dos Estados: República Federal Alemana (RFA) –también conocida como Alemania Occidental– y República Democrática Alemana (RDA) –o Alemania Oriental–. La primera se regía bajo el sistema capitalista y la segunda bajo la lógica de la planificación económica estatal de estilo soviético.

Por su parte, luego de la ocupación japonesa al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Corea quedó dividida en dos zonas separadas a la altura del paralelo 38°. El norte quedó bajo la influencia comunista de la Unión Soviética y el sur bajo la influencia capitalista de Estados Unidos. En 1950, Corea del Norte quiso liberar al sur del dominio estadounidense cruzando la frontera e invadió el sur, conflicto que se extendió hasta 1953 cuando se produjo el cese del conflicto bélico –aunque hasta el día de hoy no se firmó ningún tratado de paz–.

Durante esta etapa, ni el este, ni el oeste, pudieron afirmar su dominio, debido a la paridad de fuerzas existentes. Los principales conflictos que se desarrollaron fueron: las guerras civiles en Grecia y China –que en el caso del gigante asiático finalizó con la revolución comunista de 1949–, la intención estadounidense de garantizar la seguridad en Turquía debido a la presencia militar de la Unión Soviética, la toma del gobierno por parte de los comunistas en Checoslovaquia en 1948, las divisiones de Alemania y de Corea ya mencionadas, e Indochina (1946-54). Si bien al comienzo los conflictos se desataron en el continente europeo, luego se trasladaron al Lejano Oriente con el ascenso del régimen comunista de Mao Tse Tung en China.

²² En la Conferencia de Yalta celebrada en febrero de 1945, las máximas autoridades de la Unión Soviética, el Reino Unido y Estados Unidos (Joseph Stalin, Winston Churchill y Franklin Roosevelt) acordaron entre otras cosas la división de Alemania en cuatro zonas. Mientras que entre julio y agosto de 1945 se celebró la Conferencia de Potsdam de la que participaron la Unión Soviética, el Reino Unido y Estados Unidos, oportunidad en la que se reafirmó lo establecido en Yalta con relación a la partición de Alemania en cuatro zonas.

Antagonismo Oscilatorio (1953-69)

La segunda etapa ha sido caracterizada como un período de confrontación estática, también denominado de coexistencia pacífica, que Halliday denominó “antagonismo oscilatorio” (1953-1969).

Un factor que influyó en este viraje en la relación Este-Oeste fue sin dudas el cambio de liderazgo político, ya que con la muerte de Stalin en la URSS asumió Nikita Krushev,²³ mientras que en EE.UU. se produjo el reemplazo del presidente Truman por Dwight Eisenhower.

En esta etapa se hicieron intentos para lograr acuerdos entre las partes y eliminar algunas de las tensiones internas presentes en cada campo. Dichos intentos resultaron fallidos debido al impacto que produjeron otras fuerzas en el conflicto Este-Oeste. Se distinguen en el período, el final de la guerra entre las dos Coreas, los acuerdos de Ginebra por los que se restableció la paz en Indochina (1954), la visita de Krushev a Tito (1955)²⁴ que marcó el cese de las disidencias entre la Unión Soviética y Yugoslavia, y la invasión de Egipto (1956) por una alianza compuesta por ingleses, franceses e israelíes en la guerra del Sinaí –o guerra de Suez.

Ambas potencias utilizaron la fuerza ante el surgimiento de movimientos o gobiernos que consideraban amenazas para sus respectivas áreas de influencia. Mientras que la Unión Soviética puso fin a huelgas obreras en Berlín (1953) y a un levantamiento popular en Hungría (1956), Estados Unidos apoyó golpes de Estado para derrocar a gobiernos democráticos acusados de comunistas, como los encabezados en Irán por el primer ministro Mohamed Mossadegh (1953) y en Guatemala por el presidente Jacobo Arbenz (1954), financió la reorganización del ejército en Bolivia, hecho clave para la realización del golpe de Estado (1964), y apoyó a la dictadura de Rafael Trujillo en República Dominicana.

En el medio de estos sucesos, el avance de la carrera armamentista generó un estado de alarma a nivel mundial. En 1955, se reunieron en Bandung (Indonesia) los líderes de 29 países asiáticos, árabes y africanos, recientemente independizados la mayoría, con la finalidad de evaluar el escenario internacional y desarrollar políticas en conjunto en el marco de la *Guerra Fría*.²⁵ Esta Conferencia constituye el antecedente directo de la creación del

²³ En el año 1956, en la celebración del XX Congreso del PCUS (Partido Comunista de la URSS) Nikita Krushev dio a conocer un discurso “secreto” ya que fue pronunciado en una sesión cerrada del Congreso y fue excluido de los informes y resoluciones oficiales. Sin embargo, “se distribuyeron copias a las dirigencias regionales del PCUS y a algunos gobiernos extranjeros”. En dicho documento, Krushev reveló los crímenes realizados durante el *estalinismo* y con este hecho dio comienzo al proceso de *desestalinización* (proceso de liberación de las políticas conservadoras que regían hasta el momento). Al interior de la URSS, esto generó expectativa en los países de Europa Oriental, sin embargo, para otros que buscaban estructuras de gobierno más conservadoras, resultó una amenaza ya que pensaban que estas medidas podían poner en riesgo al sistema comunista. Finalmente, en 1964, Krushev fue reemplazado por Leónidas Breznev quien delineó políticas de tinte, nuevamente, más conservador. (www.marxists.org/espanol/khrushchev/1956/febrero25.htm).

²⁴ Josip Broz (Tito) fue el presidente de la República Federal Socialista de Yugoslavia desde 1953 hasta su muerte en 1980.

²⁵ “Junto al anfitrión indonesio Sukarno, estuvieron los presidentes de la India y Egipto, Jawaharlal Nehru y Gamal A. Nasser, y el primer ministro chino Chou en Lai (... quienes destacaron que a pesar de seguir ideologías y sistemas sociales diferentes eso no debía ser un obstáculo para encontrar puntos en común...). Terminada la Segunda Guerra

Movimiento de Países No Alineados (1961), agrupación de Estados preocupados por el desarrollo de la carrera armamentista, que se manifestó neutral frente a la bipolaridad planteada por Estados Unidos y la Unión Soviética.

La década del sesenta comenzó con varias crisis. En Berlín (1961), la Unión Soviética exigió la retirada de las fuerzas armadas occidentales del sector occidental. En ese momento, se estaba produciendo una numerosa migración desde la República Democrática Alemana, es decir, Alemania Oriental, hacia Occidente a través de la ciudad de Berlín. La consecuencia de esta crisis fue la construcción del muro que dividió a la ciudad en dos partes, una perteneciente a Alemania Oriental y otra a Alemania Occidental.²⁶

En Laos (1961) el conflicto se desató cuando las tres facciones enfrentadas para llegar al gobierno no se pusieron de acuerdo para formar un gobierno de coalición el cual, finalmente, se concretó al año siguiente. Sin embargo, dicho gobierno duró poco debido a que los hechos que se precipitaron en Vietnam, el país vecino, generaron fisuras en la coalición.²⁷

En Cuba (1962) se produjo *la crisis de los misiles* por la instalación en tierra cubana de 42 cohetes soviéticos de mediano alcance, lo que puso al mundo al borde de una guerra nuclear e intensificó el bloqueo marítimo de Estados Unidos a la isla, implementado a principios de año por el presidente John F. Kennedy. Luego de varios días de negociaciones, Kruschev, principal dirigente soviético, decidió retirar los misiles a cambio de la promesa norteamericana de no invadir Cuba.²⁸

Desde su independencia en 1954, Vietnam se dividió en dos: Vietnam del Norte, cuyo gobierno era comunista; y Vietnam del Sur, cuyo gobierno autoritario contaba con el apoyo de Estados Unidos y Francia. En contraposición, surgió el Frente de Liberación Nacional (FLN), conocido como *Vietcong* que empezó a recibir ayuda del gobierno de Vietnam del Norte, de la Unión Soviética y de China. Vietnam del Sur continuó recibiendo ayuda de Estados Unidos, que en 1965 envió a sus marines.²⁹ Tres años después, las presiones internas ante el reclamo de parte de la sociedad estadounidense por la paz, el creciente rechazo al reclutamiento entre los jóvenes soldados y los reveses militares, llevaron a Estados Unidos a iniciar las negociaciones de paz. Frustradas una y otra vez, Estados Unidos retiró finalmente sus tropas en 1973. La unificación

Mundial, en Asia y África surgieron muchos países independientes (...que se establecieron tras liberarse del colonialismo)" (Béjar, 2011, p.180).

²⁶ El muro tuvo una extensión de 1382 km y se extendió desde el mar Báltico hasta Checoslovaquia. Existió casi por tres décadas cuando el 9 de noviembre de 1989, en el marco de la caída de la Unión Soviética se derribó y se abrieron las fronteras que llevaron a la unificación de Alemania.

²⁷ Cabe destacar que luego de la derrota de su ejército colonial en 1954, Francia reconoció la independencia de sus colonias en Indochina, que se dividió en tres Estados: Laos, Camboya y Vietnam.

²⁸ En 1959, se produjo en Cuba una revolución nacionalista que rápidamente tomó la vía del socialismo. La misma puso fin a la dictadura de Fulgencio Batista, quien tenía un vínculo muy cercano con Estados Unidos. La revolución constituyó un punto de inflexión en la historia de América Latina, ya que implicó un cambio profundo de la situación en la que se encontraba Cuba antes de la Revolución. Desde su concreción fue un ejemplo a seguir para las izquierdas latinoamericanas que apostaban por terminar con la pobreza, las desigualdades sociales y la dependencia económica.

²⁹ Australia, Corea del Sur, Nueva Zelanda y Tailandia enviaron tropas, mientras que Alemania, Reino Unido, Suiza y Marruecos suministraron materiales y equipamiento médico.

de Vietnam condujo a la proclamación de la República Socialista de Vietnam. La derrota significó para Estados Unidos un fuerte golpe para su liderazgo.

Por esos años también se produjo la invasión estadounidense a la República Dominicana, la tercera guerra árabe-israelí de 1967 y la invasión un año después de Chechenia por las fuerzas del Pacto de Varsovia.

Respecto de las etapas de negociación se destacaron entre otras la cumbre de Ginebra de los líderes soviéticos y occidentales en 1955, la visita de Krushev a los Estados Unidos en 1959, el posterior “fracaso” de la cumbre de París y el Tratado de Prohibición de Pruebas Atómicas de 1963.³⁰

La Distensión (1969-79)

En 1969, con la llegada de Nixon a la presidencia de EE.UU. comenzó el período de *distensión*, caracterizado por la presencia de una negociación sostenida. Durante el mismo, las tensiones no revistieron mayor importancia y se produjo un relajamiento de la puja Este-Oeste. Si bien hubo momentos álgidos como la guerra árabe-israelí (1973) y la crisis de Angola (1975), estos no perjudicaron las negociaciones entre ambos bloques, como sí había ocurrido en la etapa previa.

En este nuevo contexto, se produjo un aumento del comercio entre el Este y el Oeste y se dio el marco para la firma del acuerdo SALT-I en 1972, por el que ambas potencias se comprometieron a disminuir la utilización de misiles antibalísticos. A su vez, en la Conferencia de Helsinki en 1975, de la que participaron 35 países europeos, se dictaminó entre otras medidas, la inviolabilidad de las fronteras nacionales y el respeto para la integridad territorial, reconociendo los territorios que la URSS tenía en el Este de Europa, tras la Segunda Guerra Mundial.

Como resultado, hubo una marcada reducción de la carrera armamentista y una tendencia a la tolerancia mutua. La distensión fue, en resumidas cuentas, un momento en donde hubo acuerdos sobre armamentos, y sobre cómo resolver los conflictos que emergían en el Tercer Mundo y el territorio europeo.

La acumulación de tensiones provocada por el ascenso de la *nueva derecha*, en los países del Primer Mundo, fue lo que al final de la década de los setenta acabó con la distensión y dio comienzo a un nuevo *calentamiento* del conflicto.

Fueron varios los intelectuales que sentaron las bases teóricas de los gobiernos *neoconservadores* de la nueva derecha. Uno de ellos fue Albert Wohlstetter, contrario a la política de

³⁰ El presidente Eisenhower (EE.UU.) y el primer ministro Krushchev (URSS) mantuvieron dos reuniones. La primera fue en Los Ángeles, en donde hicieron un llamamiento a una “paz justa y duradera”. La segunda fue en París en 1960, donde la relación entre ambos líderes se derrumbó a raíz de un hecho que había ocurrido 15 días antes, cuando los soviéticos derribaron un avión espía estadounidense U-2 sobre Rusia y capturaron al piloto. EE.UU. intentó justificar que era un avión de estudios meteorológicos, argumento que no creyeron los soviéticos lo que enfrió nuevamente las relaciones entre ambas potencias.

disuasión llevada a cabo por el secretario de Estado norteamericano entre 1973 y 1977, Henry Kissinger. Por el contrario, “sus lineamientos en política exterior norteamericana estuvieron marcados por dos cuestiones principales: la disuasión ampliada y la proliferación nuclear” (Simonoff, 2021, p. 65).

Este recrudecimiento en las relaciones entre EE.UU. y la URSS se denominó la *Segunda Guerra Fría* y se extendió desde 1979 hasta el final de esta. De acuerdo con los principios del pensamiento neoconservador, esta etapa estuvo signada nuevamente por la tendencia a considerar a la URSS como un enemigo y una amenaza para toda la humanidad.

Para explicar la *segunda Guerra Fría*, la literatura especializada recurre a la comparación con la *primera Guerra Fría*. En la nueva etapa se abandonó completamente la negociación y las discusiones acerca del control de armamentos. La amenaza ya no era el comunismo en sí, sino la Unión Soviética como tal.

Cuando Ronald Reagan asumió la presidencia de Estados Unidos en 1981 planteó el objetivo de estar un paso delante de la Unión Soviética. Así lo manifestó en su plataforma electoral: “Mantendremos un gasto sostenido en Defensa suficiente para salvar la distancia con los soviéticos, y lograremos finalmente la posición de superioridad militar que el pueblo estadounidense exige...” (Halliday, 1989, p. 51). Estados Unidos procuraba obtener mediante la supremacía militar, mayores márgenes de maniobra en las negociaciones, principalmente en el denominado Tercer Mundo. Es por ello, que una de las principales características de la Segunda Guerra Fría fue el aumento de armamentos y de la militarización hecho que está relacionado con la voluntad política de los mandatarios de utilizar las armas para mostrar su superioridad.

Sin embargo, uno de los contrastes más notorios entre las dos etapas lo constituyó una nueva perspectiva en la cual el Tercer Mundo reemplazó definitivamente a Europa como escenario principal de los conflictos entre Estados Unidos y la URSS.

La Descolonización

La *Guerra Fría* coexistió con otro proceso clave en la segunda mitad del siglo XX, la descolonización. Se puede pensar que esta última fue condicionada por la lógica Este-Oeste propia de la bipolaridad. En este análisis partimos de la idea de que

(...) el involucramiento de las dos superpotencias no necesariamente respondería al esquema Este-Oeste. La descolonización respondió a otra lógica que tuvo lugar en la posguerra, la lógica Norte-Sur, por la cual las antiguas potencias imperiales (Francia e Inglaterra, principalmente) no pudieron mantener sus colonias y estas pérdidas generaron cierto vacío que intensificó la lucha de las cabezas de bloque (Simonoff, 2021, p. 27).

En la descolonización también se pueden observar diferencias en el modo en el que EE.UU. y la URSS abordaron el fenómeno. Mientras que los soviéticos apoyaron los movimientos de

liberación, los norteamericanos hicieron lo propio con las antiguas potencias coloniales que eran sus aliados en la OTAN (Simonoff, 2021, p. 27).

En los años cincuenta se produjeron revoluciones en Extremo Oriente, China, Corea e Indochina. También fueron reprimidos movimientos revolucionarios en Filipinas, Malasia e Indonesia. A fines de la década y principios de los sesenta se produjo una segunda oleada de revoluciones en Latinoamérica, Oriente Medio y África. La Revolución Cubana y la independencia de Argelia fueron dos exponentes de este período. La primera estimuló a los movimientos guerrilleros de América Latina; y la creación del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur en diciembre de 1960 marcó el comienzo de lo que luego sería la guerra de Vietnam.

Por esos años, Estados Unidos no se había quedado de brazos cruzados y frente a la *amenaza comunista* en Latinoamérica lanzó la Alianza para el Progreso, aunque sin mayores éxitos.³¹ Tiempo después, en 1965, fue derrotado un intento de ascenso de la izquierda en República Dominicana, mientras que en 1970 la Unidad Popular llegaba al poder en Chile a través de las urnas con un programa que se presentaba como una transición al socialismo. Esta experiencia duró tres años; en 1973, el gobierno de Salvador Allende fue derrocado por las Fuerzas Armadas bajo el mando del dictador Augusto Pinochet. El resto de los países del Cono Sur no fueron ajenos a la coyuntura. Argentina, Brasil y Uruguay terminaron gobernados por gobiernos militares apoyados por Estados Unidos, que enarbolaban la Doctrina de Seguridad Nacional, por la cual las fuerzas armadas de los países latinoamericanos se involucraron en la represión del enemigo interior para *garantizar el orden* frente al presunto avance del comunismo.

En Yemen del Sur, Somalia, Libia y el Congo-Brazzaville llegaron al poder en 1969 gobiernos con agendas de reformas radicales. Sin embargo, años después, sólo en Yemen se verificaba un proceso de revolución social en ascenso. El resto de los gobiernos no habían logrado ningún impacto significativo.

La segunda oleada revolucionaria había sido contenida en el Tercer Mundo, esto significó un alivio para Estados Unidos, pero no por mucho tiempo. Un informe del Congreso estadounidense confirmaba esta estabilidad a mediados de los años setenta al decir que

(...) los Estados Unidos se enfrentan a un mundo políticamente multipolar y económicamente interdependiente que, excepto Sudáfrica (...) que atravesaba conflictos internos producto de la política de segregación racial conocida como Apartheid³² (...) ha llegado a estar notablemente estabilizado. Por supuesto,

³¹ La Alianza para el Progreso consistió en un programa de ayuda económica lanzado por Estados Unidos para los países de Latinoamérica a principios de los años sesenta. Fue implementado por la administración Kennedy y su objetivo principal era socavar la amenaza que para el país del norte constituía el avance de las ideas socialistas que habían triunfado en la región en 1959 con la Revolución Cubana.

³² El Apartheid se llevó a cabo entre 1948 y 1992 en Sudáfrica y consistió en la ejecución de un sistema racista y segregacionista por el cual los blancos descendientes de los antiguos colonizadores europeos tenían privilegios políticos, económicos y sociales sobre la población local negra.

esta creencia fue uno de los fundamentos de la distensión. Pero en 1974, el embalse había reventado (Halliday, 1989, p.89).

La tranquilidad estadounidense finalizó abruptamente con el resultado negativo de la Guerra de Vietnam (1973) que fue un revés en su política exterior y con el inicio de la revolución en Etiopía en 1974 que tres años después condujo a la ruptura con Estados Unidos. Como contrapartida el país africano tenía el apoyo de Cuba y la Unión Soviética. Esta última, bajo la administración de Brezhnev estaba logrando muchos avances en relación con la cantidad de armamentos y había llegado a alcanzar el nivel estadounidense en este campo.

Junto con la revolución etíope, en seis países africanos, cinco de ellos colonias portuguesas, subieron al poder grupos guerrilleros.³³ También se incrementó la oposición en Namibia y en Gambia hubo un intento de golpe revolucionario fallido en 1981.

La derrota militar estadounidense en Vietnam, Laos y Camboya en 1975 echó por tierra el intento de la política exterior de Nixon-Kissinger de realizar acuerdos diplomáticos con Moscú y Pekín. Por consiguiente, Reagan dio un giro de 180° y volvió a la belicosidad que dio comienzo a la Segunda Guerra Fría en los años ochenta.

La crisis en Afganistán precipitada por la llegada de los comunistas al poder llevó a una intervención soviética en la región. Sumado a esto, se produjo la “crisis de los rehenes” (conflicto que se inició cuando el 4 de noviembre de 1979, un grupo de estudiantes islamistas radicales irrumpió en la embajada estadounidense de *Teherán*).³⁴ Otra situación de similares características había ocurrido en 1968 cuando Corea del Norte secuestró a un avión espía estadounidense y mantuvo en cautiverio a las 83 personas de su tripulación durante un año. Estas circunstancias tuvieron enormes implicancias en la coyuntura de la *Guerra Fría*, donde cada incidente internacional potenciaba en enfrentamiento entre ambas potencias.

Como lo indica Halliday, cuatro regiones del Tercer Mundo habían tenido focos revolucionarios a los que Estados Unidos había tenido que prestar atención, el cuerno y el sur de África, Indochina y Asia Central. A fines de los setenta se va a sumar otra región a la lista: Centroamérica. Si bien, los numerosos gobiernos de facto del Cono Sur respondían a las coordenadas de Occidente, en 1979 tuvo lugar la Revolución Sandinista en Nicaragua y la insurrección del *New Jewel Movement* en la isla de Granada.

En este marco, Estados Unidos sufrió tres derrotas estratégicas en Angola, Irán y Nicaragua. En Angola, los cubanos enviaron tropas con protección soviética en apoyo de las fuerzas revolucionarias del continente africano. En Irán cayó el gobierno del Sha, apoyado por Estados

³³ Las cinco colonias portuguesas eran Angola, Mozambique, Guinea- Nassau, Cabo Verde y Santo Tomé. El otro país africano que no era colonia portuguesa era Zimbabwe.

³⁴ Los estudiantes iraníes bajo las órdenes del dirigente iraní revolucionario el ayatolá Jomeini, aspiraban a tomar el complejo durante tres días como protesta ante la decisión norteamericana de permitir que el dirigente en el exilio Mohammed Reza entrara en Estados Unidos para seguir un tratamiento médico. Los estudiantes tomaron sesenta y seis rehenes estadounidenses y retuvieron a la mayoría durante 444 días en lo que fue un prolongado conflicto que acaparó la atención mundial.

Unidos –al que debe sumársele la crisis de los rehenes a la que ya se hizo referencia–, mientras que en Nicaragua el movimiento sandinista derrocaba la dictadura de Anastasio Somoza, otro aliado estadounidense. Como lo indica Halliday, Nicaragua “marcó la primera implantación triunfante en el continente iberoamericano del movimiento revolucionario restringido hasta entonces a Cuba” (Halliday, 1989, p. 17). Y ya en la órbita soviética desde hacía varios años, Afganistán se convirtió en un peligro también para los estadounidenses cuando en diciembre de 1979 la Unión Soviética envió miles de soldados para reforzar el régimen comunista que se había implementado desde el año anterior.

Estos reveses que tuvo que soportar la política exterior estadounidense llevaron a un cambio total de estrategia. La Doctrina Nixon, también llamada Doctrina Guam que el entonces presidente Richard Nixon había planteado en 1969, consistía en la tesis de la *delegación propuesta*: que los gobiernos aliados de Estados Unidos se hicieran cargo de su propia defensa y que los mismos reciban ayuda solo en caso de necesitarla. La doctrina del presidente que sucedió a Nixon, Jimmy Carter (1976-1980), la defensa de los derechos humanos y en la promoción del desarme –los acuerdos SALT II firmados en 1979 con el mandatario soviético Breznev– también fue abandonada.

En síntesis, el contraataque de Estados Unidos tuvo que ver con las revoluciones en el Tercer Mundo, con la exigencia a los altos rangos militares para implementar una política más fuerte en la región, debido en parte a lo acontecido en Vietnam, y fundamentalmente, por el interés del congreso estadounidense de modificar la estrategia de intervención en el Tercer Mundo. Para esto, el congreso comenzó a designar partidas más grandes para el Ministerio de Defensa, pasando a ocupar uno de los presupuestos más altos respecto del resto de las carteras de gobierno.

De esta manera, las oleadas revolucionarias en los años setenta en el Tercer Mundo lo transformaron, a principios de la década del ochenta, en el espacio de disputa por excelencia entre ambas potencias.

El gobierno de Reagan apoyó a regímenes derechistas en medio de una oleada de gobiernos conservadores en Europa tras el ascenso de Margaret Thatcher en Gran Bretaña. Su llegada a la presidencia había sido apoyada por los sectores más conservadores del país, y expresó el ascenso de la *nueva derecha* que reivindicaba los años de la Primera Guerra Fría, y en particular, las posiciones de Joseph McCarthy.

Pero como ya señalamos, entonces, la carrera armamentista no fue, como bien lo indica Halliday, lo único que precipitó la Segunda Guerra Fría, hubo otros factores como “un nuevo período de revoluciones en el Tercer Mundo”.

Debatiéndose entre el capitalismo y el socialismo en muchos países se produjeron revoluciones en contra de las desigualdades sociales generadas por los países capitalistas. Al respecto comenta Halliday (1989, p. 86):

El lugar particular del Tercer Mundo en la Segunda Guerra Fría es un resultado tanto del nivel incrementado de actividad revolucionaria allí, como de su posición modificada dentro del capitalismo internacional. Juntos estos factores se han combinado para animar a los países capitalistas avanzados a reafirmar el

control sobre el Tercer Mundo, desplegando una amplia variedad de medios para esto, tales como la intervención militar directa, el apoyo incrementado a regímenes derechistas, la desestabilización de estados posrevolucionarios, y las presiones económicas.

La Segunda Guerra Fría (1979-89)

Desde mediados de los años sesenta la Unión Soviética había comenzado a aumentar su poderío militar mediante el crecimiento del gasto destinado a defensa en un intento de alcanzar cierta paridad con Estados Unidos. La expansión militar soviética se verifica en el perfeccionamiento de las fuerzas aéreas, navales y terrestres. Como lo indica Halliday, esta expansión se extendió por distintas zonas del Tercer Mundo: Cuba y la instalación de misiles en 1962 o la presencia permanente de un escuadrón en el Mediterráneo Oriental desde 1964 son prueba de ello; también lo son, la intervención en 1967 en el conflicto egipcio-israelí y el respaldo de las fuerzas expedicionarias cubanas en Angola (1975-1991) y en Etiopía (1977-1988) (Halliday, 1989).

Las elecciones que llevaron a la presidencia a Ronald Reagan en 1981 fueron un parteaguas en la política exterior estadounidense que se reorientó a partir de entonces a confrontar este expansionismo. Para ese entonces, Estados Unidos estaba atravesando una crisis económica. En los años sesenta, diversas manifestaciones de rechazo al capitalismo se materializaron en protestas varias a lo largo de todo el globo que incluyeron proclamas por la paz mundial, la descolonización en Asia y África y la lucha por la igualdad de derechos civiles como la llevada adelante por la comunidad afroamericana en Estados Unidos. Dichas manifestaciones generaron una reacción conservadora de parte de la sociedad norteamericana que condujo al recrudescimiento de una derecha conservadora defensora de los valores tradicionales.

Estados Unidos se benefició también en su lucha contra la Unión Soviética de la disminución de la confianza en el proyecto socialista internacional producto de la publicidad de los crímenes cometidos durante el *stalinismo* durante el XX Congreso de la Internacional Comunista (1956); miles de personas abandonaron entonces su apoyo a los Partidos Comunistas de sus respectivos países.

Ya durante la presidencia de Carter (1977-1981), la estrategia norteamericana hacia la Unión Soviética había comenzado a cambiar luego del fallido acuerdo SALT II, de junio de 1979, a favor del desarme, y que el Congreso estadounidense no estaba dispuesto a aceptar. Por el contrario, un año antes había autorizado un aumento en el presupuesto en defensa. A lo que se le sumó el comienzo del conflicto en Oriente Medio (Afganistán) y la nueva oleada revolucionaria del Tercer Mundo que sorprendió a Estados Unidos que la interpretó como un producto del *expansionismo* soviético. Zbigniew Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional de Carter había arribado a la conclusión de que era la ocasión propicia para una competencia más encarnizada con los soviéticos a nivel económico y militar. La ayuda rusa a Afganistán fue utilizada como propaganda

anticomunista. Este cambio en la política de Carter fue profundizado con la llegada de Reagan a la Casa Blanca, con la implementación de la doctrina de seguridad estratégica (SDI) popularmente conocida como *guerra de las galaxias*, a la que ya se hizo alusión con anterioridad.

Para lograr su cometido, Reagan destinó un 28,8 % del gasto público total al área de defensa, un aumento que significó más de un 6 % de dinero destinado para el desarrollo de la carrera armamentística que dio impulso a la *Segunda Guerra Fría* (Procacci, 2001).

Con este nuevo impulso de la carrera de rearme, Reagan era consciente de la presión que estaba generando a la Unión Soviética, que, para tratar de mantener cierta paridad, debía someter a su población a condiciones económicas muy sacrificadas y peligrosas para el mantenimiento de la legitimidad del régimen. Como concluye Procacci (2001, p. 542), los Estados Unidos “estaban decididos a provocar la ‘bancarrota’ de la URSS”.

En relación con las amenazas comunistas en el Tercer Mundo, la estrategia de Reagan se apartó de la tradicional intervención estadounidense a través del envío de tropas. Optó, en cambio, por brindar apoyo suministrando armas o ayuda financiera a las guerrillas derechistas locales (los Contras en Nicaragua, el UNITA en Angola, los mujahidines en Afganistán y la coalición guerrillera en Camboya). Otro aspecto de la *doctrina Reagan* fue la instalación de bases militares en Centroamérica con la finalidad de intimidar a los potenciales focos de resistencia al *status quo* en esa convulsionada región. Esta agresiva política estadounidense empujó al gobierno soviético a retomar a principios de los ochenta la carrera armamentista con el emplazamiento de misiles Pioner (SS-20) en Alemania Oriental y Checoslovaquia.

Así las cosas, durante los primeros años de la Segunda Guerra Fría existió cierto equilibrio en las posiciones de Estados Unidos y la Unión Soviética en el Tercer Mundo. No obstante, se vislumbraban ya los primeros indicios de la crisis que acarrearía la Unión Soviética.

El final de la *Guerra Fría*

A mediados de los años ochenta varios países del mundo eran gobernados por líderes conservadores: mientras que Reagan y Thatcher obtuvieron sus reelecciones, se observaba un avance del militarismo y el culto al emperador en Japón junto al triunfo en las elecciones del Partido Demócrata Cristiano de Helmut Kohl en Alemania.

En la Unión Soviética luego de la muerte de Brezhnev y de sus sucesores Konstantin Chernenko y Yuri Andropov, asumió como secretario general del Partido Comunista, Mijail Gorbachov. Este último era consciente de la crisis en la que se encontraba la sociedad soviética; su llegada al gobierno planteó profundos cambios.

En medio de este contexto, Gorbachov tomó decisiones contundentes que se reflejaron con claridad en la elección de sus colaboradores. Así la composición del Politburó resultó modificada

radicalmente.³⁵ Uno de los objetivos de estas medidas eran el de restituir la credibilidad hacia el partido y las instituciones por parte de la opinión pública. Sin embargo, el principal foco de conflicto y desconfianza se encontraba en el sistema político e institucional vigente y en el papel de monopolio que en él ejercía el Partido Comunista (Procacci, 2001).

Esta reestructuración del sistema quedó formalizada a inicios de 1986 cuando Gorbachov leyó en el XXVII Congreso del Partido las consignas de lo que serían la reestructuración económica (*perestroika*) y el proceso de transparencia y democratización (*glasnot*).

El 26 de abril de 1986, la catástrofe en la central nuclear de Chernóbil descubrió la crisis en la que se encontraba el sistema soviético.

Los cambios que se implementaron entre 1987 y 1988 pueden resumirse en tres áreas: 1) el otorgamiento de una mayor autonomía, tanto en sus decisiones como en su financiación, al sector industrial; 2) estímulos al sector agrícola permitiendo el alquiler de tierras a particulares o asociaciones de campesinos y la comercialización de los productos; y 3) la promoción de cooperativas en los sectores de servicios y comercio. Estas reformas no tuvieron los resultados esperados y con el paso de los meses la situación se agravó aún más.

Durante el transcurso de 1989, los mineros de Kusbass, de Donbass y de otras cuencas entraron en huelga, el rublo (moneda rusa) comenzaba a perder valor. También la crisis se evidenció en las repúblicas de la periferia que integraban la Unión Soviética.

La primera de las señales se produjo en Azerbaiyán (1988), y luego en Uzbekistán (1989), en donde se sucedieron enfrentamientos entre etnias rusas y no eslavas. También se produjeron conflictos inter-étnicos en otras repúblicas entre rusos y poblaciones nativas. Esto terminó afectando la relación entre cada una de las repúblicas en crisis y Moscú. En las repúblicas bálticas se originaron manifestaciones de protesta –algunas de las cuales derivaron en la formación de movimientos nacionalistas, como en el caso de Lituania–, que en la primavera de 1989 derivaron en la declaración de soberanía de las repúblicas bálticas, y posteriormente, en la independencia plena. Mientras tanto, ni las repúblicas de Asia central, ni Ucrania y Bielorrusia, daban señales de querer separarse de Moscú. La caída de la URSS, producida dos años después, en diciembre de 1991, era todavía, hasta cierto punto, impensable (Procacci, 2001).

En este contexto en el que debía combinar con la precisión de un ajedrecista cada jugada, Gorbachov seguía adelante con sus objetivos tanto en lo que atañía a la política doméstica como al desarrollo de la política exterior. Tenía una concepción particular que lo diferenciaba del resto de los líderes soviéticos que lo antecedieron. Entendía a la coexistencia pacífica “no ya como convivencia entre dos sistemas opuestos e incluso contrapuestos, sino como cooperación entre ellos hasta la convergencia” (Procacci, 2001, p. 559). De ahí el interés que mostraba en generar canales de diálogo con Reagan.

³⁵También conocido como Burocracia Política o Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, fue el máximo órgano de gobierno y dirección del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética).

Las conversaciones entre los funcionarios norteamericanos y soviéticos fueron cada vez más frecuentes. Este acercamiento llegó a su punto máximo cuando Gorbachov y Reagan se reunieron primero en la cumbre de Ginebra (1985), y tiempo después, en la Cumbre de Reikjavik, Islandia (1986), abriendo el camino para un mayor diálogo entre las partes. La cumbre de Ginebra resultó un parteaguas en las relaciones entre las dos superpotencias luego de siete años de aislamiento mutuo.

El sistema de relaciones internacionales ingresó en una nueva etapa que finalizaría en octubre de 1989 con la caída del muro de Berlín. Mientras que en Ginebra las dos partes afirmaban su voluntad de impedir el estallido de una guerra cuyas consecuencias serían desastrosas, en Reikjavik negociaron la reducción de la utilización de misiles balísticos intercontinentales. Sin embargo, las negociaciones volvieron a estancarse con relación a la anulación de la SDI (guerra de las galaxias), ya que Reagan mantuvo una postura intransigente al respecto.

Gorbachov era consciente de que las reformas que había planteado al interior de la Unión Soviética no serían exitosas si no lograba disminuir el gasto militar y los compromisos asumidos en Afganistán –en guerra desde hacía ya seis años–, Angola y Nicaragua.

Como parte de la política de desarme también se decidió reducir las tropas acuarteladas en Mongolia, el desmantelamiento de los misiles desplegados en Asia y el anuncio de la retirada de Afganistán, estas decisiones permitieron, a su vez, un acercamiento con China que se ratificó con la visita que Gorbachov hizo a Pekín en 1989.³⁶

En relación con los países satélites de Europa Oriental y Central, la Unión Soviética les informó a mediados de la década que no contarán con su intervención en caso de necesidad para mantenerse en el poder, lo que significaba el abandono de la doctrina Breznev sobre la *soberanía limitada*.³⁷

De todos modos, el camino hacia una política de desarme no sería sencillo, todavía quedaban por consensuar qué hacer con los misiles de medio alcance y revisar una serie de acuerdos previos firmados por ambas partes.

Sin embargo, más allá de las conversaciones, seguía reinando la desconfianza entre las partes. Tal es así que Reagan continuaba considerando que la Unión Soviética era *el imperio del mal*, mientras que el secretario de Estado George Schultz, “tenía un enfoque más profesional y

³⁶ Hacia fines de la década de 1950 en el marco del segundo plan quinquenal chino se buscó acelerar el proceso industrializador, profundizando la colectivización en el campo, en lo que se conoció con el nombre del *Gran salto adelante*. Muchos dirigentes chinos advirtieron que había que alejarse de la URSS ya que observaban que esta había estancado su crecimiento. El gobierno chino decidió, entonces, implantar un plan en el que buscaba combinar aspectos soviéticos con otros propios de la realidad china. Sin embargo, el *Gran salto adelante* no tuvo los resultados esperados y llevó al pueblo chino a una hambruna por el que murieron millones de personas. A mediados de la década de 1960 el gobierno lanzó la *Revolución Cultural* por la que se buscaba consolidar la vía china hacia el socialismo.

³⁷ También conocida como doctrina de *soberanía militada*, cualquier país de la órbita socialista que quisiera dar un paso hacia el capitalismo, podía ser intervenido por el Pacto de Varsovia. Las acciones se justificaban por el hecho de que se podía generar un problema político que no solo era competencia del Estado comunista afectado, sino que todos los países comunistas podían sufrir consecuencias por esta situación.

realista” (Procacci, 2001, p. 563). Del lado soviético, Igor Ligachov, era uno entre otros miembros del Politburó que todavía

miraba con desconfianza a Estados Unidos, pero esto no impidió que Gorbachov avanzara en el camino de la búsqueda de un acuerdo.

A pesar de la negativa de Reagan con relación al abandono de la SDI Gorbachov reforzó su propósito de desarme. Así el 8 de diciembre se firmó en Washington la última cumbre y la tercera que en el lapso de un año tuvieron los líderes soviético y norteamericano. En este tratado se comprometieron a destruir en un plazo no mayor a tres años todos los misiles de corto y de medio alcance junto a sus bases de lanzamiento. Esto significó, a decir de Procacci (2001, p. 564) “una revolución mental en la concepción de las relaciones entre las dos superpotencias”.

Entre fines de mayo y principios de junio de 1988 se celebró una nueva cumbre. De un clima de desconfianza mutua se dio paso paulatinamente a otro de relativa confianza, el cual se terminó de coronar con la presencia de Gorbachov en la Asamblea de las Naciones Unidas celebrada en Estados Unidos en diciembre de ese año. En su discurso, el líder ruso hizo un llamamiento a la cooperación entre los estados para afrontar problemáticas comunes a toda la humanidad. El hecho de que estas palabras fueran pronunciadas en el foro multilateral más importante del mundo daba cuenta del compromiso político que estaba asumiendo.

Los últimos días de Gorbachov y la desintegración de la URSS

En un contexto de crisis cada vez más profunda y luego de un intento fallido de golpe de Estado en agosto de 1991, Gorbachov renunció a la secretaría general del Partido Comunista e invitó al Comité Central a disolverse, decisión oficializada en vísperas de un nuevo aniversario de la revolución de octubre de 1917.

Sin embargo, con su renuncia, Gorbachov no había salido de la escena política por completo, ya que continuaba siendo el presidente del Soviet Supremo de la URSS. Esta situación no se extendió por mucho tiempo ya que en el mes de septiembre se alcanzó un acuerdo para un nuevo tratado que preveía la transformación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en la Unión de Estados Soberanos.

En diciembre, un adversario de Gorbachov que había adquirido notorio protagonismo durante el último tiempo, Boris Yeltsin, se reunió con los presidentes ucraniano y bielorruso, en Minsk. Los tres acordaron la disolución de la Unión Soviética y constituyeron una Comunidad de Estados Independientes a la que luego se sumaron Kazajstán, Azerbaiyán y otras cuatro repúblicas de Asia central. Así, “el 25 de diciembre, la bandera de la Unión que ondeaba sobre el Kremlin fue arriada y sustituida por la bandera rusa, y Gorbachov volvía a ser un ciudadano más” (Procacci, 2001, p. 574).

Con la caída de la Unión Soviética y la disolución del Partido Comunista se produjo el final de una era que marcó a fuego el transcurrir del siglo XX. Los militantes del comunismo alrededor del globo sabían que ya nada sería igual y eran conscientes de que se estaba viviendo un

cambio de época. El final de la *Guerra Fría*, la desintegración de la Unión Soviética y, con ella, el final de la economía planificada soviética, dieron paso a una nueva era en la que los nostálgicos militantes del comunismo le dijeron, parafraseando a Hobsbawm, “adiós a todo eso”.

Referencias

- Bruce Franklin, I. H. (2010). *War Stars. Guerra, ciencia ficción y hegemonía imperial*. Buenos Aires: Crítica.
- Buchrucker, C., Aróstegui, J., Saborido, J. y Ferraris, C. (2001). Un siglo de guerras y revoluciones. En C. Buchrucker, J. Aróstegui y J. Saborido (comps.) *El mundo contemporáneo: Historia y problemas*. Barcelona: Biblos - Crítica.
- Burke, P. (2005). *Visto, no visto. El uso de la imagen como testimonio histórico*. Barcelona: Crítica.
- Chomsky, N. (2002). *El miedo a la democracia*. Barcelona: Crítica.
- Halliday, F. (1989). *Génesis de la Segunda Guerra Fría*. México: FCE.
- Halliday, F. (1993). Los finales de la Guerra Fría. En R. Blackburn (ed.), *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1998). *El siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (1993). Adiós en todo eso. En R. Blackburn (ed.), *Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo*. Barcelona: Crítica.
- Kennedy, P. (1990). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Plaza Janés.
- Powaski, R. E. (1997). *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917- 1991*. Barcelona: Crítica.
- Procacci, G. (2001). *Historia General del Siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Simonoff, A. (2021). *La crisis de más de cuarenta años: Una historia global reciente*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Biblioteca Humanidades; 43). Recuperado de <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/185>.

CAPÍTULO 8

De la crisis de los años setenta al neoliberalismo

Alejandro Fernández Plastino

Introducción

En este capítulo repasaremos las principales transformaciones políticas y económicas que dieron forma al capitalismo neoliberal tras la crisis económica de mediados de los setenta del siglo pasado. Señalamos que tras la disolución de la URSS en 1991 retorna la hegemonía de Estados Unidos en lo inmediato, a la vez que se reconfigura gradualmente un mundo política y económicamente multipolar que fue abriendo escenarios de disputas inter-imperialistas. Para pensar todas estas transformaciones, recurrimos al concepto de *acumulación por desposesión* (Harvey, 2007), que alude a prácticas típicas del proceso de *acumulación originaria* que comprenden, crisis ecológica mediante, la mercantilización y la privatización a gran escala de la tierra y los bienes comunes. Argumentamos que el Estado, a través del uso de la violencia y el establecimiento de marcos legales, desempeña un papel crucial tanto en el apoyo como en la promoción de estos procesos. En este sentido, describimos el ascenso, desde finales de los setenta, de gobiernos neo-conservadores en las principales potencias del mundo occidental que abandonan la gestión estatalmente regulada de las desigualdades que se había ido imponiendo en el mundo entero tras la crisis de 1930. Estos gobiernos promueven, en su lugar, políticas individualistas que afectan drásticamente los modelos de vida prevalecientes desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Es en esta clave que indagamos los efectos de las nuevas formas productivas y el continuo e ilimitado control de los procesos sociales a través de la comunicación masiva e instantánea, el endeudamiento y los algoritmos que marcan el ritmo de la vida contemporánea. El capítulo culmina con reflexiones estimuladas por los interrogantes que el presente plantea.

El neoliberalismo al asalto

La Gran Depresión de los años 30 producto del colapso del sistema financiero de la bolsa de Wall Street fue paulatinamente superada en los Estados Unidos por el *New Deal* del presidente Franklin Roosevelt y la intervención del Estado en la economía. La Segunda Guerra Mundial, acentuaría aún más dicha política intervencionista. Luego de la postguerra, Estados Unidos lideró un extraordinario crecimiento económico fundamentado en el aumento del consumo y la

reducción de los porcentajes de desocupación, gracias a la política de pleno empleo y de seguridad social propuesta por el economista británico John Maynard Keynes. El nuevo escenario de enfrentamiento entre las dos grandes potencias triunfadoras, los Estados Unidos y la Unión Soviética, obligarían a mantener a raya el descontento social interno, cuya posible inclinación a la izquierda organizada debía evitarse.

En el terreno económico los Acuerdos de Bretton Woods de 1944 y el Plan Marshall fueron el marco financiero, económico y político que permitió y favoreció el crecimiento de las tres décadas doradas hasta la crisis del petróleo de 1973. Esas décadas de bonanza económica no se limitaron a Estados Unidos: le seguirán de cerca la reconstruida Europa Occidental y el derrotado Japón, quien verá su *milagro económico* moldeado a imagen y semejanza de su vencedor americano.

En 1973 la edad dorada del capitalismo llega a su fin cuando estalla la crisis del petróleo. Ese año, como parte de la estrategia política derivada de la *Guerra del Yom Kippur*, que enfrentó a los países árabes reunidos en la *Organización de los Países Exportadores de Petróleo* (OPEP), se detuvo la producción de crudo y se estableció un embargo para los envíos petrolíferos hacia Occidente, especialmente hacia Estados Unidos por su apoyo a Israel. Como consecuencia, aumentó el precio del barril de crudo, iniciándose una prolongada recesión y un aumento notable de la inflación. Todo esto aceleró los rasgos negativos de la etapa económica en curso en el mundo occidental y desembocó en una recesión generalizada.

La crisis del petróleo de 1973 consolidó la creación de un nuevo fenómeno hasta entonces poco conocido: la *estanflación* (conjunción de los términos *estancamiento* e *inflación*). Hasta entonces, los ciclos económicos del capitalismo habían oscilado entre inflación (tendencia sostenida y general del aumento de precios) y deflación (tendencia a la baja de los precios). En general se considera que una inflación moderada (de no más del 5% anual) es relativamente beneficiosa para la economía, puesto que el aumento de precios, aunque leve, estimula el consumo de mercancías, dinamizando el circuito económico; la deflación, por el contrario, es potencialmente mucho más dañina, ya que, inversamente a la inflación, detiene el consumo, las ventas, y a la postre, la producción de mercancías, desencadenando un círculo vicioso de reducción de los márgenes de ganancia y desempleo.

En 1973, el inusitado aumento del precio del crudo del *oro negro* produjo entre otros efectos un fuerte incremento en los costos de producción y en el transporte —el precio del combustible se dispara y, por lo tanto, también el del resto de las mercancías—, lo que llevó a las empresas a trasladar el costo al consumidor final, lo que a su vez derivó en menor consumo y, por ende, en una reducción de la producción. Por primera vez convivían *la inflación y el estancamiento*.

El Estado, que durante tres décadas había crecido fomentando la inversión pública y la seguridad social, no contaba ya con herramientas efectivas para combatir este nuevo fenómeno. La inflación se había convertido en un verdadero problema que, según los economistas liberales, solo podía resolverse estabilizando la oferta monetaria, mote por el cual les cabrá el sobrenombre de *monetaristas*. Esto requería un ajuste fiscal, ya fuese a través de mayor deuda, mayor recaudación impositiva o menor gasto público. El principal problema de estas medidas era que

requerían una *reestructuración* total de la economía, no solo reformas puntuales. Para empeorar la situación, la inflación no solía reducirse inmediatamente, sino que por efecto de *arrastre* se mantenía en niveles altos durante algún tiempo más, agudizando así el cuadro recesivo.

De esta manera, los economistas liberales comenzaron a cuestionar las políticas keynesianas, argumentando no sólo cuestiones económicas, sino también factores políticos. Sostenían que la falta de incentivos para las personas emprendedoras, la restricción de las libertades individuales y la escasez de productos o servicios altamente demandados por la población impedían el desarrollo. Todo esto derivó en que una corriente económica, que existía minoritaria desde los años 50 llegara, poco a poco, a los distintos ministerios de economía occidentales: *el neoliberalismo*.

No es fácil definir el término *neoliberalismo*, puesto que es un término que es utilizado en sus acepciones más variadas. Sus orígenes no son menos imprecisos. Existen no menos de cuatro atribuciones distintas: quienes lo vinculan con algunos escritos de von Mises; quienes lo atribuyen a la creación colectiva durante un coloquio convocado por Walter Lippman; quienes lo logan a la llamada economía social de mercado; y, por último, quienes lo adjudican a la escuela liberal italiana de las entreguerras. No obstante, nadie duda que los autores fundacionales de esta teoría son Milton Friedman y Von Hayek; el primero, nucleado en la *Escuela de Chicago*, usina del pensamiento neoliberal de donde saldrán los autores intelectuales de las recetas del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

El neoliberalismo no es sólo una teoría económica; es, también, un posicionamiento político e ideológico. Analicemos sus postulados teóricos para luego adentrarnos en sus consecuencias.

El neoliberalismo propone que se deje en manos del sector privado el mayor número de actividades económicas. Asimismo, plantea una limitación del papel del Estado en la economía, tanto como la reducción de éste. Respecto a la actividad económica, el neoliberalismo postula la eliminación de restricciones y regulaciones, así como la apertura de fronteras para mercancías, capitales y flujos financieros.

Las políticas macroeconómicas neoliberales pueden sintetizarse en los siguientes puntos:

- 1- El llamado *monetarismo*. Consiste en imponer una política monetaria restrictiva. Esto implica aumentar tasas de interés –esto es, el rendimiento de una suma de capital en un determinado tiempo– o reducir la oferta de dinero hasta lograr bajar la inflación. El argumento en el que se basa este punto es considerar que la inflación se produce por la emisión monetaria: si la cantidad de producción es constante y se emite mayor cantidad de dinero circulante, como el dinero remite exclusivamente a la mercancía, lo único que ocurrirá es que ésta aumente su valor nominal.
- 2- *Políticas fiscales restrictivas*. Aumentar los impuestos sobre el consumo y reducir los impuestos sobre la producción. Esto es diametralmente opuesto a la premisa keynesiana de reducir los impuestos al consumo con el fin de estimularlo. Por el contrario, el neoliberalismo sostiene que se deben reducir los impuestos a las empresas privadas con el objetivo de estimular la libre competencia en el mercado. También proponen eliminar regímenes especiales (por ejemplo, políticas de subsidio o financiación a sectores

sociales vulnerables o minorías) y disminuir el gasto público con el fin de ajustar el margen entre lo recaudado y lo gastado por el erario público.

- 3- *Liberalización* de la economía: Los partidarios de políticas neoliberales defienden la liberalización o desregulación para el comercio como para las inversiones por considerarlas positivas para el crecimiento económico. Igualmente se considera positiva la eliminación de muchas reglas y restricciones, reduciéndolas a un mínimo necesario (sobre todo la garantía del régimen de propiedad y de la seguridad). En particular abogan por aumentar la movilidad de capitales y la flexibilidad laboral.
- 4- *Privatización* de empresas públicas: Se considera que los agentes privados tienden a ser más productivos y eficientes que los públicos y que, por tanto, el Estado debe achicarse dejando que el sector privado sea el encargado de la generación de riqueza. Se considera que el Estado es por definición un *mal administrador*, puesto que sus empleados no se ven directamente favorecidos por el producto de su trabajo, lo cual reduciría la productividad.

En todos los casos, los teóricos denominados neoliberales afirman que la mejor manera de alcanzar la distribución de la riqueza y el bienestar de los individuos es mediante un crecimiento total del producto que por su propia dinámica permea al total de los integrantes de la sociedad (la llamada *teoría del derrame económico*); como liberales promueven, mediante el beneficio individual, alcanzar el beneficio de toda la sociedad, en una suerte de versión renovada de la teoría de las libertades individuales de John Locke. Se afirma, de esta manera, que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas.

Igualmente, se debe tener presente, las funciones y estructuras militares, defensivas y policiales para asegurar los derechos de propiedad privada.

La oleada neoliberal llega al poder

Chile y Argentina fueron una experiencia piloto para el nuevo neoliberalismo diagramado en las usinas de los países del Norte. América Latina, en general, fue algo así como el campo de entrenamiento. Aquí en las décadas del 50 y 60 se había formulado, y gozaba de buena madurez, el *desarrollismo* y la *teoría de la dependencia*.

La *teoría de la dependencia* es una respuesta teórica elaborada por economistas y sociólogos latinoamericanos a la situación de estancamiento socio-económico en el siglo XX. La misma, utiliza la dualidad centro-periferia y las teorías sobre los sistemas-mundo para sostener que la economía internacional posee un diseño desigual y perjudicial para los países *no-desarrollados*, a los que se les ha asignado un rol periférico de producción de materias primas con bajo valor

agregado, en tanto que las decisiones fundamentales se adoptan en los países centrales, a los que se ha asignado la producción industrial de alto valor agregado.

Contraria a la *teoría neoclásica* que postula la existencia de un solo camino para el desarrollo, los *dependentistas* contestan con una tesis completamente contraria: los países latinoamericanos son subdesarrollados no porque no sean lo suficientemente capitalistas, sino justamente porque desde su nacimiento fueron incorporados como apéndices del circuito capitalista internacional, empezando ya desde un lugar relegado. La consecuencia política y lógica radica entonces en que el dilema es *liberación o dependencia*. El neoliberalismo, que como teoría se lleva bastante mejor con el *status quo*, vendrá para eclipsar ese postulado.

En la década del 70 el aumento de la inflación se disparó dando lugar a una fase *estanflacionaria*. Producto de estas crisis el descontento social se expandió y la unión del movimiento obrero y los nuevos movimientos sociales favorecieron la emergencia de una alternativa no hegemónica como mediadora de la relación entre capital y trabajo. En ambos casos, la política neoliberal vino a extirpar de raíz el proceso de radicalización política y redistribución de la riqueza, que había implementado el aumento del salario real, nacionalización de empresas y el comienzo de la reforma agraria en el caso del país trasandino.

En 1973 en Chile el neoliberalismo se implementó como la punta de lanza bajo la dictadura de Augusto Pinochet, y en 1976 en Argentina con la dictadura genocida de Jorge Rafael Videla: ambos regímenes fueron los verdaderos pioneros del ciclo neoliberal en la historia contemporánea. El Chile la dictadura de Pinochet comenzó sus programas inmediatamente luego del derrocamiento y asesinato de su presidente constitucional, Salvador Allende; el plan contemplaba la desregulación de la actividad económica, el desempleo masivo, la represión sindical, la redistribución de la renta en favor de los ricos, y la privatización de los bienes públicos.

Casi inmediatamente se privatizan las empresas del estado, generando despido de trabajadores y aumentando la desocupación. Comienzan a aparecer los préstamos, es decir, surge un incremento del sector financiero, a fin de reestablecer parte de lo perdido. De esta manera, se endeuda el estado y las empresas, provocando una desregulación económica.

En el resto del globo comienzan a aplicarse también los planes neoliberales. En Inglaterra fue elegido el gobierno de Margaret Thatcher, el primer régimen de un país capitalista desarrollado empeñado en poner en práctica un programa neoliberal. Un año después, en 1980, Ronald Reagan llegó a la presidencia de los Estados Unidos. En 1982, Helmut Kohl derrotó al régimen social liberal de Helmut Schmidt en Alemania. En 1983, en Dinamarca, un Estado modelo de las políticas de bienestar escandinavas, cayó bajo el control de una coalición de derecha –el gobierno de Poul Schluter–. Enseguida, casi todos los países del norte de Europa Occidental, con excepción de Suecia y de Austria, también viraron hacia la derecha (Anderson, 1997). Atilio Borón (2003) repasa las consecuencias que las políticas neoliberales van dejando a su paso:

1. La desregulación del comercio y las finanzas, tanto en su nivel nacional como internacional.
2. La privatización de los servicios públicos otrora brindados por el Estado.
3. La cesión por parte del Estado de su compromiso de regular activamente las condiciones macroeconómicas, especialmente en lo referente al empleo.

4. Brusca reducción en el gasto social.
5. Reducción de los impuestos aplicados a las empresas y familias.
6. Ataques desde el gobierno y las empresas a los sindicatos, desplazando el poder a favor del capital y debilitando la capacidad de negociación de los trabajadores.
7. Proliferación de los trabajos temporales sobre los trabajos fijos.
8. Competición desenfrenada entre las grandes empresas, con relación a un entorno menos agresivo propio de la configuración de posguerra.
9. Introducción de principios de mercado dentro de las grandes empresas, particularmente, en lo referente a las remuneraciones de los trabajadores de más poder.

Acumulación por desposesión

Cuando la crisis económica de los 70 redujo drásticamente las tasas de acumulación de un capitalismo que en la postguerra había funcionado con modelos keynesianos en los países desarrollados, el neoliberalismo se instaura entonces como la solución óptima para que las clases dirigentes puedan seguir enriqueciéndose. El marco teórico del neoliberalismo reunido en torno al filósofo y sociólogo austriaco Friedrich von Hayek y al economista norteamericano Milton Friedman, invocando el sagrado nombre de la libertad, que según ellos, aplicada estrictamente a los mercados (desregulación, privatizaciones y ninguna intervención estatal) sería la panacea del progreso económico, alcanza una gran popularidad cuando a mediados de los setenta ambos autores obtienen el Premio Nobel de Economía que otorga la Academia Sueca. Desde ese momento histórico, se observa con claridad cómo el acceso al poder de Thatcher en Inglaterra (1979) y Reagan en USA (1981), y su asalto al FMI y el Banco Mundial, que comienzan a imponer políticas de ajuste estructural por todo el globo, son el detonante de un enriquecimiento de las élites de los países industrializados, cada vez más concentradas en actividades especulativas que en la economía productiva.

El neoliberalismo funciona bajo la lógica de la *acumulación por desposesión* (Harvey, 2007), la cual tiene cuatro aspectos principales:

1- La privatización y mercantilización de casi todos los aspectos de la vida humana, de todas las mercancías reales y ficticias, con el fin de abrir nuevos campos a la acumulación de capital. Desde servicios públicos hasta formas de propiedad intelectual y formas culturales, pasando por clubes de fútbol, lagos y montañas. Todo pasa a convertirse en el botín de millonarios transnacionales. Un claro ejemplo de ello es el multimillonario inglés Joe Lewis, dueño del club de fútbol Tottenham, y de cientos de miles de hectáreas en el sur argentino, que se apropió ilegalmente del Lago Escondido. El avance de la privatización y extranjerización de la tierra pública es parte de este proceso.

2- La financiarización, a tal grado que la desregulación financiera ha hecho de este sistema uno de los principales centros de actividad de redistribución de riqueza de las clases bajas hacia las altas. Los grupos económicos concentrados de capital incrementan su fortuna trasladándose

entre las distintas bolsas de valores del mundo, sin pagar por ello prácticamente ningún tipo de impuesto o arancel. En Argentina, por ejemplo, la Ley de Entidades Financieras, de claro tinte neoliberal promulgada por Martínez de Hoz durante la última dictadura sigue vigente al día de hoy (mayo de 2022). En países como Colombia o México, la desregulación casi absoluta del capital coadyuvó a la formación del capital narco como financista de la política.

3- La gestión y la manipulación de la crisis, que implica la difusión de la *trampa de la deuda* como un instrumento de acumulación de capital. La toma de deuda externa por parte de los Estados con organismo de crédito internacional y prestamistas privados se ha incrementado notablemente en los gobiernos neoliberales. Desde el FMI, el BID, el Banco Mundial hasta los llamados *fondos buitres*, los Estados acumulan toma de deuda con intereses leoninos que luego el conjunto de la ciudadanía termina pagando. En Argentina, los dos gobiernos de Carlos Menem en la década del 90 aumentaron exponencialmente la deuda externa, y luego haría lo propio el gobierno de Mauricio Macri, que tomó deuda por más de 50 mil millones de dólares, de los cuáles más del 90 % se fugó del país a los pocos meses, contrayendo deuda pagadera en más un siglo. En México, el avance de los latifundios sobre tierras comunales y el ingreso al tratado de libre comercio con Estados Unidos provocó el alzamiento del EZLN en Chiapas en 1994.

4- Las redistribuciones estatales. El Estado funciona al mismo tiempo en una doble dinámica de, por un lado, garantizar desde el marco institucional y legal las condiciones para la concentración capitalista neoliberal, a la vez que, como agente redistributivo, invierte el flujo de la riqueza desde las clases altas hacia las más bajas. Son repetidas y toleradas institucionalmente las prácticas como la privatización de la tierra y expulsión de comunidades aborígenes y campesinos por parte de latifundistas sojeros o ganaderos, o las liberalizaciones de industrias y servicios que traen desocupación, precarización y pérdidas de derechos para los trabajadores. Las nuevas modalidades de teletrabajo rehúyen de las trabas fiscales a la vez que de los derechos de la clase trabajadora: empresas trasnacionales como Uber, Mercadolibre, Globo, parecen sortear fácilmente las garantías laborales –y salariales– conseguidas un siglo atrás por la clase trabajadora. Las protestas que contra esto surgen por doquier generan un aumento de la represión y un control social cada vez más perfeccionado por las cámaras públicas y la tecnología de reconocimiento de datos biométricos.

Los cambios que el neoliberalismo ha producido en las últimas décadas obligan a replantear el tipo de acumulación de capital dominante en la actualidad.

En el famoso libro *La condición de la posmodernidad*, publicado originalmente en 1989 (Harvey, 1998), varios autores discuten la correcta caracterización del capitalismo contemporáneo (de 1973 en adelante) de diversas formas: *capitalismo tardío*, *capitalismo desorganizado*, *capitalismo postfordista* con un *régimen de acumulación flexible*. En la base de esta conceptualización encontramos el argumento de que las bases del modo de producción capitalista analizadas por Marx en el siglo XIX: la lógica de la acumulación de capital como motor del crecimiento económico, el dinamismo de sus desarrollos tecnológicos y organizativos, y las contradicciones inherentes del sistema que conducen inevitablemente hacia crisis recurrentes. A diferencia del liberalismo clásico propio del

período industrial del pasado en que el sector productivo es el agente dinámico de la economía, en el neoliberalismo asume la hegemonía económica el sector financiero, que es altamente especulativo e improductivo, puesto que no produce riqueza material para el consumo humano en la que se encarna el valor. Si en la época dorada del capitalismo el crecimiento económico dado por la actividad productiva se permitía cierto *derramamiento* a los sectores más postergados de la sociedad, a partir de la década del 70 del siglo XX esa tendencia cae en detrimento de un nuevo tipo de concentración económica basada casi exclusivamente en la transferencia de recursos de los sectores desposeídos a los sectores concentrados de la economía. Algunos guarismos de la actualidad parecen validar esa hipótesis: en sólo dos años de pandemia (2020 y 2021) y su consiguiente parate económico mundial, los capitalistas más ricos del planeta aumentaron su fortuna en varios miles de millones de dólares. En esos dos años en que globalmente el PBI de casi todos los países del mundo apenas registraron un incremento –cuando no una fuerte caída, como el caso argentino–, las fortunas de Elon Musk, Jeff Bezos y Bill Gates, entre otros, se incrementaron en razón de casi 10 mil millones de dólares por año. Utilizando el mismo argumento empleado por los neoliberales para criticar la emisión monetaria ante un mismo nivel productivo, podemos decir que, si en esos años en que la economía mundial no creció, y no obstante los ricos se hicieron más ricos, no hay otra explicación posible que la de una fortísima transferencia de recursos desde los países y sectores postergados a los concentrados.

Queda aún por ver si los Estados Nacionales y las democracias representativas modernas, garantes teóricas del bien común, seguirán instrumentos de la agudización del cambio climático y la concentración de la riqueza, tal como viene sucediendo hasta ahora, o si la emergencia de la resistencia popular logra reorientar la dirección de la acción institucional para abocarla, como su antiguo fundamento manda, a las necesidades del pueblo soberano. Hoy por hoy, no deja de ser tragicómico que el ser humano más rico del mundo, Elon Musk, luego de comprar la red social Twitter en 44 mil millones de dólares, afirme: “Invertí en Twitter porque creo en su potencial de ser la plataforma para la libertad de expresión en todo el mundo. Y creo que la libertad de expresión es un imperativo social para una democracia que funcione”.

Referencias

- Anderson, P. (1997). Neoliberalismo: un balance provisorio. En E. Sader y P. Gentili (comps.), *La Trama del Neoliberalismo*. Buenos Aires: UBA.
- Borón, A. (2003). Prefacio. En E. Sader y P. Gentili (comps.), *La Trama del Neoliberalismo*. Buenos Aires: UBA.
- Crouch, C. (2012). *La extraña no-muerte del neoliberalismo*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Mann, M. (2003). *El imperio incoherente*. Barcelona: Paidós.
- Panith, Leo y Colin Leys. (2004). *Socialist Register. El nuevo desafío imperial*. Buenos Aires: Clacso.

Lxs autorxs

Coordinadorxs

Ghigliani, Pablo

Profesor en Historia (FaHCE - UNLP), Magister en Labour Studies (Institute of Social Studies - Holanda) y Doctor en Industrial Relations (De Montfort University - Inglaterra). Se desempeña como investigador del CONICET y docente en las asignaturas Historia Social General A (FDA - UNLP) e Historia Argentina III (FaHCE - UNLP). Coordinador del Programa Mundos del Trabajo (FaHCE - UNLP) e integrante del colectivo de divulgación *Historia Obrera*. Autor del libro *The Politics of Privatisation and Trade Union Mobilisation: The Electricity Industry in the UK and Argentina* (2010), compilador de *Clase obrera, sindicatos y estado. Argentina (1955-2010)* (2015) y coordinador del libro *Procesos represivos, empresas, trabajadores/as y sindicatos en América Latina* (2021).

Matas, Florencia

Profesora en Historia (FaHCE - UNLP). Es docente en las asignaturas Historia Social Contemporánea (FaHCE - UNLP) e Historia Social General A (FDA - UNLP). También docente en el nivel preuniversitario (Colegio Nacional Rafael Hernández y Liceo Víctor Mercante) y en el nivel medio del sistema educativo provincial. Ha dictado diversos Talleres de Problemáticas en la Enseñanza de la Historia (FaHCE - UNLP). Se encuentra realizando la Maestría en Historia y Memoria (FaHCE - UNLP) y la Especialización en Pedagogía de la Formación (FaHCE - UNLP). Fue miembro del grupo de investigación *Carpetas Docentes de Historia* (FaHCE - UNLP) y *Pensar históricamente el tiempo reciente, 1973-2013* (FaHCE - UNLP).

Fernández Plastino, Alejandro

Profesor en Historia (FaHCE - UNLP). Se desempeña como Profesor Adjunto de las asignaturas Identidad, Estado y Sociedad en Argentina y Latinoamérica (FDA - UNLP) y Jefe de Trabajos Prácticos Ordinario en Historia Social General A (FDA - UNLP). También es docente en el nivel preuniversitario en el Colegio Nacional Rafael Hernández de la UNLP y en el nivel medio del sistema educativo provincial. Ha cursado la Maestría y el Doctorado en Ciencias Sociales (FaHCE - UNLP).

Autorxs

Bisso, Matías

Doctor en Historia (UNLP). Investigador en las áreas de Historia Política Argentina e Historia Contemporánea. Profesor titular ordinario de la materia Historia Social de Argentina y América Latina (FTS - UNLP), profesor adjunto de las materias Historia Social Contemporánea (FaHCE - UNLP) e Historia Social General A (FDA – UNLP). Miembro del Centro de Investigaciones Socio-Históricas e integrante del Comité de Redacción de la revista *Sociohistórica*. Miembro del equipo de producción del sitio *Carpetas Docentes de Historia* (carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar). Autor de *Conurbano bonaerense: votos y política en el siglo XX* en el tomo 6 de la Historia de la Provincia de Buenos Aires de la UNIPE

Bretal, Eleonora

Licenciada en Sociología (FaHCE - UNLP) y Magíster en Ciencias Sociales (UNGS - IDES). Docente de la UNLP, da clases de Sociología General (FaHCE - UNLP) y de Historia Social General A (FDA). También es docente de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Se desempeña como investigadora del Centro de Investigaciones Socio-Históricas (CISH) del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdICHS). Es doctoranda en Ciencias Sociales (UNGS - IDES). Se ha dedicado a estudiar diversas temáticas del mundo del trabajo, incluyendo los abordajes de memorias y representaciones sociales, historia reciente y género. Ha colaborado con el *Núcleo de Antropología do Trabalho, Estudos Biográficos e de Trajetórias* (NuAT).

Monacci, Laura

Profesora en Historia (FaHCE - UNLP). Cursa el Doctorado en Historia de la UNLP (la tesis versa sobre la construcción del enemigo en diarios *filofascistas* durante la Segunda Guerra Mundial, en el marco de los estudios culturales y de derechas). Actualmente es profesora ordinaria en Historia Social Contemporánea e Introducción a la Problemática Contemporánea (FaHCE - UNLP) y en Historia Social General A (FDA – UNLP). Forma parte del proyecto de investigación *La perspectiva transnacional en el estudio de la historia de las ideas. Itinerarios del indigenismo, el nacionalismo y el antiimperialismo en América Latina*, bajo la dirección del Dr. Leandro Sessa.

Payo Esper, Mariel

Licenciada en Sociología (FaHCE – UNLP) y Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Docente e investigadora de la UNLP y la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Actualmente se desempeña como docente en las materias Historia Social General A (FDA - UNLP) y Sociología de las Organizaciones (ICSyA - UNAJ). Forma parte del Programa de Estudios del Trabajo (PET - UNAJ) y del proyecto de investigación *El mundo del trabajo en Argentina: cambios sociales*,

organizaciones sindicales y conflictos. Desde los años cincuenta a la actualidad (FaHCE - UNLP). Se especializa en movimiento obrero, sociología del trabajo, digitalización de la economía, acción sindical y procesos de organización del trabajo.

Zurita, María Delicia

Profesora en Historia (FaHCE - UNLP). Es Docente de Historia Social General A (FDA – UNLP) y de Historia General VI (FaHCE - UNLP). También docente en el nivel preuniversitario (Colegio Liceo Víctor Mercante y Bachillerato de Bellas Artes) y en el nivel medio del sistema educativo provincial. Maestranda en Historia y Memoria (FaHCE - UNLP). Se desempeña como investigadora del Centro de Investigaciones Socio-Históricas (CISH) del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdICHS) (FaHCE - UNLP) y del Centro de Reflexión en Política Internacional (CERPI) del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI) (FCJyS - UNLP). Ha escrito diversos artículos referidos a la *Guerra Fría* desde la óptica de las relaciones internacionales. Ha participado en jornadas y congresos tanto en Argentina como en el exterior. Actualmente forma parte del proyecto de investigación *Análisis coyuntural y estructural de la inserción argentina en el mundo actual*, (FaHCE - UNLP) bajo la dirección del Dr. Alejandro Simonoff.

Ghigliani, Pablo

Pensar la historia social / Pablo Ghigliani ; Alejandro Fernández Plastino ; Florencia Matas ; Coordinación general de Pablo Ghigliani ; Alejandro Fernández Plastino ; Florencia Matas. - 1a ed - La Plata : Universidad Nacional de La Plata ; EDULP, 2024.

Libro digital, PDF - (Libros de cátedra)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-34-2406-3

1. Historia Contemporánea. 2. Capitalismo. 3. Industrialización. I. Fernández Plastino, Alejandro. II. Matas, Florencia. IV. Título.
CDD 306.09

Diseño de tapa: Dirección de Comunicación Visual de la UNLP

Universidad Nacional de La Plata – Editorial de la Universidad de La Plata
48 N.º 551-599 / La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina
+54 221 644 7150
edulp.editorial@gmail.com
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2024
ISBN 978-950-34-2406-3
© 2024 - Edulp

S
sociales


Edulp
EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA